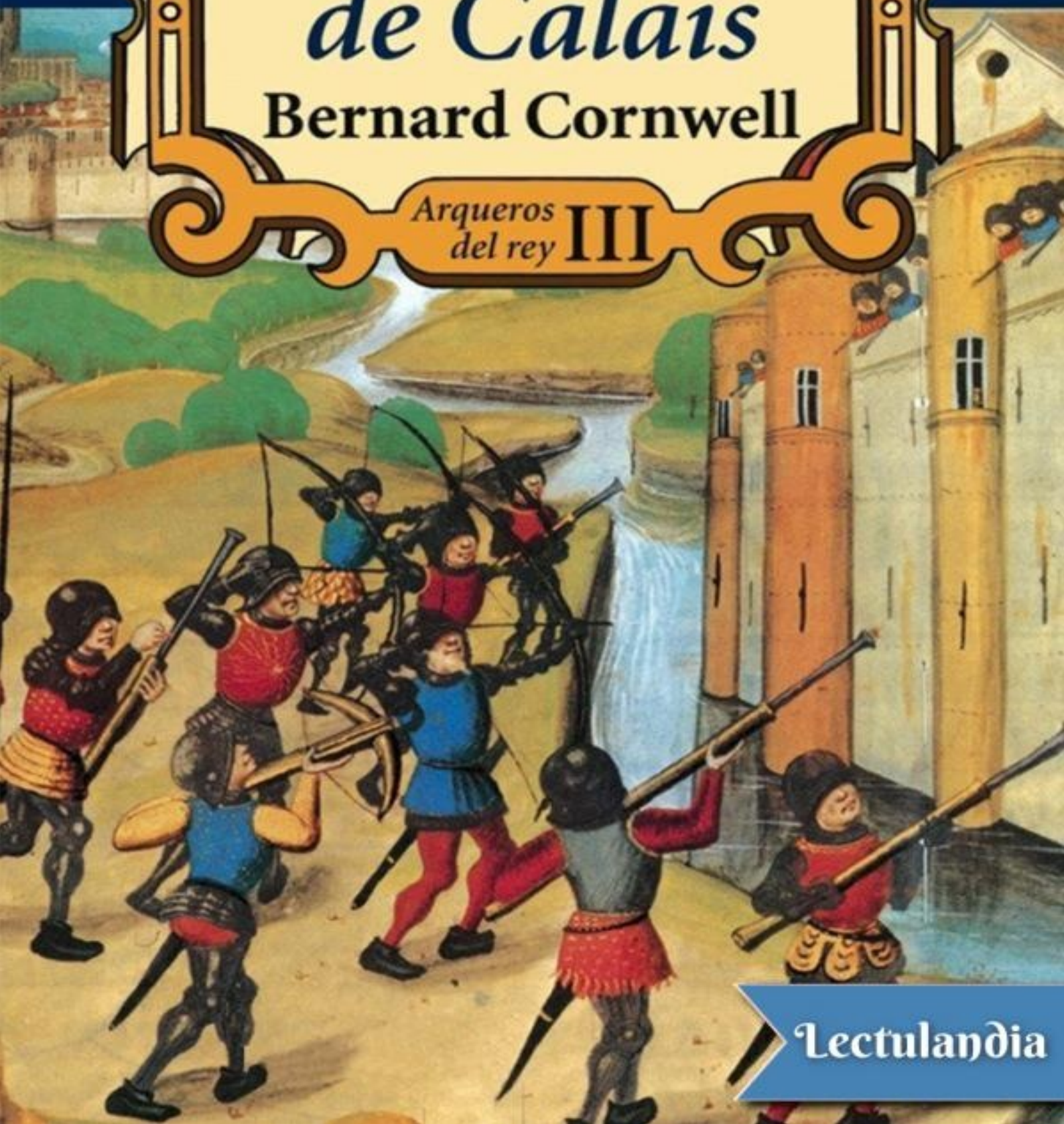


# *El sitio de Calais*

Bernard Cornwell

Arqueros  
del rey III



Lectulandia

De nuevo en Francia, el sitio de Calais da la oportunidad a Thomas de Hookton de destacar en el combate y de tener bajo su mando a un grupo de hombres. Al frente de ellos se interna por tierras francesas, y casualmente entra en contacto con una joven que está a punto de ser condenada a la hoguera por hereje, y sirviéndose de la autoridad que le ha sido conferida la salva en el último momento. Paralelamente a esta trama, sigue desarrollándose la búsqueda del Grial, que en las últimas páginas da un giro inesperado que convierte la continuación de la serie en todo un reto y genera una gran intriga respecto a la próxima entrega de la misma.

Resulta sorprendente el exhaustivo y detallado conocimiento que Cornwell despliega acerca de las batallas medievales, las armas, las tácticas, etcétera, pero más incluso el extraordinario talento para introducirlos en el marco de una trama en la que la acción y la intriga van inseparablemente unidas.

**Lectulandia**

Bernard Cornwell

# **El sitio de Calais**

**Arqueros del rey III**

ePub r1.0

Alf 15.12.13

Título original: *Heretic*  
Bernard Cornwell, 2003  
Traducción: Libertad Aguilera

Editor digital: Alf  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*El sitio de Calais está dedicado a  
Dorothy Carroll, que sabe el porqué.*

# PRÓLOGO

## *Calais 1347*

El camino llegaba desde las colinas del sur y atravesaba los marjales junto al mar. Era un camino malo. Una persistente lluvia estival lo había convertido en una tira de barro apelmazado que se endurecía cuando salía el sol, pero era el único camino que bajaba desde los acantilados de Sangatte hasta las bahías de Calais y Gravelines. En Nieulay, una aldea insignificante donde las hubiera, el camino cruzaba el río Ham por un puente de piedra. El Ham apenas merecía la calificación de río. No era sino un arroyo lento que discurría entre los pantanales asolados por las fiebres hasta desvanecerse en las marismas de la costa. Era tan corto que podía rodearse a pie desde el mar al nacimiento en poco más de una hora, y tan poco profundo que con la marea baja se podía vadear sin que cubriera más allá de la cintura. Inundaba los pantanos en los que medraban los juncos y las garzas cazaban ranas entre la vegetación, y se alimentaba de un laberinto de arroyuelos más pequeños donde los habitantes de Nieulay, Hamines y Guimes colocaban sus trampas de mimbre para al rapar anguilas.

Nieulay y su puente de piedra bien podrían haber conchado en seguir dormitando al margen de la historia, pero el caso es que a tan sólo tres kilómetros al norte se encontraba la villa de Calais y, en el verano de 1347, un ejército de treinta mil ingleses había puesto sitio al puerto. Su campamento se amontonaba entre las formidables murallas de la ciudad y los marjales, de modo que el camino que venía desde los acantilados y cruzaba el Ham en Nieulay era la única ruta que podía utilizar un refuerzo francés y, durante la canícula, cuando los habitantes de la ciudad llegaron al borde de la inanición, Felipe de Valois, rey de Francia, condujo a su ejército hasta Sangatte.

Veinte mil franceses copaban las rocosas alturas formando una hilera de estandartes que el viento marino sacudía. Allí estaba la oriflama, el sagrado pendón marcial de Francia. Era una enorme bandera rematada en tres picos, con ondas llameantes sobre un fondo rojo sangre de preciada seda y, si destacaba tanto, se debía a que era nuevo. La antigua oriflama estaba en Inglaterra, un trofeo que había sido obtenido en la extensa y verde colina entre Wadicourt y Crécy el verano anterior. Pero el nuevo estandarte era tan sagrado como el anterior, y a su alrededor se erguían los pendones de los grandes señores de Francia; los de Bourbon, de Montmorency y el del conde de Armagnac. También había distintivos menores entre los estandartes más nobles, y todos proclamaban que los mejores guerreros del reino de Felipe habían venido para presentar batalla contra los ingleses. Con todo, entre ellos y el enemigo seguían interponiéndose el río Ham y el puente de Nieulay, defendido por una torre de piedra rodeada de trincheras, que estaban llenas de arqueros y hombres

de armas ingleses. Tras aquella guarnición, el río continuaba su curso en aquella gran extensión de pantanos, y en el terreno elevado, junto a la enorme muralla de Calais y su doble foso, se había levantado una población improvisada de casas de madera y tiendas donde vivía el ejército inglés. En Francia nadie había visto nunca un ejército como aquél. El campamento de los sitiadores era más grande que la propia Calais. Las calles delimitadas por lona se extendían hasta donde alcanzaba la vista, se podían distinguir las construcciones de madera, los cercados para la caballería y, entre todo aquello, a los hombres de armas y los arqueros. La oriflama bien podría haber seguido enrollada.

—Podemos tomar la torre, sire —sir Geoffrey de Charny, un soldado curtido como el que más en el ejército de Felipe, señalaba el lugar donde la guarnición inglesa de Nieulay había quedado aislada en la orilla francesa del río, al pie de la colina.

—¿Para qué? —preguntó Felipe. El rey era un hombre débil y dubitativo en la batalla, pero la pregunta era pertinente. Si la torre caía y el puente de Nieulay quedaba en sus manos, ¿de qué serviría? El puente sólo conducía a un ejército inglés aún mayor que ya se estaba desplegando en el suelo firme junto al campamento.

Los ciudadanos de Calais, hambrientos y desesperados, habían visto los estandartes franceses en la cima sur y habían respondido colgando sus propios pendones de las murallas. Representaban imágenes de la Virgen, retratos de san Denis de Francia y, más arriba, en la ciudadela, podía verse también el estandarte real azul y amarillo para informar a Felipe de que sus súbditos seguían viviendo y luchando. Pero el despliegue de coraje no podía ocultar que llevaban once meses sufriendo un asedio: necesitaban ayuda.

—¡Tomad la torre, sire —le instó sir Geoffrey—, y atacad después por el puente! ¡Cristo Bendito, si esos desgraciados contemplan nuestra primera victoria, puede que se amilanen!

Los señores allí congregados emitieron un gruñido de asentimiento.

El rey se mostraba menos optimista. Era cierto que la guarnición de Calais aún resistía, y que los ingleses apenas habían dañado las murallas, por no hablar de que tampoco habían hallado manera de atravesar el doble foso, pero tampoco los franceses habían sido capaces de llevar comida a la ciudad asediada. Sus gentes no querían ánimo, querían alimento. Más allá del campamento inglés, apareció una humareda repentina y, pocos instantes después, el estruendo de un cañón reverberó en los pantanos. El proyectil se había estrellado probablemente contra la muralla, pero Felipe estaba demasiado lejos para calibrar su efecto.

—Una victoria aquí alentaré a la guarnición —insistió el señor de Montmorency — y a la vez desmoralizará los corazones ingleses.

Pero ¿por qué tenían que desmoralizarse los ingleses si caía la torre de Nieulay?

Felipe estaba convencido de que lo único que conseguirían con ello sería aumentar la determinación de los ingleses en defender la carretera al otro extremo del puente, pero también entendía que no podía mantener a sus perros más fieros atados cuando el tan odiado enemigo se hallaba a la vista, así que concedió su permiso.

—Tomad la torre —indicó—, y que el Señor os conceda la victoria.

El rey se quedó donde estaba mientras los señores reunían a sus hombres y se armaban. El viento marino trajo el aroma del salitre, pero también cierto hedor de podredumbre que provenía probablemente de las algas en descomposición que se acumulaban en las extensas playas al quedar al descubierto con la marea. Aquel desagradable olor aumentó la inquietud de Felipe. Su nuevo astrólogo hacía semanas que se negaba a atenderlo alegando una fiebre, pero había llegado al conocimiento del rey que se hallaba en perfecto estado de salud, lo que sólo podía significar que había visto algún desastre en las estrellas y temía comunicárselo a su soberano. Las gaviotas emitían sus agudos chillidos más allá de las nubes. A lo lejos, en el mar, una vela mugrienta hinchaba su vientre en dirección a Inglaterra, mientras otro barco anclaba en las playas tomadas por los ingleses, y nuevos refuerzos del ejército enemigo desembarcaban en pequeños botes. El rey volvió la vista hacia el camino y distinguió un grupo de unos cuarenta o cincuenta caballeros ingleses que cabalgaban hacia el puente. El rey se volvió a santiguar y rezó para que los caballeros quedaran atrapados en el ataque. Detestaba a los ingleses. Los detestaba.

El duque de Bourbon había delegado la organización del asalto en sir Geoffrey de Charny y Edouard de Beaujeu, y eso era bueno. El rey consideraba a ambos hombres sensatos. No dudaba de que pudieran tomar la torre, aunque aún no sabía de qué iba a servir aquello, pero supuso que mejor eso que permitir que sus nobles más osados cargaran contra el puente y se enfrentaran a una derrota total en los marjales. Sabía que nada deseaban más que un ataque de ese tipo. Pensaban que la guerra era un juego y cada derrota sólo aumentaba su entusiasmo por volver a probar. «Insensatos», pensó, se santiguó y se preguntó qué funesta profecía le ocultaba el astrólogo. «Lo que necesitamos —pensó— es un milagro. Alguna gran señal divina». Y entonces se estremeció alarmado porque un timbalero acababa de golpear su enorme nácara. Sonó una trompeta.

La música no anunciaba el avance. Más bien parecía que los músicos afinaban los instrumentos, se preparaban para el ataque. Edouard de Beaujeu, a la derecha, había reunido a más de mil ballesteros e igual número de hombres de armas, y pretendía a todas luces acosar a los ingleses por un flanco mientras sir Geoffrey de Charny y por lo menos quinientos hombres de armas cargaban directamente colina abajo hacia las trincheras inglesas. Sir Geoffrey caminaba a grandes zancadas a lo largo de la línea gritando a los caballeros y hombres de armas que desmontaran. Lo hicieron a regañadientes. Creían que la esencia de la guerra era la carga de la caballería, pero sir



Geoffrey sabía que los caballos no servían de nada contra una torre de piedra protegida por trincheras, así que insistió en combatir a pie.

—¡Espadas y escudos —les dijo—, nada de lanzas! ¡A pie! ¡A pie! —Sir Geoffrey había aprendido por las malas que los caballos eran lamentablemente vulnerables a las flechas inglesas, mientras que los hombres a pie podían avanzar encorvados bajo recios escudos. Algunos de los hombres más nobles se negaban a desmontar, pero él no les hizo caso. Más hombres de armas franceses se apresuraban para unirse a la carga. La pequeña partida de caballeros ingleses que había visto Felipe había cruzado ya el río y daba la sensación de que pretendieran subir la carretera para desafiar a la línea de batalla francesa al completo, pero lo que hicieron fue revisar sus caballos y fijar la mirada en la horda de la cima. El rey, mientras los observaba, vio que los comandaba un gran señor. Lo sabía por el tamaño de su estandarte, y al menos otra docena de caballeros lucían en sus lanzas sus propias insignias en banderas más pequeñas. «Un grupo acaudalado», pensó, «que vale una pequeña fortuna en rescates». Confió en que cabalgaran hasta la torre y quedaran atrapados.

El duque de Bourbon regresó al trote junto a Felipe. Llevaba una armadura de placas bruñida con arena, vinagre y malla hasta quedar reluciente. El casco, aún colgado de la perilla de su silla de montar, lucía un penacho teñido de azul. Se había negado a desmontar de su caballo de guerra, protegido con una capizana de acero y una barda de malla brillante que lo resguardaba de los arqueros ingleses, arqueros que sin duda estarían escarzando sus arcos en las trincheras.

—La oriflama, sire —dijo el duque. Se suponía que era una petición, pero por algún motivo sonó como una orden.

—¿La oriflama? —El rey fingió no entender.

—¿Puedo tener el honor, sire, de portarla en la batalla?

El rey suspiró.

—Superáis al enemigo en proporción de diez a uno —le contestó—, no necesitáis la oriflama. Mejor que se quede aquí. El enemigo la habrá visto. —Y el enemigo sabría lo que la oriflama extendida significaba. Obligaba a los franceses a no hacer prisioneros, a matarlos a todos, aunque, sin ninguna duda, los caballeros ingleses acaudalados serían capturados en lugar de asesinados, pues de un cadáver poco rescate se podía obtener. Con todo, el estandarte de tres picos extendido cumplía la función de aterrorizar los corazones ingleses—. Se quedará aquí —insistió el rey.

El duque iba a protestar, pero justo entonces sonó una trompeta y los ballesteros iniciaron el descenso colina abajo. Vestían los jubones verdirrojos con la insignia del grial de Génova en el brazo izquierdo, y cada uno de ellos iba acompañado de un soldado de infantería que sostenía el pavés, un escudo enorme que protegía al ballestero mientras recargaba su aparatosa arma. A ochocientos metros, junto al río,

los ingleses salían de la torre forzando la marcha y se resguardaban en las trincheras de tierra excavadas muchos meses atrás, de manera que ahora estaban espesamente cubiertas de hierba y matas.

—Os vais a perder la batalla —apuntó el rey al duque, que olvidó el estandarte escarlata e hizo girar su enorme caballo armado en dirección a los hombres de sir Geoffrey.

—*Montjoie St. Denis!* —El duque lanzó el grito de guerra de Francia y los timbaleros golpearon sus enormes tambores mientras una docena de trompetas enviaba su desafío al cielo. Los caballeros bajaron los visores de sus yelmos en una sucesión de golpes metálicos. La mayor parte de los ballesteros genoveses ya habían llegado al pie de la ladera y se desplegaban hacia la derecha para rodear el flanco inglés. Entonces volaron las primeras flechas: flechas inglesas, de plumas blancas, que silbaban por el verde paraje, y el rey, inclinado sobre su montura, observó que había muy pocos arqueros en el frente enemigo. Por lo general, cada vez que los malditos ingleses presentaban batalla, los arqueros superaban en número a los caballeros y hombres de armas por lo menos tres veces.

—¡Id con Dios! —les gritó el rey a sus soldados. Le invadió un entusiasmo repentino ante el olor de la victoria.

Las trompetas volvieron a sonar y ahora la metálica y grisácea marea de hombres de armas se precipitó colina abajo. Aullaban su grito de guerra y las voces competían con los timbaleros, que fustigaban las tensas pieles de cabra, y los trompetas, que tocaban como si pudieran vencer a los ingleses sólo con el sonido.

—¡Por Dios y san Denis! —gritó el rey.

Era el turno de los dardos de ballesta. Cada una de las pequeñas saetas de hierro iba empendolada con tiras de cuero y silbaba al surcar el cielo hacia el terraplén que formaban las barricadas. Volaron cientos de dardos, y acto seguido los genoveses volvieron tras los enormes escudos para accionar los cranequines que tensaban sus armas de tiro reforzadas con acero. Algunas de las flechas inglesas se estrellaron contra los paveses, pero entonces los arqueros se volvieron hacia el ataque de sir Geoffrey. Flecharon los arcos con saetas de casquillo hueco, diez centímetros de afilado acero que perforaba malla como si fuera tela. Tensaron y dispararon, tensaron y dispararon, y las flechas chocaron contra los escudos y las cerradas filas francesas. A un hombre le perforaron el muslo, se tambaleó, y los hombres de armas a su alrededor se apiñaron aún más y volvieron a cerrar la fila. El arquero inglés, de pie para disparar, fue alcanzado en el hombro por un dardo de ballesta y su flecha voló sin control por los aires.

—*Montjoie St. Denis!* —Los hombres de armas lanzaron el desafío a voz en grito mientras la carga alcanzaba el terreno llano al pie de la ladera. Las flechas repiqueteaban contra los escudos con una fuerza turbadora, pero los franceses

mantuvieron la estrecha formación, escudo sobre escudo, y los ballesteros se acercaron aún más para cebarse en los arqueros ingleses, que se veían obligados a elevarse sobre las trincheras para disparar sus armas. Un dardo atravesó limpiamente una celada de hierro tras perforar el cráneo inglés de su interior. El hombre se tambaleó de un lado a otro mientras la sangre le corría por la cara. La descarga de flechas lanzada desde lo alto de la torre obtuvo por respuesta el repiqueteo de los dardos en las piedras del edificio y, en ese mismo momento, los hombres de armas ingleses, al ver que las flechas no habían frenado al enemigo, se pusieron en pie con las espadas desenvainadas para recibir la carga.

—¡San Jorge! —gritaron, y entonces los atacantes franceses superaron la primera trinchera y la emprendieron a tajo limpio con los ingleses que tenían debajo. Algunos de los franceses hallaron estrechas brechas en la trinchera, y por allí se colaron uno tras otro para sorprender a los defensores por la espalda. Los arqueros en las dos trincheras de más atrás tenían ahora blancos fáciles, pero también era así para los ballesteros genoveses, que aparecían entre los escudos para hacer llover hierro sobre el enemigo. Algunos de los ingleses, al sentir cercana la escabechina, empezaron a abandonar las trincheras y a correr en dirección al Ham. Edouard de Beaujeu, que dirigía a los ballesteros, vio a los fugitivos y ordenó a los genoveses que soltaran las ballestas y se unieran al ataque. Blandieron hachas y espadas, y se abalanzaron en tropel hacia el enemigo.

—¡Matadlos! —gritaba Edouard de Beaujeu. Montaba su caballo de guerra y, con la espada desenvainada, espoleó al enorme semental hacia delante—. ¡Matadlos!

Los ingleses de la primera trinchera estaban condenados. Se afanaban en protegerse contra la masa de hombres de armas franceses, pero las espadas, hachas y lanzas no dejaron de cortar. Algunos hombres intentaron rendirse, pero ondeaba la oriflama y eso significaba que no había cuartel, así que los franceses empaparon el fango pringoso del fondo de la trinchera con sangre inglesa. Los defensores de las trincheras traseras se habían dado todos a la fuga, pero el puñado de jinetes franceses, los demasiado orgullosos para luchar a pie, atravesaron las estrechas brechas y, a empujones entre sus propios hombres de armas, se lanzaron por la orilla del río con sus enormes caballos tras los fugitivos, mientras coreaban el grito de guerra. Los sementales daban media vuelta y las espadas degollaban. Un arquero perdió la cabeza junto al río, que inmediatamente empezó a teñirse de rojo. Un hombre de armas gritaba mientras era primero aplastado por un caballo y después ensartado por una lanza. Otro caballero inglés puso las manos en alto, ofreció su guantelete en señal de rendición, y fue abatido por detrás. Una espada se le clavó en la columna y el hacha de un jinete en la cara.

—¡Matadlos! —gritaba el duque de Bourbon con la espada chorreante—. ¡Matadlos a todos! —Vio a un grupo de arqueros que escapaban hacia el puente y

gritó a sus seguidores—: ¡A mí! ¡A mí! *Montjoie St. Denis!*

Los arqueros, cerca de la treintena, habían huido hacia el puente, pero cuando alcanzaron el grupúsculo de casitas con techos de junco junto al río oyeron los cascos y se volvieron alarmados. Por un momento pareció que volverían a ser presa del pánico, pero uno de los hombres los detuvo.

—Disparad a los caballos, chicos —y los arqueros tensaron las cuerdas, soltaron, y las flechas empendoladas de blanco se clavaron en las bestias de guerra. El semental del duque de Bourbon se tambaleó de un lado a otro cuando dos flechas le perforaron la armadura de malla y cuero, después cayó junto a otros dos caballos que se derrumbaban, con las pezuñas por los aires. Los demás jinetes se volvieron instintivamente, en busca de presas más fáciles. El escudero del duque le cedió su propio caballo a su señor y murió mientras la segunda descarga inglesa silbaba desde la aldea. El duque, en lugar de perder tiempo intentando montar el caballo de su escudero, se escabulló torpemente con su preciosa armadura de placas, que lo protegía de las flechas. Delante de él, alrededor de la base de la torre de Nieulay, los supervivientes de las trincheras inglesas habían formado un muro de contención que estaba ahora rodeado por franceses vengativos.

—¡No hagáis prisioneros! —gritó un caballero francés—, ¡no hagáis prisioneros!

El duque llamó a sus hombres para que le ayudaran a montar y dos de los hombres de armas de Bourbon desmontaron para ayudar a su señor a subir a un nuevo caballo; justo entonces escucharon el sonido atronador de los cascos. Se volvieron para ver a un grupo de caballeros ingleses cargando desde la aldea.

—¡Cristo bendito! —El duque estaba a medio montar, tenía la espada envainada y empezó a caer hacia atrás cuando los hombres que lo ayudaban dejaron de hacerlo para sacar sus propias armas. ¿De dónde demonios habían aparecido esos ingleses? En ese momento el resto de sus hombres de armas, desesperados por proteger a su señor, se bajaron las viseras y se volvieron para enfrentarse al desafío. El duque, espatarrado sobre la hierba, oyó el entrechocar de jinetes armados.

Los ingleses formaban parte del grupo de hombres que el rey francés había visto. Se habían detenido en la aldea para contemplar la escabechina de las trincheras y, cuando estaban a punto de cruzar de nuevo el puente y volver a la orilla inglesa, oyeron acercarse a los hombres del duque de Bourbon. Se acercaron demasiado: era un desafío que no podían pasar por alto. Así que el caballero inglés condujo a sus hombres en una carga que desmembró a los hombres de Bourbon. Los franceses no estaban preparados para el ataque, y los ingleses llegaron en perfecta formación, rodilla con rodilla, y las largas lanzas de fresno, erguidas mientras cargaban, descendieron de repente a la posición de matar y rasgaron (ítero y malla. El cabecilla inglés vestía una sobreveste azul atravesada por una banda blanca en la que se apreciaban tres estrellas rojas. Leones amarillos ocupaban el fondo azul del escrocón,

que rápidamente la sangre enemiga volvió negro al clavar el caballero la espada en la axila desprotegida de uno de los hombres de armas franceses. El desgraciado se estremeció de dolor, intentó devolver el golpe con la espada, pero entonces otro inglés le estampó una maza en la visera, que se hundió despidiendo chorros de sangre por al menos una docena de agujeros. Un caballo desjarretado relinchó y cayó a tierra.

—¡Manteneos juntos! —gritaba el inglés de abigarrado escrocón a sus huestes—, ¡manteneos juntos! —Su caballo retrocedió y coceó a un francés desmontado. El hombre cayó al suelo con el casco y el cráneo aplastado bajo la pezuña, y fue en ese momento cuando el jinete vio al duque impotente y de pie junto a un caballo; reconoció el valor de la brillante armadura de placas del hombre y espoleó a su montura en aquella dirección. El duque paró con el escudo el envite de la espada, asestó a su vez un golpe con su propia hoja que chirrió contra la placa de la armadura que cubría la pierna de su enemigo y, de repente, el jinete desapareció.

Otro inglés había apartado el caballo de su jefe. Una horda de jinetes franceses bajaba por la colina. El rey los había enviado con la esperanza de capturar al señor inglés y a sus hombres, y cada vez más franceses, al no poder unirse al ataque de la torre ya que demasiados de ellos se agolpaban a su alrededor para contribuir a exterminar lo que de la guarnición quedaba, cargaban en dirección al puente.

—¡Retirada! —gritó el jefe inglés, pero la calle de la aldea y el estrecho puente estaban bloqueados por los fugitivos y amenazados por los franceses. Podía cargar hacia ellos, pero eso hubiera supuesto matar a sus propios arqueros y perder a algunos de sus caballeros en la caótica huida, así que empezó a buscar una alternativa y miró al otro lado del camino, donde vio un pequeño sendero que discurría paralelo al río.

Bien podría llevar hacia una playa, pensó, y allí, quizá, pudiera girar de nuevo hacia el este para reunirse de nuevo con las lilas inglesas.

Los jinetes que le acompañaban espolearon a sus caballos para seguirle. El sendero era estrecho, sólo podían pasar en fila de a dos; a un lado estaba el río Ham y en el otro una franja de pantano cenagoso, pero la senda era firme y los ingleses cabalaron por ella hasta que alcanzaron un terreno elevado en el que pudieron reagruparse. Sin embargo, no podían escapar. El pequeño terreno elevado era casi una isla, sólo se podía acceder a él por el mismo camino que habían usado ellos, rodeado de una ciénaga de juncos y barro. Habían quedado atrapados.

Un centenar de jinetes franceses estaban preparándose para enfrentarse a ellos, pero los ingleses habían desmontado y formado una barrera de escudos, y la poco agradable perspectiva de abrirse paso a tajo limpio a través de aquel muro de acero los convenció de volver a la torre donde el enemigo era más vulnerable. Los arqueros seguían disparando desde las almenas, y los ballesteros genoveses respondían, y los franceses atacaban violentamente a los hombres de armas ingleses al pie de la torre.

Los franceses cargaban ahora con fuerza. El suelo estaba resbaladizo debido a la lluvia estival y los pies metálicos lo convirtieron en barro a medida que la avanzadilla aullaba el grito de guerra y se lanzaba contra los acorralados ingleses. Éstos habían cerrado filas y encaraban los escudos para recibir la carga. Sonó un estruendo de madera contra metal, y un grito cuando una hoja se deslizó por una de las ranuras entre los escudos y encontró carne. Los ingleses de la segunda fila, la retaguardia, sacudieron mazas y espadas por encima de las cabezas de sus camaradas.

—¡San Jorge! —gritó alguien—. ¡San Jorge! —y los hombres de armas se esforzaron por avanzar para liberar a los muertos y moribundos de entre sus escudos —, ¡matad a esos hijos de puta!

—¡Masacradlos! —fue la respuesta de sir Geoffrey de Charny, y los franceses cargaron de nuevo tropezando con los muertos y heridos, aunque esta vez los escudos ingleses no tocaban borde con borde, y los atacantes aprovecharon los huecos. Las espadas se estrellaron contra las armaduras, y los hombres de Bourbon y sir Geoffrey se abrieron paso destripando mallas y golpeando cascos. Algunos de los últimos defensores intentaban escapar por el río, pero los ballesteros genoveses los persiguieron, y aquello se convirtió en una simple cuestión de mantener a los hombres con armadura en el río hasta que se ahogaran, y saquear después los cadáveres. Unos pocos fugitivos ingleses consiguieron llegar a la otra orilla, para reunirse a trompicones con una línea inglesa de arqueros y hombres de armas que formaba ya para repeler cualquier ataque por el Ham.

En la torre, un francés con un hacha de guerra se cebaba en un inglés: le despedazó la hombrera derecha, rasgó la malla de debajo y tumbó al hombre, pero no paró de dar hachazos hasta que le abrió el pecho al enemigo y quedaron al descubierto costillas blancas entre un amasijo de chatarra y carne. La sangre y el barro convirtieron el suelo en una pasta resbaladiza. Por cada inglés había tres enemigos, y la puerta de la torre se había quedado abierta para proporcionar una retirada a los hombres que la defendían desde el exterior, pero fueron los franceses los que consiguieron entrar. Fuera de la torre, los atacantes remataron con la espada a los últimos defensores, y en el interior empezó la batalla en las estrechas escaleras.

Los escalones giraban a la derecha a medida que subían. Eso significaba que los defensores podían utilizar el brazo derecho sin demasiado engorro, mientras que los atacantes siempre se verían obstaculizados por el enorme pilar central, pero un caballero francés con una especie de lanza corta se abalanzó el primero y destripó a un inglés con ella antes de que otro defensor lo eliminara de un mandoble alzando la espada por encima de la cabeza del moribundo. Llevaban las viseras levantadas porque la oscuridad no permitía ver nada con los ojos medio cubiertos por el metal. Así que los ingleses empezaron a machacar ojos franceses. Los hombres de armas llevaron a ambos muertos al exterior y dejaron un rastro de tripas y vísceras; otros

dos franceses iniciaron una nueva carga por la resbaladiza escalera. Pararon los golpes ingleses, hincaron sus espadas en un inglés y aún más franceses empujaron para subir. Un grito terrible llenó el hueco de la escalera, después apartaron de en medio otro cuerpo ensangrentado: quedaban libres tres escalones más y los franceses volvieron a la carga.

—*Montjoie St. Denis!*

Un inglés con un martillo de herrero bajó las escaleras y lo estrelló contra los cascos franceses, aplastó el cráneo de un hombre e hizo retroceder al resto hasta que otro caballero tuvo el acierto de coger una ballesta y situarse en el escalón adecuado para obtener un buen ángulo. El dardo atravesó la boca del inglés, salió disparado por la parte superior del cráneo, y los franceses volvieron a cargar entre gritos de odio y victoria, patearon al moribundo con sus pies ensangrentados y las espadas llegaron hasta lo alto de la torre. Allí, una docena de hombres intentó hacerlos recular, pero seguían subiendo franceses y más franceses. Los primeros atacantes cayeron bajo las espadas de los defensores, pero la siguiente oleada de hombres pasó por encima de los muertos y moribundos para escabechar a lo que quedaba de la guarnición. Fueron todos masacrados. Un arquero vivió lo suficiente para que le cortaran los dedos, le sacaran los ojos y gritara mientras caía por la torre para ensartarse en las espadas y lanzas que lo esperaban abajo.

Los franceses aullaban de júbilo. La torre parecía un osario, pero el estandarte de Francia ondearía desde sus almenas. Las trincheras se habían convertido en tumbas inglesas. Los vencedores ya empezaban a despojar a los muertos de sus vestiduras en busca de monedas cuando los interrumpió el clangor de una trompeta.

Aún quedaban ingleses en la ribera francesa del río. Y jinetes atrapados en un pedazo de tierra firme.

La matanza aún no había terminado.

\* \* \*

El *St. James* ancló en la playa al sur de Calais y transportó a sus pasajeros a la orilla en botes de remos. Tres de los pasajeros vestidos con cota de malla llevaban tanto equipaje que habían pagado a dos miembros de la tripulación del *St. James* para transportarlo por las improvisadas calles del campamento inglés, en el que buscaban al conde de Northampton. Algunas de las edificaciones tenían dos pisos, y los zapateros, armeros, herreros, fruteros, panaderos y carniceros habían colgado sus insignias en el piso de arriba. Había prostíbulos, tenderetes de adivinas, tabernas e incluso alguna iglesia construidos entre las tiendas y las casas. Los niños jugaban en las calles. Algunos llevaban pequeños arcos y disparaban flechas romas a los irritados perros. Las dependencias de los nobles lucían fuera sus estandartes y estaban

guardadas por parejas de soldados enfundados en cota. Hacia los pantanos, se extendía un cementerio cuyas húmedas tumbas estaban llenas de hombres, mujeres y niños que habían sucumbido a la fiebre que assolaba las ciénagas de Calais.

Los tres hombres encontraron el cuartel del conde, un edificio grande y de madera cerca del pabellón con el estandarte real, y allí dos de ellos, el más joven y el más viejo, se quedaron con el equipaje mientras el tercero, el más alto, se encaminaba hacia Nieulay. Le habían dicho que el conde había conducido una incursión contra el ejército francés.

—Miles de cabrones —había referido el asistente del conde— que husmeaban por la cima de la colina sur, así que a su señoría le han entrado ganas de desafiarlos. Se aburre, eso es lo que le pasa. —Miró el enorme arcón de madera que los otros dos hombres custodiaban—, ¿y qué hay ahí dentro?

—Baratijas —repuso el hombre alto, después se echó al hombro un arco largo y negro, recogió una bolsa de flechas y se marchó.

Se llamaba Thomas. A veces Thomas de Hookton. Otras era Thomas el Bastardo, y si quería ponerse muy formal, también podía llamarse Thomas Vexille, aunque pocas veces lo hacía. Los Vexille eran una familia noble de la Gascuña y Thomas de Hookton era el hijo ilegítimo de un Vexille fugitivo que no le había legado ni el título ni el apellido. Y desde luego nada tenía de gascón. Era un arquero inglés.

Thomas atrajo miradas mientras atravesaba el campamento. Era alto y su pelo negro asomaba por debajo del casco de hierro. Era joven, pero la guerra le había endurecido el rostro. Tenía las mejillas hundidas, ojos oscuros y atentos y una larga nariz que le habían roto en una pelea y recolocado torcida. Tenía la cota oxidada por el viaje y llevaba debajo un jubón de cuero, calzones negros y botas de montar largas y negras sin espuelas. A la izquierda, le colgaba una espada en una vaina también negra, llevaba un macuto a la espalda y una bolsa de flechas blancas en la cadera derecha. Cojeaba ligeramente, cosa que sugería que había sido herido en batalla, aunque lo cierto es que la herida se la había causado un hombre de la iglesia en el nombre de Dios. Las cicatrices de aquella tortura ahora estaban ocultas, excepto el daño de las manos, que se le habían quedado torcidas y llenas de bultos, aunque aún podía tensar el arco. Tenía veintitrés años y era un asesino.

Atravesó los campamentos de los arqueros. La mayoría estaban decorados con trofeos. Vio un peto francés de acero sólido que había sido perforado por una flecha y colgado bien alto para alardear de lo que los arqueros les hacían a los caballeros. Otro grupo de tiendas lucía una veintena de colas de caballo pendidas de una barra. Una cota de malla oxidada rellena de paja y asaeteada colgaba de un arbolito. Más allá de las tiendas, estaba el pantanal que apestaba a letrina. Thomas siguió caminando mientras observaba la formación francesa en las alturas del sur. Había unos cuantos, pensó, bastantes más de los que habían aparecido para pasar por el matadero entre



Wadicourt y Crécy. «Mata un francés —pensó—, y aparecerán dos más». Desde allí veía el puente que tenía delante y el pequeño poblado detrás, y desde el campamento que había dejado a sus espaldas llegaban ahora hombres para formar una línea de batalla que defendiera el puente, pues los franceses estaban atacando el pequeño puesto inglés en la otra orilla. Observaba la marabunta que bajaba por la ladera cuando distinguió al pequeño grupo de jinetes que supuso que serían el conde y sus hombres. A su espalda oyó el sonido amortiguado por la distancia de un cañón inglés contra las bombardeadas murallas de Calais. El ruido se propagó por los pantanos y se desvaneció para ser reemplazado por el entrecuchar de armas en las trincheras inglesas.

Thomas no se apresuró. No era su lucha. Lo que sí que hizo fue bajarse el arco del hombro y armarlo, y entonces reparó en lo fácil que se había vuelto realizar esa operación. El arco era viejo; se estaba cansando. La duela de tejo negra, que una vez había sido recta, estaba ahora levemente combada. Había seguido la cuerda, como decían los arqueros, y él sabía que era hora de construir una nueva arma. Aquel viejo arco, que había teñido de negro y al que le había colocado una insignia de plata que mostraba una extraña bestia sosteniendo un cáliz, se había llevado tantas almas francesas.

No vio a los jinetes ingleses cargar sobre el flanco del ataque francés porque las casuchas de Nieulay ocultaron la breve escaramuza. Lo que sí vio fue cómo el puente se llenaba de fugitivos que tropezaban unos con otros en su prisa por escapar de la furia francesa, y por encima de sus cabezas pudo ver también a los jinetes que acompañaban al conde hacia el mar por la otra orilla del río. Los siguió por el lado inglés del río, abandonando la carretera elevada sobre un terraplén para saltar de matojo en matojo, viéndose obligado a veces a meterse en algún charco o de lleno en el cieno, que intentaba robarle las botas. Después llegó al río, y observó el ascenso de aquella marea color barro que se enroscaba entre los juncos mientras el nivel del agua subía. El viento olía a sal y podredumbre.

Entonces vio al conde. El conde de Northampton era el señor de Thomas, el hombre a quien servía, aunque la correa era larga y la bolsa generosa. El conde contemplaba a los franceses victoriosos y sabía que vendrían a atacarlo; uno de sus hombres de armas había desmontado e intentaba encontrar un camino lo suficientemente firme para que los caballos con armadura pudieran llegar al río. Otros de sus hombres de armas, alrededor de una docena, cerraban filas de pie o arrodillados en el camino por el que llegarían los franceses, preparándose para recibir la carga con escudos y espadas. Desde el poblado, donde la matanza de la guarnición inglesa había terminado, los franceses se dirigían ya como lobos hacia los hombres atrapados.

Thomas se metió en el río. Mantuvo el arco en alto, pues una cuerda húmeda es

inservible para disparar, y luchó contra el empuje de la marea. Le llegó el agua a la cintura, salió por la otra orilla embarrada y corrió hasta donde los hombres de armas esperaban para recibir a los primeros atacantes franceses. Thomas se arrodilló junto a ellos, en medio de los pantanales; clavó sus flechas en el barro, y escogió una.

Se aproximaba una veintena de franceses. Una docena irían montados y esos jinetes seguían el camino, pero por los flancos hombres de armas a pie llegaban de aquí y allá atravesando las ciénagas; Thomas se olvidó de ellos, les costaría alcanzar suelo firme, así que empezó a disparar a los caballeros montados.

Disparaba sin pensar. Sin apuntar. Ésa era su vida, su habilidad y su orgullo. Coger un arco, más alto que un hombre, fabricado de tejo, y utilizarlo para despedir flechas de fresno, coronadas con plumas de ganso y armadas con puntas huecas de acero reforzado. Como el enorme arco se tenía que tensar hasta la comisura de los labios, era inútil apuntar con los ojos. Lo que permitía saber a un hombre dónde acabarían sus flechas eran los años de práctica, y Thomas las disparaba a un ritmo frenético, una flecha cada tres o cuatro latidos, y las plumas blancas azotaron los pantanos y las largas puntas de metal perforaron malla y cuero para clavarse en estómagos, pechos y muslos franceses. Se ensartaban con el mismo sonido de un hacha de carnicero partiendo carne, y detenían a los jinetes inmediatamente. Los dos primeros estaban moribundos, un tercero tenía una flecha clavada en el muslo, y los hombres que les seguían no podían adelantar a los heridos porque el camino era demasiado estrecho, así que Thomas empezó a disparar a los hombres de armas que iban a pie. La fuerza de una flecha era suficiente para tumbar a un hombre de espaldas. Si el francés levantaba el escudo para protegerse la parte superior del cuerpo, Thomas le clavaba una flecha en las piernas: su arco quizás era ya algo viejo, pero seguía siendo letal. Llevaba más de una semana en el mar y sentía el dolor de los músculos de la espalda cuando tensaba la cuerda. Un jinete intentó atravesar el barro, pero su pesado caballo se hundió en el suelo blando; Thomas eligió una flecha para carne, una con la punta ancha que perforaría las tripas y vasos sanguíneos del caballo, y disparó bajo; cogió otra de casquillo hueco y la despidió hacia un hombre de armas con la visera levantada. Thomas no se detenía a comprobar si las flechas daban en el blanco, disparaba y cogía otro proyectil, volvía a disparar y la cuerda del arco azotaba una y otra vez el brazalete de cuerno que llevaba en la muñeca izquierda. Jamás antes se había preocupado por protegerse la muñera que revelaba la rozadura que le producía la cuerda, pero el dominico que le había dado tormento se había cebado en su antebrazo y tenía el surco de la cicatriz, así que ahora llevaba una protección de cuerno que evitaba ese roce sobre la piel.

Aquel dominico estaba ya muerto.

Le quedaban seis flechas. Los franceses se retiraban, pero no habían sido vencidos. Pedían ballesteros y más hombres de armas a gritos, y Thomas, como

respuesta, se metió los dedos en la boca y dejó salir un silbido penetrante. Las dos notas, alta y baja, repetidas tres veces. Tras una pausa, volvió a emitir la doble nota y vio a los arqueros que corrían hacia el río. Algunos eran los hombres que se habían retirado de Nieulay y otros llegaban de la línea de batalla, pues reconocían la señal de los arqueros que indicaba que un compañero necesitaba ayuda.

Thomas recogió sus seis flechas y, al volverse, comprobó que los primeros jinetes del conde habían encontrado un paso por el río y conducían a los caballos pesadamente armados entre la corriente de la marea. Tardarían unos cuantos minutos en cruzar todos, pero los arqueros del otro lado llegaban chapoteando a la orilla francesa y los que estaban cerca de Nieulay ya habían empezado a disparar a un grupo de ballesteros a los que habían enviado a toda prisa hacia la escaramuza inconclusa. Llegaban más jinetes de las alturas de Sangatte, enfurecidos porque los caballeros ingleses estaban logrando escapar. Dos galoparon directos hacia la ciénaga, y los caballos se aterrorizaron en el firme traicionero.

Thomas flechó uno de sus últimos proyectiles, pero luego decidió que el pantano ya había derrotado a los dos hombres y que esa flecha era innecesaria.

Una voz sonó justo detrás de él.

—¿Thomas, no?

—Sire. —Thomas se quitó el casco y se volvió, aún de rodillas.

—No se te da mal eso del arco, ¿eh? —bromeó el conde.

—La práctica, sire.

—Una mente depravada ayuda —repuso el conde y le hizo un gesto para que se levantara. El conde era un hombre bajo, con el pecho como un barril, un rostro curtido por el tiempo que a sus arqueros les gustaba comparar con los cuartos traseros de un toro, pero al que también consideraban gran luchador, buena persona y tan duro como el más bregado de sus hombres. Era amigo del rey, pero también amigo de cualquiera que llevara su insignia. No era hombre de enviar a otros a la batalla si no la comandaba él; había desmontado y se había quitado el casco para que su retaguardia lo reconociera y supiera que compartía el peligro con ellos—. Pensaba que estabas en Inglaterra —le dijo a Thomas.

—Lo estaba —repuso él hablando ahora en francés, pues sabía que el conde se sentía más a gusto en aquella lengua—. Y también he estado en Bretaña.

—Y ahora me rescatas. —El conde sonrió mostrando los agujeros en los que le faltaban dientes—. Me imagino que querrás a cambio una cerveza...

—¿Tanto, mi señor?

El conde rió a carcajada limpia.

—Hemos quedado como unos majaderos, la verdad. —Observaba a los franceses que, ahora, ante el más de un centenar de arqueros ingleses defendiendo la orilla del río, se estaban pensando mejor lanzar otro ataque—. Se nos había ocurrido que a lo

mejor podíamos tentar a unos cuarenta de sus hombres con una batalla de honor junto al pueblo, pero han saltado colina abajo a la mitad del condenado ejército. ¿Me traes noticias de Will Skeat?

—Ha muerto, mi señor. Murió en la batalla de La Roche-Derrien.

El conde se estremeció y después se persignó.

—Pobre Will. Dios sabe cuánto lo quería. Mejor soldado que él aún no ha nacido.

—Miró a Thomas—. ¿Y lo otro? ¿Me traes «eso»?

El conde se refería al Grial.

—Os traigo oro, mi señor —repuso Thomas—, pero no «eso».

El noble guerrero agarró a Thomas por ambos hombros.

—Hablaremos, pero no aquí. —Dirigió la vista a sus hombres y alzó la voz—, ¡retirada! ¡Retiraos todos!

Los hombres de la retaguardia, a pie, ahora que sus caballos estaban a salvo tras superar la marea creciente, se apresuraron hacia el río y lo atravesaron. Thomas los siguió, y el conde, espada en mano, fue el último hombre en vadear las cada vez más profundas aguas. Los franceses, a los que se les había arrebatado un valioso botín, los abuchearon durante la retirada.

Y aquel día se dio por concluida la batalla.

\* \* \*

El ejército francés no se quedó. Habían aniquilado la guarnición de Nieulay, pero incluso los más exaltados de entre sus hombres sabían que poco más podían hacer. Los ingleses eran demasiados. Había miles de arqueros cuyo único pensamiento era que los franceses cruzaran el río y presentaran batalla, así que los hombres de Felipe se marcharon dejando las trincheras de Nieulay llenas de muertos y las colinas barridas por el viento de Sangatte vacías. Al día siguiente, la ciudad de Calais se rindió. El primer impulso del rey Eduardo fue masacrar a todos los habitantes, ponerlos en fila junto al foso y separar las cabezas de los desnutridos cuerpos, pero sus grandes señores protestaron arguyendo que los franceses harían lo mismo en cualquier ciudad inglesa que capturaran en Gascuña o Flandes y el rey, a regañadientes, redujo sus exigencias a seis vidas.

Seis hombres, con las mejillas hundidas y los hábitos de los penitentes, con sogas colgándoles del cuello, fueron traídos desde la ciudad. Eran todos ciudadanos notables, mercaderes o caballeros, hombres de fortuna y posición, el tipo de hombre que había desafiado a Eduardo de Inglaterra durante once meses. Llevaban las llaves de las puertas de la ciudad en cojines que depositaron ante el rey, después se postraron frente a la plataforma de madera en la que el rey, la reina de Inglaterra y los grandes señores de su reino estaban sentados. Los seis hombres suplicaron por sus

vidas, pero Eduardo estaba enojado. Le habían desafiado, así que hizo llamar al verdugo. De nuevo, sus grandes señores le aseguraron que aquella decisión invitaba a las represalias, y la propia reina se arrodilló ante su marido para suplicar por las seis vidas. Eduardo emitió un gruñido, meditó un instante mientras los seis yacían sin moverse junto a la tarima, y después les perdonó la vida.

Los hambrientos ciudadanos recibieron comida, pero no se mostró más compasión que ésta. Fueron desterrados, no se les permitió llevar nada más que la ropa que llevaban y, al salir de la ciudad, aún se les registró para asegurarse de que no pasaban monedas o joyas al otro lado de la línea inglesa. Una ciudad vacía, con casas para ocho mil personas, con almacenes, tiendas, tabernas, muelles, una ciudadela y dos fosos, pertenecía ahora a Inglaterra.

—Un portal a Francia. —El conde de Northampton estaba entusiasmado. Había ocupado la casa de uno de los seis notables enviados al exilio, un hombre que ahora vagaba por Picardía con su familia, como un pordiosero. Era una espléndida morada de piedra junto a la ciudadela, con vistas al muelle de la ciudad, ahora copado por naves inglesas—. Llenaremos la ciudad con buena gente inglesa —añadió el conde—. ¿Quieres vivir aquí, Thomas?

—No, sire —repuso Thomas.

—Ni yo —admitió el conde—. Un muladar en medio de una ciénaga, eso es lo que es. Aun así, es nuestra. Ahora pertenece a Inglaterra. Bueno, ¿y qué es lo que quieres entonces, joven Thomas?

Era por la mañana, tres días después de la rendición de la ciudad, y la ya confiscada riqueza de Calais estaba siendo distribuida entre los vencedores. El conde se había encontrado con que era más rico de lo que pensaba, pues el enorme baúl que Thomas había traído de Bretaña estaba lleno de las monedas de oro y plata que habían capturado en el campamento de Carlos de Blois tras la batalla a las puertas de La Roche-Derrien. Un tercio de su contenido pertenecía al señor de Thomas, y los hombres del conde habían contado las monedas y apartado el tercio de la parte del conde que correspondía al rey.

Thomas contó su historia. Cómo, siguiendo las instrucciones del conde, había ido a Inglaterra para encontrar en el pasado de su padre una pista hacia el Grial. No había encontrado nada, salvo un libro en el que su padre, un sacerdote, había escrito sobre el cáliz sagrado. Pero la cordura del padre Ralph iba y venía, y sus sueños se confundían con la realidad, de modo que Thomas no había sacado nada en claro de aquellas páginas, que le habían sido arrebatadas por el dominico que lo torturó. El libro, sin embargo, fue copiado antes de que el inquisidor se lo llevara y ahora, en la nueva estancia sobre el muelle iluminada por el sol, un joven sacerdote inglés intentaba buscarle sentido al ejemplar.

—Lo que quiero —le dijo Thomas al conde— es comandar arqueros.

—Dios sabe si habrá dónde comandarlos —respondió el conde sombrío—. Eduardo habla de atacar París, pero es improbable que eso llegue a suceder. Habrá una tregua, Thomas. Nos juraremos amistad eterna y nos volveremos a casa a afilar las espadas. —Se escuchó el crujir del pergamino cuando el sacerdote pasó una nueva página. El padre Ralph había escrito en latín, griego, hebreo y francés, y era evidente que el cura inglés conocía bien esas cuatro lenguas y, de vez en cuando, anotaba algo en un pedazo de pergamino. Mientras tanto, en el muelle se descargaban toneles de cerveza, que al rodar sonaban como un trueno, y en la ciudadela capturada la bandera del rey de Inglaterra, leopardos con flor de lis, ondeaba por encima del estandarte francés, que estaba colgado bocabajo en señal de befa. Dos hombres, los compañeros de Thomas, esperaban de pie fuera de la habitación a que el conde los incluyera—. Dios sabe qué trabajo les quedará a los arqueros —prosiguió el conde—, a menos que guarden murallas de fortalezas. ¿Es eso lo que quieres?

—Es lo único para lo que sirvo, mi señor. Disparar un arco. —Thomas hablaba en francés normando, el idioma de la aristocracia de Inglaterra y el que su padre le había enseñado—. Y tengo dinero, mi señor. —Quería decir que podía reclutar arqueros, equiparlos con caballos y ponerlos al servicio del conde, que al conde no le costaría nada y a cambio podría quedarse con un tercio de lo que obtuvieran.

Así era como Will Skeat, un plebeyo, se había construido un nombre. Al conde le gustaban los hombres así, les sacaba partido, y asintió con gesto de aprobación.

—Pero ¿adónde los conducirías? —preguntó—. Odio las treguas.

El joven sacerdote intervino desde su mesa junto a la ventana.

—Sin duda alguna, el rey preferiría que el Grial fuera encontrado.

—Se llama John Buckingham —dijo el conde presentando al sacerdote—, y es Chambelán de Ingresos del Tesoro, un cargo que quizás a ti no te diga demasiado, joven Thomas, pero que significa que sirve al rey y que con casi total seguridad será Arzobispo de Canterbury antes de cumplir treinta años.

—Difícilmente, mi señor —repuso el sacerdote.

—Y por supuesto el rey quiere que aparezca el Grial —dijo el conde—, todos queremos que aparezca. ¡Quiero ver ese trasto en la Abadía de Westminster! Quiero ver al rey de Francia, que los demonios le lleven, postrado ante él. Quiero que peregrinos de toda la cristiandad nos traigan su oro. Por el amor de Dios, Thomas, ¿existe ese condenado Grial? ¿Lo tenía tu padre?

—No lo sé, mi señor —repuso Thomas.

—Vaya para qué me sirves —gruñó el conde.

John Buckingham revisó sus notas.

—¿Tenéis un primo llamado Guy Vexille?

—Sí —contestó Thomas.

—¿Y él busca también el Grial?

—Buscándome a mí, y yo no sé dónde está.

—Pero él buscaba el Grial antes de saber que existíais —señaló el joven cura—, lo que me indica que posee ciertos conocimientos que se nos niegan. Aconsejaría, mi señor, que busquemos a ese tal Guy Vexille.

—Seremos dos perros que se muerden la cola —comentó Thomas con amargura.

El conde indicó al arquero que callara. El sacerdote volvió a repasar sus notas.

—Y, aun siendo tan oscuros, en estos escritos —añadió en tono reprobador— hay al menos un rayo de luz. Parecen confirmar que el grial estuvo en Astarac. Que estuvo allí escondido.

—¡Y que alguien lo robó de allí después! —protestó Thomas.

—Si perdéis algo valioso —respondió Buckingham con paciencia—, ¿dónde empezaríais a buscarlo? Sin duda, en el lugar donde fue visto por última vez. ¿Dónde está Astarac?

—En Gasuña —contestó Thomas—, en el feudo de Berat.

—¡Ah! —exclamó el conde, pero después no dijo nada más.

—¿Y habéis estado allí? —preguntó Buckingham. Era un hombre joven, pero emanaba la autoridad que le confería algo más que su trabajo en el Tesoro real.

—No.

—Pues os sugiero que vayáis —decidió el cura—, a ver qué descubris. Y si hacéis suficiente ruido durante la búsqueda, puede que vuestro primo acuda a buscaros, os encontréis y descubráis qué sabe él. —Sonrió como si con ese gesto indicara que había resuelto el problema.

Rompió el silencio uno de los perros de caza del conde, que se rascaba desde una esquina de la habitación; desde los muelles, un marinero soltó una sarta de blasfemias que hubieran hecho enrojecer al diablo.

—Yo no puedo capturar a Guy solo —protestó Thomas—, y Berat no es vasallo de nuestro rey.

—Oficialmente —informó Buckingham—, Berat es vasallo del conde de Toulouse, que hoy por hoy significa del rey de Francia. El conde de Berat es desde luego enemigo.

—Aún no se ha firmado la tregua —sugirió dubitativo el conde.

—Y me temo que no se firmará durante días —concordó Buckingham.

El conde miró a Thomas.

—¿Y quieres sólo arqueros?

—Quisiera a los hombres de Will Skeat, sire.

—Y sin duda te servirían —repuso el conde—, pero no puedes comandar hombres de armas, Thomas. —Con ello señalaba que Thomas, dado que no era de noble cuna y aún muy joven, podía tener la autoridad para comandar arqueros, pero a los hombres de armas, que se consideraban de rango superior, les molestaría su

mando. Will Skeat, peor nacido que Thomas, lo había logrado, pero Will era mucho más viejo y tenía bastante más experiencia que él.

—Yo sí puedo comandar hombres de armas —anunció uno de los dos hombres que esperaba junto a la pared.

Thomas los presentó. El que había hablado era un hombre mayor, marcado por las cicatrices, tuerto, duro como la malla. Respondía a la gracia de sir Guillaume d'Evécque, señor de Evécque, y había tenido un feudo en Normandía hasta el día en que su propio rey se volvió contra él; ahora era un señor sin tierra y amigo de Thomas. El otro, el más joven, también era un amigo. Era escocés, y se llamaba Robbie Douglas, prisionero en Durham el año anterior.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el conde cuando fue conocedor de las circunstancias de Robbie—, pero, a estas alturas, ya debéis haber obtenido el dinero de vuestro rescate, ¿no?

—Lo he reunido, mi señor —admitió Robbie—, y lo he perdido.

—¡Cómo que lo habéis perdido!

Robbie miró al suelo, de modo que Thomas aclaró la situación con una sola palabra.

—Dados.

El conde parecía contrariado, después se volvió hacia sir Guillaume.

—He oído hablar de vos —dijo, y eso era un cumplido—, y sé que podéis comandar hombres de armas, pero ¿a quién servís?

—A ningún hombre vivo, mi señor.

—Pues no podéis comandar mis hombres de armas —añadió pertinentemente, y esperó.

Sir Guillaume vaciló. Era un hombre orgulloso, de treinta y cinco años, con experiencia en la guerra y una reputación que se había forjado al principio luchando contra los ingleses. Pero ahora no poseía tierra ni señor, y como tal era poco más que un vagabundo, así que, tras una pausa, se adelantó hacia el conde, se arrodilló ante él y levantó las manos en oración. El conde las rodeó con las suyas.

—¿Prometéis servirme? —preguntó—, ¿ser mi vasallo y no servir a nadie más?

—Lo prometo —afirmó con sinceridad sir Guillaume, el conde le invitó a levantarse y los dos hombres sellaron su pacto con un beso en los labios.

—Me siento honrado —dijo el conde mientras sujetaba de ambos hombros a sir Guillaume, después se volvió hacia Thomas—. Así que puedes mantener una guarnición decente. ¿Qué necesitas, cincuenta hombres? La mitad arqueros.

—¿Cincuenta hombres en un feudo lejano? —preguntó Thomas—. No duraríamos ni un mes, mi señor.

—Sí que lo haréis —contestó el conde y procedió a explicar su anterior reacción de sorpresa al oír que Astarac estaba en el condado de Berat—. Hace años, joven



Thomas, antes de que tu madre te destetara, poseíamos propiedades en Gascuña. Las perdimos, pero jamás las rendimos formalmente, así que hay tres o cuatro señoríos en Berat que puedo reclamar con toda legitimidad. —John Buckingham, que había vuelto a las notas del padre Ralph, levantó una ceja en señal de que la legitimidad de la reclamación, como mucho, sería tenue, pero no dijo nada—. Ve, toma uno de esos castillos —prosiguió el conde—, saquea, haz dinero y los hombres se unirán a ti.

—Y los hombres también se unirán contra mí —observó Thomas tranquilamente.

—Y Guy Vexille será uno de ellos —dijo el conde—, así que ahí tienes tu oportunidad. Aprovéchala, Thomas, y vete de aquí antes de que se firme la tregua.

Thomas dudó un par de segundos. Lo que el conde sugería parecía bordear la majadería. Tenía que adentrarse con cincuenta hombres en el sur profundo de Francia, capturar una fortaleza, defenderla, confiar en apresar a su primo, encontrar Astarac, explorarlo y seguir la pista del Grial. Sólo un insensato aceptaría una carga tal, pero la alternativa era pudrirse con el resto de los arqueros sin empleo.

—Lo haré, mi señor —respondió.

—Bien. Largo, ¡todos! —El conde condujo a Thomas hasta la puerta, pero cuando Robbie y sir Guillaume estuvieron en las escaleras, agarró a Thomas para decirle un par de cosas en privado.

—No te llesves al escocés —dijo el conde.

—¿No, mi señor?

—Es un maldito escocés y no confío en ellos. Son todos unos ladrones y unos mentirosos. Peor que los putos franceses. ¿De quién es prisionero?

—De Lord Outhwaite.

—¿Y Outhwaite ha permitido que viaje contigo? Me sorprende. No importa, le devuelves a Outhwaite a tu amigo escocés y dejas que se pudra hasta que su familia consiga el rescate. Pero no quiero que un puto escocés se lleve el Grial a su tierra. ¿Me entiendes?

—Sí, mi señor.

—Muy bien —añadió el conde y le dio una palmada en la espalda—. Ahora vete y prospera.

Vete y muere, más bien. Vete a cumplir la misión del soplagaitas, pues Thomas no creía que el grial existiera. Quería que existiera, quería creer en las palabras de su padre, pero su padre había estado dominado por la locura, y no podía afirmarse que todas sus acciones hubieran sido nobles. Thomas tenía sus propias ambiciones: convertirse en un jefe tan bueno como Will Skeat. Ser un arquero. Con todo, la misión del soplagaitas le daba la oportunidad de reunir hombres, comandarlos y seguir su sueño. Así que... iría tras el Grial, a ver qué pasaba.

Se dirigió al campamento inglés y tocó un tambor. Llegaba la paz, pero Thomas de Hookton estaba reclutando hombres para ir a la guerra.

# **PRIMERA PARTE**

## *El juguete del diablo*



El conde de Berat era viejo, pío y cultivado. Había vivido sesenta y cinco años, y le gustaba jactarse de no haber abandonado su feudo en los últimos cuarenta. Era el señor del enorme castillo de Berat, que se erguía sobre un risco de piedra caliza encima de la ciudad de Berat, casi rodeada por completo por el río Berat, donde tenía su origen la fertilidad del condado. Allí se cultivaban olivos, uva, peras, ciruelas, cebada y mujeres. Al conde le gustaba todo. Se había casado cinco veces, cada mujer más joven que la anterior, pero ninguna le había dado hijos. Ni siquiera había conseguido hacerle un mal bastardo a alguna ordeñadora aunque, Dios era testigo, no habría sido por falta de intentos.

La ausencia de niños había convencido al conde de que Dios lo castigaba, así que en su ancianidad se había rodeado de curas. La ciudad tenía una catedral y dieciocho iglesias, un obispo, canónigos y sacerdotes para llenarlas, y también había un edificio de frailes dominicos en la puerta este. El conde había bendecido la ciudad con dos nuevas iglesias y construido un convento en lo alto de una colina, al oeste, al otro lado del río pasando los viñedos. Tenía un capellán en plantilla y, a muy alto precio, había adquirido un puñado de la paja del pesebre en que descansó el niño Jesús tras nacer. El conde la había recubierto de cristal, oro y gemas, y colorado el relicario en el altar de la capilla del castillo, donde rezaba cada día. Pero ni siquiera el sagrado talismán parecía ayudar. Su quinta esposa tenía diecisiete años, era regordeta y saludable y, como las otras, infértil.

Al principio, el conde sospechó que la compra de la paja santa había sido un engaño, pero el capellán le aseguró que la reliquia procedía del palacio papal en Aviñón, y le mostró una carta firmada por el Santo Padre en persona garantizando que la paja había sido efectivamente el lecho de Cristo niño. Después, el conde hizo examinar a su nueva esposa por cuatro eminentes doctores y aquellas lumbreras aseguraron que su orina era clara, sus partes estaban intactas y sus apetitos eran saludables, así que el conde empleó sus propios conocimientos en la búsqueda de un heredero. Hipócrates había escrito sobre el efecto de la pintura en la concepción, así que el conde ordenó a un pintor que decorara las paredes de la cámara de su esposa con cuadros de la Virgen y el niño; él comía judías rojas y mantenía calientes sus aposentos. Nada funcionó. No era culpa del conde, eso lo sabía. Había plantado semillas de cebada en dos cacharros y regó uno con la orina de su esposa y el otro

con la suya propia, y en los dos brotaron plantones, lo que, al decir de los médicos, demostraba que tanto el conde como la condesa eran fértiles.

Eso significaba, había decidido el conde, que estaba maldito. Así que se volcó más ávidamente en la religión porque sabía que no le quedaba mucho tiempo. Aristóteles había escrito que la edad de setenta años era el límite de la habilidad del hombre, así que al conde le quedaban sólo cinco años para obrar el milagro. Entonces, una mañana de otoño, aunque en su momento no reparó en ello, sus plegarias fueron escuchadas.

En esa misma época, llegaron hombres de la Iglesia de París. Tres sacerdotes y un monje que traían a Berat una carta de Louis Bessières, cardenal y arzobispo de Livorno, Legado Papal en la Corte de Francia, y la carta era humilde, respetuosa y amenazadora. Era una petición para que permitiera al hermano Jerome, un joven monje de formidables conocimientos, examinar los archivos de Berat. «Conocemos bien —había escrito el cardenal arzobispo en elegante latín— el enorme amor que profesáis por todos los manuscritos, paganos y cristianos, y por ello os rogamus, por el amor de Cristo y por la permanencia de Su reino, que permitáis al hermano Jerome examinar vuestros títulos de propiedad». Esa petición no suponía, en principio, ningún problema, pues era cierto que el conde de Berat poseía una biblioteca y una colección de manuscritos que era probablemente la más completa de toda Gascuña, sino de todos los territorios cristianos del sur, pero lo que la carta no dejaba claro era por qué el cardenal arzobispo estaba tan interesado en los títulos del castillo. En cuanto a la referencia a las obras paganas, era una amenaza. Rechazad la petición, decía el cardenal arzobispo entre líneas, y echaré encima de vuestro condado a los perros sagrados que son los dominicos y los inquisidores, y hallarán que las obras paganas favorecen la herejía. Entonces empezarán los juicios y las hogueras, que no afectarían al conde directamente, pero que le obligarían a comprar indulgencias para asegurarse de que su alma no se condenara. La Iglesia tenía un apetito glotón para el dinero, y todos sabían que conde de Berat era rico. El conde no deseaba ofender al cardenal arzobispo, pero sí quería saber por qué Su Eminencia se había interesado de repente en Berat.

Con esa intención, el conde había convocado al padre Roubert, el dominico jefe de la ciudad de Berat, al gran salón del castillo, que hacía mucho que había dejado de ser un lugar de festejos, y que había ido llenándose de estanterías en las que enmohecían antiguos documentos y preciosos libros manuscritos envueltos en cuero oleoso.

El padre Roubert tenía sólo treinta y dos años. Era el hijo de un curtidor de la ciudad que había prosperado en la Iglesia gracias al patronazgo del conde. De gran estatura, era un hombre muy severo, con el pelo negro y tan corto que al conde le recordaba los cepillos de cerdas metálicas que los armeros usaban para bruñir las

cotas de malla. El padre Roubert estaba además, aquella preciosa mañana, enfadado.

—Mañana tengo cosas que hacer en Castillon d'Arbizon —dijo—, y debo partir antes de una hora si pretendo llegar a la ciudad de día.

El conde hizo caso omiso de la brusquedad que tenía el tono del padre Roubert. Al dominico le gustaba tratar al conde como a un igual, una impertinencia que él toleraba porque le divertía.

—¿Qué tenéis que hacer en Castillon d'Arbizon? —preguntó; inmediatamente lo recordó—. Ah, claro. Vais a quemar a la begarda, ¿verdad?

—Mañana por la mañana.

—Arderá lo mismo con o sin vos, padre —prosiguió el conde—, y el diablo se llevará su alma tanto si estáis allí para disfrutarlo como si no. —Miró al fraile de arriba abajo—. ¿O es que os gusta ver arder a las mujeres?

—Es mi deber —repuso el padre Roubert estirado.

—Ah sí, vuestro deber. Claro. Vuestro deber... —El conde observó concentrado el tablero de ajedrez encima de la mesa, mientras valoraba si era conveniente hacer avanzar un peón o retirar un alfil. Era un hombre bajo y regordete, con la cara redonda y la barba recortada. Solía llevar un gorrito de lana encima de la calva e, incluso en verano, pocas veces se le veía sin una túnica forrada de piel. Tenía los dedos siempre manchados de tinta, de manera que tenía más aspecto de secretario descuidado que de gobernante de un importante dominio—. Pero también tenéis un deber conmigo, Roubert —reprendió al dominico—, y es éste. —Le tendió la carta del cardenal arzobispo al fraile y observó mientras el cura leía el extenso documento—. ¿Verdad que escribe muy bien en latín? —preguntó el conde.

—Emplea un secretario educado como es debido —espetó el padre Roubert, y después examinó el gran sello rojo para asegurarse de que el documento era genuino—. Dicen —el fraile tenía ahora un tono más respetuoso— que se considera al cardenal Bessières como posible sucesor del Santo Padre.

—Así que no es un hombre al que haya que ofender.

—No se debería ofender a ningún hombre de la Iglesia —respondió el padre Roubert con frialdad.

—Y desde luego a ninguno que vaya a convertirse en papa —concluyó el conde—. Pero ¿cuáles pueden ser sus intenciones?

El padre Roubert se acercó a una ventana cubierta con una celosía de plomo y paneles de mica que sólo permitía el paso de una luz mortecina, pero que salvaguardaba de la lluvia, los pájaros y algunos de los vientos fríos del invierno. Levantó la celosía del marco y respiró el aire que, a esa altura en el castillo, carecía por fortuna del hedor a letrina que infestaba la ciudad. Era otoño, y el ligero aroma de la uva prensada flotaba en el ambiente. A Roubert le gustaba aquel olor. Se volvió al conde.

—¿Está ese monje aquí?

—En una de las habitaciones de invitados —contestó el conde—. Descansa. Es joven, muy nervioso. Me hizo una reverencia muy propia, pero se negó a revelar qué desea el cardenal.

Un estrépito en el patio de abajo empujó al padre Roubert a echar otro vistazo por la ventana. Tenía que asomarse bastante porque, incluso en aquel lugar, a doce metros de altura, las paredes tenían casi un metro y medio de grosor. Un jinete con armadura de placas completa acababa de cargar contra la estructura giratoria del patio y la lanza había golpeado el escudo de madera con tanta fuerza que el armazón al completo se había derrumbado.

—Vuestro sobrino está jugando —dijo mientras se erguía.

—Mi sobrino y sus amigos practican —corrigió el conde al fraile.

—Mejor haría en velar por su alma —repuso el padre Roubert con amargura.

—No tiene alma, es un soldado.

—Un soldado de torneos —se burló el fraile.

El conde se encogió de hombros.

—No basta con ser rico, padre. El hombre debe ser además fuerte y Joscelyn es mi brazo fuerte. —El conde dijo esto convencido, pero lo cierto es que no estaba seguro de que su sobrino fuera el heredero idóneo de Berat. Aun así, el conde no tenía hijos, y el feudo tendría que pasar a manos de uno de sus sobrinos. Joscelyn era probablemente el mejor de una pobre estirpe. Lo que sólo hacía más apremiante conseguir un heredero—. Os he pedido que vengáis —dijo, y escogió la palabra «pedido» en lugar de «ordenado»—, porque puede que vuestra perspicacia arroje luz sobre los intereses de Su Eminencia.

El fraile volvió a mirar la carta del cardenal.

—Títulos —dijo.

—También yo he reparado en esa palabra —repuso el conde. Se apartó de la ventana abierta—. Esa corriente de aire es peligrosa, padre.

El padre Roubert colocó la celosía en su sitio a regañadientes. Sabía que el conde había deducido de sus libros que, para ser fértil, debía mantenerse caliente, y el fraile se preguntó cómo las gentes de los países fríos del norte procreaban siquiera.

—Así que el cardenal no está interesado en vuestros libros —dijo el dominico—, sino sólo en los archivos del condado.

—Eso parece. ¿Doscientos años de rollos fiscales? —El conde rió entre dientes—. El hermano Jerome va a disfrutar con éstos.

El fraile no dijo nada durante un rato. El entrechocar de espadas reverberaba en la muralla del castillo mientras el sobrino del conde y sus amigotes entrenaban con las armas en el patio. En cuanto lord Joscelyn heredara aquello, pensó el fraile, todos los libros y pergaminos acabarían en las llamas. Se acercó más al hogar en el que, a pesar

de que fuera no hacía frío, crepitaba una enorme hoguera, y el fuego le recordó a la muchacha que debía arder a la mañana siguiente en Castillon d'Arbizon. Era una hereje, una criatura infecta, el juguete del diablo, y recordó su agonía mientras le extraía la confesión. Quería verla arder y oír los gritos que anunciarían su llegada a las puertas del infierno; cuanto antes respondiera al conde, antes podría marcharse.

—Me ocultáis algo, Roubert —intervino el conde antes de que el fraile pudiera hablar.

El fraile detestaba que lo llamaran por su solo nombre cristiano, eso le recordaba que el conde lo conocía desde pequeño y había pagado por su ascensión.

—No oculto nada —protestó.

—Pues decidme por qué un arzobispo cardenal iba a enviar a un monje a Berat.

El fraile apartó la mirada de la hoguera.

—¿Tengo que recordaros que el condado de Astarac es ahora parte de vuestros dominios?

El conde se quedó mirando al padre Roubert, y enseguida reparó en lo que decía el fraile.

—Dios mío... no —acertó a articular el conde. Se persignó y volvió a su silla. Le echó otra ojeada al tablero, se rascó bajo el gorro y volvió la mirada al dominico—. Esa vieja historia no, por favor.

—Ha habido rumores —dijo con voz queda el padre Roubert—. Un hombre de nuestra orden, un hombre recto, Bernard de Taillebourg, murió este año en Bretaña. Iba en busca de algo, nunca se nos dijo el qué, pero los rumores dicen que hizo causa común con un miembro de la familia Vexille.

—Dios Todopoderoso —exclamó el conde—. ¿Por qué no me habéis contado esto antes?

—¿Queréis que venga a molestaros con cada chisme que se cuenta en las tabernas? —replicó el padre Roubert.

El conde no respondió. Pensaba en los Vexille. Los antiguos condes de Astarac. Antaño fueron poderosos, grandes señores de extensas tierras, pero la familia se vio relacionada con la herejía cátara y, cuando la Iglesia exterminó la plaga con la quema, los Vexille huyeron a su último señorío, el castillo de Astarac, donde fueron vencidos. La mayoría sucumbió, pero algunos consiguieron huir, incluso a Inglaterra, sabía el conde, mientras que el arruinado Astarac, hogar de cuervos y zorros, había sido engullido por el feudo de Berat, y con las ruinas del castillo había llegado también la persistente historia de que los vencidos Vexille guardaron una vez los legendarios tesoros de los cátaros, y que uno de esos tesoros era el Santo Grial. Y el motivo, evidentemente, por el que el padre Roubert no había hecho mención a los chismes era porque quería encontrar el Grial antes que nadie. Bueno, el conde se lo perdonaría. Dirigió la mirada al otro lado de la amplia sala.

—Así que el cardenal arzobispo cree que el Grial puede hallarse entre estas cosas.  
—Señaló sus libros y pergaminos.

—Louis Bessières —añadió el fraile— es un hombre codicioso; violento y ambicioso. Revolvería cielo y tierra con tal de encontrar el Grial.

El conde lo entendió entonces. Entendió la pauta de su vida.

—Había una leyenda, claro que sí —murmuró en voz alta—, el guardián del Grial estará maldito hasta que devuelva su copa a Dios.

—Leyendas —dijo el padre Roubert con desdén.

—Pero si el Grial está aquí, padre, incluso si está escondido, yo soy su guardián.

—Sí. —Era evidente que el dominico volvía a burlarse de su señor.

—Por eso Dios me ha maldecido —prosiguió el conde azorado—, porque sin ser consciente de ello tengo su tesoro y no lo he valorado. —Sacudió la cabeza—. Retiene a mi hijo porque yo retengo el cáliz del suyo. —Le lanzó una mirada sorprendentemente dura al joven fraile—, ¿existe, padre?

El padre Roubert vaciló, y después asintió a regañadientes.

—Es posible.

—En ese caso, lo mejor es que concedamos permiso al monje para empezar su búsqueda, pero también debemos asegurarnos de encontrar lo que busca antes que él. Padre Roubert, vos estudiaréis los títulos y le pasaréis al hermano Jerome sólo los informes que no mencionen tesoros, reliquias o griales, ¿lo comprendéis?

—Buscaré el consejo de mi regente para llevar a cabo esa tarea —respondió el padre Roubert con rigidez.

—¡Sólo buscaréis el Grial! —El conde dio un manotazo al brazo de su sillón—. Empezaréis ahora mismo, Roubert, y no os detendréis hasta haber leído cada pergamino de esas estanterías. ¿O preferís que destierre a vuestra madre, hermanos y hermanas de sus casas?

El padre Roubert era un hombre orgulloso y se encendió, pero no era un insensato, así que, tras una pausa, hizo una reverencia y, con humildad, respondió:

—Buscaré en los documentos, mi señor.

—Empezad ahora —insistió el conde.

—Por supuesto, mi señor —añadió y lanzó un suspiro porque no vería arder a la muchacha.

—Yo mismo os ayudaré —añadió con entusiasmo el conde. Porque ningún cardenal arzobispo iba a llevarse de Berat el tesoro más sagrado sobre la faz de la tierra. Él mismo, conde de Berat, lo encontraría antes.

\* \* \*

El fraile dominico llegó a Castillon d'Arbizon un atardecer de otoño, justo cuando



el vigía cerraba la puerta oeste. Habían encendido un enorme brasero debajo del arco de la puerta para calentar a los guardias de la ciudad durante lo que prometía ser la primera noche fría del declive del año. Los murciélagos aleteaban por encima de las murallas a medio reparar y de la torre del alto castillo, que coronaba la inclinada colina de Castillon d'Arbizon.

—Que el Señor le acompañe, padre —dijo el vigía al detenerse para dejar pasar al alto padre por la puerta; pero el guardia hablaba lemosín, su lengua nativa, y el fraile no conocía dicha lengua, así que se limitó a sonreír un poco y a sugerir con un gesto vago la señal de la cruz, antes de levantar ligeramente los faldones de su sotana y emprender el camino hasta el castillo por la empinada calle. Las muchachas, terminada la jornada diaria, paseaban por las calles, y algunas dejaban escapar risitas, pues el fraile era un hombre bastante guapo a pesar de la leve cojera. Tenía el pelo negro y desgredado, el rostro duro y los ojos oscuros. Una puta lo llamó desde el portal de una taberna e hizo estallar en carcajadas a los hombres que bebían en la mesa de la calle. Un carnicero echó un cubo de agua ante la fachada de su tienda y la sangre diluida se coló por la alcantarilla cuando pasaba el fraile; desde el piso de arriba, mientras, una vecina insultaba a la otra junto a la vara en la que había tendido la colada. La puerta oeste se cerró a los pies de la calle, y la barra cayó en su sitio con un golpe sonoro.

El fraile no prestó atención a nadie ni a nada. Sólo siguió subiendo hasta la iglesia de san Sardos, acurrucada bajo un claro bastión del castillo, y, una vez dentro, se arrodilló en los escalones del altar, se persignó y se postró. Una mujer vestida de negro que rezaba en la nave del altar de santa Agnés, molestanda por la siniestra presencia del fraile, se santiguó también y abandonó la iglesia a toda prisa. El fraile, postrado en el suelo del primer escalón, se limitó a esperar.

Un alguacil de la ciudad, vestido con la librea gris y roja de Castillon d'Arbizon, había observado al fraile mientras subía la colina. Había reparado en su hábito ajado y en que el hombre parecía joven y fuerte, así que fue en busca de uno de los cónsules de la ciudad y, dicho oficial, tras colocarse el gorro cubierto de piel sobre el pelo cano, ordenó al alguacil que mandara llamar a más hombres armados mientras él iba a buscar al padre Medous y uno de los dos libros del cura. El grupo se reunió fuera de la iglesia, y el cónsul ordenó a los curiosos que se habían reunido allí que se apartaran.

—Aquí no hay nada que ver —aclaró oficiosamente.

Pero sí que lo había. Había venido un extraño a Castillon d'Arbizon, y todos los extraños eran motivo de sospecha, así que la gente se quedó a mirar mientras el cónsul adecentaba su uniforme oficial gris y rojo ribeteado de pelo de liebre y ordenaba a los tres alguaciles que abrieran la puerta de la iglesia.

¿Qué esperaba la gente? ¿Que saliera un demonio de san Sardos? ¿Pensaban que

aparecería una bestia calcinada con alas negras y un rastro de humo tras la cola bífida? El padre Medous, el cónsul y dos de los alguaciles se metieron en la iglesia, mientras el tercero se quedó a guardar la puerta con su vara de oficial, en la que se apreciaba la insignia de Castillon d'Arbizon, un halcón que cargaba un haz de cebada. La multitud esperó. La mujer que había abandonado la iglesia dijo que el fraile estaba rezando.

—Pero parece malvado —añadió—, parece el diablo —y se apresuró a santiguarse de nuevo.

Cuando el padre Medous, el cónsul y los dos guardias entraron en la iglesia, la figura alargada del fraile aún yacía junto al altar, con los brazos extendidos formando la señal de la cruz. Debía de haber oído las botas claveteadas sobre las losas desiguales de la nave, pero no se movió, ni habló tampoco.

—¿*Paire*?— preguntó nervioso el cura de Castillon d'Arbizon. Hablaba en lemosín y el fraile no respondió—, ¿Padre? —preguntó esta vez en francés.

—¿*Sois dominico*? —El cónsul estaba demasiado impaciente para esperar respuesta a la vacilante pregunta del padre Medous—. ¡Responded! —También hablaba en francés y su tono era severo, como correspondía al primer ciudadano de Castillon d'Arbizon—. ¿*Sois dominico*?

El fraile terminó su oración, puso las manos junto a la cabeza, se detuvo un momento, y después se puso en pie y miró a los cuatro hombres.

—He recorrido un largo camino —repuso en tono insolente—, y necesito lecho, comida y vino.

El cónsul repitió la pregunta.

—¿*Sois dominico*?

—Sigo el camino del bendito santo Domingo —confirmó el fraile—. No hace falta que el vino sea bueno, comeré lo que vuestras gentes más menesterosas coman, y me basta con un lecho de paja.

El cónsul vaciló, pues el fraile era alto, evidentemente fuerte y algo en él infundía respeto, pero el cónsul, un hombre acaudalado y respetado en Castillon d'Arbizon, no se arredró.

—*Sois joven para ser fraile* —añadió acusador.

—La gloria de Dios sólo es más grande cuando los hombres jóvenes siguen la cruz en lugar de la espada. Puedo dormir en un establo —respondió con desdén.

—¿Vuestro nombre? —exigió el cónsul.

—Thomas.

—¡Un nombre inglés! —había alarma en la voz del cónsul y los dos alguaciles reaccionaron levantando sus largas varas.

—*Tomás*, si preferís —aclaró, al parecer en absoluto preocupado por el acercamiento amenazador de los dos alguaciles—. Es mi nombre de bautismo y el

nombre de aquel pobre discípulo que dudó de la divinidad de Nuestro Señor. Si vos no tenéis dichas dudas, os envidio, y ruego al señor que me conceda esa certeza.

—¿Sois francés? —preguntó el cónsul.

—Soy normando —repuso el fraile, y asintió—. Sí, soy francés. —Miró al cura—. ¿Habláis francés?

—Sí. —El cura parecía nervioso—. Algo. Un poco.

—¿Puedo entonces compartir mesa con vos esta noche, padre?

El cónsul no permitió que el padre Medous respondiera, lo que hizo fue ordenarle al cura que le entregara al fraile el libro. Era un libro muy viejo con las páginas carcomidas y una funda de cuero que el dominico desenvolvió.

—¿Qué queréis de mí? —inquirió el fraile.

—Leed el libro. —El cónsul había reparado en que las manos del dominico estaban llenas de cicatrices y que tenía los dedos ligeramente retorcidos. Heridas, pensó, más propias de un soldado que de un cura—, ¡he dicho que me leáis el libro!

—¿No podéis hacerlo vos mismo? —preguntó el fraile con sorna.

—Que yo sepa o no leer —prosiguió el cónsul—, no es asunto vuestro. Pero que vos sepáis hacerlo, joven, a nosotros sí que nos importa, pues si no sois sacerdote, no sabréis leer. Así que leed.

El fraile se encogió de hombros, abrió una página al azar y se detuvo. Las sospechas del cónsul con esa pausa sólo hicieron que aumentar, y levantó una mano para indicar a los alguaciles que se acercaran, pero entonces el dominico alzó la voz repentinamente y comenzó a leer. Tenía una buena voz, segura y fuerte, y las palabras latinas sonaban como una melodía al reverberar en los frescos de la iglesia. Al poco, el cónsul levantó la mano para hacer callar al fraile y mirar con rostro inquisidor al padre Medous.

—¿Y bien?

—Lee bien —dijo con voz débil el padre Medous. El latín del cura no era demasiado bueno y no le gustaba admitir que no había entendido todo lo que decían las palabras, aunque estaba seguro de que el dominico sabía leer.

—¿Sabéis qué libro es? —preguntó el cónsul.

—Supongo —respondió el fraile— que se trata de la vida de san Gregorio. El pasaje, que sin duda habréis reconocido —y había sarcasmo en su voz—, describe las pestes que afligirán a aquéllos que desobedezcan al Señor, su Dios. —Volvió a envolver el libro en su funda negra y se lo entregó al sacerdote—. Probablemente lo conocéis como *Flores Sanctorum*.

—Exacto. —El cura tomó el libro y asintió al cónsul.

El oficial aún no estaba del todo convencido.

—¿Cómo os hicisteis esas heridas en las manos? ¿Y qué le pasó a vuestra nariz? ¿Os la habéis roto?

—De niño —respondió el fraile—, dormía con el ganado. Me pisó un buey. Y la nariz me la rompió mi madre con una sartén.

El cónsul se identificó con aquellos accidentes cotidianos de la infancia y se relajó visiblemente.

—Entenderéis, padre —dijo dirigiéndose al dominico—, que tenemos que ser cautelosos con los visitantes.

—¿Cautelosos de los hombres de Dios? —inquirió el dominico en tono cáustico.

—Debemos asegurarnos —aclaró el cónsul—. La semana pasada llegó un mensaje de Auch con noticias de una partida de ingleses a caballo, pero nadie sabe hacia dónde se dirigían.

—Hay una tregua —señaló el fraile.

—¿Desde cuándo mantienen los ingleses las treguas? —replicó el cónsul.

—Eso si realmente son ingleses —contestó con desprecio—, hoy en día se les llama ingleses a cualquier cuadrilla de bandidos. Disponéis de hombres —señaló a los alguaciles que no entendían una sola palabra de la conversación en francés—, y tenéis iglesias y sacerdotes. ¿Qué podéis temer de los bandidos?

—Los bandidos son ingleses —insistió el cónsul—. Llevaban arcos de guerra.

—Cosa que no altera en nada el hecho de que acabo de realizar un largo viaje y estoy hambriento, sediento y cansado.

—El padre Medous os atenderá —concluyó el cónsul. Hizo un gesto a los alguaciles y salieron los tres por el pasillo de la nave hasta la pequeña placeta—, ¡no hay nada que temer! —anunció a la concurrencia—. Nuestro visitante es un fraile. Un hombre de Dios.

La pequeña congregación se dispersó. El ocaso orlaba la torre de la iglesia y las almenas del castillo se recortaban a contraluz. Un hombre de Dios había llegado a Castillon d'Arbizon, y la pequeña ciudad estaba en paz.

\* \* \*

El hombre de Dios comió un plato de calabaza, judías y panceta en sal. Le explicó al padre Medous que había ido en peregrinación hasta Santiago de Compostela, en España, para rezar en la tumba del santo, y que ahora se dirigía a Aviñón para recibir órdenes de sus superiores. No había visto partidas a caballo, ni de ingleses ni de ningún otro tipo.

—Aquí hace años que no vemos ingleses —respondió el padre Medous, y se persignó rápidamente para alejar el mal que acababa de mentar—, pero no hace tanto que gobernaban estas tierras. —El fraile engullía su comida y no parecía interesado—. Les pagábamos impuestos —prosiguió el padre Medous—, pero se fueron y ahora estamos bajo la protección del conde de Berat.

—Confío en que sea un hombre devoto —interrumpió el padre Thomas.

—Muy piadoso —confirmó el padre Medous—, guarda un pedazo de paja del pesebre de Belén en su iglesia. A mí me gustaría verlo.

—¿Guardan sus hombres el castillo? —preguntó el fraile, desviando la más interesante conversación sobre el lecho del niño Jesús.

—Por supuesto —confirmó el padre Medous.

—¿Acude a misa la guarnición?

El padre Medous se detuvo, obviamente tentado de decir una mentira; se conformó con la media verdad.

—Algunos.

El fraile dejó la cuchara de madera y miró con severidad al incómodo sacerdote.

—¿Cuántos son? ¿Cuántos asisten a misa?

El padre Medous estaba nervioso. Todos los curas se ponían nerviosos cuando aparecían los dominicos, pues los frailes eran los infatigables guerreros de Dios en la lucha contra la herejía, y si aquel hombre alto y joven informaba de que las gentes de Castillon d'Arbizon eran algo menos que devotas, podría traer a la ciudad a la Inquisición y a sus instrumentos de tortura.

—Hay diez en la guarnición —dijo el padre Medous—, y son todos buenos cristianos. Como lo es mi gente.

El fraile Thomas parecía escéptico.

—¿Todos?

—Hacen lo que pueden —respondió el padre Medous con lealtad—, pero... —Se calló otra vez, estaba claro que se arrepentía de haber estado a punto de añadir un calificativo y, para encubrir su azoramiento, se acercó a la chimenea y añadió un tronco al fuego. El viento se introdujo por el conducto y despidió un remolino de humo por la estancia—. Viento del norte —comentó el padre Medous—, trae la primera noche fría del otoño. El invierno no queda tan lejos, ¿eh?

—¿Pero? —El fraile había reparado en la vacilación.

El padre Medous suspiró mientras tomaba asiento.

—Hay una chica. Una hereje. No era de Castillon d'Arbizon, gracias a Dios, aunque se quedó aquí al morir su padre. Es begarda.

—No sabía que los begardos llegaban tan al sur —repuso el fraile. Los begardos eran mendicantes, pero no una molestia cualquiera. Eran herejes que negaban la Iglesia y la necesidad de trabajar, y aseguraban que todas las cosas procedían de Dios y por lo tanto todo habría de estar disponible para los hombres y las mujeres. La Iglesia, para protegerse de tales atrocidades, quemaba begardos cada vez que aparecía uno.

—Vagan por los caminos —señaló el padre Medous—, y ella llegó aquí, pero nosotros la enviamos al tribunal episcopal y la declararon culpable. Ahora está aquí

otra vez.

—¿Otra vez? —el fraile parecía sorprendido.

—Para ser quemada —se apresuró a aclarar el padre Medous—, la han enviado para que las autoridades civiles ejecuten la sentencia. El obispo quiere que la gente la vea morir y sepa que el mal ha sido erradicado de entre ellos.

El fraile Thomas frunció el entrecejo.

—Y decís que esta begarda ha sido declarada culpable de herejía, que la han enviado aquí a morir y que todavía está viva. ¿Por qué?

—La queman mañana —contestó el cura, aún con rapidez—. Esperaba que estuviera aquí el padre Roubert. Es dominico, como vos, y fue el que descubrió la herejía de la muchacha. A lo mejor se ha puesto enfermo. Me ha enviado una carta en la que detalla cómo hacer la pira.

El fraile Thomas tenía un aspecto burlón.

—Todo lo que se necesita es un montón de madera, un patíbulo, algo para prender fuego y un hereje. ¿Qué más queréis?

—El padre Roubert ha insistido en que utilicemos haces de leña cortos y que los pongamos erguidos. —El cura ilustró la petición juntando los dedos de una mano como si fuera un manojo de espárragos—. Fajos de palos, me escribió, todos apuntando al cielo. No pueden estar planos. Hizo hincapié en eso.

El fraile Thomas sonrió al comprender.

—Para que el fuego arda vivo, pero no desbocado, ¿eh? Así morirá lentamente.

—Es la voluntad de Dios —repuso el padre Medous.

—Lentamente y en medio de una enorme agonía —añadió el fraile, saboreando las palabras—, sin duda es la voluntad de Dios para con los herejes.

—Ya he montado la pira del modo en que me fue indicado —añadió el padre Medous con un hilillo de voz.

—Bien. La chica no merece nada mejor. —El fraile rebañó el plato con un pedazo de pan negro—. Contemplaré con alegría su muerte y proseguiré mi camino. —Hizo la señal de la cruz—. Os agradezco estos alimentos.

El padre Medous señaló la chimenea ante la que había apilado unas mantas.

—Sois bienvenido si deseáis dormir aquí.

—Lo haré, padre —repuso el fraile—, pero antes rezaré a san Sardos. Aunque no he oído hablar de él. ¿Podéis decirme quién era?

—Un pastor de cabras —repuso el padre Medous. No estaba siquiera seguro de que el tal Sardos hubiera existido, pero las gentes del lugar insistían en que sí, y en que siempre lo habían venerado—. Vio al cordero de Dios en la colina en la que hoy se erige la ciudad. Lo amenazaba un lobo, él lo rescató y Dios lo recompensó con una lluvia de oro.

—Como debe ser —dijo el fraile, después se puso en pie—. ¿Vendréis a rezar al

bendito Sardos conmigo?

El padre Medous contuvo un bostezo.

—Me gustaría —dijo sin ningún entusiasmo.

—No insistiré —añadió generosamente el fraile—. ¿Dejaréis vuestra puerta abierta?

—Mi puerta siempre está abierta —contestó el cura, quien sintió un alivio enorme cuando su incómodo invitado se agachó para pasar bajo el dintel y se adentró en la noche.

La dueña del padre Medous sonrió desde la puerta de la cocina.

—Desde luego es guapo para ser fraile. ¿Se queda esta noche?

—Sí, se queda.

—Pues mejor dormiré en la cocina —repuso la dueña—, no querrás que un dominico te encuentre entre mis piernas a medianoche. Nos quemamos a los dos con la begarda. —Soltó una carcajada y empezó a recoger la mesa.

El fraile no fue a la iglesia, bajó por la colina unos cuantos pasos hasta la taberna más cercana y abrió la puerta. El ruido del interior fue disminuyendo a medida que la concurrencia se volvía para observar el rostro serio del dominico. Cuando se hizo el silencio, el fraile se estremeció como si le horrorizara aquella escena, salió a la calle y cerró la puerta. Por un instante no se oyó una mosca, después, los hombres se echaron a reír. Algunos pensaban que el joven cura iba en busca de una puta, otros que sólo se había equivocado de puerta, pero un momento después, todos lo habían olvidado.

El fraile regresó cojeando por la colina hasta la iglesia de San Sardos, pero allí, en lugar de meterse en el santuario del cabrero, se detuvo a la sombra de un contrafuerte. Esperó en ese lugar, invisible y silencioso, mientras percibía los escasos sonidos de la noche en Castillon d'Arbizon. De la taberna llegaban cantos y risas, pero él estaba más interesado en los pasos de un vigía que recorría la muralla de la ciudad, que se unía a la más sólida fortificación del castillo por detrás de la iglesia. Los pasos se dirigieron hacia él, se detuvieron a pocos metros, y se alejaron. El dominico contó hasta mil, y el vigía seguía sin regresar, así que volvió a contar hasta mil, esta vez en latín, y cuando siguió sin oír más que el silencio por encima de su cabeza, se desplazó hasta las escaleras de madera que daban acceso a la muralla. Los escalones crujieron bajo su peso, pero nadie se alarmó. Una vez en la muralla, se agachó junto a la alta torre del castillo; el hábito negro lo hacía invisible a la luz de la luna menguante. Calculó la longitud de aquel lado de muralla, que seguía el contorno de la colina hasta girar la esquina de la puerta oeste, donde un tenue resplandor rojizo indicaba que el brasero ardía con fuerza. No se veían vigías. El fraile supuso que los hombres estarían en la puerta oeste junto al fuego. Miró hacia arriba, pero no vio a nadie en las almenas de la fortificación, ni tampoco detectó movimiento en las dos aspilleras iluminadas por lámparas de aceite de la alta torre. Dentro de la taberna había visto a

tres hombres con librea, y puede que hubiera más en los que no había reparado, pensaba que la guarnición estaba o bebiendo, o dormida, así que se levanto los faldones y se desató una cuerda que llevaba enrollada en la cintura. La cuerda estaba hecha de cáñamo endurecido con cola, la misma cuerda fuente de la potencia de los temidos arcos de guerra ingleses, y era tan larga que pudo atarla a una de las almenas y después dejarla caer hasta el empinado suelo que había debajo. Se quedó allí un momento, mirando hacia abajo. La ciudad y el castillo habían sido construidos en un pronunciado peñasco rodeado por un río, y ahora oía el agua que caía de una presa. Vio un destello de luna reflejado en un estanque, pero nada más. El viento le helaba los huesos, así que se retiró a las sombras y se cubrió con la capucha.

Apareció otra vez el vigía, pero sólo caminó hasta la mitad de la muralla, donde se detuvo, se asomó un momento, y volvió a la puerta. Poco rato después se oyó un débil silbido, irregular y sin melodía, como el canto de un pájaro, y el fraile volvió a la cuerda y tiró de ella. Ahora tenía anudada una soga, que él alzó y ató a la almena.

—Vía libre —avisó con cuidado en inglés, y se estremeció al oír pasos de botas de hombre contra la muralla mientras el propietario escalaba.

El hombre emitió un gruñido al encaramarse en la muralla y la vaina de su espada golpeó con fuerza la piedra, pero ya había subido y se acurrucaba junto al fraile.

—Toma —le tendía un arco de guerra inglés y una bolsa de flechas. En ese momento subía otro hombre. Llevaba un arco de guerra colgado de la espalda y una bolsa de flechas a la cintura. Era más ágil que el primero y no hizo ruido al salvar la almena, después apareció un tercer hombre que se agachó con los otros dos.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el primer hombre al fraile.

—Ha ido justo.

—¿No han sospechado?

—Me han hecho leer en latín para demostrar que era cura.

—La madre que los parió —añadió. Tenía acento escocés—. ¿Qué hacemos ahora?

—El castillo.

—Que Dios nos ayude.

—Hasta el momento lo ha hecho. ¿Cómo estás tú, Sam?

—Sediento —respondió uno de los otros hombres.

—Llévame esto —dijo Thomas, y le dio el arco y la bolsa de flechas. Después, cuando se aseguró de que el vigía no estaba a la vista, guió a sus tres compañeros por las escaleras de madera hasta el callejón que llevaba por un lado de la iglesia hasta la placeta situada frente a la puerta del castillo. Los haces de leña apilados para la quema de la hereje eran negros a la luz de la luna. En el patíbulo, se alzaba una estaca con una cadena para sujetar a la begarda por la cintura.

Las enormes puertas del castillo eran lo suficientemente anchas como para dejar



pasar un carro al patio de armas, pero en una de las hojas había una pequeña portezuela y el fraile se adelantó a sus compañeros y golpeó la entrada con fuerza. Al principio no se oyó nada, después se escuchó un arrastrar de pies y un hombre hizo una pregunta desde el otro lado. Thomas no respondió, sólo volvió a llamar, y el guardia, que esperaba a sus compañeros que tenían que volver de la taberna, no sospechó nada y abrió los dos pestillos. Thomas entró, y dos antorchas a ambos lados de la entrada iluminaron el rostro de desconcierto del guarda al ver a un cura por la noche en el castillo de Castillon d'Arbizon, y siguió desconcertado cuando el fraile le pegó bien fuerte, primero en la cara y después en el estómago. El guardia cayó contra el muro y el fraile le puso una mano encima de la boca. Sam y los otros dos entraron por la portezuela, que cerraron detrás de ellos. El guarda intentaba defenderse y Thomas le dio un rodillazo que arrancó del hombre un grito ahogado.

—Mirad en la sala de la guardia —ordenó Thomas a sus compañeros.

Sam, con una flecha preparada, abrió la siguiente puerta tras la entrada del castillo. Allí sólo había un guarda, de pie junto a una mesa en la que se veían un pellejo de vino, un par de dados y unas cuantas monedas desperdigadas. El guarda miró el rostro redondo y alegre de Sam y seguía con la boca abierta cuando la flecha se le ensartó en el pecho y lo estampó contra la pared. Sam llegó detrás, y la sangre salpicó la piedra cuando le rebanó el gaznate.

—¿Tenía que morir necesariamente? —preguntó Thomas mientras metía al otro guarda en la habitación.

—Me miraba raro —contestó Sam—, como si hubiera visto un fantasma. Recogió con la mano las monedas sueltas encima de la mesa y las metió en la bolsa de flechas. —¿Mato también a éste?— preguntó señalando al primer guardia.

—No —contestó Thomas—. ¿Robbie? Átalo.

—¿Y qué pasa si hace ruido? —preguntó el escocés.

—Pues entonces que Sam lo mate.

El tercero de los hombres de Thomas entró en la sala de la guardia. Se llamaba Jake y era un hombre delgado y bizco. Sonrió ante la visión de sangre fresca salpicada por la pared. Como Sam, transportaba un arco, una bolsa de flechas y una espada a la cintura. Cogió el pellejo de vino.

—Jake, ahora no —dijo Thomas; y el hombre desgarbado, que parecía mucho mayor y mucho más cruel que el joven Thomas, obedeció mansamente. Thomas se acercó a la puerta de la sala de guardia. Sabía que diez hombres componían la guarnición, también sabía que había uno muerto, otro atado y al menos tres aún en la taberna. Así que podían quedar cinco. Miró en el patio, pero allí sólo se veía un carromato cargado con balas de paja y barriles, de modo que cruzó hasta el armero en la pared de la sala de la guardia y cogió una espada corta. Probó la punta y le pareció suficientemente afilada—, ¿hablas francés? —le preguntó al guardia cautivo.

El hombre sacudió la cabeza, demasiado aterrorizado para hablar.

Thomas dejó a Sam custodiando al prisionero.

—Si llama alguien a la puerta del castillo —le dijo—, como si no llamaran. Si hace ruido —señaló al prisionero con la cabeza—, mávalo. No te bebas el vino, permanece sereno. —Se colgó el arco al hombro, metió dos flechas en la cuerda que le ceñía el hábito de fraile e hizo una señal a Jake y a Robbie para que se le acercaran. El escocés, protegido por un jaco, llevaba la espada desenvainada—. No hagáis ruido —les dijo Thomas, y los tres salieron al patio.

Castillon d'Arbizon llevaba demasiado tiempo en paz. La guarnición era pequeña y descuidada, y sus tareas se resumían en poco más que recaudar los impuestos sobre los bienes que llegaban a la ciudad y enviar la recaudación a Berat, donde vivía su señor. Los hombres se habían vuelto perezosos, pero Thomas de Hookton, que fingía ser un fraile, llevaba meses peleando, y sus instintos eran los de un hombre que sabía que la muerte puede estar esperando en cada esquina. Robbie, aunque era tres años más joven que Thomas, tenía casi tanta experiencia en la batalla como su amigo, mientras que el bizco Jake había sido un asesino toda su vida.

Empezaron por la cripta del castillo, seis mazmorras en una oscuridad fétida; aunque en la garita del carcelero, donde encontraron a un gordo monstruoso y a su igualmente corpulenta esposa, parpadeaba una vela. Ambos dormían. Thomas le apretó el cuello con la punta de la espada para que oliera la sangre, después llevaron a la pareja a una mazmorra y allí los encerraron. Una chica gritó desde otra de las celdas, pero Thomas le ordenó callar con un susurro. Como respuesta, ella lo maldijo, después no hizo más ruido.

Uno menos, quedaban cuatro.

Volvieron a subir hasta el patio. Tres sirvientes, dos de ellos muchachos, dormían en los establos, y Robbie y Jake los llevaron a las celdas; después, se reunieron con Thomas para subir los doce amplios escalones hasta la puerta de la torre, y desde allí por la escalera de caracol. Los sirvientes, supuso Thomas, no se contaban entre la guarnición, y sin duda habría otros, cocineros, mozos y secretarios, pero por el momento sólo le preocupaban los soldados. Encontró dos más profundamente dormidos en sus dependencias, cada uno con una mujer debajo de las mantas, y Thomas los despertó sacudiendo ante sus ojos una antorcha que había cogido de la escalera. Se incorporaron los cuatro, sobresaltados, y vieron a un fraile con el arco enflechado. Una de las mujeres tomó aire para gritar, pero el arco se desplazó unos milímetros, la flecha apuntó a su ojo derecho y ella tuvo el buen juicio de sofocar el grito de alarma.

—Átalos —dijo Thomas.

—Es más rápido rebanarles el gznate —sugirió Jake.

—Átalos —repitió Thomas—, y mételes un trapo en la boca.

No les llevó demasiado tiempo. Robbie rasgó una sábana con la espada y Jake amarró a los cuatro. Una de las mujeres estaba desnuda y Jake sonrió mientras le ataba las muñecas; después, la colgó de un gancho en la pared, de forma que le quedaron los brazos estirados hacia arriba.

—Bonito —dijo.

—Más tarde —interrumpió Thomas. Estaba en la puerta, escuchando. Podía haber dos soldados más en el castillo, pero no oía nada. Los cuatro prisioneros estaban medio colgados de los grandes ganchos de metal que normalmente sostenían espadas y cotas de malla, y cuando fueron inmovilizados y silenciados, Thomas subió por la siguiente escalera de caracol hasta un lugar en el que una enorme puerta le cerraba el paso. Jake y Robbie lo seguían, con un ligero ruido de pisadas sobre los gastados escalones de piedra.

Thomas les indicó que se quedaran quietos, después empujó la puerta. Por un momento, pensó que estaría cerrada, pero volvió a empujar más fuerte y la puerta se abrió con un chirrido horrible de bisagra oxidada. El ruido habría despertado a un muerto, y Thomas, consternado, se halló contemplando un enorme salón decorado con tapices. El chirrido se había extinguido y el silencio volvía a reinar. En una enorme chimenea, ardían los restos de una hoguera, y las brasas iluminaban lo suficiente la sala para percibir que estaba vacía. En un extremo, había una tarima en la que el conde de Berat, el señor de Castillon d'Arbizon, se sentaría cuando visitara la ciudad, y en la que se colocaría su mesa durante los banquetes. La tarima estaba vacía, pero por detrás, oculto tras un tapiz, había un cubículo con la entrada en forma de arco desde donde se veía el parpadeo de una luz a través del tejido apolillado.

Robbie adelantó a Thomas y recorrió sigilosamente el borde de la sala por debajo de las ventanas alargadas, que dejaban entrar franjas inclinadas de luz de luna. Thomas flechó el arco negro, tensó la cuerda y sintió el inmenso poder de la vara de tejo cuando alcanzó su oreja derecha con el pulgar. Robbie lo miró, vio que estaba preparado y estiró el brazo para apartar con la espada el raído tapiz.

Pero antes siquiera de que la hoja lo tocara, fue apartado de repente a un lado porque un hombre grande se lanzó contra Robbie. Apareció rugiendo y de la nada, sorprendiendo al escocés, que intentó cambiar la posición de la espada para recibir el ataque, pero fue demasiado lento; el hombretón le cayó encima, y sus puños eran como mazas. Justo entonces, el enorme arco negro cantó. La flecha, que podía tumbar a un caballero armado a doscientos pasos, se clavó en la caja torácica del atacante y le hizo trazar una parábola en el aire antes de caer en el suelo ensangrentado. Robbie estaba medio aplastado por el hombre, y su espada, que le había caído, repiqueteaba contra los tablones de madera del suelo. Una mujer gritaba. Thomas supuso que el herido sería el castellano, el comandante de la guarnición, y se preguntó si el hombre viviría lo suficiente para responder a sus preguntas, pero Robbie ya había sacado la

daga y, como no sabía que a su atacante ya lo había atravesado una flecha, empezó a clavársela al hombre en el grueso cuello, de modo que sobre los tablones del suelo se empezó a formar un charco de sangre oscura y brillante; incluso después de que el hombre hubiera muerto, Robbie seguía agujereándolo. La mujer no paraba de gritar.

—Hazla callar —le dijo Thomas a Jake, mientras él se acercaba a quitarle de encima el pesado cuerpo al escocés. El camisón blanco del hombre ahora era rojo. Jake le pegó un par de bofetones a la mujer y después, afortunadamente, se hizo el silencio.

No había más soldados en el castillo. Una docena de sirvientes dormían en las cocinas y en los almacenes, pero no dieron problemas. Los hombres fueron todos llevados a las mazmorras, después Thomas subió a las almenas más altas de la torre, desde donde se divisaban los desprevenidos tejados de Castillon d'Arbizon, e hizo señales con una antorcha. La agitó adelante y atrás tres veces, y la tiró a los arbustos al pie de la empinada colina en la que estaban construidos el castillo y la ciudad; después se dirigió al lado oeste de la muralla, donde había colocado doce flechas. Jake se reunió allí con él.

—Sam está con sir Robbie en la puerta —dijo. Robbie Douglas no había sido armado caballero, pero era de noble cuna y hombre de armas, y los hombres de Thomas le habían concedido el título. Les gustaba el escocés, como a Thomas, por ese motivo había desobedecido a su señor y había permitido que Robbie lo acompañara. Jake colocó más flechas en el parapeto.

—Ha sido fácil.

—No esperaban tener problemas —dijo Thomas. Aunque eso no era del todo cierto. La ciudad había sido advertida de una partida de jinetes ingleses, los jinetes de Thomas, pero de algún modo se habían convencido de que no pasarían por Castillon d'Arbizon. La ciudad llevaba tanto tiempo en paz que sus gentes estaban convencidas de que la tranquilidad perduraría. Las murallas y los vigías no estaban preparados para guardar la ciudad de los ingleses, sino de las cuadrillas de bandidos que infestaban la región. Un vigía soñoliento y una muralla elevada podían disuadir a los bandidos, pero de nada servían contra los auténticos soldados—. ¿Cómo has cruzado el río? —le preguntó a Jake.

—Por la presa —contestó. Habían explorado la ciudad al atardecer y Thomas había advertido que el estanque del molino era el lugar más fácil para cruzar el profundo y torrencial río.

—¿Y el molinero?

—Asustado —repuso Jake— y silencioso.

Thomas oyó un crepitar de ramitas rompiéndose, el ruido de pisadas y un golpe sordo cuando colocaron la escalera en la esquina entre el castillo y la muralla de la ciudad. Se inclinó por el parapeto interior.

—Abre la puerta, Robbie —gritó. Colocó una flecha en la cuerda y observó la extensión de muralla iluminada por la luna.

Debajo, los hombres trepaban por la escala, enarbolando armas y bolsas que tiraban por encima del parapeto y a las que después seguían ellos mismos. Desde la garita de la puerta en la que Robbie y Sam montaban guardia, brilló una llama y, poco después, apareció una fila de hombres cuyas mallas tintineaban en la noche; una fila que atravesó el pueblo desde los escalones de la muralla hasta la puerta del castillo. A Castillon d'Arbizon llegaba una nueva guarnición.

Apareció un vigía en el extremo más alejado de la muralla. Se acercó caminando hacia la torre del castillo y, de repente, reparó en el sonido que despedían las espadas, arcos y el equipaje que caían sobre la piedra a medida que los hombres escalaban la muralla. Vaciló, dividido entre el deseo de acercarse y ver lo que estaba pasando en realidad y el de ir en busca de refuerzos, y mientras dudaba, Thomas y Jake soltaron las flechas.

El vigía llevaba un jubón de cuero acolchado, suficiente protección contra la vara de un borracho, pero las flechas perforaron cuero, acolchado y pecho hasta que ambas puntas sobresalieron por la espalda. Cayó hacia atrás, su bastón golpeó en el suelo, se sacudió bajo la luz de la luna, lanzó su último estertor y después se quedó quieto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jake.

—Recaudar impuestos —respondió Thomas—, y tocarle las narices a todo el mundo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que venga alguien a matarnos —repuso mientras pensaba en su primo.

—¿Y entonces lo matamos nosotros? —Jake podría ser bizco, pero tenía una visión de la vida perfectamente definida.

—Con la ayuda de Dios —contestó Thomas, y se persignó sobre el hábito de fraile.

El último de los hombres de Thomas escaló la muralla y tiró de la escalera. Todavía quedaba media docena de hombres a dos kilómetros de camino, al otro lado del río y ocultos en el bosque guardando los caballos, pero el grueso de la fuerza de Thomas ya estaba dentro del castillo y la puerta había sido cerrada de nuevo. El vigía muerto se había quedado en la muralla con dos varillas empenachadas de plumas de ganso atravesándole el pecho. Nadie más se había percatado de la invasión. Castillon d'Arbizon dormía o bebía.

Y entonces empezaron los gritos.

\* \* \*

A Thomas no se le había ocurrido que la begarda que tenía que morir por la

mañana estaría encerrada en el castillo. Pensaba que la ciudad tendría su propia cárcel, pero por lo visto había sido confiada a la guarnición y ahora insultaba a gritos a los hombres también presos en las otras celdas, y el jaleo que montaba estaba alterando a los arqueros y hombres de armas que habían escalado la muralla de Castillon d'Arbizon y tomado el castillo. La regordeta mujer del carcelero, que hablaba un poco de francés, les había gritado a los ingleses que mataran a la chica.

—¡Es una begarda, está aliada con el diablo!

Sir Guillaume d'Everque estaba de acuerdo con la mujer.

—Súbela al patio —le dijo a Thomas—, y yo le rebano el cuello.

—Tiene que arder —contestó él—. Eso es lo que la Iglesia ha decretado.

—¿Y quién la quema?

Thomas se encogió de hombros.

—¿Los alguaciles de la ciudad? O nosotros, no lo sé.

—Pues si no me dejas que la mate ahora —insistió sir Guillaume—, por lo menos ciérrale esa boca del demonio. —Sacó su cuchillo y se lo ofreció a Thomas—. Córtale la lengua.

Thomas no le hizo caso. Aún no había tenido tiempo de cambiarse el hábito de fraile, así que bajó a las mazmorras donde la muchacha gritaba en francés a los presos de las otras celdas que todos morirían, y que el diablo bailarían sobre sus huesos al son de una banda de demonios. Thomas encendió una lámpara con los rescoldos de una antorcha, fue a la celda de la begarda y descorrió los dos pestillos.

Ella se calló al oír los cerrojos y después, mientras se abría la pesada puerta, se retiró hasta la pared del fondo. Jake había bajado con Thomas y ahora, al ver a la chica a la débil luz de la lámpara, soltó una risita.

—Yo puedo hacer que se calle —se ofreció.

—Vete y duerme un poco, Jake —le dijo Thomas.

—No, si no me importa —insistió.

—¡A dormir! —espetó Thomas, enfadado de repente porque la muchacha tenía un aspecto vulnerabilísimo.

Era vulnerable porque estaba desnuda. Desnuda como un huevo recién puesto, delgada como una flecha, pálida como un muerto, comida por los chinches, con el pelo grasiento, los ojos como platos y un aspecto feroz. Estaba sentada en la paja mugrienta, abrazada a sus rodillas para ocultar su desnudez. Entonces tomó aire, como invocando los últimos posos de valor.

—Eres inglés —dijo en francés. Tenía la voz ronca de tanto gritar.

—Soy inglés —repuso Thomas.

—Pero un cura inglés es tan malo como cualquier otro.

—Probablemente —concordó Thomas. Dejó la lámpara en el suelo y se sentó junto a la puerta abierta porque el hedor de la celda era insoportable—. Quiero que

dejes de gritar —prosiguió—, porque molesta a la gente.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mañana me van a quemar —contestó—, ¿crees que me importa que unos cretinos se molesten esta noche?

—Deberías preocuparte por tu alma —sugirió Thomas, pero sus fervorosas palabras no obtuvieron respuesta de la begarda. La lámpara ardía mal y la pantalla de mica volvió la tenue luz de un amarillo mortecino y vacilante—. ¿Por qué vas desnuda? —preguntó.

—Porque rasgué una tira de mi vestido e intenté estrangular al carcelero —contestó con calma, pero con una mirada desafiante, como retando a Thomas a que desaprobara su actuación.

Thomas casi sonrió al pensar en una chica tan frágil atacando al robusto carcelero, pero se contuvo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en cambio.

Seguía en actitud desafiante.

—No tengo nombre —respondió ella—. Me han convertido en hereje y me han arrebatado el nombre. Estoy expulsada de la cristiandad. Ya estoy a medio camino del otro mundo. —Apartó la mirada de él con una expresión de indignación, y Thomas descubrió que Robbie Douglas estaba de pie en la puerta medio abierta. El escocés miraba a la begarda con ojos maravillados, casi fascinados, y Thomas volvió a observar a la chica y vio que, bajo las briznas de paja y la porquería incrustada, era bonita. Tenía el pelo de color oro pálido, la piel libre de viruela y un rostro poderoso, la frente alta, una boca generosa y las mejillas hundidas. Una cara que llamaba la atención, y el escocés parecía no poder dejar de mirarla. Ella, avergonzada ante su franca mirada, se apretó más contra las rodillas.

—Vete —le dijo Thomas a Robbie. El joven escocés se enamoraba, le parecía a Thomas, con la frecuencia con que otros hombres tenían hambre, y estaba claro a juzgar por la expresión de Robbie que le había fascinado el aspecto de la muchacha con la misma fuerza de una lanza contra un escudo.

Robbie frunció el entrecejo como si no entendiera bien las instrucciones de Thomas.

—Es que quería preguntarte... —y entonces se detuvo.

—¿Preguntarme qué?

—Cuando estábamos en Calais, ¿te dijo el conde que no me trajeras contigo?

Parecía una pregunta extraña dadas las circunstancias, pero Thomas decidió que merecía una respuesta.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo el cura. Buckingham.

Thomas se preguntó por qué habría hablado Robbie con el cura, pero después se

dio cuenta de que su amigo sólo le daba conversación para poder quedarse más rato con la última chica de la que se había enamorado perdidamente.

—Robbie —le dijo—, arderá por la mañana.

Robbie se revolvió inquieto.

—No tiene por qué.

—¡Por el amor de Dios —protestó Thomas—, la Iglesia la ha condenado!

—Entonces, ¿por qué estás tú aquí? —preguntó Robbie.

—Porque yo mando aquí. Alguien tiene que hacerla callar.

—Yo también puedo —dijo Robbie con una sonrisa, y cuando Thomas no respondió, la sonrisa se tornó ceño—. ¿Y por qué has permitido que viniera contigo a Gasuña?

—Porque eres un amigo.

—Buckingham dice que robaré el Grial. Dijo que me lo iba a llevar a Escocia.

—Primero tenemos que encontrarlo —repuso Thomas, pero Robbie no estaba escuchando. Sólo miraba con ojos hambrientos a la muchacha acurrucada en la esquina—. Robbie —insistió con firmeza—, la van a quemar.

—Pues entonces tampoco importa tanto lo que le pase esta noche —le desafió el escocés.

Thomas luchó por contener su ira.

—Déjanos solos, Robbie —le dijo.

—¿Vas tras su alma —preguntó Robbie—, o tras su carne?

—¡Que te largues! —rugió Thomas con más fuerza de la que le hubiera gustado, y Robbie pareció sorprendido, incluso beligerante, pero parpadeó un par de veces y se marchó.

La muchacha no había entendido la conversación en inglés, pero había reconocido la lujuria en el rostro de Robbie y ahora se volvía hacia Thomas.

—¿Es que acaso me quieres para ti solo, cura? —le preguntó en francés.

Thomas hizo caso omiso de la desdeñosa pregunta.

—¿De dónde eres?

Ella no dijo nada durante unos instantes, como si estuviera decidiendo si responder o no, después se encogió de hombros.

—De Picardía —dijo al fin.

—Un buen trecho. ¿Cómo una muchacha de Picardía, al norte, ha llegado hasta Gasuña?

Volvió a vacilar. Tenía, calculó Thomas, unos quince o dieciséis años, lo que la situaba en la madurez para el matrimonio. Reparó en lo penetrante de su mirada, que le producía la incómoda sensación de que podía atravesarlo hasta hallar la negra raíz de su alma.

—Mi padre —le contó— era malabarista y escupezuegos.



—He visto hombres como él —repuso Thomas.

—Íbamos adonde queríamos y ganábamos dinero en las ferias. Mi padre hacía reír a la gente y recogía las monedas.

—¿Y tu madre?

—Muerta. —Lo dijo como si no le importara, como dando a entender que ni siquiera recordaba a su madre—. Después mi padre murió aquí. Hace seis meses. Así que me quedé.

—¿Por qué te quedaste?

Le lanzó una mirada cargada de desdén que indicaba que la respuesta era tan evidente que no hacía falta mencionarla, pero entonces, dado que lo suponía sacerdote y como tal no podía entender cómo vivía en realidad la gente, le contestó.

—¿No sabes lo peligrosos que son los caminos? —le preguntó—. Hay *coredors*.

—¿*Coredors*?

—Bandidos —le aclaró—. La gente de aquí los llama *coredors*. Y después están los *routiers*, que son igual de malos. —Los *routiers* eran las bandas de soldados licenciados que recorrían los caminos en busca de un señor que los contratara, y cuando tenían hambre, que era durante la mayor parte del tiempo, arrebatában por la fuerza lo que deseaban. Algunos incluso capturaban ciudades y exigían un rescate. Fuera como fuera, igual que los *coredors*, contemplarían a una muchacha que viajara sola como un regalo enviado por el diablo para su disfrute—. ¿Cuánto crees que hubiera durado? —le preguntó.

—¿No podías viajar con alguien? —sugirió Thomas.

—Mi padre y yo siempre lo hacíamos, pero entonces estaba él para protegerme. ¿Yo sola? —Se encogió de hombros—. Así que me quedé. Trabajaba en una cocina.

—¿Y cocinabas herejías?

—Cómo os gusta a los curas la herejía —dijo con amargura—. Os da algo para quemar.

—Antes de que te condenaran, ¿cómo te llamabas?

—Geneviève.

—¿Te llamaron así por la santa?

—Supongo —contestó ella.

—«Y cada vez que Genoveva rezaba —dijo Thomas—, el diablo le apagaba las velas». —Vosotros los curas no paráis de contar historias— se burló Geneviève—. ¿Te lo crees? ¿Te crees que el diablo entraba en la iglesia y le apagaba las velas?

—No veo por qué no.

—¿Y por qué no va y la mata directamente, si es el diablo? ¡Menudo truco de pacotilla, soplar velas! Vaya porquería de diablo, si eso es lo único que sabe hacer.

Thomas no le hizo caso.

—Dicen que eres una begarda.

—He conocido a los begardos —contestó—, y me han gustado.

—Son la semilla del diablo —repuso Thomas.

—¿Has conocido a alguno? —le preguntó. Thomas no había conocido a ninguno. Sólo había oído hablar de ellos y la muchacha se percató de su desasosiego—. Si es malo creer que Dios nos dio todo a todos y que quiere que lo compartamos, entonces soy tan mala como una begarda —admitió—, pero jamás me uní a ellos.

—Algo tienes que haber hecho para merecer las llamas.

Ella se le quedó mirando. Puede que algo en su tono de voz la hiciera confiar en él, pero esta última confrontación pareció agotarla. Cerró los ojos y reclinó la cabeza contra la pared. A Thomas le pareció que quería echarse a llorar. Al observar su delicado rostro, se preguntó por qué no habría visto al instante la belleza que Robbie sí había percibido. Entonces abrió los ojos y se lo quedó mirando.

—¿Qué ha pasado aquí esta noche? —preguntó pasando por alto su acusación.

—Hemos capturado el castillo —repuso Thomas.

—¿Hemos?

—Los ingleses.

Ella lo miró intentando leer su gesto.

—¿Así que ahora los ingleses son el poder civil?

Supuso que habría aprendido la frase durante su juicio. La Iglesia no quemaba a los herejes, sólo los condenaba, después los pecadores eran entregados a las autoridades civiles para encontrar su muerte. De ese modo, la Iglesia se lavaba las manos, Dios se aseguraba de que su Iglesia no era profanada, y el diablo se llevaba un alma.

—Sí, ahora somos el poder civil —concedió Thomas.

—Entonces, ¿me quemarán los ingleses en vez de los gascones?

—Si eres una hereje, alguien tendrá que quemarte.

—¿Sí? —preguntó Geneviève, pero Thomas no respondió, así que cerró los ojos y apoyó la cabeza en las piedras húmedas otra vez—. Dicen que he insultado a Dios. —Parecía cansada—. Que he dicho que los sacerdotes de la Iglesia de Dios son corruptos, que he bailado desnuda bajo la tormenta, que he utilizado los poderes del demonio para descubrir agua, que uso la magia para curar enfermedades, que profetizo el futuro y que maldije a la esposa de Galat Lorret y a su ganado.

Thomas puso una expresión de incredulidad.

—¿No te han condenado por begarda?

—Por eso también —añadió con sequedad.

Se quedó callado unos instantes. El agua goteaba desde algún lugar en la oscuridad al otro lado de la puerta, y la llama de la lámpara titilaba, llega casi a extinguirse y se volvía a recuperar.

—¿A la mujer de quién has echado mal de ojo? —le preguntó Thomas.

—A la de Galat Lorret. Es un mercader de paños que vive aquí y es muy rico. Es el cónsul en jefe y hombre que gusta de carne más joven que la de su mujer.

—¿Y la has maldecido?

—No sólo a ella —respondió con fiereza—, a él también. ¿Es que tú nunca has maldecido a nadie?

—¿Profetizaste el futuro? —preguntó Thomas.

—Les dije que se iban a morir todos, y eso es una verdad evidente.

—No si Cristo vuelve a la tierra como prometió —contestó Thomas.

Le echó una mirada larga y calibradora, se le dibujó en el rostro media sonrisa antes de encogerse de hombros y añadir sarcástica:

—Pues me equivoqué.

—¿Y el diablo te ha enseñado a descubrir agua?

—Eso también lo puedes hacer tú —contestó—, sólo necesitas una rama ahorquillada y caminar lentamente por un campo, cuando se menee, cava.

—¿Y las curas mágicas?

—Antiguos remedios —explicó cansada—. Cosas que aprendemos de tías, abuelas y señoras mayores. Saca el hierro de una habitación en la que haya una mujer dando a luz. Todo el mundo lo hace. Hasta tú, cura, tocas madera para alejar el mal. ¿Por practicar esa magia merezco la hoguera?

Thomas siguió sin responder.

—¿Has insultado a Dios? —le preguntó en cambio.

—Dios me ama, y yo no insulto a aquéllos que me aman. Pero sí que dije que los sacerdotes eran corruptos, que lo sois, así que me acusaron de insultar a Dios. ¿Tú eres corrupto, cura?

—¿Y has bailado desnuda bajo la tormenta? —Ésa era la última acusación.

—De eso —contestó ella—, me declaro culpable.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque mi padre siempre decía que Dios nos guiaría si lo hacíamos.

—¿Dios hace eso? —preguntó Thomas sorprendido.

—Eso creíamos. Pero muy mal creído. Dios me indicó que me quedara en Castillon d'Arbizon, y eso sólo me ha traído torturas, y mañana me lleva a la hoguera.

—¿Torturas? —preguntó Thomas.

La punzada de terror en su voz empujó a Geneviève a mirarlo de nuevo, entonces estiró lentamente la pierna izquierda para que pudiera ver la cara interior del muslo y la marca roja y retorcida que desfiguraba la blanca piel.

—Me quemaron —dijo—, me quemaron una y otra vez. Por eso confesé ser lo que no era, una begarda, porque me quemaron. —De repente se echó a llorar, recordando el dolor—. Me quemaron con hierros candentes —prosiguió—, y cuando

gritaba, decían que era el demonio intentando abandonar mi alma. —Volvió a recoger la pierna y le mostró el brazo derecho, con las mismas cicatrices—, pero me dejaron éstas —añadió con rabia mientras mostraba sus pequeños pechos—, porque el padre Roubert dijo que el diablo me las querría chupar y que el dolor de sus fauces sería peor que cualquiera que pudiera infligirme la Iglesia. —Volvió a abrazarse las rodillas, y se quedó callada mientras las lágrimas le corrían por el rostro—, a la Iglesia le gusta hacer daño a la gente, eso tendrías que saberlo.

—Lo sé —contestó Thomas, y a punto estuvo de levantarse los faldones del hábito para mostrarle las mismas cicatrices en su cuerpo, las cicatrices del hierro al rojo con las que le habían marcado las piernas para que revelara los secretos del Grial. Era una tortura que no producía derramamiento de sangre, pues la Iglesia tenía prohibido hacer tal cosa, pero un hombre diestro podía extraer alaridos de un alma en tormento sin siquiera romper la piel—. Lo sé muy bien —repitió.

—Pues maldito seas —contestó Geneviève que recuperó su tono desafiante—, maldito seas tú y todos los curas del demonio.

Thomas se puso en pie y levantó la lámpara.

—Buscaré algo para que te vistas.

—¿Te asusto, cura? —se burló.

—¿Asustarme? —Thomas parecía sorprendido.

—¡Por esto, cura! —dijo mientras le mostraba su desnudez. Thomas se dio la vuelta y cerró la puerta mientras ella reía a carcajadas. Cuando hubo corrido los cerrojos, se recostó sobre la pared y miró al infinito. Recordaba los ojos de Geneviève, tan llenos de fuego y misterio. Estaba sucia, desnuda, descuidada, pálida, medio desnutrida y había sido acusada de hereje, y aun así la encontraba bella, pero tenía al día siguiente una tarea que no esperaba. Una tarea divina.

Volvió al patio y lo encontró todo tranquilo. Castillon d'Arbizon dormía.

Y Thomas, el hijo bastardo de un cura, rezó.

\* \* \*

La torre se erguía entre los bosques a un día a caballo de París, sobre una sierra poco elevada no demasiado lejos de Soissons. Era un lugar solitario. Había sido en un tiempo hogar de un señor cuyos siervos cultivaban los valles a cada lado de la cordillera, pero el señor murió sin hijos, y sus familiares distantes se habían peleado por la propiedad, lo que suponía que los abogados se habían enriquecido, la torre había sido abandonada, los campos tomados por los castaños primero y por los robles después, y las lechuzas anidado en altas alcobas de piedra por las que ululaba el viento y pasaban las estaciones. Hasta los abogados que habían litigado por la torre estaban ya muertos, y el pequeño castillo era propiedad de un duque que jamás lo

había visto y ni en sueños viviría allí, y los siervos, los que quedaban, trabajaban los campos más cercanos a la población de Melun, donde los vasallos del duque tenían una granja.

La torre, al decir de los aldeanos, estaba encantada. Los espíritus blancos la envolvían en las noches de invierno. Se contaba que extrañas bestias poblaban los árboles. A los niños, se les decía que se alejaran, aunque inevitablemente, los más valientes se adentraban en los bosques, y algunos incluso escalaban la edificación para explorar su vacío.

Pero entonces, llegaron los extraños.

Llegaron con el permiso del lejano duque. Eran también vasallos, pero no venían a cultivar la tierra o a talar la valiosa madera de la sierra. Eran soldados. Quince hombres curtidos, llenos de cicatrices de las guerras contra Inglaterra, con cotas de malla, ballestas y espadas. Venían con sus mujeres, que no daban más que problemas en la aldea, pero nadie se atrevía a quejarse porque ellas eran tan duras como los soldados, aunque no tanto como el hombre que los comandaba. Era alto, delgado, feo, estaba también lleno de cicatrices y tenía un rostro vengativo. Se llamaba Charles y no era soldado ni vestía malla, pero nadie quería preguntarle qué era o qué había sido, pues su sola mirada producía pánico.

Llegaron picapedreros de Soissons. Las lechuzas fueron expulsadas y se hizo reparar la torre. Se construyó un nuevo patio al pie del edificio, un patio que tenía una elevada muralla y un horno de ladrillo; y poco después de que terminara el trabajo, llegó a la torre un carro cuyo contenido iba oculto bajo una lona blanca y atravesó la nueva puerta del patio, que se cerró tras él. Los nuevos acontecimientos picaron la curiosidad de algunos de los niños más valientes, que se metieron en el bosque, pero fueron descubiertos por uno de los guardias y huyeron, aterrorizados, mientras los perseguía gritando. Un chico escapó de un dardo de ballesta por un pelo. Ya no volvieron más. Ni los niños ni nadie. Los soldados compraban comida y vino en el mercado, pero tampoco cuando bebían en la taberna de Melun se mostraban comunicativos a propósito de lo que en la torre ocurría.

—Preguntad a *monsieur* Charles —decían, y se referían al tipo feo de las cicatrices, y nadie en el pueblo se atrevía a dirigirse a *monsieur* Charles.

Del patio, salía humo de vez en cuando. Se apreciaba desde el pueblo, y fue el sacerdote el que dedujo que la torre era ahora el hogar de un alquimista. A la sierra subían extraños cargamentos y, cierto día, uno de los carros cargados con un barril de azufre y lingotes de plomo se detuvo en la aldea y el carretero tomó vino. El cura olió el azufre.

—Están haciendo oro —le dijo a su dueña, consciente de que ella se lo transmitiría al resto del pueblo.

—¿Oro? —preguntó ella.

—Eso es lo que hacen los alquimistas. —El cura era un hombre cultivado que habría podido hacer carrera en la Iglesia de no ser por su desmesurada afición al vino, lo que le llevaba a estar siempre borracho cuando cantaba el ángelus, pero recordó sus días de estudiante en París, y cómo durante una época se planteó unirse a la búsqueda de la piedra filosofal, la escurridiza sustancia que se fundía con cualquier metal para convertirlo en oro—, Noé la tenía —añadió.

—¿Qué tenía?

—La piedra filosofal, pero la perdió.

—¿Porque estaba borracho y desnudo? —preguntó la dueña. Tenía sólo un vago y remoto recuerdo de la historia de Noé—, ¿como tú?

El cura estaba tumbado en la cama, medio borracho y completamente desnudo, y recordó los talleres llenos de humo de París en los que se fundían, combinaban y volvían a fundir la plata y el azogue, el plomo y el azufre, el bronce y el hierro.

—Calcinación —recitó—, disolución, separación, conjunción, putrefacción, congelación, cebado, sublimación, fermentación, exaltación, multiplicación y proyección.

La dueña no tenía ni la menor idea de lo que le estaba hablando.

—Marie Condrot ha perdido hoy al niño que esperaba —le contó—. Nació del tamaño de un gatito, el pobre. Todo ensangrentado y muertecito. Pero tenía pelo. Rojo. Quiere que lo bautices.

—Copelación —prosiguió, haciendo caso omiso de las noticias—, cementación, reverberación y destilación. La destilación, siempre. *Per ascendum* es el método preferido —el hipo empezó a hacer mella en el discurso del cura—. Jesús —suspiró, después volvió a pensar en voz alta—. El flogisto... Si encontráramos el flogisto, todos podríamos hacer oro.

—¿Y cómo se hace el oro?

—Ya te lo he dicho. —Se volvió en el lecho y contempló sus pechos, blancos y enormes a la luz de la luna—. Tienes que ser muy lista —le dijo mientras la acercaba hacia sí—, y descubrir una sustancia llamada flogisto que arde más que el fuego de los infiernos, y con ella haces la piedra filosofal que Noé perdió: la colocas en una caldera con cualquier metal y, después de tres días y tres noches, tienes oro. ¿No dijo Corday que habían construido un horno allí arriba?

—Dijo que habían convertido la torre en una cárcel —repuso ella.

—Un horno —insistió él—, para encontrar la piedra filosofal.

La suposición del sacerdote era más acertada de lo que pensaba, y pronto el vecindario al completo estuvo convencido de que un gran filósofo se había encerrado en la torre y allí investigaba cómo hacer oro. Si lo conseguía, decía la gente, nadie tendría que volver a trabajar porque todos serían ricos. Los campesinos comerían en platos de oro y cabalgarían bestias guarnecidas de plata, pero algunos también

repararon en que la alquimia que allí llevaban a cabo era de lo más rara, pues una mañana dos de los soldados se acercaron al pueblo y se llevaron tres cuernos viejos de buey y un cubo de estiércol de vaca.

—Ahora sí que nos vamos a hacer ricos de verdad —comentó la dueña en tono sarcástico—, ricos en mierda —pero el cura roncaba ya.

Tras esos primeros días otoñales que siguieron a la caída de Calais, llegó el cardenal de París. Se alojó en Soissons, en la Abadía de St-Jean-de-Vignes que, aunque más acaudalada que la mayoría de las residencias monásticas, seguía sin poder cubrir las necesidades del séquito del cardenal, así que alrededor de una docena de sus hombres de armas se hospedaron en una taberna, e indicaron al tabernero que enviara la factura a París sin darle mayor importancia.

—El cardenal os pagará —le prometieron y estallaron en carcajadas, pues sabían que Louis Bessières, cardenal arzobispo de Livorno y Legado Papal en la Corte de Francia, no prestaba atención a las peticiones triviales de dinero.

Aunque, últimamente, Su Eminencia lo había estado gastando a manos llenas. A costa del cardenal, se había restaurado la torre, construido una nueva muralla y contratado a la guardia, y a la mañana siguiente de llegar a Soissons, se dirigió a la torre con una escolta de sesenta hombres armados y catorce sacerdotes. A mitad de camino de la torre, fueron recibidos por *monsieur* Charles, que iba completamente vestido de negro y llevaba un cuchillo de hoja estrecha colgado a un lado. No saludó al cardenal con respeto como harían otros hombres, se limitó a asentir con un gesto escueto y después hizo girar al caballo para cabalgar al lado del prelado. Los sacerdotes y los hombres de armas, a una señal del cardenal, mantuvieron la distancia para no oír la conversación.

—Tienes buen aspecto, Charles —comentó el cardenal con voz burlona.

—Me aburro. —El feo de Charles tenía una voz que recordaba al metal extrayendo grava.

—El servicio al Señor a veces es duro —repuso sentencioso el cardenal.

Charles pasó por alto el sarcasmo en las palabras de su eminencia. Tenía una cicatriz que le iba desde el labio hasta la mejilla, bolsas enormes en los ojos y la nariz rota. La ropa negra le sentaba como los andrajos de un espantapájaros, y su mirada se desplazaba constantemente de un lado a otro de la carretera como si temiera sufrir una emboscada. Los viajeros que se cruzaron con la procesión, de haberse atrevido a levantar la mirada, hubieran tomado a Charles por un soldado, pues la cicatriz y la espada sugerían que había servido en las guerras, pero Charles Bessières jamás había seguido estandarte de guerra alguno. Lo que había hecho era rebanar cuellos y bolsas, robar y asesinar, y librarse de la horca por ser el hermano mayor del cardenal.

Charles y Louis Bessières habían nacido en la provincia de Limoges, eran los hijos mayores de un mercader de sebo, que le dio al menor educación mientras el

mayor se volvía delincuente. Louis se había criado en la iglesia en la misma medida que Charles lo había hecho entre callejones oscuros, pero por diferentes que fuesen, confiaban el uno en el otro. Los secretos estaban a salvo entre los únicos hijos vivos del mercader de sebo, y por ese motivo se había ordenado a sacerdotes y hombres de armas que mantuvieran cierta distancia.

—¿Cómo se encuentra nuestro prisionero? —preguntó el cardenal.

—Refunfuña. Lloriquea como una mujer.

—¿Pero trabaja?

—Sí trabaja, sí —contestó Charles sombrío—. Tiene demasiado miedo para solazarse.

—¿Come? ¿Está en buen estado de salud?

—Come, duerme y de vez en cuando se calza a su mujer —contestó Charles.

—¿Tiene mujer? —El cardenal parecía sorprendido.

—La pidió. Me dijo que no podía trabajar en condiciones sin una mujer, así que se la busqué.

—¿Qué tipo de mujer?

—De las de los prostíbulos de París.

—¿Una antigua conocida tuya? —preguntó el cardenal divertido—. Espero que no la tengas en demasiada estima.

—Cuando termine —repuso Charles—, le rebanaré el cuello exactamente de la misma forma que a él. Sólo tienes que decirme cuándo.

—Cuando obre su milagro, por supuesto —contestó el cardenal.

Siguieron por una estrecha pista que subía por la sierra y, una vez en la torre, los sacerdotes y los hombres de armas se quedaron en el patio; los dos hermanos bajaron por una escalera corta de caracol que conducía hasta una pesada puerta, cerrada con tres gruesos cerrojos. El cardenal observó a su hermano mientras descorría los pestillos.

—¿Los guardias no bajan aquí? —preguntó.

—Sólo los dos que traen la comida y se llevan los cubos —contestó Charles—, los demás saben que si meten las narices donde no les llaman, les corto el cuello.

—¿Y se lo creen?

Charles Bessières miró con amargura a su hermano.

—¿Tú no te lo creerías? —el siniestro personaje mantuvo la mirada clavada en la de su hermano y, antes de descorrer el último cerrojo, sacó su cuchillo. Se echó atrás al abrir la puerta, preparado por si le atacaban desde el interior, pero el hombre que había dentro no mostraba ninguna hostilidad, de hecho parecía patéticamente complacido de ver al cardenal y se hincó de rodillas en señal de reverencia.

El sótano de la torre era grande, el techo descansaba sobre enormes arcos de ladrillo de los que colgaban lámparas. La luz ahumada que producían se veía



aumentada de día por la luz del sol, que entraba por tres ventanas altas, pequeñas y con gruesos barrotes. El prisionero que vivía en aquella celda era un joven de pelo claro, rostro vivaracho y mirada inteligente. Tenía las mejillas y la amplia frente manchadas de porquería, que también impregnaba sus largos y ágiles dedos. Se quedó de rodillas mientras el cardenal se le acercaba.

—Joven Gaspard —dijo el cardenal en tono cordial y le tendió la mano para que el prisionero pudiera besar el pesado anillo que contenía una espina de la corona mortal de Cristo—, confío en que os encontréis bien, joven Gaspard. ¿Coméis bien? ¿Dormís como un niño? ¿Trabajáis como un buen cristiano? ¿Copoláis como un marrano? —El cardenal echó una mirada a la muchacha mientras decía estas últimas palabras, después apartó la mano de Gaspard y se adentró en la estancia dirigiéndose hacia el lugar de trabajo, en el que había tres mesas llenas de barriles de arcilla, bloques de cera, pilas de lingotes y un despliegue de escoplos, limas, mazas y martillos.

La muchacha, cabizbaja, pelirroja y vestida con una enagua sucia que le dejaba un hombro al descubierto, estaba sentada en un camastro bajo en una esquina del sótano.

—Esto no me gusta —se quejó al cardenal.

El cardenal la miró en silencio durante un buen rato, después se volvió a su hermano.

—Charles, si vuelve a dirigirme la palabra sin permiso, azótala.

—No tiene mala intención, vuestra eminencia —intervino Gaspard aún de rodillas.

—Yo sí la tengo —espetó el cardenal, después sonrió al prisionero—. Ponte en pie, querido muchacho, en pie.

—Necesito a Yvette —dijo Gaspard—, me ayuda.

—Estoy seguro de que sí —repuso el cardenal, después se encorvó sobre un cuenco de arcilla en el que había una pasta marronzuca. El hedor que desprendía hizo que se apartara bruscamente; mientras se daba la vuelta, Gaspard se acercó a él, volvió a hincarse de hinojos y le tendió un regalo.

—Para vos, vuestra eminencia —le comunicó Gaspard ansioso—, lo he hecho para vos.

El cardenal recibió el presente. Era un crucifijo de oro, que no tendría ni la anchura de una mano, con todo, cada detalle del Cristo sufriente estaba delicadamente modelado. Se apreciaban mechones de cabello bajo la corona de espinas, que pinchaban como alfileres, la herida del costado estaba en carne viva y le corría un hilillo de sangre dorada desde el paño que le envolvía la ingle hasta el muslo. Las cabezas de los clavos sobresalían orgullosas, y el cardenal las contó. Cuatro. Había visto tres clavos auténticos en su vida.

—Es precioso, Gaspard —dijo el cardenal.

—Trabajaría mejor con más luz.

—Todos trabajaríamos mejor con más luz —añadió el cardenal—, la luz de la verdad, la luz de Dios, la luz del Espíritu Santo. —Caminó entre las mesas, tocando las herramientas propias del oficio de Gaspard—. Y aun así, el diablo nos envía oscuridad para engañarnos, y tenemos que aprender a dar lo mejor de nosotros para soportarlo.

—¿Y arriba? —preguntó Gaspard—. Tiene que haber habitaciones con más luz.

—Y las hay —prosiguió el cardenal—, las hay, pero ¿cómo puedo estar seguro de que no escaparás, Gaspard? Eres un hombre ingenioso. Si te doy una ventana grande es como si te diera el mundo. No, querido muchacho, si puedes producir una obra como esta —y levantó el crucifijo—, no necesitas más luz. —Sonrió—, eres muy listo.

Gaspard era efectivamente muy listo. Había sido aprendiz de orfebre en uno de los pequeños comercios del Quai des Orfèvres en la Île de la Cité, en París, donde el cardenal poseía su mansión. El cardenal siempre había apreciado a los orfebres: recorría sus negocios, era cliente habitual y adquiría las mejores piezas, y la mayoría de esas piezas habían sido obra de ese delgado y nervioso aprendiz que, en una noche de desgracia, acuchilló y mató a otro de su misma categoría y gremio en una sórdida pelea de taberna, por lo que fue condenado a la horca. El cardenal lo había rescatado, traído a la torre y le había prometido la vida.

Pero antes Gaspard tenía que obrar el milagro. Sólo entonces podría ser liberado. Ésa era la promesa, aunque el cardenal estaba casi seguro de que el joven jamás abandonaría la celda, a menos que fuera para utilizar el enorme horno del patio. Gaspard, aunque aún no lo sabía, ya estaba a las puertas del infierno. El cardenal hizo la señal de la cruz y dejó el crucifijo encima de la mesa.

—Venga, enséñame —le ordenó a Gaspard.

Gaspard se acercó a su gran mesa de trabajo en la que había un objeto envuelto en un paño blanqueado.

—Ahora sólo es cera, vuestra eminencia —le explicó mientras levantaba el lienzo—, y todavía no sé si podremos convertirlo en oro.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó el cardenal.

—Con cuidado —avisó Gaspard—, es cera purificada y muy delicada.

El cardenal levantó la figura de cera gris blancuzca, que era grasienta al tacto, y la llevó hasta una de las tres pequeñas ventanas que dejaban entrar la luz diurna. Allí lo contempló boquiabierto.

Gaspard había confeccionado una copa de cera. Le había llevado semanas de trabajo. La copa en sí era suficientemente grande para contener una manzana, y el pie no tendría más de quince centímetros de alto. Había sido modelado conformando el tronco de un árbol y la base imitaba el asentamiento de tres raíces. Las ramas del

árbol se bifurcaban gracias a un trabajo de filigrana que entretejía el receptáculo del cáliz, y la filigrana era asombrosamente detallista, con pequeñas hojitas y manzanitas y, en los bordes, tres delicados clavos.

—Es precioso —dijo el cardenal.

—Las tres raíces, vuestra eminencia, son la Trinidad —explicó Gaspard.

—Eso lo había supuesto.

—Y el árbol es el Árbol de la vida.

—Motivo por el que da manzanas —dijo el cardenal.

—Y los clavos revelan que será el árbol de donde harán la cruz de nuestro Señor —señaló Gaspard para cerrar la explicación.

—Tampoco eso se me había e; capado —observó el cardenal, que regresó con la preciosa copa de cera a la mesa y la depositó con cuidado—. ¿Dónde está el cristal?

—Aquí, vuestra eminencia. —Gaspard abrió una caja y sacó una copa que ofreció al cardenal. La copa era de cristal verde y grueso y tenía un aspecto muy antiguo, pues en algunos lados el cristal estaba velado y en otros se podían ver burbujitas atrapadas en el pálido y translúcido material. El cardenal sospechaba que era romana. No estaba seguro, pero parecía muy vieja y un punto tosca, eso desde luego. La copa de la que Cristo habría bebido su último vino probablemente sería más adecuada para la mesa de un campesino que para una fiesta noble. El cardenal había descubierto la copa en una tienda de París y la había comprado por unas pocas monedas de cobre. Después, había dado instrucciones a Gaspard para que se deshiciera del poco adecuado pie de cristal, y el prisionero lo había hecho tan bien que ni siquiera parecía que lo hubiera tenido nunca. Ahora, muy alegremente, metía la copa de cristal dentro de la filigrana de cera. Gaspard contuvo la respiración, por miedo a que el cardenal rompiera las delicadas hojas, pero la copa encajaba a la perfección.

El Grial. El cardenal contempló la copa de cristal y la imaginó acunada por un delicado trabajo de oro sobre un altar iluminado con grandes cirios blancos. Un coro de muchachos cantarían, y el aroma del incienso lo inundaría todo.

Habría reyes y emperadores, príncipes y duques, condes y caballeros arrodillados ante él.

Louis Bessières, cardenal arzobispo de Livorno, quería, deseaba el Grial y, unos meses antes, había oído un rumor procedente del sur de Francia, la tierra de los herejes quemados, que aseguraba la existencia de la copa sagrada. Dos hijos de la familia Vexille, uno francés y arquero inglés el otro, buscaban el Grial como lo hacía el cardenal, pero nadie, pensaba Louis, codiciaba la copa como él. O mejor aún, nadie la merecía como él. Si encontraba la reliquia poseería un poder tan desmesurado que los reyes y el papa acudirían a él para que los bendijera, y cuando Clemente, el actual papa, muriera, Louis Bessières ocuparía su trono y obtendría las llaves... Pero eso sólo sucedería si poseía el Grial. Louis Bessières lo quería, lo necesitaba; pero un día,

mientras contemplaba sin fijarse en ella la vidriera de su capilla privada, experimentó una revelación. El Grial en sí no era necesario. Quizás existiera, probablemente no, pero lo que importaba es que la cristiandad creyera en su existencia. Querían un grial. Cualquier grial, mientras estuvieran convencidos de que era el auténtico y sacro, el único Grial. Por ese motivo estaba Gaspard en aquella celda, y por ese motivo el joven orfebre moriría, pues nadie más que el cardenal y su hermano debían saber lo que se estaba confeccionando en la solitaria torre entre los árboles al viento que coronaban Melun.

—Y ahora —dijo el cardenal levantando con cuidado el cristal verde de su lecho de cera—, tienes que convertir la cera corriente en oro celestial.

—Será difícil, vuestra eminencia.

—Por supuesto que será difícil —dijo el cardenal—, pero rezaré por ti, pues tu libertad depende de tu éxito. —El cardenal vio la duda en el rostro de Gaspard—. Has hecho el crucifijo —le dijo mientras recogía el precioso objeto—, ¿por qué no vas a hacer la copa?

—Es tan delicada... —contestó Gaspard—, y si vierto el oro y no derrite la cera completamente todo el trabajo se habrá perdido.

—Pues volverás a empezar —le contestó el cardenal—, y con la experiencia y la ayuda de Dios descubrirás el camino hacia la verdad.

—Jamás se ha hecho antes —insistió Gaspard—, no con nada tan delicado.

—Explícame cómo lo harás —le ordenó el cardenal, y Gaspard empezó a contarle cómo pintaría la copa de cera con la asquerosa pasta marrón que había repelido al cardenal. Esa pasta estaba hecha con agua, cuerno de buey, quemado y molido, y estiércol de vaca. Las capas secas de la pasta recubrirían la cera, y el conjunto sería después revestido de arcilla blanda, que debía colocarse con sumo cuidado para sostener la cera y no deformarla. Perforaría en la arcilla estrechos túneles que condujeran la cera al exterior, y después llevaría el cuerpo de arcilla hasta el horno del patio, y allí lo cocería. Si lo hacía bien, la cera se derretiría, saldría por los conductos, y obtendría un molde de arcilla cocida que ocultaría una delicada cavidad con la forma del Árbol de la vida.

—¿Y el estiércol de vaca? —preguntó el cardenal. Estaba realmente fascinado. Todas las cosas bellas lo intrigaban, quizá porque durante su juventud le fueron negadas.

—El estiércol se endurece mucho —le contó Gaspard—. Construye un duro caparazón alrededor de la cavidad. —Sonrió a la enfurruñada chica—, Yvette hace la mezcla —explicó—. La capa que está más cerca de la cera es muy fina, las demás son más bastas.

—¿Así que el estiércol es la superficie dura del molde? —preguntó el cardenal.

—Exacto. —A Gaspard le complacía que su patrón y salvador comprendiera.

Más adelante, cuando la arcilla se hubiera enfriado, Gaspard vertería oro fundido en la cavidad y confiaría en que el líquido metal rellenara todas las ranuras, hojitas, manzanas, clavos y cada fragmento de corteza delicadamente modelado. Cuando el oro se enfriara y se volviera sólido, rompería el molde de arcilla para revelar o un portagrail que asombraría a la cristiandad, o un desastre amorfo de jironcitos de oro.

—Creo que tendré que hacerlo en piezas separadas —añadió Gaspard nervioso.

—Prueba con ésta —le ordenó el cardenal mientras volvía a cubrir la copa de cera —, y si no te sale, haces otra y lo vuelves a intentar, y luego otra vez, y otra. Sólo cuando lo consigas serás libre para recorrer campos y cielos. Tú y tu amiguita. — Sonrió vagamente a la mujer, bendijo a Gaspard, salió de la celda, y esperó a que su hermano cerrara la puerta—. No seas antipático con él, Charles.

—¿Antipático? Soy su carcelero, no su enfermera.

—Y él es un genio. Cree que me está haciendo un cáliz de misa, no tiene la menor idea de lo importante que es su obra. No teme a nada, excepto a ti. Así que, por favor, procura que sea feliz.

Charles se apartó de la puerta.

—¿Y si encuentran el auténtico?

—¿Y quién lo va a encontrar? —preguntó el cardenal—. El arquero inglés se ha desvanecido y el cretino del monje que hemos enviado tampoco lo encontrará en Berat. Sólo está allí para remover el polvo.

—¿Y por qué lo has enviado?

—Porque nuestro grial debe tener un pasado. El hermano Jerome descubrirá algunas historias del Grial en Gascuña y éstas serán nuestras pruebas; en cuanto anuncie que existen documentos sobre el Grial, llevaremos la copa a Berat y anunciaremos su descubrimiento.

Charles seguía pensando en el auténtico Grial.

—¿El padre del inglés no dejó un libro?

—Sí, pero no hemos podido sacar nada en limpio. Son los escritos de un loco.

—Pues encuentra al arquero y quémalo hasta que te cuente la verdad —propuso Charles.

—Lo encontraremos —prometió el cardenal sombrío—, y la próxima vez te lo entregaré a ti, Charles. Entonces hablará. Pero mientras tanto, debemos seguir buscando, y sobre todo debemos seguir fabricando. Así que mantén seguro a Gaspard.

—Seguro ahora —comentó Charles— y muerto después.

Sí, Gaspard les proporcionaría a los hermanos los medios para acceder al palacio papal de Aviñón, y el cardenal, mientras subía hacia el patio, saboreaba ya el poder de la cristiandad: él sería papa.

\* \* \*

Al alba de ese mismo día, bastante al sur de la solitaria torre junto a Soissons, la sombra del castillo de Castillon d'Arbizon se proyectaba sobre el montón de troncos preparados para la quema de la begarda. La madera había sido colocada de acuerdo con las cuidadosas instrucciones del padre Roubert, así que junto a las astillas para prenderlo y alrededor de la gruesa estaca con la cadena había cuatro capas de troncos rectos que arderían bien, pero sin desprender demasiado calor ni demasiado humo, para que la gente del pueblo viera retorcerse a Geneviève entre las vivas llamas y supiera que la hereje se dirigía directa a los dominios de Satán.

La sombra del castillo alcanzaba la calle principal y llegaba casi hasta la puerta oeste, donde los alguaciles de la ciudad, ya desconcertados por el descubrimiento del vigía muerto en las murallas, observaban ahora la mole del castillo recortada por el sol. Allí ondeaba una nueva bandera. En lugar del leopardo naranja sobre fondo blanco de Berat, se exhibía un fondo azul cruzado por una banda blanca diagonal en la que se apreciaban tres estrellas también blancas. Tres rampantes leones amarillos moraban en el fondo azul, y esas fieras bestias aparecían y desaparecían cuando la enorme bandera se dejaba llevar por el viento. Había más que ver: los cuatro cónsules de la ciudad se apresuraron a reunirse con los alguaciles y, desde uno de los bastiones que protegían la puerta del castillo, unos soldados arrojaron dos pesados bultos. Los bultos cayeron y se quedaron colgando de una cuerda. Al principio los de abajo pensaron que estaban aireando los colchones, después repararon en que los bultos eran dos cadáveres, el del castellano y el del guardia, y colgaban de la puerta para reforzar el mensaje que lanzaba el estandarte del conde de Northampton. Castillon d'Arbizon había cambiado de señor.

Galat Lorret, el más viejo y rico de los cónsules, el mismo hombre que había interrogado al fraile en la iglesia la noche anterior, fue el primero en recomponerse.

—Tenemos que enviar un mensaje a Berat —ordenó, y le dio instrucciones al secretario de la ciudad para que dirigiera una carta al auténtico señor de Castillon d'Arbizon—, dile al conde que las tropas inglesas han izado en el castillo el estandarte del conde de Northampton.

—¿Lo reconocéis? —preguntó otro cónsul.

—Ha ondeado lo suficiente por estas tierras —respondió Lorret con amargura. Castillon d'Arbizon perteneció una vez a los ingleses y pagó sus impuestos a la lejana Burdeos, pero las mareas inglesas habían retrocedido, y Lorret jamás pensó que volvería a ver el estandarte del conde una vez más. Les ordenó a los cuatro hombres de la guardia que quedaban, que estaban borrachos en la taberna y por eso habían escapado de los ingleses, que se prepararan para llevar el mensaje del secretario a

Berat, y les entregó un par de monedas de oro para azuzar su marcha. Después, con el rostro sombrío, subió por la calle con los otros tres cónsules. El padre Medous y el cura de la iglesia de San Callic se reunieron con ellos, y los ciudadanos en bloque, ansiosos y asustados, les siguieron.

Lorret aporreó la puerta del castillo. Había decidido que se enfrentaría a los desvergonzados invasores. Los asustaría. Les exigiría que abandonaran Castillon d'Arbizon al instante. Los amenazaría con un asedio y con el hambre y, precisamente en ese instante, mientras invocaba su discurso indignado, se abrieron las dos hojas de la enorme puerta con un chirrido y se encontró de cara con una docena de arqueros con cascos metálicos y jacos, y la visión de los grandes arcos y las largas flechas hicieron retroceder a Lorret involuntariamente.

Entonces se adelantó el joven fraile, sólo que ya no era un fraile, sino un alto soldado armado con lorigón completo. No llevaba casco y el pelo corto y negro parecía cortado a cuchillo. Llevaba pantalones negros, largas botas negras y un cinto de cuero negro del que le colgaba una espada larga y un cuchillo corto. Del cuello le pendía una cadena de plata, señal de que tenía autoridad. Recorrió con la mirada la fila de alguaciles y cónsules y después le hizo una señal a Lorret.

—Anoche no fuimos presentados como es debido —dijo—, pero sin duda recordáis mi nombre. Ahora os toca a vos decirme el vuestro.

—¡Aquí no tenéis nada que hacer! —espetó Lorret.

Thomas miró el cielo, claro, casi descolorido, que indicaba que podían esperar un frío anormal para aquella época.

—Padre —ahora se dirigía a Medous—, os agradecería que tuvierais la bondad de traducir mis palabras para que todos pudieran enterarse —después se volvió de nuevo a Lorret—, si no decís algo con sentido, ordenaré a mis hombres que os maten y hablaré con vuestros compañeros. ¿Cómo os llamáis?

—Sois el fraile —dijo Lorret acusador.

—No —repuso Thomas—, pero vos pensasteis que sí lo era porque sé leer. Soy hijo de cura y me enseñó las letras. Ahora, decidme, ¿cómo os llamáis?

—Soy Galat Lorret —contestó.

—Y deduzco por vuestra ropa —y señaló la capa ribeteada en piel—, que tenéis cierta autoridad en este pueblo.

—Somos los cónsules —respondió Lorret con toda la dignidad de que fue capaz. Los otros tres cónsules, más jóvenes que Lorret, intentaban mantener la compostura, pero era difícil con las flechas apuntándoles.

—Gracias —repuso Thomas cortés—. Bien, ahora haréis bien en informar a vuestra gente de que tienen la inmensa fortuna de estar de nuevo bajo la protección del conde de Northampton, y que es el deseo de su señoría que la gente no se quede en la calle cuando hay tanto trabajo que hacer —y le hizo un gesto al padre Medous,

que lo tradujo, no sin tartamudear, al resto de la población. Hubo unas cuantas protestas, sobre todo porque los más sagaces en la plaza entendieron que un cambio de señor supondría inevitablemente un aumento de los impuestos.

—El trabajo de esta mañana —intervino Lorret—, es quemar a una hereje.

—¿Eso es trabajo?

—Trabajo de Dios —insistió Lorret. Levantó la voz y habló en la lengua local—. A la gente se le prometió tiempo de su jornada para ver expulsar al mal de la ciudad con las llamas.

El padre Medous tradujo las palabras para Thomas.

—Es la costumbre —añadió el cura—, y el obispo insiste en que la gente vea a la muchacha arder.

—¿La costumbre? —preguntó Thomas—. ¿Tantas chicas quemáis para tener una costumbre?

El padre Medous sacudió la cabeza, confundido.

—El padre Roubert insistió en que la gente tenía que verlo.

Thomas frunció el entrecejo.

—El padre Roubert, ¿el que dijo que la quemarais a fuego lento? ¿Que colocarais los leños de pie?

—Es dominico —contestó el padre Medous—, y él lo es de verdad. Fue él quien descubrió la herejía de la chica. Tendría que estar ya aquí. —El cura miró a su alrededor como si esperara ver aparecer al fraile.

—Seguro que le sabe muy mal perderse la diversión —repuso Thomas, después hizo una señal al grupo de arqueros, que se apartaron para que sir Guillaume, vestido de malla de arriba abajo y con una gran espada de guerra, sacara a Geneviève del castillo. El gentío silbó y se burló de ella, pero su ira se vio acallada cuando los arqueros cerraron filas tras la muchacha y levantaron los arcos. Robbie Douglas, también armado con lorigón y espada, se abrió paso entre los arqueros y contempló a Geneviève, que ahora estaba de pie junto a Thomas.

—¿Es ésta la muchacha? —preguntó.

—Sí, es la hereje —respondió Lorret.

Geneviève observaba a Thomas con algo de incredulidad. La última vez que lo había visto vestía un hábito de fraile, y ahora estaba claro que no era ningún cura. El lorigón de malla, una armadura corta que le llegaba hasta los muslos, era de buena calidad y había sido bruñido durante la noche, pues la había pasado vigilando las celdas para que nadie abusara de los prisioneros.

Geneviève ya no iba mugrienta. Thomas había enviado a dos de las mozas de la cocina a su celda con agua, ropa y un peine de cuerno para que pudiera lavarse, y le había proporcionado una túnica blanca propiedad de la esposa del castellano. Era un vestido de un costoso lino blanco, bordado en el cuello, las mangas y el dobladillo



con hilo de oro, y Geneviève parecía haber nacido para vestir una prenda tan delicada. Se había peinado hacia atrás con una trenza adornada con una cinta amarilla. Estaba de pie a su lado, era curiosamente alta, y desafiaba a la población con la mirada a pesar de que sus brazos estaban atados a la espalda. El padre Medous señaló con timidez los maderos, como indicando que no había tiempo que perder.

Thomas volvió a mirar a Geneviève. Iba vestida como una novia, una novia hacia el patíbulo, y a Thomas le sorprendió su belleza. ¿Era eso lo que había ofendido a la población? El padre de Thomas siempre decía que la belleza provocaba tanto odio como amor, pues la belleza era antinatural, una ofensa al barro, las cicatrices y la sangre de la vida cotidiana, y Geneviève, tan alta, tan esbelta, tan pálida, tan etérea, era encantadoramente fuera de lo común. Robbie debía de estar pensando lo mismo, porque la miraba con expresión de maravilla en estado puro.

Galat Lorret señaló la pira.

—Si queréis que la gente trabaje, que la quemen.

—Nunca he quemado a una mujer —respondió Thomas—, tenéis que darme tiempo para que decida cómo es mejor hacerlo.

—La cadena va alrededor de la cintura —explicó Galat Lorret—, y la cierra el herrero. —Le hizo una señal al herrero, que esperaba con un martillo y un eslabón—. El fuego lo puede traer cualquiera.

—En Inglaterra —le contó Thomas—, no es infrecuente que el verdugo estrangule a la víctima cuando lo cubre el humo. Se hace por piedad con una cuerda de arco. —Sacó esa cuerda de una bolsa colgada de su cinturón—. ¿Es costumbre aquí?

—No con los herejes —contestó Galat Lorret con dureza.

Thomas asintió, volvió a meterse la cuerda en la bolsa y cogió a Geneviève del brazo para conducirla hasta el patíbulo. Robbie hizo ademán de intervenir, pero sir Guillaume lo detuvo. Entonces Thomas vaciló.

—Tiene que haber un documento —le dijo a Lorret—, una sentencia. Algo que autorice al poder civil a ejecutar la condena de la Iglesia.

—Le fue enviada al castellano —repuso Lorret.

—¿A él? —Thomas miró el gordo cadáver—. Pues no le dio tiempo a dármela y yo no puedo quemar a la chica sin la sentencia. —Tenía aspecto preocupado, después se volvió hacia Robbie—, ¿la puedes ir a buscar tú? He visto en la sala un baúl todo lleno de pergaminos. A lo mejor está ahí. Busca un documento con un sello muy gordo.

Robbie, incapaz de apartar los ojos del rostro de Geneviève, parecía a punto de ponerse a discutir con él, pero entonces asintió bruscamente y se metió en el castillo. Thomas se retiró unos pasos sin dejar de sujetar a Geneviève.

—Mientras esperamos —le dijo al padre Medous—, ¿podríais recordarle a la

gente por qué va a morir quemada?

El cura pareció quedarse desconcertado por esta amable invitación, pero se recuperó enseguida.

—El ganado empezó a enfermar y a morir —contó—, y maldijo a la mujer de un hombre.

Thomas aparentó sorprenderse.

—El ganado también se muere en Inglaterra —dijo—, y yo también he maldecido a la mujer de un hombre, pero no por eso soy un hereje.

—¡Puede predecir el futuro! —protestó Medous—. Bailaba desnuda bajo la tormenta y utilizó la magia para descubrir agua.

—Ah. —Thomas parecía preocupado—, ¿agua?

—¡Con un palo! —intervino Galat Lorret—, es la magia del diablo.

Thomas tenía aspecto pensativo. Miró a Geneviève que temblaba ligeramente, después volvió a mirar al padre Medous.

—Decidme, padre, ¿no estoy en lo cierto si digo que Moisés golpeó una roca con la vara de su hermano y sacó agua de una piedra?

Hacía mucho tiempo que el padre Medous había estudiado las escrituras, pero la historia le era familiar.

—Recuerdo algo así —admitió.

—¡Padre! —le advirtió Galat Lorret.

—¡Callaos! —le espetó Thomas al cónsul. Levantó la voz.

—*Cumque elevasset Moses manum* —recitaba de memoria, pero creía que era así—, *percutiens virga bis silicem egressae sunt aquael largissimae*. —Ser el bastardo de un cura o haber pasado unas cuantas semanas en Oxford no tenía demasiadas ventajas, pero había adquirido suficientes conocimientos para confundir a la mayoría de los hombres de la Iglesia—, no habéis traducido mis palabras, padre —le dijo al cura—, contadle a la gente cómo Moisés golpeó la roca y de ella salió un manantial de agua. Y después decidme cómo es posible que si a Dios le complace que se halle agua con una vara, le tenga que molestar que esta muchacha lo haga con una ramita.

A la gente no le gustó. Algunos gritaban, y sólo los tranquilizó la visión de dos arqueros que se asomaron por encima de los cadáveres. El sacerdote se apresuró a traducir sus protestas.

—Maldijo a una mujer y profetizó el futuro.

—¿Qué futuro profetizó? —preguntó Thomas.

—La muerte —respondió Lorret—. Dijo que las calles de la ciudad se llenarían de cadáveres, que no nos enterrarían.

Thomas parecía impresionado.

—¿Predijo que la ciudad volvería a su legítimo señor? ¿Contó que el conde de Northampton nos enviaría?

Hubo una pausa, y entonces Medous sacudió la cabeza.

—No —contestó.

—Entonces tampoco ve el futuro tan claro —dijo Thomas—, y no es posible que sea el diablo el que la inspire.

—El tribunal episcopal ha decidido lo contrario —insistió Lorret—, y no os corresponde a vos cuestionar a las autoridades competentes.

La espada de Thomas abandonó la vaina a una velocidad sorprendente. El arma estaba engrasada para no oxidarse y brilló como si estuviera húmeda cuando pinchó el tejido ribeteado en piel del pecho de Galat Lorret.

—Yo soy la autoridad competente —dijo Thomas empujando hacia atrás al cónsul—, y haréis bien en recordarlo. Y no conozco a vuestro obispo, así que si piensa que una chica es hereje porque el ganado muere, es porque es un cretino, y si la condena porque hace lo que Dios mandó a Moisés hacer, entonces es un blasfemo. —Le dio a la espada un último empujón que hizo a Lorret dar un paso atrás—, ¿maldijo a la mujer de quién?

—A la mía —respondió Lorret indignado.

—¿Murió?

—No —admitió Lorret.

—Entonces la maldición no ha tenido efecto —dijo Thomas mientras envainaba la espada.

—¡Es una begarda! —insistió el padre Medous.

—¿Qué es una begarda? —preguntó Thomas.

—Una hereje —contestó el padre Medous sin poder añadir mucho más.

—¿No lo sabéis, verdad? —dijo Thomas—. No es más que una palabra y por esa palabra vais a quemarla. —Se sacó el puñal del cinturón, entonces pareció acordarse de algo—. Supongo —dijo mientras se volvía de nuevo hacia el cónsul—, que le habréis enviado un mensaje al conde de Berat.

Lorret pareció sobresaltarse, después intentó fingir que no sabía de qué le hablaba.

—No me toméis por idiota —abrevió Thomas—. Seguro que ya lo habéis preparado. Pues escribidle a vuestro conde y escribidle también a vuestro obispo, y decidles que he capturado Castillon d'Arbizon, y decidles más... —Aquí se detuvo. Llevaba toda la noche debatiéndose. Había rezado, pues intentaba ser un buen cristiano, pero toda su alma y todos sus instintos le decían que la chica no debía arder. Y entonces una voz interior le dijo que se estaba dejando seducir por la piedad y por unos ojos brillantes, y lo pasó aún peor, pero al final de sus oraciones supo que no podría condenar a Geneviève a la hoguera. Así que cortó la cuerda que la ataba y cuando el gentío protestó, levantó la voz—. Decidle a vuestro obispo que he dejado libre a la supuesta hereje. —Devolvió el cuchillo a su vaina, rodeó a Geneviève con

el brazo derecho y se enfrentó a los allí reunidos—. Decidle a vuestro obispo que está bajo la protección del conde de Northampton. Y si vuestro obispo desea saber quién ha tomado la decisión, le facilitáis el mismo nombre que tenéis que darle al conde de Berat. Thomas de Hookton.

—¿Hook... ton? —repitió Lorret a duras penas.

—Hookton —lo corrigió Thomas—, y decidle que Thomas de Hookton comanda Castillon d'Arbizon por la gracia de Dios.

—¿Vos? ¿Comandante? —preguntó Lorret indignado.

—Como habéis visto —repuso Thomas—, he asumido los poderes de la vida y la muerte. Yeso, Galat Lorret, incluye la vuestra. —Se dio la vuelta y condujo a Geneviève de vuelta al patio. Las puertas se cerraron de un portazo.

Y Castillon d'Arbizon, a falta de algo mejor, volvió al trabajo.

\* \* \*

Durante dos días, Geneviève no bebió ni comió. Se quedó cerca de Thomas, mirándolo, y cuando él le hablaba sólo sacudía la cabeza. A veces lloraba en silencio. No hacía ningún ruido, ni siquiera hipaba, sólo parecía desconsolada mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Robbie intentaba hablar con ella, pero ella se retraía. De hecho, se estremecía si Robbie se acercaba demasiado, y al final acabó por ofenderse.

—La madre que parió a esa zorra hereje —la maldecía con acento escocés, y Geneviève, aunque no hablaba inglés, sabía lo que estaba diciendo y se limitaba a mirar a Thomas con sus enormes ojos.

—Está asustada —le explicó Thomas.

—¿De mí? —preguntó Robbie indignado, y la indignación parecía justificada, pues Robbie Douglas era un muchachote de rostro franco, nariz respingona y una disposición muy amigable.

—Ha sido torturada. ¿Puedes imaginarte lo que eso le hace a una persona? —Involuntariamente, se puso a mirar los nudillos de sus manos, aún deformes por culpa del gato con el que le habían roto los huesos. Durante una época pensó que jamás volvería a tensar un arco, pero Robbie, su amigo, jamás perdió la esperanza y le ayudó a superarlo—. Se recuperará —añadió—, igual que lo hice yo.

—Sólo intento ser amable —protestó Robbie. Thomas miró a su amigo y Robbie tuvo la gentileza de sonrojarse—. Pero el obispo enviará otra condena —prosiguió Robbie. Thomas había quemado la primera, descubierta en el baúl de hierro del castellano, con el resto de los papeles del castillo. La mayoría de los pergaminos eran rollos de impuestos, recibos de las pagas, listas de provisiones, listas de hombres, los pequeños cambios de la vida cotidiana. También habían encontrado algunas monedas,

el rendimiento de los impuestos: primer botín bajo el mando de Thomas—. ¿Qué harás? —insistió Robbie—. Cuando el obispo envíe otra condena, digo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Thomas.

—No tendrás elección —contestó Robbie con vehemencia—, tendrás que quemarla. El obispo lo exigirá.

—Probablemente —coincidió Thomas—, la Iglesia puede ser muy persistente cuando de quemar gente se trata.

—¡Pues no se puede quedar aquí! —protestó Robbie.

—La he liberado, puede hacer lo que quiera.

—La llevaré a Pau —se ofreció Robbie. Pau, a mucho camino hacia el oeste, era la guarnición inglesa más cercana—. Así estará segura. Dame una semana, con eso me basta, y me la llevaré.

—Te necesito aquí, Robbie —le dijo Thomas—. Somos pocos y el enemigo, cuando venga, lo hará a lo grande.

—Déjame que la lleve a Pau...

—Se queda —concluyó Thomas con firmeza—, a menos que sea ella la que quiera irse.

Robbie parecía que iba a ponerse a discutir, pero abandonó la habitación de repente. Sir Guillaume, que había estado escuchando en silencio la mayor parte de la conversación, tenía aspecto sombrío.

—En un día o dos —dijo en inglés para que Geneviève no le entendiera—, también Robbie querrá quemarla.

—¿Quemarla? —preguntó Thomas sorprendido—. No, Robbie no. Quiere salvarla.

—La quiere a ella, y si no la puede tener, decidirá que es mejor que no la tenga nadie. —Se encogió de hombros, después se pasó al francés—. Si fuera fea —miró a Geneviève mientras hacía la pregunta—, ¿seguiría viva?

—Si fuera fea —contestó Thomas—, dudo mucho que la hubieran condenado.

Sir Guillaume se encogió de hombros. Su hija ilegítima, Eleanor, había sido la mujer del arquero hasta que fue asesinada por el primo de Thomas, Guy Vexille. Ahora sir Guillaume miraba a Geneviève y reconocía la belleza que había en ella.

—Eres tan malo como el escocés —dijo.

Esa noche, la segunda desde la captura del castillo, después de que los hombres que habían salido en busca de alimentos regresaran sanos y salvos, alimentaran a los caballos, cerraran las puertas y los centinelas ocuparan sus puestos, cuando la mayoría de hombres y mujeres dormían, Geneviève salió de detrás del tapiz que conducía a la cama del castellano, que Thomas le había cedido, y se acercó a la chimenea, ante la que él leía el extraño libro de su padre sobre el Grial. No había nadie más en la sala. Thomas la compartía con Robbie y Sir Guillaume, pero el

primero estaba al mando de los centinelas, y el segundo bebía y jugaba con los hombres de armas en el salón del piso de abajo.

Geneviève, vestida con su larga túnica blanca, bajó delicadamente de la tarima, se acercó a su silla y se arrodilló junto al fuego. Miró las llamas un rato, después alzó la mirada para ver a Thomas y él se maravilló por la manera en que el fuego le iluminaba el rostro. «Una cosa tan simple, una cara», pensó, y con todo, aquélla lo traía loco.

—Si fuera fea —le preguntó, y era lo primero que decía desde que la había liberado—, ¿estaría viva?

—Sí —contestó Thomas.

—¿Y por qué me has permitido seguir viviendo?

Thomas se levantó una manga y le mostró las cicatrices del brazo.

—También a mí me torturó un dominico.

—¿Con hierros?

—Con hierros —repuso él.

Se puso en pie, le rodeó el cuello con los brazos, apoyó la cabeza en su hombro y así se quedó, abrazada a él. Ella no dijo nada, él tampoco, ninguno de los dos se movió. Thomas recordó el dolor, la humillación, el terror, y de repente sintió que tenía ganas de llorar.

Y entonces la puerta se abrió con un chirrido y alguien entró. Thomas estaba de espaldas a la puerta, así que no pudo ver quién era, pero Geneviève levantó la cabeza para mirar quién les interrumpía, y se produjo un momento de silencio, después se oyó el sonido de la puerta al cerrar y pasos que bajaban las escaleras. Thomas sabía que se trataba de Robbie. No tenía que preguntarlo.

Geneviève volvió a apoyar la cabeza en su hombro. No dijo nada. Él notaba el latir de su corazón.

—Las noches son lo peor —dijo ella.

—Lo sé —repuso Thomas.

—De día hay cosas a las que mirar. Pero en la oscuridad sólo están los recuerdos.

—Lo sé.

Se incorporó, pero mantuvo los brazos detrás de su cuello, y lo miró con una expresión de gravedad intensa.

—Le odio —le dijo, y Thomas supo que hablaba de su torturador—. Se llama padre Roubert —prosiguió—, y quiero ver su alma arder en el infierno.

Thomas, que había dado buena cuenta del suyo, no supo qué decirle, así que se retiró en una evasiva.

—Dios se hará cargo de su alma.

—Dios a veces parece estar muy lejos —dijo Geneviève—, sobre todo en la oscuridad.

—Tienes que comer —le dijo—, y tienes que dormir.

—No puedo dormir.

—Sí que puedes —y apartó sus manos del cuello y la acompañó hasta la tarima, apartó el tapiz para que ella entrara y sonrió: aquella noche ella debía recuperar fuerzas; él volvió ante el fuego y continuó su lectura.

A la mañana siguiente Robbie no le dirigió la palabra a Thomas, pero su distanciamiento pasó desapercibido porque había mucho trabajo que hacer. Tenían que traer comida de la ciudad y almacenarla en el castillo. Tuvieron que enseñar al herrero a hacer puntas de flecha inglesas y hubo que talar álamos y fresnos para confeccionar astiles. Los gansos perdieron las plumas de la cola para empenachar las flechas, y el trabajo mantuvo a los hombres de Thomas ocupados, aunque su desánimo era evidente. El júbilo que siguió a la sencilla captura del castillo había sido reemplazado por el desasosiego, y Thomas, que era la primera vez que estaba al mando de una guarnición, sabía que había llegado a una crisis.

Sir Guillaume d'Evécque, mucho mayor que Thomas, concretó el sentir general.

—Es por la chica —dijo—. Tiene que morir.

Estaban de nuevo en el gran salón y Geneviève, sentada junto al fuego, entendió la conversación. Robbie había venido con sir Guillaume, pero ahora, en lugar de mirar a Geneviève con anhelo, la observaba con odio.

—Decidme por qué —replicó Thomas. Había estado releendo la copia del libro de su padre y sus extrañas menciones al Grial. Había sido copiada a toda prisa y la caligrafía de algunas partes era apenas descifrable, y tampoco nada de lo que allí había escrito tenía demasiado sentido, pero creía que si lo estudiaba el tiempo suficiente, el significado acabaría por emerger.

—¡Es una hereje! —exclamó sir Guillaume.

—¡Es una bruja del demonio! —intervino Robbie con vehemencia. Ahora hablaba algo de francés, lo suficiente para entender la conversación, pero prefería protestar en inglés.

—No fue acusada de brujería —repuso Thomas.

—¡Joder, Thomas! ¡Usó magia!

Thomas apartó el pergamino.

—He caído en la cuenta —le dijo a Robbie—, de que cuando estás preocupado, tocas madera. ¿Por qué?

Robbie se lo quedó mirando.

—¡Eso lo hacemos todos!

—¿Y te ha dicho algún cura que lo hagas?

—¡Lo hacemos y ya está!

—¿Por qué?

Robbie estaba enfadado, pero consiguió responder.

—Para alejar al mal, ¿para qué si no?

—Y aun así ni en las escrituras ni en los textos de los padres de la Iglesia encontrarás nada que te indique que lo hagas. No es algo cristiano, y tú lo haces igual. ¿Te tengo que enviar por eso delante del obispo? ¿O le ahorro tiempo al obispo y te quemo directamente?

—¡Deja de decir chorradas! —le gritó Robbie.

Sir Guillaume hizo callar a Robbie.

—Es una hereje —intentó razonar el normando con Thomas—, la Iglesia la ha condenado, y si se queda, sólo nos traerá mala suerte. Eso es lo que preocupa a los hombres. Cristo bendito, Thomas, ¿qué puede traer de bueno dar cobijo a una hereje? Los hombres saben que de ahí sólo puede salir el mal.

Thomas dio un golpe en la mesa y asustó a Geneviève.

—Tú —y señaló a sir Guillaume— quemaste mi pueblo, mataste a mi madre y asesinaste a mi padre, que era cura, ¿y vienes a hablarme del mal?

Sir Guillaume podía negar aquellas acusaciones tan poco como podía explicar por qué se había hecho amigo del hombre al que había dejado huérfano, pero tampoco estaba dispuesto a recular ante la ira de Thomas.

—Conozco el mal —repuso—, porque lo he hecho. Pero Dios nos perdona.

—¿Dios te perdona a ti —preguntó Thomas—, pero no a ella?

—La Iglesia ha decidido lo contrario.

—Y yo también he decidido lo contrario —insistió Thomas.

—Cristo bendito —exclamó sir Guillaume—, ¿pero quién te crees que eres, el puto papa? —Le encantaban las palabrotas en inglés y las utilizaba intercaladas en su propia lengua.

—Te ha embrujado —gruñó Robbie. Geneviève dio la sensación de intentar hablar, pero después se dio la vuelta. El viento golpeó la ventana y trajo consigo una racha de lluvia que salpicó en las tablas del suelo.

Sir Guillaume miró a la chica, después a Thomas.

—Los hombres no la soportarán —dijo.

—Porque los preocupáis —gruñó Thomas, aunque sabía que era Robbie, no sir Guillaume, el que había causado el revuelo. Desde que Thomas le cortó las ligaduras a Geneviève le había preocupado esa posibilidad, pues sabía que su deber era quemar a Geneviève y también sabía que no podía hacerlo. Su padre, loco, airado y brillante, se rió una vez de la idea que la Iglesia tenía de la herejía. Lo que un día era herético, al siguiente formaba parte de la doctrina de la Iglesia, y Dios, dijo, no necesitaba que los hombres quemaran gente: eso lo podía hacer perfectamente El solo. Thomas había pasado aquellas dos noches en vela, sufriendo, pensando y sabiendo durante todo el tiempo que deseaba a Geneviève con todas sus fuerzas. No la había salvado una duda teológica, sino la lujuria y la compasión hacia otra alma torturada por la Iglesia.



Robbie, normalmente tan honesto y decente, consiguió controlar su ira.

—Thomas —le dijo con calma—, piensa por qué estamos aquí, y plantéate si Dios nos ayudará si cobijamos a una hereje.

—En poco más he pensado —contestó Thomas.

—Algunos de los hombres hablan de marcharse —le avisó sir Guillaume—, o de buscar un nuevo comandante.

Geneviève habló por primera vez.

—Me iré —dijo—. Volveré al norte. No me quedaré en medio.

—¿Cuánto crees que vivirás? —le preguntó Thomas—. Si mis hombres no te matan en el patio, la gente de la ciudad te apiolará en la calle.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —preguntó.

—Ven conmigo —le dijo Thomas, que cruzó hasta una alcoba en la que colgaba un crucifijo. Lo descolgó y les hizo señales a los tres para que se acercaran—. Venid.

Los llevó hasta el patio del castillo, donde la mayoría de sus hombres se estaban reuniendo para descubrir el resultado del parlamento entre sir Guillaume, Robbie y Thomas. Hubo murmullos de desaprobación cuando vieron aparecer a Geneviève, y Thomas sabía que se arriesgaba a perder su lealtad. Era joven, muy joven para ser el cabecilla de tantos hombres, pero ellos habían querido seguirlo, y el conde de Northampton confiaba en él. Ésta era su primera prueba. Esperaba enfrentarse a ella en batalla, pero había llegado en aquel momento y debía resolverla, así que se quedó encima de la escalinata y esperó a que las miradas se concentraran en él.

—¡Sir Guillaume! —gritó Thomas—. Ve a buscar a uno de los curas en la ciudad y pídele una hostia. Una que ya haya sido consagrada. De las que se guardan para la extremaunción.

Sir Guillaume vaciló.

—¿Y si me dicen que no?

—Tú eres soldado, y ellos no —algunos de los hombres sonrieron.

Sir Guillaume asintió, miró con cautela a Geneviève y le hizo una señal a dos de sus hombres para que lo acompañaran. Fueron a disgusto, porque no querían perderse nada de lo que iba a decir Thomas, pero sir Guillaume les pegó un berrido y lo siguieron por la puerta.

Thomas levantó el crucifijo en volandas.

—Si esta muchacha es una criatura del diablo —dijo— no podrá mirarlo y no podrá soportar su tacto. ¡Si lo sostengo delante de sus ojos se quedará ciega! Si le toco la piel con él, sangrará. ¡Lo sabéis! ¡Os lo han contado vuestras madres! ¡Os lo han contado vuestros curas!

Algunos de los hombres asentían y todos miraron con la boca abierta mientras Thomas sostenía el crucifijo enfrente de los ojos abiertos de Geneviève, y después le tocaba la frente. Algunos contuvieron la respiración y la mayoría parecieron

sorprendidos cuando sus ojos siguieron claros y su pálida tez intacta.

—Tiene la ayuda del diablo —gruñó un hombre.

—¿Pero qué clase de burro eres? —escupió Thomas—, si pudiese escapar con las artes del demonio, ¿qué hacía aquí? ¿Por qué no desplegó unas alas enormes y huyó?

—Dios lo impidió.

—Pues Dios la hubiera hecho sangrar también al contacto con el crucifijo —repuso Thomas—. ¿O no? Y si es criatura del diablo, tendrá patas de gato. ¡Eso lo sabéis todos! —La mayoría de los hombres murmuraron que sí, pues de todos era sabido que los que recibían los favores del demonio tenían patas de gato para poder deslizarse en la oscuridad y obrar el mal—, ¡quítate los zapatos! —le ordenó Thomas a Geneviève, y cuando mostró los pies desnudos los señaló—. Menudo gato está hecha, ¿eh? ¡Se va a hinchar a cazar ratones con esas patas!

Dos o tres hombres opusieron reparos, pero Thomas los ridiculizó, y entonces llegó sir Guillaume acompañado del padre Medous y un pequeño cofre de plata en el que guardaba los sacramentos para los moribundos.

—No es apropiado —empezó a decir el padre Medous, pero se detuvo cuando Thomas se le quedó mirando.

—Ven aquí, cura —ordenó Thomas. Una orden que el padre Medous obedeció sin chistar. Thomas le quitó el cofre—. Ha pasado una prueba —dijo—, pero todos sabéis, todos, hasta en Escocia lo saben —se detuvo para señalar a Robbie—, que ni el diablo mismo puede salvar a sus criaturas del contacto con el cuerpo de Cristo. ¡Morirá! Se retorcerá en su agonía. Se le pudrirá la carne y sólo quedarán gusanos donde antes estaba ella. Sus gritos se oirán en el cielo. ¡Todos lo sabéis!

Todos lo sabían y asintieron, y contemplaron maravillados cómo Thomas cogía un pedazo de pan seco de la caja y se lo tendía a Geneviève. Ella vaciló, y miró a Thomas a los ojos preocupada, pero él le sonrió y ella abrió la boca obedientemente y dejó que le pusiera la gruesa hostia en la lengua.

—¡Mátala, Dios! —gritó el padre Medous—, ¡mátala! ¡Oh, Jesús, Jesús, mátala, por favor!

Su voz reverberó en el patio del castillo, cuando el eco se desvaneció, todos los hombres miraban a la esbelta Geneviève tragar.

Thomas alargó el silencio, después miró a Geneviève que seguía viva.

—Llegó aquí —contó a los hombres en inglés— con su padre. Era malabarista, recogía monedas en las ferias y ella llevaba el sombrero. Todos hemos visto gente como ellos. Zancudos, escupefuegos, domadores de osos, malabaristas. Geneviève recogía las monedas. Pero su padre murió y ella se quedó aquí, una extraña entre gente que hablaba distinto idioma. ¡Era como nosotros! A nadie le gustaba porque venía de lejos. ¡Ni siquiera hablaba su lengua! La odiaban porque era diferente, y por eso la llamaron hereje. ¡Y este cura dice que es una hereje! Pero la noche que llegué

estuve en su hogar y allí vive una mujer que cocina y limpia para él, pero yo sólo vi una cama. —Esto último arrancó una carcajada. Por lo que él sabía, el padre Medous podía tener una docena de camas, pero el cura no entendía lo que estaba diciendo—. No es begarda —prosiguió—, eso ya lo habéis visto vosotros. Sólo es un alma perdida, como nosotros, y la gente la tomó con ella porque era diferente. Así que si aún le tenéis miedo y seguís pensando que nos traerá mala suerte, matadla ahora. — Dio un paso atrás, con los brazos cruzados, y Geneviève, que no había entendido nada de lo que había dicho, lo miró preocupada—. ¡Venga! —les dijo a sus hombres—. Tenéis arcos, espadas, cuchillos. Yo no tengo nada. ¡Matadla! No será asesinato. La Iglesia dice que debe morir, así que si queréis hacer la obra de Dios, adelante. — Robbie hizo ademán de adelantarse, pero percibió el ambiente en el patio y se quedó quieto.

Entonces alguien se rió, y todos le imitaron y empezaron a lanzar vítores. Geneviève seguía confusa, pero Thomas sonreía. Los acalló levantando las manos.

—Se queda —les dijo—, sigue viva, y vosotros tenéis trabajo que hacer. Así que id y hacedlo de una puta vez.

Robbie escupió asqueado mientras Thomas acompañaba a Geneviève a la sala. Allí colgó el crucifijo en su nicho y cerró los ojos. Estaba rezando, dando gracias a Dios por haber pasado la prueba de la hostia. Y, aún mejor, porque Geneviève se quedaba con ellos.



Thomas pasó la primera quincena preparándose para un asedio. El castillo de Castillon d'Arbizon contaba con un pozo de agua turbia y salobre, pero eso garantizaba que sus hombres no morirían de sed; ahora bien, el almacén de la antigua guarnición no poseía más que unos pocos sacos de harina húmeda, un barril de alubias germinadas, una jarra de aceite de oliva rancio y unos cuantos quesos mohosos. Así que, día tras día, Thomas enviaba a sus hombres a registrar la ciudad y las aldeas cercanas, y la comida empezó a amontonarse en la cripta. En poco tiempo, tuvieron que empezar a organizar partidas de jinetes para conseguir más reservas. Ésa era la guerra que conocía, el tipo de guerra que había assolado Bretaña de extremo a extremo y había llegado casi a las puertas de París. Thomas dejaba diez hombres para guardar el castillo, y el resto lo seguía a caballo hasta algún poblado o granja vasallo del conde de Berat. Allí se llevaban el ganado, vaciaban los graneros y prendían fuego al lugar. Tras dos expediciones como ésa, una delegación de un poblado salió al encuentro de Thomas y le ofreció dinero a cambio de librarse del pillaje, y al día siguiente llegaron un par de embajadas más cargadas de monedas. También llegaron hombres ofreciendo sus servicios. Los *routiers* oyeron que en Castillon d'Arbizon se podía sacar dinero y botín, y antes de que se cumplieran diez días de su llegada a la ciudad, Thomas estaba al mando de más de sesenta hombres. Cada día salían dos partidas a caballo, y casi cada día vendía el exceso del saqueo en el mercado. Dividía el dinero en tres partes, una para el conde de Northampton, una para él, sir Guillaume y Robbie, y la tercera parte para los hombres.

Geneviève salía con él en las escaramuzas. Thomas no estaba muy contento con esta solución. Las mujeres eran siempre una distracción en las expediciones y prohibía a todos los demás hombres que las llevaran, pero Geneviève seguía teniendo miedo de Robbie y el puñado de hombres que parecían compartir su odio, así que insistió en cabalgar junto a Thomas. Había descubierto una pequeña cota en los almacenes del castillo y la había bruñido con arena y vinagre hasta que se le quedaron las manos rojas y la malla relucía como si fuera plata. Le quedaba grande, pero se lo había anudado con una tira de tela amarilla, y se había colgado otra cinta del mismo color de la parte de arriba de su también reluciente casco, que no era sino un gorro de hierro forrado de cuero en su interior. La gente de Castillon d'Arbizon, cuando Geneviève «de la plateada malla» cabalgaba por la ciudad a la cabeza de una fila de

hombres armados que conducían monturas cargadas con el fruto del saqueo y ganado robado, la llamaban *draga*. Todos conocían a las *dragas*, las muchachas del diablo, caprichosas y mortales, y vestidas de blanco immaculado. Geneviève era la mujer del diablo, decían, y traía a los ingleses la misma suerte del diablo. Curiosamente, dicho rumor encendía de orgullo a la mayoría de los hombres de Thomas. Los arqueros que había entre ellos estaban acostumbrados a ser llamados en Bretaña el *hellequin*, y sentían una honra perversa por esa asociación con el diablo. Provocaba temor en los hombres, así que Geneviève se convirtió en su símbolo de buena suerte.

Thomas tenía un arco nuevo. La mayoría de los arqueros, cuando sus arcos se quedaban viejos, compraban uno nuevo al encargado de los pertrechos, que los traía desde Inglaterra y listo, pero esa opción no era posible en Castillon d'Arbizon y, además, Thomas sabía cómo fabricar el arma y le encantaba hacerlo. Encontró una buena rama de tejo en el jardín de Galat Lorret, así que la serró y la desbastó hasta que obtuvo una vara recta tan oscura como la sangre coagulada por un lado, y pálida como la miel por el otro. La parte oscura era el duramen del tejo, que resistía la compresión, y la dorada era la flexible albura; cuando el arco estuvo terminado, el duramen luchaba contra la tensión de la cuerda, y la albura facilitaba que el arco recuperara la posición recta para que la flecha saliera despedida como un demonio alado.

La nueva arma era aún más alta que la antigua, y a veces se preguntaba si no la estaría haciendo demasiado grande, pero cuando terminó de darle forma a la panza y afinó los extremos con un cuchillo, seguía conservando aquellas dimensiones. Lijó, pulió y pintó el arco, pues la humedad de la madera tenía que quedar atrapada si pretendía que el arco no se rompiera, y después sacó las gafas de cuerno del antiguo arco y las colocó en el nuevo. También trasladó la placa de plata, el supuesto pedazo de cáliz con el escudo de su padre en el que una centicora sosteniendo un gral, y la clavó en la parte exterior de la panza, que había frotado con cera de abeja y hollín para oscurecer la madera. La primera vez que lo escarzó, se sorprendió de la fuerza que se necesitaba, y cuando lo disparó contempló estupefacto cómo surcó los cielos la flecha desde las almenas.

Había hecho un segundo arco de una rama más pequeña, éste como los que se usaban en Inglaterra para que practicasen los niños y que apenas requería fuerza, y se lo dio a Geneviève; la joven *draga* empezó a practicar con flechas romas y su inexperiencia divertía a los hombres cuando los proyectiles salían disparados en todas direcciones por el patio del castillo. Aun así, ella no cejó en su empeño, y llegó un día en que, flecha tras flecha, acabó por darle a la parte interior de la puerta.

Esa misma noche, Thomas envió su viejo arco al infierno. Un arquero nunca tiraba un arco, ni siquiera cuando se le rompía; en una ceremonia que era una excusa para beber y reír, un arquero que se preciase entregaba solemnemente su arco a las

llamas. Lo enviaba al infierno, decían los arqueros, iba delante y esperaba a su dueño. Thomas contempló las llamas que despedía su antigua vara de tejo al arder, vio cómo el arco se curvaba por última vez, para después estallar en una lluvia de chispas, y pensó en las muchas flechas que había disparado. Sus arqueros estaban alrededor del hogar de la gran sala contemplando el fuego con respeto; detrás de ellos, los hombres de armas guardaban silencio. Sólo cuando el arco se convirtió en una tira de ceniza quebrada, levantó Thomas su copa.

—Al infierno —dijo repitiendo la antigua invocación.

—Al infierno —corearon los arqueros, y los hombres de armas, honrados de ser admitidos en el ritual, se les unieron. Todos menos Robbie, que se mantenía apartado. Le había dado por ponerse alrededor del cuello un crucifijo de plata, por encima de la cota, para que quedara claro que estaba allí para alejar el mal.

—Menudo arco era —dijo Thomas mientras observaba los rescoldos, pero el nuevo era igual de bueno, puede que mejor, y dos días más tarde lo cogió para conducir la mayor de las expediciones.

Se llevó consigo a todos los hombres, dejando sólo a los necesarios para guardar el castillo. Llevaba varios días planeando esta salida y sabía que sería larga, así que partieron bastante antes de que rompiera el alba. El sonido de los cascos reverberaba en las fachadas de las casas mientras bajaban por la calle hasta el arco de la puerta oeste, donde el vigía, que ahora llevaba una vara decorada con la insignia del conde de Northampton, se apresuró a abrir las puertas. Los jinetes cruzaron el puente y se desvanecieron entre los árboles al sur. Los ingleses cabalgaban, pero nadie sabía adónde.

Se dirigían al este, hacia Astarac. Hacia el lugar en el que habían vivido los ancestros de Thomas, al lugar en el que quizás hubieran ocultado una vez el Grial.

—¿Es eso lo que esperas encontrar? —le preguntó sir Guillaume—. ¿Crees que vamos a tropezar con él?

—No sé lo que encontraremos —admitió Thomas.

—Hay un castillo, ¿no?

—Había —repuso Thomas—, pero mi padre me contó que fue aterrado. —Un castillo aterrado era un castillo derruido, y Thomas no esperaba encontrar más que escombros.

—¿Y por qué vamos allí? —preguntó sir Guillaume.

—Por el Grial —respondió Thomas sin más. En verdad iba porque tenía curiosidad, pero sus hombres, que no sabían lo que buscaba, habían detectado algo inusual en esta expedición. Thomas sólo les había dicho que iban a un lugar lejano porque ya habían saqueado todo lo que les quedaba cerca, pero los más perspicaces habían reparado en su nerviosismo.

Sir Guillaume conocía la importancia de Astarac, como Robbie, que ahora guiaba

la avanzadilla de seis arqueros y tres hombres de armas que cabalgaba a cuatrocientos metros por delante para prevenir una emboscada. Los guiaba un hombre de Castillon d'Arbizon que decía conocer el camino, y que los condujo por las colinas donde los árboles eran bajos y escasos y pocas cosas obstruían la vista. Cada pocos minutos, Robbie hacía señales con los brazos para indicar que el camino estaba despejado. Sir Guillaume, que cabalgaba sin casco, devolvió la señal a la figura distante.

—Parece que esa amistad se ha acabado —comentó.

—Espero que no —repuso Thomas.

—Tú puedes esperar lo que te salga de los cojones —respondió él—, pero ella se ha puesto en medio. —El primo de Thomas le había desfigurado el rostro, y el normando sólo conservaba el ojo derecho, tenía una cicatriz en la mejilla izquierda y una franja blanca en el trozo de la barba que había recibido la espada. Su aspecto era temible, y en la batalla le hacía auténtica justicia, pero sir Guillaume también era un hombre generoso. Ahora miraba a Geneviève, que montaba una yegua gris a pocos metros al lado del camino. Llevaba la armadura plateada, las piernas envueltas en un tejido de paño gris pálido y botas marrones—. Tendrías que haberla quemado —apostilló alegremente.

—¿Aún sigues pensándolo? —le preguntó Thomas.

—No —admitió sir Guillaume—. Me gusta. Si Genny es begarda, que nos traigan más. ¿Pero sabes lo que tienes que hacer con Robbie?

—¿Pelearme con él?

—¡Por los clavos de Cristo, Thomas! ¡No! —Sir Guillaume no se podía creer que a Thomas se le hubiera ocurrido semejante cosa—. Envíalo a casa. ¿A cuánto asciende su rescate?

—Tres mil florines.

—¡Cristo bendito metido en un cubo, pero si eso no es dinero! En las arcas debes guardar por lo menos esa cantidad, se la das y te lo quitas de encima. Puede comprar su libertad y volverse a su Escocia a pudrirse.

—Ese hombre me gusta —dijo Thomas, y era cierto. Robbie era un amigo y Thomas confiaba en restaurar su antigua confianza.

—Pues te gustará mucho —replicó sir Guillaume con aspereza—, pero no duermes con él, y cuando llega la hora de elegir, Thomas, los hombres siempre escogen a quien calienta sus camas. Eso quizá no alargue tu vida, pero desde luego te la alegrará. —Y estalló en carcajadas, después se volvió para inspeccionar el terreno menos elevado en busca de enemigos.

No los había. Al parecer, el conde de Berat parecía hacer caso omiso de la guarnición inglesa que tan repentinamente había tomado posesión de parte de su territorio, pero sir Guillaume, más viejo que Thomas, sospechaba que sólo se debía a que el conde estaría reuniendo sus fuerzas. —El conde atacará cuando esté preparado

— dijo el normando de pronto, —¿has notado que los *coredors* están interesados en nosotros?

—Pues sí —repuso Thomas. En cada expedición había reparado en los harapientos bandidos que vigilaban a sus hombres. No se acercaban, desde luego no a tiro de arco, pero estaban allí y esperaba verlos en aquellas colinas pronto.

—No es propio de los bandidos enfrentarse a soldados —comentó sir Guillaume.

—Aún no se han enfrentado a nosotros.

—Pero tampoco nos vigilan para pasar el rato —añadió sir Guillaume con sequedad.

—Sospecho —supuso Thomas—, que han puesto precio a nuestras cabezas. Quieren dinero. Y un día se volverán valientes. Eso espero. —Le dio unas palmaditas a su nuevo arco, que iba envuelto en un largo tubo de cuero cosido a su silla.

A media mañana, los jinetes cruzaron una sucesión de amplios y fértiles valles separados por colinas rocosas que discurrían de norte a sur. Desde la cumbre de esas colinas, Thomas vio docenas de poblaciones, pero una vez hubieron descendido y estuvieron de nuevo entre los árboles, dejaron de ver nada. Otearon también dos castillos desde las alturas, ambos pequeños, ambos con estandartes que ondeaban desde las torres, pero también demasiado lejos para distinguir el escudo de las banderas, que Thomas supuso que serían las del conde de Berat. Todos los valles tenían ríos que discurrían en dirección norte, pero no tuvieron problemas para atravesarlos porque ni los puentes ni los vados estaban guardados. Las carreteras, como las colinas y los valles, discurrían de norte a sur, así que los señores de aquellas ricas tierras no se guardaban de los viajeros que iban hacia el este o el oeste. Los castillos montaban guardia sobre las entradas del valle, donde las guarniciones podían cobrar impuestos a los mercaderes en las carreteras.

—¿Es aquello Astarac? —preguntó sir Guillaume al cruzar otra cordillera. Miraba hacia una población con un pequeño castillo.

—El castillo de Astarac está en ruinas —respondió Geneviève—. Es una torre y un par de murallas en un peñasco, no tiene nada que ver con eso.

—¿Has estado en Astarac? —le preguntó Thomas.

—Mi padre y yo siempre íbamos allí para la feria de la aceituna.

—¿La feria de la aceituna?

—Durante la festividad de san Judas —contestó ella—. Llegaban cientos de personas. Y solíamos hacer un montón de dinero.

—¿Y vendían olivas?

—Jarras y jarras del primer prensado —contestó—, y por la noche embadurnaban lechones con aceite y la gente intentaba cogerlos. Había corridas de toros y bailes. —Al recordarlo, empezó a reír, después espoleó al caballo y lo adelantó. Cabalgaba bien, con la espalda recta y los talones abajo, mientras que Thomas, como la mayoría



de sus arqueros, montaba encima de un caballo con la misma gracia que un saco de trigo.

Pasaba de mediodía cuando llegaron al valle de Astarac. A esas alturas, los *coredors* ya se habían percatado de su presencia, y una veintena de aquellos bandidos harapientos les pisaba los talones, pero no se atrevían a acercarse demasiado. Thomas los pasó por alto y se dedicó a observar la negra silueta del castillo derruido sobre el peñasco rocoso, a unos ochocientos metros al sur de un pueblo. Más al norte, en la distancia, vio un monasterio, probablemente cisterciense, pues la iglesia no tenía torre. Volvió a mirar el castillo y pensó en que su familia lo había poseído en un tiempo, que sus ancestros dominaron aquellas tierras, y que su insignia había ondeado en la maltrecha torre; estaba convencido de que, llegado ese momento, sentiría algún tipo de emoción arrobadora, pero sólo halló cierta decepción. La tierra no significaba nada para él, ¿y cómo podía algo tan precioso como el Grial pertenecer a aquel patético montón de piedras rotas?

Robbie regresó. Geneviève se desplazó a un lado y él no le prestó atención.

—No parece gran cosa —dijo Robbie, y su crucifijo de plata reflejó un destello del sol de otoño.

—No, no lo parece —coincidió Thomas.

Robbie se volvió sobre la silla e hizo crujir el cuero.

—Dame una docena de hombres de armas y subiré al monasterio —sugirió—. Podrían tener lleno el almacén.

—Llévate también a seis arqueros —le recomendó Thomas—, y los demás saquearemos el pueblo.

Robbie asintió, después orientó a su caballo hacia los lejanos *coredors*.

—Esos cabrones no se atreverán a atacar.

—Lo dudo —le aseguró Thomas—, pero sospecho que han puesto precio a nuestras cabezas. Procura que tus hombres no se dispersen.

Robbie asintió y, sin mirar a Geneviève tampoco esta vez, espoleó al caballo y se fue. Thomas ordenó a seis de sus arqueros que acompañaran al escocés, y él y sir Guillaume se dirigieron hacia el pueblo donde, en cuanto los habitantes vieron a los soldados, encendieron una hoguera enorme que escupió una columna de humo sucio al cielo azul.

—Un aviso —dijo sir Guillaume—. A partir de ahora, esto nos va a pasar en cualquier sitio al que llegemos.

—¿Un aviso?

—El conde de Berat se ha despertado —dijo sir Guillaume—, ordenará a todo el mundo que encienda una señal en cuanto nos vean. Avisa a las demás poblaciones, les indica que escondan el ganado y encierren a sus hijas. Y el humo se verá desde Berat. Les indica dónde estamos.

—Pues estamos en el otro extremo de la comarca.

—No saldrán hoy. Nunca nos cogerían. —Sir Guillaume estaba de acuerdo con él.

El motivo de la visita, por lo que los hombres de Thomas sabían, era el saqueo. Al final, creían, dichas incursiones sacarían a las fuerzas de Berat de su guarida y tendrían la oportunidad de presentar batalla como es debido, y en ella, tanto si Dios como el diablo los favorecían, tendrían la oportunidad de hacer valiosos prisioneros que los convertirían en hombres aún más ricos, pero por el momento se limitaban a robar y destruir. Robbie cabalgó hasta el monasterio, y sir Guillaume condujo a los otros hombres al poblado mientras Thomas y Geneviève se encaminaban hacia el sur y escalaban el escarpado sendero hasta el castillo en ruinas.

«Una vez fue nuestro», estaba pensando Thomas. En aquel lugar habían vivido sus ancestros, y él seguía sin sentir nada. No le gustaba pensar en sí mismo como gascón, no digamos como francés. Él era un inglés: con todo, siguió observando las murallas en ruinas e intentó imaginar el castillo cuando aún se mantenía en pie y el señorío pertenecía a su familia.

El y Geneviève ataron los caballos junto a la puerta rota y pasearon por la piedra caída del viejo patio. La muralla del recinto había desaparecido casi por completo pues, como solía ocurrir, los aldeanos la habían empleado en construir casas o graneros. Lo que mejor se conservaba era la torre, pero incluso ésta estaba medio derruida, y su fachada sur abierta a las inclemencias. Más o menos en la mitad del muro norte se veía una chimenea, y justo debajo sobresalían unas grandes piedras que indicaban el lugar en el que se habían apoyado las viguetas que sostenían el suelo. Una escalera rota subía por el lado este hacia ninguna parte.

Junto a la torre, y compartiendo con ésta la parte más elevada del peñasco, estaban los restos de una capilla. El suelo era de losas y en un extremo se apreciaba la insignia de los Vexille. Se quitó el arco y se agachó junto a la piedra, intentando sentir algún sentimiento de pertenencia a aquel lugar.

—Ya me contarás un día. —Geneviève estaba de pie junto al muro sur en ruinas, mirando al valle— por qué estamos aquí.

—De expedición —repuso Thomas sin más.

Se quitó el casco y se sacudió la melena, que llevaba suelta, como una chiquilla. Mechones rubios ondearon al viento cuando sonrió.

—¿Me tomas por tonta, Thomas?

—No —contestó él con cautela.

—Has venido de lejos —prosiguió ella—, desde Inglaterra, te has instalado en una pequeña ciudad que se llama Castillon d'Arbizon, y después montas una expedición de avituallamiento aquí. Podíamos haber asaltado una docena de pueblos por el camino, pero hemos venido precisamente a éste. Y resulta que aquí encontramos la misma insignia que tú llevas en el arco.

—Insignias hay muchas —dijo Thomas—, y todas se parecen.

Ella sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Qué representa?

—Una centicora —le informó él. La centicora era una bestia heráldica, con enormes colmillos, garras, escamas y aspecto amenazante. La insignia de Thomas, la que llevaba clavada en el arco, mostraba una centicora sosteniendo un cáliz, pero la bestia de la losa nada llevaba entre las zarpas.

Geneviève distinguió a los hombres de sir Guillaume, que estaban en la aldea que Thomas tenía a sus espaldas, mientras encerraban el ganado en un corral.

—Nos contaban muchísimas historias a mi padre y a mí, y a él le encantaban, así que intentaba recordarlas, y por las noches me las narraba a mí. Historias de monstruos en las colinas, de dragones que volaban por encima de los tejados, anécdotas sobre milagros en manantiales santos, sobre mujeres que daban a luz a increíbles monstruos. Miles de cuentos. Pero había una historia que oíamos una y otra vez cada vez que pasábamos por estos valles. —En ese punto, Geneviève se detuvo.

—Sigue —la animó Thomas. Soplabla el viento y mecía sus largos y delicados cabellos. Era bastante mayorcita ya para llevarlo recogido, para señalarse como una mujer, pero le gustaba llevarlo suelto y Thomas pensó que aumentaba su parecido con la imagen que él tenía de una *draga*.

—Oímos hablar —prosiguió Geneviève— sobre el tesoro de «los hombres buenos», los Perfectos.

Así llamaban a los que habían sido unos precursores de los begardos, herejes que habían negado la autoridad de la Iglesia, y cuya doctrina se había extendido por el sur hasta que la Iglesia, con la ayuda del rey de Francia, los borró del mapa. Las hogueras de sus muertes se habían extinguido hacía más de cien años, pero seguían oyéndose ecos de los cátaros, pues así habían sido llamados en su apogeo. No se habían extendido por esta parte de Gascuña, aunque algunos hombres de la Iglesia aseguraban que la herejía había infestado toda la Cristiandad y seguía oculta en sus lugares más remotos.

—Los tesoros de «los hombres buenos», los Perfectos —repitió Thomas sin énfasis.

—Has venido desde muy lejos a este lugar insignificante —le dijo Geneviève—, pero llevas una insignia que procede de estas colinas. Y cada vez que mi padre y yo vinimos aquí, oímos historias de Astarac. Aún siguen contándolas.

—¿Y qué cuentan?

—Cuentan cómo un gran señor llegó aquí huyendo en busca de refugio y trajo consigo el tesoro cátaro. Y el tesoro, dicen, sigue aquí.

Thomas sonrió.

—Ya lo habrían desenterrado hace mucho.

—Si algo está bien escondido —repuso ella—, no se encuentra fácilmente.

Thomas miró hacia abajo, al pueblo, desde donde llegaban los berridos, gruñidos y balidos que salían del corral en el que sacrificaban al ganado. Los mejores cortes de carne fresca eran atados en las sillas de montar y se llevaban para ser salados o ahumados, pero los cuernos, vísceras y cuartos traseros se dejaban para los aldeanos.

—Historias semejantes son contadas en muchos sitios. —Thomas intentaba restarle importancia.

—De todos los tesoros —prosiguió Geneviève tranquilamente, haciendo caso omiso de su menosprecio—, hay uno que se codicia por encima de los demás. Pero sólo un Perfecto puede hallarlo, dicen.

—En ese caso, sólo Dios podrá hacerlo —repuso Thomas.

—Pero eso no detiene tu búsqueda, ¿no, Thomas?

—¿Qué búsqueda?

—La del Grial.

Ya había dicho la palabra, la ridícula palabra, la palabra imposible, el nombre de aquello que Thomas temía que no existiera y sin embargo buscaba. Los escritos de su padre sugerían que había estado en posesión del Grial, y el primo de Thomas, Guy Vexille, estaba seguro de que Thomas sabía dónde estaba la reliquia, así que Vexille seguiría a Thomas hasta los confines de la tierra. Y ése era el motivo por el que el arquero estaba allí, en Astarac, para atraer a su mortífero familiar a tiro de su nuevo arco. Miró hacia la cubierta derruida de la torre.

—Sir Guillaume sabe por qué estamos aquí —le dijo—, y también lo sabe Robbie. Pero nadie más, así que no se lo digas.

—No lo haré —contestó ella—, pero ¿crees de verdad que existe?

—No —dijo él con más seguridad de la que sentía.

—Pues sí existe —replicó ella.

Thomas se acercó a su lado y oteó el sur: un arroyo se enroscaba entre prados y olivares. Veía hombres, una veintena, y sabía que eran *coredors*. Tendría que tomar una decisión, pensó, si no quería que aquellas bandas harapientas persiguieran a sus hombres durante todo el invierno. No les temía, pero sí le daba miedo que uno de sus hombres se perdiera un día y acabara en sus manos, así que pensó que era mejor asustar a aquellos bandidos antes de que sucediera.

—Sí existe —insistió Geneviève.

—Eso no lo puedes saber —le dijo Thomas aún con el ojo puesto en los zarrapastrosos que lo vigilaban a él.

—El Grial es como Dios —repuso Geneviève—. Está en todas partes, a nuestro alrededor, es evidente, pero nos negamos a verlo. Los hombres piensan que sólo pueden ver a Dios cuando construyen una iglesia enorme y la llenan de oro, plata y estatuas, pero lo único que tienen que hacer es mirar. El Grial existe, Thomas, sólo

tienes que abrir los ojos.

Thomas escarzó el arco, tomó una vieja flecha de su bolsa y tensó la cuerda al máximo. Sentía el dolor en los músculos de la espalda por la inesperada tensión que requería el nuevo arco. Mantuvo el arco bajo, se irguió con un movimiento de cintura y levantó la mano izquierda para que la flecha saliera volando por los aires. Las plumas blancas se fueron haciendo pequeñas y más pequeñas, y después bajaron en picado hasta la tierra, donde se clavaron junto a la orilla de un arroyuelo a unos trescientos metros. Los *coredors* entendieron el mensaje y retrocedieron.

—Una buena flecha malgastada —dijo Thomas. Después tomó a Geneviève por el brazo, y fue en busca de sus hombres.

Robbie se maravilló ante las tierras del monasterio, todas atendidas por monjes cistercienses de hábitos blancos que se levantaban los faldones y salían corriendo al ver a los hombres armados procedentes del pueblo. Gran parte de los campos estaban dedicados a los viñedos, pero había también un huerto de perales, un olivar, un pasto para ovejas y un estanque de peces. Era, pensó, una tierra hermosa. Llevaba días oyendo que la cosecha en el sur de Gascuña había sido pobre, y aun así le parecía que aquello era un paraíso comparado con las duras y yermas tierras de su norte natal. La campana de alarma empezó a sonar en el monasterio.

—Seguro que tienen una sala del tesoro. —Jake, uno de sus arqueros, se adelantó hasta su vera y señaló con la cabeza el monasterio—. Nos lo cargamos —hablaba de un monje solitario que había aparecido por la puerta y se dirigía hacia ellos con calma —, y los demás dejarán de dar la lata.

—No te vas a cargar a nadie —le espetó Robbie. Les hizo una señal a sus hombres para que detuvieran los caballos—, y vosotros esperaréis aquí —les dijo, después desmontó, le tendió las riendas a Jake y se encaminó hacia el monje, que era muy alto, muy delgado y muy viejo. Un pelo crespo y blanco le rodeaba la tonsura, y su rostro era alargado y moreno e inspiraba sabiduría y amabilidad. Robbie, que daba grandes zancadas con la cota, el escudo colgado a la espalda y la espada de su tío en el cinto, se sintió torpe y fuera de lugar.

La manga derecha del hábito del monje estaba manchada de tinta, y Robbie supuso que sería escribano. Estaba claro que lo habían enviado a negociar con los asaltantes, quizá para comprarlos o convencerlos de que respetaran la casa de Dios, y Robbie pensó en la ocasión en que colaboró en el saqueo del rico priorato de los Cañones Negros, en Hexham, junto a la frontera inglesa, y recordó a los frailes, que primero rogaron a los invasores y después amenazaron con la venganza divina, y en cómo los escoceses se habían reído de ellos y despellejado Hexham. Pero Dios se había vengado dando la victoria a los ingleses en la batalla de Durham, y ese recuerdo, la repentina relación que había establecido entre la profanación de Hexham y la derrota en Durham, detuvo a Robbie hasta el punto que dejó de caminar, frunció

el entrecejo y se preguntó qué le diría al alto monje, que ahora le sonreía.

—¿Sois asaltantes ingleses, no es cierto? —preguntó en un inglés correctísimo.

Robbie hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Yo soy escocés —replicó.

—¡Un escocés! ¡Un escocés en filas inglesas! Pasé dos años en un monasterio cisterciense en el Yorkshire y los hermanos jamás dijeron nada bueno de los escoceses, y aquí estáis vos, con los ingleses, ¡y yo que pensaba haber contemplado todas las maravillas que este mundo pecador puede ofrecer! —El monje seguía sonriendo—. Soy el abad Planchard y mi casa está a vuestra disposición. Haced lo que debáis, joven, no vamos a oponer resistencia. —Y se apartó a un lado del camino e indicó el monasterio, como si invitara a Robbie a sacar la espada y empezar a saquear.

Robbie no se movió. Pensaba en Hexham. En un fraile que murió en la iglesia del lugar, en el hilillo de sangre que se derramó desde el negro hábito por un escalón, y en los escoceses borrachos que le pasaron por encima cargados con el botín: candelabros, cruces y casullas bordadas.

—Aunque —prosiguió el abad—, si preferís, os puedo ofrecer un poco de vino. Es nuestro y no es el mejor. Lo bebemos demasiado joven, pero tenemos un queso de cabra excelente y el hermano Philippe hace el mejor pan del valle. Podemos abrevar a vuestros caballos, pero por desgracia tenemos poco heno.

—No —dijo Robbie con brusquedad, después se volvió y lanzó un grito a sus hombres—, ¡volved con sir Guillaume!

—¿Que hagamos qué? —preguntó uno de los hombres de armas ofuscado.

—¡Que volváis con sir Guillaume! ¡Ya!

Le cogió el caballo a Jake y caminó junto al abad hacia el monasterio. No dijo nada, pero el abad Planchard pareció entender por su silencio que el joven escocés quería hablar. Le dijo al guardián de la puerta que cuidara al caballo y después invitó a Robbie a dejar su escudo y espada en la portería.

—Podéis permanecer con ellos a vuestro lado si queréis —dijo el abad—, pero he pensado que estaréis más cómodo sin ellos. Bienvenido a san Severo.

—¿San Severo? —repitió Robbie mientras se desataba el escudo del cuello.

—Se le atribuye haberle curado un ala a un ángel en este valle. En ocasiones me cuesta bastante creerlo, pero a Dios le gusta poner a prueba nuestra fe de vez en cuando, así que rezo a san Severo todas las noches, le doy las gracias por su milagro y le pido que me arregle a mí del mismo modo en que reparó el ala blanca.

Robbie sonrió.

—¿Necesitáis que os arreglen?

—Todos lo necesitamos. Cuando somos jóvenes se nos rompe el espíritu, y cuando somos viejos el cuerpo. —El abad Planchard tomó de un codo a Robbie para

guiarlo por el claustro, donde escogió un lugar que recibiera el sol e invitó a su visitante a sentarse en el murete entre dos pilares—. Decidme —inquirió mientras se acomodaba junto a Robbie—. ¿Sois Thomas? ¿No es ése el nombre del hombre que comanda a los ingleses?

—No soy Thomas —dijo Robbie—, pero ¿habéis oído hablar de nosotros?

—Oh, muchísimo. Nada tan interesante ha pasado por estos lares desde la caída de aquel ángel —dijo el abad con una sonrisa, después se volvió y le pidió a un monje que les trajera vino, pan y queso—. ¡Y también un poquito de miel! Tenemos una miel excelente —añadió para Robbie—. Los leprosos atienden las colmenas.

—¡Leprosos!

—Viven detrás de nuestra casa —le explicó el abad con calma—, una casa, joven, que si no me equivoco, pretendíais saquear. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —admitió Robbie.

—En cambio, estáis aquí compartiendo el pan conmigo. —Planchard se detuvo para estudiar con ojos sagaces el rostro de Robbie—. ¿Tenéis algo que decirme?

Robbie frunció un poco el entrecejo y después puso cara de asombro.

—¿Cómo lo sabéis?

Planchard soltó una carcajada.

—Cuando un soldado viene a mí, con armas y armadura, pero con un crucifijo colgando por encima de la cota, sé que se trata de un hombre que tiene en cuenta a su Dios. Lleváis una señal, hijo mío —señaló el crucifijo—, y aun después de ochenta y cinco años, soy capaz de leerlas.

—¡Ochenta y cinco! —exclamó Robbie asombrado, pero el abad no dijo nada. Sólo esperó, y Robbie se revolvió un rato inquieto y después vomitó lo que tenía dentro. Le explicó cómo habían ido a Castillon d'Arbizon, donde habían encontrado a la begarda que Thomas había salvado—. Lleva preocupándome mucho tiempo —dijo Robbie mientras contemplaba la hierba—, y creo que nada bueno nos sucederá mientras ella siga con vida. ¡La Iglesia la ha condenado!

—Sí que lo hizo, sí —dijo Planchard y se quedó callado.

—¡Es una hereje! ¡Una bruja!

—Sé de ella —añadió el abad con suavidad—, y he oído que aún vive.

—¡Está aquí! —protestó Robbie, y señaló hacia el sur, hacia el poblado—. ¡Aquí, en vuestro valle!

Planchard miró a Robbie, y vio un alma honesta e inofensiva, pero desasosegada, y suspiró en su interior, después sirvió un poco de vino y empujó la tabla de pan, queso y miel hacia el joven.

—Comed —le dijo con gentileza.

—¡No está bien! —exclamó Robbie con vehemencia.

El abad no tocó la comida. Bebía el vino a sorbitos, después habló con calma

mientras contemplaba la columna de humo que se elevaba desde la pira de alarma del pueblo.

—El pecado de la begarda no es tuyo, hijo mío, y que Thomas la liberara tampoco es tu obra. ¿Te preocupas por los pecados de otros?

—¿Tendría que matarla! —dijo Robbie.

—No, no tendríais que matarla —respondió el abad con firmeza.

—¿Ah, no? —Robbie parecía sorprendido.

—Si eso fuera lo que Dios quiere —repuso el abad—, no os habría enviado a hablar conmigo. Los designios divinos no son siempre fáciles de entender, pero me he dado cuenta de que sus métodos no son tan indirectos como los nuestros. Complicamos a Dios porque no vemos que su bondad es muy simple. —Hizo una pausa—. Me habéis dicho que ningún bien puede acarrearos mientras siga con vida, pero ¿por qué querría Dios haceros bien? Esta región estaba en paz, excepto por los bandidos, y la perturbáis. ¿Os haría Dios más dañinos si la begarda muriera?

Robbie no dijo nada.

—Me habláis —prosiguió Planchard con más firmeza—, de los pecados de otra gente, pero no habláis de los vuestros. ¿Lleváis el crucifijo por los otros? ¿O por vos?

—Por mí —repuso Robbie en voz baja.

—Pues habládme de vos —le dijo el abad.

Y así lo hizo Robbie.

\* \* \*

Joscelyn, señor de Béziers y heredero del gran condado de Berat, golpeó con tanta fuerza el peto de su coraza contra la mesa que levantó polvo de las grietas del mueble.

Su tío, el conde, frunció el entrecejo.

—No hay ninguna necesidad de tomarla con la madera, Joscelyn —comentó con placidez—. No tiene carcinoma, o al menos eso espero. La tratan con trementina.

—Mi padre se encomienda a una mezcla de lejía y orina —intervino el padre Roubert—, y a un chamuscado selectivo. —Estaba sentado enfrente del conde, mientras cribaba los pergaminos enmohecidos que, desde que fueran traídos de Astarac hacía más de cien años, nadie había perturbado en su reposo. Algunos estaban carbonizados por los bordes, muestra del incendio que se había propagado en el castillo caído.

—¿Lejía y orina? Eso tengo que probarlo. —El conde se rascó por debajo del gorro de lana, después le echó una mirada a su airado sobrino—, ¿conoces al padre Roubert, Joscelyn? Sí, claro que lo conoces. —Después volvió la vista hacia otro documento, vio que era una petición para aumentar la vigilancia de la ciudad en dos



guardias y suspiró—. Si sabes leer, Joscelyn, podrías ayudarnos.

—¡Os ayudaré, tío! —repuso Joscelyn con fiereza—. ¡Sólo dadme rienda suelta!

—Esto podemos enseñárselo al hermano Jerome. —El conde puso la petición de más vigilancia en el enorme cesto que llevarían abajo para el joven monje de París—. Y meted otros documentos —le dijo al padre Roubert— para confundirlo. ¡Esos rollos de impuestos de Lemierre tendrían que mantenerlo ocupado un mes!

—Treinta hombres, tío —insistió Joscelyn—, ¡eso es todo lo que os pido! ¡Tenéis ochenta y siete hombres de armas! ¡Dadme treinta!

Joscelyn, señor de Béziers, poseía una complexión impresionante. Era altísimo, de amplio pecho y extremidades largas, pero estropeaba su aspecto un rostro redondo de una vacuidad tal que su tío se preguntaba en ocasiones si detrás de los ojos saltones de su sobrino habría cerebro. Tenía el pelo pajizo y casi siempre señalado por la marca que le hacía la presión del acolchado de cuero del casco, y había sido bendecido con fuertes brazos y recias piernas; con todo, aunque Joscelyn era todo hueso y músculo, y apenas contaba con una idea que perturbara alguno de ambos, tampoco carecía de virtudes. Era diligente, aunque esa diligencia sólo tomaba la dirección del campo de torneos, en el que era uno de los más celebrados luchadores de toda Europa. Había ganado en dos ocasiones el torneo de París, humillado a los mejores caballeros ingleses en el gran encuentro de Tewkesbury, e incluso de los estados alemanes, en los que los hombres creían que nadie les igualaba, había vuelto Joscelyn con una docena de los más codiciados premios. Era famoso por haber tumbado en dos ocasiones a Walther de Siegenthaler de un solo bote, y el único caballero ante el que Joscelyn caía derrotado una y otra vez era el hombre de la armadura negra llamado el Arlequín, que había recorrido el circuito del torneo implacablemente para reunir dinero. Pero hacía unos tres o cuatro años que ya no se veía al Arlequín, y Joscelyn suponía que su ausencia le permitiría erigirse con el título de campeón de Europa.

Había sido criado cerca de París por el hermano menor del conde, que había muerto diecisiete años antes de disentería. En la casa de Joscelyn había poco dinero, y el conde, que tenía fama de avaro, apenas había enviado a la viuda un mal escudo que le ahorrara penurias. Aun así, Joscelyn había ganado dinero con su lanza y su espada, y el conde reconocía que eso era todo mérito propio. Además, había traído con él a dos hombres de armas, ambos guerreros curtidos, a quien Joscelyn pagaba de su propio bolsillo y esto otro, pensaba el conde, demostraba que era capaz de comandar hombres.

—Pero tendrías que aprender a leer —el conde concluía sus pensamientos en voz alta—. Dominar las letras civiliza al hombre, Joscelyn.

—Me cago en la civilización —repuso él—, ¡Castillon d'Arbizon está lleno de bandidos ingleses y nosotros no estamos haciendo nada! ¡Nada!

—No estamos haciendo casi nada, casi —objetó el conde mientras se volvía a rascar por debajo del gorro. Ese picor le molestaba, y se preguntó si no presagiaría una enfermedad peor. Se recordó a sí mismo que debería consultar sus copias de Galeno, Plinio e Hipócrates—. Hemos enviado mensajeros a Toulouse y a París —le explicó a Joscelyn—, y pienso protestar ante el senescal de Burdeos. ¡Pienso protestar con toda firmeza! El senescal era el regente del rey inglés en Gascuña, y el conde no estaba muy seguro de enviar dicha protesta, pues podría provocar perfectamente la llegada de más aventureros ingleses a Berat.

—Me importan tres cojones las protestas —contestó Joscelyn—, matad a esos cabrones. ¡Están rompiendo la tregua!

—Son ingleses —repuso el conde—, siempre rompen las treguas. Confía en el diablo antes que en un inglés.

—Pues matémoslos —insistió Joscelyn.

—No tengo ninguna duda de que lo haremos —respondió el conde. Intentaba descifrar la penosa caligrafía de un secretario muerto hacía mucho, que había redactado un contrato con un hombre llamado Sestier para reforzar los desagües de Astarac con madera de olmo—. A su debido tiempo —añadió ausente.

—¡Dadme treinta hombres, tío, y los barreré en una semana!

El conde descartó el documento y cogió otro. La tinta se había vuelto marrón y estaba muy descolorida, pero pudo entender que se trataba de un contrato con un picapedrero.

—Joscelyn —le preguntó aún con la mirada puesta en el contrato—, ¿cómo vas a barrerlos en una semana?

Joscelyn miró a su tío como si el anciano estuviera loco.

—Pues iré a Castillon d'Arbizon, naturalmente —dijo—, y los mataré.

—Ya veo, ya veo —repuso el conde como agradecido por la explicación—, pero la última vez que estuve en Castillon d'Arbizon, y eso fue hace muchos años, justo después de que se fueran los ingleses, Joscelyn, pues mira, la última vez el castillo era de piedra. ¿Cómo vas a derrotar eso con espadas y lanzas? —y miró a su sobrino con una sonrisa en el rostro.

—¡Por el amor de Dios! ¡Presentarán batalla!

—Uf, desde luego que la presentarán. Los ingleses disfrutaban con estas cosas tanto como lo haces tú. Pero los ingleses tienen arqueros, Joscelyn, arqueros. ¿Te has encontrado a algún arquero en un torneo?

Joscelyn pasó por alto la pregunta.

—Sólo son veinte —se quejó en cambio.

—La guarnición nos dice que veinticuatro —contestó el conde con pedantería. Los supervivientes de la guarnición de Castillon d'Arbizon habían sido liberados por los ingleses y habían huido a Berat, donde el conde colgó a dos para dar ejemplo e

interrogó a los otros. Esos otros estaban todos en las mazmorras, esperando a ser llevados al sur y vendidos como esclavos en las galeras. El conde pensó en ese aumento del patrimonio con una sonrisa, y ya estaba a punto de echar el contrato del picapedrero al cesto cuando una palabra captó su atención, y el instinto le hizo conservarlo mientras se volvía hacia su sobrino—. Déjame que te cuente una cosita del arco de guerra inglés, Joscelyn —dijo con paciencia—. Es una herramienta simple, de tejo, una cosa de campesinos, de verdad. Mi cazador sabe usarlo, pero es el único hombre en todo Berat que lo ha conseguido. ¿A qué crees que se debe? — Esperó una respuesta de su sobrino, pero no llegó—. Te lo voy a decir de todos modos —prosiguió el conde—. Lleva años, Joscelyn, muchos años dominar un arco de tejo. ¿Diez años? Probablemente tanto como eso, y después de diez años un hombre atraviesa una armadura limpiamente a doscientos pasos. —Sonrió—, ¡Splat! Y doscientos escudos en hombre, armadura y pertrechos caen al suelo tumbados por un arco de campesinos. Y no es suerte, Joscelyn. Yo he visto a mi cazador ensartar una flecha en una pulsera a cien pasos. A doscientos perfora la cota de malla. Lo he visto atravesar una puerta de roble a ciento cincuenta, ¡y la puerta tenía sus buenos cinco dedos de grosor!

—Yo llevo armadura de placas —repuso Joscelyn enfurruñado.

—Pues sí señor. Y a cincuenta pasos los ingleses te sacarán un ojo por las rajadas de la visera y te clavarán cuantas flechas quieran en el cerebro. Aunque, desde luego, a eso tú sobrevivirías.

Joscelyn no reconoció el insulto.

—Ballestas —dijo.

—Tenemos treinta ballesteros —contestó el conde—, ninguno de ellos rejuvenece con los años, algunos están enfermos y, la verdad, es que no creo que ninguno sobreviviera a ese muchacho, ¿cómo se llama?

—Thomas de Hookton —intervino el padre Roubert.

—Un nombre extraño —comentó el conde—, pero parece conocer su trabajo. Diría que hay que tratarlo con cuidado.

—¡Artilería! —sugirió Joscelyn.

—¡Hombre, artillería! —exclamó el conde como si no se le hubiera ocurrido antes—. Desde luego podríamos llevar un cañón a Castillon d'Arbizon, y me atrevería a asegurar que esas máquinas tumbarán la puerta y lo dejarán todo en un estado lamentable, ¿pero dónde vamos a encontrar piezas de artillería? Hay uno en Toulouse, me han dicho, pero hay que moverlo con dieciocho caballos. Podríamos ir a buscarlo a Italia, claro está, pero son carísimos y los artificieros lo son aún más, y dudo mucho de que lo puedan traer antes de la primavera. Que Dios nos guarde hasta entonces.

—¡No podemos hacer nada! —protestó Joscelyn otra vez.

—Es cierto, Joscelyn, es cierto —coincidió el conde con cordialidad. La lluvia repiqueteaba en los paneles de mica que cubrían las ventanas. Dibujaba cortinas grises por toda la ciudad. Los canalones parecían torrentes, el contenido de las letrinas se desbordaba, el agua se colaba por la paja y barría las calles para desaparecer por las puertas más bajas de la ciudad. No era tiempo para peleas, pensó el conde, pero si no permitía a su sobrino desfogarse, sospechaba que el joven insensato se escaparía y se dejaría matar en alguna escaramuza poco meditada—, bueno... siempre podemos sobornarlos —sugirió.

—¿Sobornarlos? —Joscelyn se sentía indignado.

—Es bastante normal, Joscelyn. Sólo son bandidos y lo único que quieren es dinero, así que les ofrezco monedas a cambio de que rindan el castillo. Muchas veces funciona.

Joscelyn escupió.

—Cogerán el dinero, se quedarán y exigirán más.

—¡Muy bien! —El conde de Berat sonrió con mirada aprobadora a su sobrino—. Eso es precisamente lo que yo he pensado. ¡Muy bien, Joscelyn! Así que no intentaré sobornarlos. Aun así, he escrito a Toulouse y solicitado los servicios de su cañón. No tengo dudas de que acarreará un gasto desagradable, pero si es necesario, se lo enviaremos a los ingleses. Espero que no tengamos que llegar a eso. ¿Has hablado con sir Henri? —le preguntó.

Sir Henri Courtois era el comandante de la guarnición y un soldado con experiencia. Joscelyn, de hecho, había hablado con él y recibido la misma respuesta que le acababa de dar su tío: cuidado con los arqueros ingleses.

—Sir Henri está hecho una abuela —se quejó Joscelyn.

—¿Con esa barba? Lo dudo mucho —dijo el conde—, aunque una vez vi a una mujer barbuda. Fue en Tarbes, durante la feria de Pascua. Entonces era muy joven, pero me acuerdo de ella perfectamente. Una hermosa y larga barba tenía. Pagamos un par de monedas para verla, claro, y si pagabas más, te permitían tirar de la barba, cosa que yo hice, y era de verdad, y si pagabas aún más, enseñaba los pechos, lo que ya terminaba de destruir toda sospecha de que fuera un hombre. Y por lo que recuerdo eran bonitos pechos. —Miró otra vez el contrato del picapedrero y la palabra latina que había captado su atención. *Calix*. En su interior se revolvía un recuerdo de la infancia, pero no acababa de salir.

—¡Treinta hombres! —suplicó Joscelyn.

El conde dejó el documento.

—Lo que haremos, Joscelyn, será lo que propone sir Henri. Confiaremos en sorprender a los ingleses cuando salgan de su guarida, y negociaremos con Toulouse para que nos dejen el cañón. Ya ofrecemos recompensa por cada arquero inglés capturado vivo. Es una recompensa generosa, así que no tengo dudas de que todos los

*routiers* y *coredors* de Gascuña se unirán a la caza, y los ingleses acabarán rodeados de enemigos. No llevarán una vida relajada.

—¿Por qué vivos? —quiso saber Joscelyn—. ¿Por qué no arqueros ingleses muertos?

El conde suspiró.

—Porque entonces, mi querido Joscelyn, los *coredors* me traerían una docena de cadáveres al día que pretenderían ingleses. Tenemos que hablar con el arquero antes de matarlo para asegurarnos de que es auténtico. Por decirlo de algún modo, tenemos que verle las tetas para saber si la barba es de verdad. —Miró de nuevo la palabra, *calix*, y rebuscó en su memoria—. Dudo mucho que capturemos algún arquero —prosiguió—, salen en grupo y son peligrosos, así que haremos lo que solemos hacer cuando los *coredors* se vuelven más insolentes de la cuenta. Esperaremos con paciencia, y les tenderemos una emboscada cuando cometan un error. Y lo cometerán, aunque ellos esperan que nosotros nos equivoquemos primero. Quieren que los ataques, Joscelyn, para llenarte de flechas, pero presentaremos batalla cuando no la esperen. Así que únete a los hombres de sir Henri y asegúrate de que se plantan las piras y, cuando llegue el momento, te daré rienda suelta. Te lo prometo.

Las piras estaban plantándose en todas las aldeas y ciudades del condado. Eran montones de madera apilada que, cuando ardieran, enviarían una señal de humo para indicar que los asaltantes ingleses estaban en las cercanías. Las piras avisaban a todas las comunidades cercanas y a los vigías en la torre del castillo de Berat de que los ingleses estaban de expedición. Un día, pensaba el conde, se acercarían demasiado a Berat o se situarían en un lugar en que pudieran ser sorprendidos, así que se contentaba con esperar hasta que cometieran dicha equivocación. Y la cometerían, a los *coredors* siempre les pasaba, y estos ingleses, aunque bajo la insignia del conde de Northampton, no parecían mejores que los bandidos comunes.

—Así que ve y practica con las armas, Joscelyn —le dijo a su sobrino—, porque pronto tendrás que utilizarlas. Y llévate este peto de aquí.

Joscelyn obedeció a su tío y se fue. El conde observó al padre Roubert alimentar el fuego con más troncos, después se concentró de nuevo en el documento. El conde de Astarac había contratado a un picapedrero para que gravara «*Calix Meus Inebrians*» encima de la puerta del castillo de Astarac y especificaba que se debía añadir la fecha del contrato a la leyenda. ¿Por qué? ¿Por qué un hombre habría de querer escritas las palabras «mi copa me embriaga» en las puertas de su castillo?

—¿Padre? —preguntó.

—Vuestro sobrino se hará matar —rezongó el dominico.

—Tengo más sobrinos —repuso el conde.

—Pero Joscelyn tiene razón —dijo el padre Roubert—. Alguien tiene que plantarles cara, y pronto. La begarda debe arder. —La ira del padre Roubert lo

mantenía despierto por la noche. ¿Cómo osaban perdonar a una hereje? Por la noche, en su estrecho lecho, recordaba los gritos de la muchacha cuando las llamas consumieron su vestido. Se quedó desnuda y el padre Roubert recordó el pálido cuerpo atado a la mesa. Entendió entonces la tentación, la entendió y la detestó, y sintió placer al levantar el atizador de la tierna piel de sus muslos.

—¡Padre! Estáis ensimismado —le reprochó el conde—. Mirad esto —y le pasó el contrato al otro lado de la mesa.

El dominico puso cara de concentración mientras intentaba descifrar la borrosa caligrafía, después asintió al reconocer la frase.

—Del salterio davídico —dijo.

—¡Claro! Qué tonto soy. Pero ¿por qué iba a querer alguien grabar «*Calix meus inebrians*» encima de su puerta?

—Los padres de la Iglesia —prosiguió el cura— dudan de que el salmista quiera decir embriagado en el sentido de borracho. Embriagado de alegría, más bien, como «mi copa me embelesa».

—Pero ¿qué copa? —preguntó el conde pertinentemente. Se hizo el silencio y sólo se oyó la lluvia y el crepitar de la chimenea, después el fraile volvió a mirar el contrato, apartó su silla y se dirigió a las estanterías del conde. Cogió un enorme libro encadenado y lo colocó en un atril, abrió el seguro de la cubierta y, acto seguido, las grandes y acartonadas páginas—. ¿Qué libro es éste? —inquirió el conde.

—Los anales del monasterio de san fósé —respondió el padre Roubert. Empezó a pasar páginas mientras buscaba una entrada—. Sabemos —prosiguió—, que el último conde de Astarac fue infectado por la herejía cátara. Se dice que su padre lo envió a Carcassonne para ser escudero de un caballero, y así se convirtió en pecador. Después acabó heredando Astarac y prestó su apoyo a los herejes, y también sabemos que se contó entre los últimos de los señores cátaros. —Se detuvo para girar otra página—, ¡ah! Aquí está. Montségur cayó el día de San Jovino en el vigésimo segundo año del reinado de Raimundo VII. —Raimundo había sido el último gran conde de Toulouse, muerto ya hacía casi cien años. El padre Roubert caviló durante unos instantes—. Lo que supone que Montségur cayó en 1244.

El conde se inclinó sobre la mesa y recogió el contrato. Lo examinó y encontró lo que deseaba.

—Y este documento está datado la víspera de San Nazario del mismo año. La festividad de San Nazario es a finales de julio, ¿no?

—Sí —confirmó el padre Roubert.

—Y San Jovino es en marzo —prosiguió el conde—, lo que demuestra que el conde de Astarac no murió en Montségur.

—Alguien ordenó la inscripción latina —concedió el dominico—. ¿Pudo haber sido su hijo? —Pasó las grandes páginas de los anales estremeciéndose ante lo tosco

de las capitales miniadas. Al final, encontró la entrada que buscaba—. Y en el año de la muerte del conde, en que hubo una gran plaga de sapos y víboras —leyó en voz alta—, el conde de Berat tomó Astarac y pasó a cuchillo a todos los que dentro había.

—¿Pero los anales no dicen que el propio Astarac muriera?

—No.

—¿Y, si seguía vivo, qué sucedió? —El conde estaba entusiasmado y había abandonado su silla y empezado a pasear de arriba abajo—. ¿Y por qué abandonaría a sus camaradas en Montségur?

—Si es que lo hizo —el padre Roubert parecía dudar—. —

—Alguien tuvo que hacerlo. Alguien con autoridad para contratar a un picapedrero. Alguien que quería dejar un mensaje en la piedra. Alguien que... —De repente el conde se detuvo—, ¿por qué describirían la fecha como la víspera de la festividad de san Nazario? —preguntó.

—¿Por qué no?

—Porque ese día es san Pantaleón, ¿por qué no llamarlo así?

—Porque... —el padre Roubert estaba a punto de explicar que San Nazario era bastante más conocido que san Pantaleón, pero el conde lo interrumpió.

—¡Porque es el día de los siete durmientes! ¡Quedaron siete, Roubert! ¡Siete supervivientes! ¡Y querían que se inscribiera la fecha para dejar constancia! —El fraile pensó que el conde llegaba demasiado lejos en sus deducciones, pero no dijo nada—. ¡Y piensa en la historia! —lo apremió el conde—. Siete hombres jóvenes bajo la amenaza de persecución. Abandonan la ciudad, que era, claro, Efeso, ¡y se esconden en una cueva! Decio, creo que era el emperador... sí, era él, ordenó que sellaran todas las cuevas y, más de cien años después, si no recuerdo mal, encontraron a los siete jóvenes, y ninguno había envejecido ni un día. ¡Así que siete hombres, Roubert, huyeron de Montségur!

El padre Roubert volvió a dejar los anales.

—Pero un año más tarde —señaló—, vuestros ancestros los derrotaron.

—Pudieron sobrevivir —insistió el conde—, y todos sabemos que algunos miembros de la familia Vexille escaparon. ¡Claro que han sobrevivido! Pero piensa, Roubert —llamaba al dominico por su nombre de la infancia de manera inconsciente—, ¿por qué iba un señor cátaro a abandonar su última fortaleza si no es para poner a salvo las riquezas de los herejes? ¡Todos saben que los cátaros poseían enormes tesoros!

El padre Roubert intentaba no dejarse arrastrar por la emoción del conde.

—La familia —dijo— se los llevaría con ellos.

—¿Eso crees? —inquirió el conde—. Hay siete. Van a distintos lugares. Algunos a España, otros al norte de Francia, por lo menos uno a Inglaterra. Supón que te persiguen, que te busca la Iglesia y todos los grandes señores. ¿Llevarías contigo un

gran tesoro? ¿Te arriesgarías a que cayera en manos de tus enemigos? ¿Por qué no esconderlo y confiar en que uno de los siete supervivientes vuelva a recuperarlo?

Ya había sacado el jugo a las pruebas hasta el límite, y el padre Roubert sacudió la cabeza.

—Si hubiera un tesoro en Astarac —dijo—, hace años que lo habrían encontrado.

—Pero el cardenal arzobispo lo está buscando —prosiguió el conde—. ¿Por qué si no iba a querer leer nuestros archivos? —cogió de nuevo el contrato del picapedrero y lo sostuvo sobre una vela para que las palabras latinas con la petición de gravar la fecha en la piedra fueran aniquiladas. Le pegó un puñetazo para extinguir el fuego y echó el pergamino dañado en el cesto de documentos que sería entregado al monje—. Lo que tengo que hacer —dijo—, es ir a Astarac.

El padre Roubert se alarmó ante tanta irreflexión.

—Es territorio salvaje, mi señor —le advirtió—, está infestado de *coredors*. Y no demasiado lejos de los ingleses de Castillon d'Arbizon.

—En ese caso llevaré unos cuantos hombres de armas. —El conde estaba ahora entusiasmado. Si el Grial estaba en sus dominios, cobraba sentido la maldición de esterilidad que pesaba sobre sus esposas como castigo por no buscar el tesoro. Enmendaría el entuerto—. Puedes acompañarme —le dijo al padre Roubert—, partiré con sir Henri, los ballesteros y con la mayoría de hombres de armas de que dispongo para defender la ciudad.

—¿Y vuestro sobrino?

—¡Me lo llevaré también! Puede estar al mando de mi escolta. Se hará ilusiones de que sirve para algo. —El conde recordó algo más—. ¿No está san Severo cerca de Astarac?

—Muy cerca.

—Estoy seguro de que el abad Planchard nos dará alojamiento —dijo el conde—, ¡y además podrá ayudarnos!

El padre Roubert pensó que el abad Planchard más bien le diría al conde que era un viejo insensato, pero también se daba cuenta de que el conde se estaba dejando llevar por el entusiasmo. Estaba claro que creía que, si encontraba el Grial, Dios lo recompensaría con un hijo; quizá tuviera razón. Y quizás hubiera que encontrar el Grial para enderezar el mundo, así que el fraile se hincó de hinojos en el gran salón y le rezó a Dios para que bendijera al conde, matara a la hereje y revelara el lugar donde se había escondido el Grial.

En Astarac.





Thomas y sus hombres abandonaron Astarac a primera hora de la tarde con caballos cargados de carne, cacharros de cocina y cualquier objeto de valor que pudieran vender en el mercado de Castillon d'Arbizon. Thomas no dejaba de mirar atrás, se preguntaba por qué no sentía nada por aquel lugar, pero también sabía que volvería. Astarac encerraba secretos que él estaba obligado a descifrar.

Sólo Robbie montaba una bestia que no estuviera hasta los topes de botín. Había sido el último en unirse a la partida desde el monasterio, de donde había salido con una expresión de extraña satisfacción. No dio explicaciones de su tardanza ni de por qué había respetado a los monjes cistercienses. Se limitó a lanzarle un gesto a Thomas con la cabeza y a sumarse a la columna de hombres que volvía ya hacia el oeste.

Llegarían tarde a casa. Probablemente habría oscurecido, pero Thomas no estaba preocupado. Los *coredors* no atacarían, y si el conde de Berat enviaba fuerzas para interceptarlos en el viaje de vuelta, los verían desde lo alto de las colinas, así que cabalgaba sin preocupaciones, dejando atrás tristeza y humo en una población rota.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó sir Guillaume.

—No.

Sir Guillaume se rió.

—¡Menudo sir Galahad estás hecho! —Observó lo que Thomas llevaba colgado de la silla—. Te vas en busca del Santo Grial y vuelves cargado de pieles de cabra y un buen pedazo de carne para estofado.

—Con salsa al vinagre va a quedar estupendo —repuso Thomas.

Sir Guillaume miró hacia atrás y vio a una docena de *coredors* que los habían seguido por la colina.

—Tendremos que darles a esos cabrones una lección.

—Se la daremos —contestó Thomas—, te aseguro que se la daremos.

No hubo emboscadas ni hombres de armas esperándoles. Sólo se retrasaron cuando un caballo empezó a cojear, pero no fue más que una piedra en el casco. Los *coredors* se desvanecieron con la noche. Robbie volvía a cabalgar en vanguardia, pero cuando ya estaban a mitad de camino y el sol no era más que una bola roja ante ellos, se dio la vuelta y se situó junto a Thomas. Geneviève iba a un lado y separó ostensiblemente su yegua, pero si Robbie reparó en ello, no hizo ningún comentario.

Echó un vistazo a las pieles de cabra envueltas detrás de la silla de Thomas.

—Mi padre tuvo una vez una capa de piel de caballo —dijo para romper un silencio que duraba demasiado tiempo, y después, sin añadir más detalles a propósito del curioso gusto de su padre sobre la vestimenta, puso cara de vergüenza—. He estado pensando —dijo.

—Una actividad peligrosa —respondió Thomas en un tono conciliador.

—Lord Outhwaite me dejó venir contigo —prosiguió Robbie—, pero ¿le importaría si te dejo?

—¿Dejarme? —Thomas estaba sorprendido.

—Bueno, seguro que me veré obligado a volver con él —aclaró—, cuando termine.

—¿Cuándo termines? —preguntó Thomas cargado de sospecha. Robbie era prisionero y su obligación, si no estaba con Thomas, era volver con lord Outhwaite al norte de Inglaterra y esperar a que pagaran su rescate.

—Tengo cosas que hacer —explicó Robbie—, poner mi alma en orden.

—Ah —contestó Thomas, y el que estaba avergonzado ahora era él. Miró el crucifijo de plata en el pecho de su amigo.

Robbie observaba un águila ratonera que planeaba por la ladera buscando presas pequeñas en el ocaso.

—Nunca he sido muy religioso —dijo en voz baja—. Nadie de mi familia lo es. Las mujeres se preocupan, por supuesto, pero ninguno de los hombres Douglas lo hace. Somos buenos soldados y malos cristianos. —Aquí se detuvo, claramente incómodo, después miró furtivamente a Thomas—. ¿Te acuerdas del cura que matamos en Bretaña?

—Claro que me acuerdo —contestó Thomas. Bernard de Taillebourg había sido fraile dominico y fue el inquisidor que torturó a Thomas. El cura también había ayudado a Guy Vexille a matar al hermano de Robbie, y juntos, entre Thomas y Robbie, lo habían agujereado frente a un altar.

—Quería matarlo —dijo Robbie.

—Dijiste —le recordó Thomas— que no hay pecado que los curas no perdonen y eso, supongo, incluye matar curas.

—Estaba equivocado —repuso Robbie—. Era un cura y no tendríamos que haberlo matado.

—Era un hijo de la gran puta y un cagarro del demonio —respondió Thomas lleno de resentimiento.

—Era un hombre que deseaba lo que tú deseas —mantuvo Robbie con firmeza—, y que estaba dispuesto a matar para conseguirlo, pero nosotros hacemos lo mismo, Thomas.

Thomas se santiguó.

—¿Estás preocupado por mi alma —preguntó cáustico— o por la tuya?

—Estuve hablando con el abad en Astarac —prosiguió Robbie pasando por alto la pregunta de Thomas—. Y le hablé del dominico. Me dijo que había hecho algo abominable y que mi nombre estaba en la lista del diablo. —Ése era el pecado que Robbie había confesado, aunque el abad Planchard era un hombre lo suficientemente sabio para saber que algo más turbaba al joven escocés, y que ese algo más era con casi total seguridad la begarda. Pero Planchard le había tomado la palabra a Robbie y se había puesto duro con él—. Me ha ordenado hacer una peregrinación —prosiguió Robbie—. Me ha dicho que vaya a Bolonia y rece en la tumba del bendito santo Domingo, y que si el santo me perdona la muerte, recibiré una señal.

Thomas, tras su anterior conversación con sir Guillaume, ya había decidido que lo mejor era que Robbie se marchara, y ahora Robbie se lo ponía en bandeja. Aun así, fingió cierta reticencia.

—Puedes quedarte al menos durante este invierno —le sugirió.

—No —contestó Robbie con firmeza—. Estoy condenado, Thomas, a menos que haga algo por remediarlo.

Thomas recordó la muerte del dominico, el fuego que despedía reflejos sobre las paredes de la tienda, las dos espadas que rajaban y ensartaban al retorcido fraile que, en un charco de sangre, sufría sus últimas convulsiones.

—Entonces yo también estoy condenado, ¿no?

—Tu alma es asunto tuyo —dijo Robbie—, y yo no soy quién para decirte qué hacer. Pero el abad sí me dijo cuál era mi obligación.

—Pues ve a Bolonia si así lo crees necesario —concluyó Thomas, que ocultó su alivio porque Robbie hubiera decidido marcharse.

Les llevó dos días decidir cuál era la mejor manera de hacer el viaje, pero después de hablar con un peregrino que había venido para rezar ante la tumba de san Sardos, en la iglesia más elevada de la ciudad, decidieron que lo mejor sería que volviera hasta Astarac y desde allí se dirigiese al sur hasta San Gaudens. Desde allí, podría coger una carretera transitada en la que encontraría la compañía de mercaderes que viajaran en grupo y que recibirían bien la ayuda de un hombre de armas joven y fuerte para proteger sus caravanas.

—Desde San Gaudens deberíais dirigiros hacia el norte, hasta Toulouse —le contó el peregrino—, y allí aseguraos de deteneros junto al santuario de San Sernin para pedirle protección al santo. La iglesia posee uno de los látigos empleados para azotar a nuestro Señor, y si pagáis, os dejarán tocarlo para que jamás sufráis de ceguera. Después, debéis seguir hasta Aviñón. Esas carreteras están bien patrulladas, así que viajaréis a salvo. En Aviñón, recibid la bendición del Santo Padre y preguntadle a alguien más cómo seguir hacia el este.

La parte más peligrosa del camino era la primera, y Thomas le prometió a Robbie

que lo escoltaría hasta Astarac para asegurarse de que no lo molestarían los *coredors*. También le entregó una bolsa de dinero del gran arcón del salón.

—Es más de tu parte —le dijo Thomas.

Robbie sopesó la bolsa de oro.

—Es demasiado.

—Venga, hombre, que las tabernas hay que pagarlas. Cógelo, y por el amor de Dios, no te lo juegues todo.

—No pienso hacerlo —le contestó Robbie—, le prometí al abad Planchard que dejaría el juego y él me lo hizo jurar en la abadía.

—Espero que también encendiera una vela.

—Tres —le dijo Robbie, y después se persignó—. No voy a cometer ni un sólo pecado, Thomas, hasta que le rece a santo Domingo. Eso es lo que me dijo Planchard. —Se detuvo y le dedicó a Thomas una sonrisa triste—. Lo siento, amigo mío.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

Robbie se encogió de hombros.

—No he sido el mejor compañero —sonaba de nuevo avergonzado y no añadió nada más, pero aquella noche, cuando cenaron todos juntos en el salón para despedir a Robbie, el escocés hizo un enorme esfuerzo para ser amable con Geneviève. Incluso le cedió una parte de su vianda, un trozo succulento, pinchándolo con un cuchillo e insistiéndole hasta que le permitió ponerlo en su plato. Sir Guillaume puso en blanco su único ojo sin dar crédito, Geneviève se lo agradeció con dulzura y, a la mañana siguiente, todos partieron para escoltar a Robbie.

\* \* \*

El conde de Berat sólo había visitado Astarac en una ocasión, y eso había sido muchos años antes. Cuando volvió a ver la población, apenas la reconoció. Entonces era pequeña, apestosa y pobre, pero ahora había sido arrasada por los ingleses. La mitad de los tejados de paja del pueblo había ardido, dejando sólo paredes de piedra calcinada; una gran mancha de sangre mezclada con huesos, plumas y vísceras mostraba el lugar que había servido de matadero para el ganado. Tres monjes cistercienses distribuían comida de un carro cuando llegó el conde, pero la caridad no impidió que un gentío de desarrapados rodeara al señor de aquellas tierras, mientras se quitaban los sombreros, se arrodillaban y tendían las manos para pedir limosna.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó el conde.

—Los ingleses, sire —repuso uno de los monjes—. Vinieron ayer.

—Por Dios que van a morir cien muertes distintas por esto —proclamó el conde.

—Y yo seré el verdugo —añadió Joscelyn con fiereza.

—Estoy casi convencido a dejarte ir —dijo el conde—, pero ¿qué podemos hacer

contra el castillo?

—Artillería —contestó Joscelyn.

—Ya he pedido el cañón de Toulouse —prosiguió enfadado el conde, después repartió pocas y pequeñas monedas entre los aldeanos antes de espolear a su caballo y adelantarlos. Se detuvo para contemplar las ruinas del castillo en su risco, pero no llegó hasta allí porque era tarde, la noche estaba cercana y el aire era frío. El conde, además, estaba cansado y le dolían las posaderas; la armadura, a la que no estaba acostumbrado, le cargaba los hombros, así que en lugar de recorrer el largo camino hasta la fortaleza en ruinas, se dirigió directamente hacia las dudosas comodidades de la abadía cisterciense de san Severo.

Monjes de blancos hábitos regresaban a su hogar desde sus lugares de trabajo. Uno de ellos transportaba un hatillo de ramas secas, y los otros llevaban azadas y palas. Estaban recogiendo las últimas uvas, y dos monjes conducían un carro tirado por un buey y cargado con cestos llenos de fruta morada. Apartaron el carro cuando el conde y sus treinta hombres de armas atravesaron los sencillos edificios acompañados del repiqueteo de los cascos. Nadie en el monasterio esperaba visitantes, pero los monjes saludaron al conde sin quejarse y alojaron eficientemente a bestias y soldados, estos últimos entre las prensas de vino. Encendieron la chimenea del ala de los visitantes donde el conde, su sobrino y el padre Roubert serían atendidos.

—El abad acudirá a saludaros tras las completas —le dijeron al conde; después, les fue servida una cena de pan, judías, vino y pescado ahumado. El vino era de la abadía y estalla amargo.

El conde despidió a Joscelyn y al padre Roubert, que se retiraron a sus aposentos, envió al escudero a cualquier lugar que el muchacho encontrara para dormir y se sentó solo junto al fuego. Se preguntó por qué Dios le habría enviado la plaga de los ingleses. ¿Era otro castigo por no hacer caso del Grial? Parecía plausible, pues ya se había convencido de que Dios lo había elegido y que debía llevar a cabo una última gesta por la que sería recompensado. «El Grial...», pensó, casi en éxtasis. El Grial, lo más sagrado de todas las cosas sagradas, y él había sido enviado para descubrirlo; cayó de rodillas frente a la ventana abierta, escuchó los cánticos que los monjes entonaban en la iglesia de la abadía y rezó porque su búsqueda diera fruto. Siguió rezando tiempo después de que terminaran los cánticos y así, de rodillas, fue como lo encontró el abad Planchard.

—¿Os interrumpo? —preguntó el abad con amabilidad.

—No, no. —El dolor en las rodillas provocó una mueca en el conde mientras se incorporaba. Se había quitado la armadura y llevaba una túnica rematada en piel y su habitual gorro de lana—. Lo siento, Planchard. Lamento mucho imponer nuestra presencia de este modo. Ya sé que no os he avisado. Seguro que os hemos

importunado muchísimo.

—Sólo el diablo me importuna —repuso Planchard—, y sé que no os envía él.

—Rezo por ello —dijo el conde, y entonces se sentó, pero inmediatamente volvió a ponerse en pie. Por su rango, le correspondía la única silla de la sala, pero el abad era muy anciano y el conde se vio obligado a ofrecérsela.

El abad no aceptó la invitación y se sentó en el alféizar de la ventana.

—El padre Roubert ha asistido a completas —dijo—, y ha hablado conmigo después.

El conde sintió una punzada de alarma. ¿Le habría contado Roubert a Planchard por qué estaban allí? Quería decírselo él mismo al abad.

—Está muy preocupado —prosiguió Planchard. Hablaba en francés, un francés aristocrático, elegante y preciso.

—Roubert siempre está preocupado cuando está incómodo —replicó el conde—, ha sido un largo viaje y no está acostumbrado a cabalgar. No ha nacido para eso, ¿me entendéis? Monta como un tullido. —Se detuvo, miró al abad con los ojos como platos y estornudó con fuerza—. Madre mía —dijo con los ojos encharcados. Se limpió la nariz en la manga—. Roubert va encorvado en la silla. No me canso de decirle que monte erguido, pero no me hace ni caso —volvió a estornudar.

—Espero que no estéis cogiendo unas fiebres —dijo el abad—. El padre Roubert no está preocupado por el cansancio, sino por la begarda.

—Ah, sí, claro. La chica. —El conde se encogió de hombros—, a mí lo que me parece es que tenía ganas de verla arder. Hubiera sido la recompensa adecuada para el duro trabajo que hizo. ¿Sabíais que él la interrogó?

—Con el fuego, supongo —intervino Planchard, después frunció el entrecejo—. Qué extraño que se encuentre una begarda tan al sur. Suelen infestar el norte. ¿Está seguro de que ella lo es?

—¡Del todo! La desdichada confesó.

—Como yo hubiera confesado si me dieran tormento —comentó el abad con acidez—, ¿sabéis que cabalga con los ingleses?

—Eso he oído —repuso el conde—. Mal asunto, Planchard, mal asunto.

—Por lo menos respetaron esta casa —dijo Planchard—, ¿por eso habéis venido, mi señor? ¿Para protegernos de una hereje y de los ingleses?

—Por supuesto, por supuesto —dijo el conde, pero después viró hacia un terreno más cercano a la verdad sobre su viaje—. También hay otra razón, Planchard, una razón totalmente distinta. —Esperaba que el abad le preguntara cuál era, pero Planchard siguió en silencio, así que por algún motivo, el conde se sintió incómodo. Temía que el abad se burlara de él—. ¿El padre Roubert no os ha contado nada? —le preguntó.

—Sólo ha hablado de la begarda.

—Ah —dijo el conde. No sabía muy bien cómo plantearle su búsqueda, así que se lanzó directamente al centro de la cuestión, como si Planchard pudiera entender de qué hablaba—. «*Calix meus inebrians*» —anunció, y volvió a estornudar.

Planchard esperó hasta que el conde se hubo recuperado.

—Los salmos de David. Tengo especial predilección por ése, sobre todo el principio, es precioso: «Es Yavé mi pastor, nada me falta».

—«*Calix meus inebrians*» —dijo el conde sin hacer caso a lo que decía el abad—, es lo que había escrito encima de la puerta de este castillo.

—¿Ah, sí?

—¿No lo habías oído?

—Se oyen muchas cosas en este pequeño valle, mi señor, y es necesario distinguir entre miedos, sueños, esperanzas y realidad.

—«*Calix meus inebrians*» —repitió el conde testarudo, pues sospechaba que el abad sabía exactamente de qué estaba hablando, pero quería desviar la conversación.

Planchard observó al conde en silencio durante un rato, después asintió.

—La historia no es nueva para mí. Ni para vos, supongo.

—Creo —dijo el conde con una voz extraña—, que Dios me ha enviado aquí con un propósito.

—¡Pues sois afortunado, mi señor! —Planchard parecía impresionado—. Mucha gente viene a verme para preguntarme por los propósitos de Dios, y lo único que les puedo decir es que observen, trabajen y recen, y que con ello descubrirán el propósito a su debido tiempo, pero rara vez es desvelado abiertamente. Os envidio.

—Os fue encomendado a vos —replicó el conde.

—No, mi señor —respondió el abad con seriedad—. Dios sólo abrió la puerta de un campo lleno de piedras, cardos y hierbajos, y me puso a su cuidado. Ha sido un duro trabajo, mi señor, muy duro, y estoy llegando a mi final con gran parte aún por hacer.

—Contadme la historia —dijo el conde.

—¿La historia de mi vida? —contraatacó Planchard.

—La historia —insistió el conde con firmeza—, de la copa que nos embriaga.

Planchard suspiró y, por un momento, pareció muy anciano. Después se puso en pie.

—Haré algo mejor, mi señor —dijo—. Os la mostraré.

—¿Mostrármela? —El conde estaba atónito y eufórico.

Planchard se dirigió a una alacena y sacó una lámpara de mica. Encendió la mecha con una astilla de la chimenea y después invitó al emocionado conde a seguirlo por el oscuro claustro hasta la iglesia de la abadía, donde ardía una pequeña vela bajo una estatua de escayola de san Benedicto, la única decoración del austero edificio.

Planchard sacó una llave de debajo de su hábito y guió al conde hasta una pequeña puerta que daba a una sala medio oculta a un lado del altar, por el lado norte de la iglesia. La cerradura estaba dura, pero al final cedió y la puerta se abrió con un crujido.

—Cuidado con los escalones —le avisó el abad—, están resbaladizos y pueden ser traicioneros.

La lámpara se balanceaba mientras el abad descendía el empinado trecho de escaleras de piedra que giraban a la derecha hasta una cripta rodeada de grandes pilares, entre los que se apilaban montones de huesos casi hasta el techo. Había huesos de las piernas, de los brazos y costillas apilados como si fueran leña, y entre ellos, como filas de piedras, cráneos de cuencas vacías.

—¿Los hermanos? —preguntó el conde.

—Mientras esperan el bendito día de la resurrección —contestó Planchard, que se dirigió hacia el lugar más lejano de la cripta, agachó la cabeza bajo un arco y entró en una pequeña cámara en la que había un banco antiguo y un cofre de madera reforzado de hierro. Encontró velas a medio arder en un nicho y las encendió, de manera que quedaron iluminados por una luz titilante—. Vuestro tatarabuelo, alabado sea el Señor, agració a esta casa con sus donaciones —dijo mientras sacaba otra llave de una bolsa de cuero que llevaba debajo del hábito negro—. Antes de eso era pequeña y muy pobre, pero vuestro ancestro nos dio tierra para dar gracias a Dios por la caída de la casa de los Vexille, y esas tierras son suficientes para mantenernos, pero no para enriquecernos. Eso es bueno y justo, pero lo cierto es que poseemos ciertos objetos de valor y éste, como podréis ver, es nuestro único tesoro. —Se inclinó sobre el arcón, giró la enorme llave y levantó la tapa.

Al principio, el conde se decepcionó porque creyó que no había nada dentro, pero cuando el abad acercó una de las velas, el conde vio que contenía una patena de plata, una bolsa de cuero y un candelabro de un brazo. El abad señaló la bolsa.

—Eso nos fue entregado por un caballero agradecido al que sanamos en la enfermería. Nos juró que contiene el cinturón de santa Agnés, pero confieso que nunca he abierto la bolsa. Recuerdo haber visto el cinturón en Basilea, aunque supongo que es posible que santa Agnés tuviera dos. Mi madre tenía varios, pero por desgracia no era santa. —Pasó por alto los dos objetos de plata y levantó un objeto en el fondo del arcón en el que el conde no había reparado. Era una caja que Planchard colocó en el banco—. Tenéis que mirarla con atención, mi señor. Es antigua y la pintura hace tiempo que se desconchó. Me sorprende que no lo quemáramos hace tiempo, pero por algún motivo la guardamos.

El conde se sentó en el banco y levantó la caja. Era cuadrada, pero no muy profunda, sólo lo suficientemente grande para contener un guante de hombre, pero no mucho más. Tenía unas bisagras de hierro y cuando levantó la tapa vio que estaba



vacía.

—¿Esto es todo? —preguntó el conde con evidente decepción.

—Miradla, mi señor —le indicó Planchard con paciencia.

El conde volvió a mirarla. El interior de la caja de madera estaba pintado de amarillo, y esa pintura se había conservado mejor que la de las superficies externas, muy borrosas, pero el conde apreció que la caja había sido negra y que en la tapa habían pintado un escudo de armas. Le era desconocido y estaba en tan mal estado que era difícil apreciarlo, pero pensó que sería un león o alguna otra fiera que sostenía algo entre las garras.

—Es una centicora —dijo el abad—, sosteniendo un cáliz.

—¿Un cáliz? ¿Puede ser el Grial?

—Es el escudo de armas de la familia Vexille. —Planchard no respondió a la pregunta del conde—, y dice la leyenda local que el cáliz no fue añadido hasta la destrucción de Astarac.

—¿Y por qué añadirían un cáliz? —preguntó el conde mientras su entusiasmo se acrecentaba.

De nuevo el abad evitó la pregunta.

—Deberíais mirar, mi señor, el frontal de la caja.

El conde volteó la caja hasta que la luz de una vela iluminó la pintura desvaída y vio las palabras que habían sido allí pintadas. No se distinguían muy bien, y algunas letras habían desaparecido por completo, pero las palabras aún eran evidentes. Evidentes y milagrosas. *Calix Meus Inebrians*. El conde las observó, estaba tan sobrecogido por sus implicaciones que no podía hablar. Moqueaba, así que se restregó la nariz en la manga con impaciencia.

—La caja estaba vacía cuando fue hallada —dijo Planchard—, o eso me dijo el abad Loix, que el Señor lo tenga en su gloria. La historia cuenta que la caja estaba en un relicario de oro y plata que se encontró en el altar de la capilla del castillo. El relicario, estoy convencido de ello, acabó en Berat, pero esta caja fue entregada al monasterio, como algo sin valor, supongo.

El conde volvió a abrir la caja e intentó oler el interior, aunque tenía la nariz bastante taponada. Las ratas se paseaban por entre los huesos de la cripta vecina, pero no hizo caso del ruido, no hizo caso de nada, sólo soñaba con lo que significaría aquella caja. El Grial, un heredero, todo. Excepto, pensó, si no fuera porque la caja era demasiado pequeña para contener el Grial. ¿O puede que no? ¿Quién sabía qué aspecto tenía el Grial?

El abad levantó el brazo hacia la caja, con la intención de devolverla al arcón, pero el conde la agarró con fuerza.

—Mi señor —le dijo el abad con severidad—, la caja estaba vacía. No encontraron nada en Astarac. Por ese motivo os he traído aquí, para que lo veáis por

vos mismo. Nada se encontró en su interior.

—¡Encontraron esto! —insistió el conde—. Lo que demuestra que el Grial estaba aquí.

—¿Eso es lo que demuestra? —preguntó el abad con tono triste.

El conde señaló las letras medio borradas en el costado de la caja.

—¿Qué otra cosa puede significar?

—Hay un Grial en Génova —repuso Planchard—, y los benedictinos de Lyon también dijeron poseerlo una vez. Se dice, Dios no quiera que sea cierto, que el auténtico está en el tesoro del emperador en Constantinopla. Se dijo que una vez estuvo en Roma, y otra en Palermo, aunque en esa ocasión creo que se trataba de una copa sarracena capturada en un navío veneciano. Otros dicen que los arcángeles vinieron a la tierra y se lo llevaron al cielo, aunque otros insisten en que sigue en Jerusalén, protegido por la espada en llamas que antaño montó guardia en el Edén. Lo han visto en Córdoba, mi señor, en Nimes, en Verona y en una veintena de lugares más. Los venecianos aseguran que se conserva en una isla que sólo se les aparece a los puros de corazón, mientras que otros dicen que fue llevado a Escocia. Mi señor, podría llenarse un libro con los relatos sobre el Grial.

—Estuvo aquí. —El conde no hizo caso de lo que Planchard le acababa de decir—. Estuvo aquí, y puede que aquí siga.

—Nada me gustaría más —admitió Planchard—, ¿pero podemos nosotros lograr lo que no consiguieron ni Perceval ni Galván?

—Es un mensaje de Dios —aseguró el conde, aún aferrado a la caja vacía.

—Creo, mi señor —intentó razonar el abad—, que es un mensaje de la familia Vexille. Creo que hicieron la caja y la pintaron para burlarse de nosotros. Huyeron y nos dejaron pensando que se habían llevado el Grial con ellos. Creo que esa caja es su venganza. Tendría que ser quemada.

El conde no pensaba soltar la caja.

—El Grial estuvo aquí —mantuvo obstinado.

El abad, consciente de que acababa de perder la caja, cerró el arcón y echó la llave.

—Somos una pequeña casa, mi señor —le dijo—, pero no estamos totalmente apartados de la gran Iglesia. Recibo cartas de mis hermanos, y oigo cosas.

—¿Como qué?

—Como que el cardenal Bessières está buscando una gran reliquia —dijo el abad.

—¡Y la está buscando aquí! —remató el conde con un sentimiento triunfal—. Ha enviado un monje para buscar en mis archivos.

—Pues si Bessières está buscando —le avisó Planchard—, tened por seguro que será despiadado en su servicio a Dios.

A nada atendía el conde.

—Tengo una tarea —afirmó.

Planchard recogió la lámpara.

—Nada más os puedo decir, mi señor, pues nada he oído que indique que el Grial está en Astarac, pero sé una cosa con tanta certeza como sé que mis huesos pronto descansarán con el resto de los hermanos de este osario. La búsqueda del Grial, mi señor, vuelve locos a los hombres. Los turba, los confunde y los deja desamparados. Es algo peligroso, mi señor, algo que es mejor dejar a los trovadores. Que canten sobre él y le compongan poemas pero, por el amor de Dios, no arriesguéis vuestra alma en su búsqueda.

Sin embargo, aunque el aviso de Planchard hubiera llegado de un coro de ángeles, el conde tampoco lo habría escuchado.

Tenía la caja y demostraba lo que él quería creer.

El Grial existía y él había sido llamado en su búsqueda. Y así lo haría.

\* \* \*

Thomas jamás tuvo intención de escoltar a Robbie durante todo el trayecto hasta Astarac. El valle en el que aquella pobre villa estaba situada ya había sido saqueado, así que pretendía detenerse en el anterior, donde un puñado de hermosos asentamientos se ceñía a la carretera que conducía hacia el sur desde Maseube. Cuando sus soldados estuvieran inmersos en plena faena del diablo, él y unos pocos hombres acompañarían a Robbie hasta las colinas que dominaban Astarac y desde allí, si no había *coredors* u otros enemigos a la vista, el escocés cabalgaría solo.

Se había vuelto a llevar a casi toda la guarnición, excepto una docena de hombres que custodiaban el castillo de Castillon d'Arbizon. Dejó a la mayoría de sus jinetes en un pequeño pueblo junto al río Gers y llevó consigo a una docena de arqueros y otros tantos hombres de armas para escoltar a Robbie durante los últimos kilómetros. Geneviève se quedó con sir Guillaume, que había descubierto un montículo considerable en el pueblo y estaba convencido de que era el tipo de lugar en el que los antiguos, los que vivieron antes de que el cristianismo iluminara el mundo, escondían el oro, así que había reunido una docena de palas y había empezado a cavar. Thomas y Robbie los dejaron con su búsqueda y escalaron las colinas al este por una pista que se enroscaba entre bosquecillos de castaños, a los que los campesinos cortaban varas para sostener las vides recién plantadas. Thomas no vio *coredors*; de hecho no vio enemigos en toda la mañana, aunque se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que los bandidos repararan en la enorme columna de humo que despedía la pira de alarma en el pueblo donde sir Guillaume excavaba sueños.

Robbie estaba nervioso e intentaba disimularlo hablando de cualquier cosa.

—¿Te acuerdas de aquel zancudo de Londres? —le preguntó—, ¿aquél que hacía

malabares mientras caminaba con los zancos? Era bueno. Aquello sí que era extraordinario, vaya que sí. ¿Cuánto costó quedarse en la taberna de Londres?

Thomas no se acordaba.

—Unos peniques, no sé.

—Porque te timan, ¿verdad? —preguntó Robbie inquieto.

—¿Quién te tima?

—Los taberneros.

—Regatearán —le dijo Thomas—, pero intentarán sacarte más peniques que menos. Además, puedes alojarte en monasterios la mayoría de las noches.

—Ay, es verdad. Pero hay que darles algo, ¿no?

—Con una moneda basta —le contestó Thomas. Habían aparecido en una zona pelada en la cresta de la sierra y Thomas buscó enemigos y no vio ninguno. Las extrañas preguntas de Robbie lo desconcertaban, pero luego reparó en que el escocés, que se enfrentaba a la batalla con evidente valentía, estaba nervioso ante la perspectiva de viajar solo. Una cosa era viajar por tu país, donde la gente hablaba tu idioma, y otra completamente distinta era recorrer cientos de kilómetros por tierras en las que se hablaban una docena de lenguas extrañas—. Lo que tienes que hacer —le dijo Thomas—, es buscar otra gente que siga tu camino. Habrá muchos y todos querrán compañía.

—¿Eso es lo que tú hiciste cuando cruzaste de Bretaña a Normandía?

Thomas sonrió.

—Iba vestido de dominico. Nadie quiere a un dominico como compañía, pero tampoco nadie quiere robarle. Estarás bien, Robbie. Cualquier mercader deseará que le acompañes. ¿Un hombre joven con la espada afilada? Seguro que te ofrecerá que acompañes al carro de sus hijas.

—He hecho un juramento —repuso sombrío Robbie, después pensó por unos instantes—, ¿está Bolonia cerca de Roma?

—No lo sé.

—Se me ha ocurrido ir a ver Roma. ¿Crees que el Papa volverá allí alguna vez?

—Sólo Dios lo sabe.

—A mí me gustaría verla de todos modos —dijo Robbie con voz nostálgica, después lanzó a Thomas una sonrisa socarrona—. Si voy, diré una oración por ti.

—Que sean dos —le pidió Thomas—, una por mí y otra por Geneviève.

Robbie se quedó callado. Estaba llegando el momento de la despedida y no sabía qué decir. Habían frenado los caballos, aunque Jake y Sam aún prosiguieron hasta ver en el valle el escaso humo que los techos de paja de Astarac aún despedían en el frío ambiente.

—Volveremos a vernos, Robbie —le dijo Thomas sacándose el guante de la mano derecha y tendiéndosela.

—Sí, ya lo sé.

—Y seremos siempre amigos —prosiguió Thomas—, aunque estemos en distintos frentes de la batalla.

En el rostro de Robbie se dibujó una sonrisa.

—La próxima vez, Thomas, ganaremos los escoceses. ¡Cristo, ya teníamos que haberlo hecho en Durham! ¡Estuvimos así de cerca!

—Ya sabes lo que dicen los arqueros —replicó Thomas—, estar cerca de la victoria no cuenta para nada. Cuídate, amigo mío.

—Lo haré. —Se estrecharon las manos y justo entonces Jake y Sam se dieron la vuelta encima de los caballos y regresaron al galope.

—¡Hombres de armas! —gritó Jake.

Thomas espoleó al caballo para que se adelantara hasta poder ver la carretera que llevaba hasta Astarac, y allí, a menos de un kilómetro de distancia, había jinetes. Jinetes armados con cotas, escudos y espadas. Jinetes bajo un estandarte que colgaba torcido, de modo que no podía apreciarse la insignia, y escuderos que conducían caballos de carga atiborrados de torpes lanzas. Una partida de jinetes al completo que se dirigía hacia ellos, o puede que hacia la enorme columna de humo que se levantaba desde donde sus hombres saqueaban el poblado del valle vecino. Thomas se limitó a observarlos. Con lo tranquilo que se presentaba el día y lo lejana que parecía la amenaza, y de repente, se encontraban cara a cara con el enemigo. Durante semanas, nadie les había molestado. Hasta aquel preciso momento.

El peregrinaje de Robbie quedaba postergado, pues iba a haber una batalla.

Y todos cabalgaron de vuelta hacia el oeste.

\* \* \*

Joscelyn, señor de Béziers, consideraba a su tío un viejo insensato, y lo que era peor, un viejo insensato y rico. Si el conde de Berat hubiera compartido algo de su fortuna, habría sido distinto, pero por todos era conocida su avaricia excepto en lo que a donaciones a la Iglesia y adquisiciones de reliquias se refería, como el puñado de paja sucia en un cofre de oro que acababa de comprarle al papa de Aviñón. Joscelyn le había echado un vistazo al lecho de Cristo niño, y había decidido que era un montón de heno y estiércol de los establos papales, pero el conde estaba convencido de que se trataba efectivamente del primer lecho de Jesús, y ahora venía al miserable valle de Astarac en busca de más reliquias. Joscelyn no sabía qué buscaba su tío con exactitud, pues ni el conde ni el padre Roubert tenían intenciones de decírselo, pero estaba convencido de que era otra majadería.

Con todo, como recompensa, estaba al mando de treinta hombres de armas, aunque incluso eso era sólo medio bueno, porque el conde había dado instrucciones

estrictas de que no se alejaran a más de un kilómetro a la redonda de Astarac.

—Estáis aquí para protegerme —le dijo a Joscelyn—, y Joscelyn se preguntó de qué. ¿De unos cuantos *coredors* que jamás se atrevían a atacar a soldados como Dios manda? Así que Joscelyn intentó organizar un torneo en los prados de la villa, pero los hombres de armas de su tío eran más bien mayores, pocos habían batallado en los últimos años y se habían acostumbrado a una vida cómoda. Y estaba claro que el conde no iba a contratar más hombres, pues prefería con mucho que su oro criara telarañas. Así que, aunque Joscelyn intentaba infundir algo de espíritu de batalla en los hombres a su mando, se enfrentaban a él y entre sí con desgana. Sólo los dos compañeros que se había traído desde el norte hasta Berat compartían su entusiasmo, pero habían peleado tantas veces juntos, que conocían todos los movimientos de los otros a la perfección. Estaba perdiendo el tiempo, y lo sabía, así que rezó más fervientemente aún para que su tío muriera. Ése era el único motivo por el que Joscelyn permanecía en Berat, para heredar cuanto antes la fabulosa fortuna que se decía estaba oculta en la cripta del castillo, y cuando lo hiciera, por Dios que se la iba a gastar. ¡Y cómo! Y qué pedazo de hoguera iba hacer con los libros y los papeles viejos de su tío. ¡Las llamas se verían hasta en Toulouse! Y en cuanto a la condesa, la quinta esposa de su tío, encerrada en la torre sur del castillo para certeza del anciano de que concibiera un niño indiscutiblemente suyo, Joscelyn tenía planeado hincarle el azadón como Dios manda y, con la siembra hecha, enviar a la puta vaca de una patada a la alcantarilla de la que provenía.

A veces soñaba con asesinar a su tío, pero sabía que por fuerza aquello le acarrearía problemas, así que esperaba, y se contentaba pensando que el viejo tenía que morir antes o después. Y mientras Joscelyn soñaba con la herencia, el conde lo hacía con el Grial. Había decidido que registraría lo que quedaba del castillo y, dado que la caja había sido hallada en la capilla, ordenó a una docena de sus siervos que levantaran las antiguas losas para explorar las criptas que había debajo, donde, como esperaba, halló tumbas. Sacaron de sus nichos tres grandes ataúdes que después abrieron. Tras la primera capa, encontraron una segunda caja de plomo, abrieron éstas a golpe de hacha. El plomo se metió en un carro que los acompañaría a Berat, pero el beneficio que esperaba obtener el conde cada vez que abrían el último ataúd, normalmente de olmo, era mucho mayor. Lo que encontró fueron esqueletos, amarillos y secos, con las falanges entrelazadas en oración, y en alguno que otro, tesoros menores. Algunas de las mujeres habían sido enterradas con collares o brazaletes, y el conde arrebató a los momificados despojos todo lo que estimó de valor, pero no halló ningún Grial. Sólo había cráneos y pedazos de piel tan viejos como el pergamino. Una de las mujeres conservaba una larga melena dorada, y el conde se maravilló.

—Me pregunto si sería hermosa —le comentó al padre Roubert. Su voz sonaba

nasal y moqueaba a menudo.

—Espera el día del juicio —dijo el fraile en tono amargo, pues desaprobaba la profanación.

—Tenía que ser joven —prosiguió el conde mientras observaba la cabellera de la mujer, pero en cuanto intentó levantarla del ataúd, los finos mechones se desintegraron en polvo. En el ataúd de un niño había un viejo ajedrez que, plegado, se convertía en una caja hueca y alargada. Los cuadrados, que en los tableros que el conde tenía en Berat estaban pintados de negro, se diferenciaban con pequeños hoyuelos, y al conde le intrigó esta circunstancia, pero le interesó aún más un puñado de monedas antiguas que habían reemplazado a las piezas dentro de la caja. Representaban la efigie de Fernando, primer rey de Castilla, y al conde le maravilló el exquisito oro—. ¡Tienen trescientos años! —le dijo al padre Roubert, después las guardó en una bolsa e instó a los siervos a que tiraran abajo la pared de otra bóveda. En cuanto los registraron, devolvieron los cuerpos a los ataúdes de madera y después de nuevo a sus criptas a esperar el día del juicio. El padre Roubert dijo una oración en cada entierro, y algo en su tono irritó al conde, que sabía que estaba siendo criticado.

Al tercer día, cuando todos los ataúdes habían sido desvalijados y ninguno había resultado contener el escurridizo Grial, el conde ordenó a sus siervos que excavarán en el espacio situado bajo el ábside, donde una vez se irguiera el altar. Durante unas horas, dio la impresión de que no había más que el peñasco de roca desnuda sobre el que el castillo estaba construido, pero entonces, justo cuando el conde estaba a punto de desanimarse, uno de los siervos sacó un cofre de plata del suelo. El conde, bien abrigado contra el frío, se sintió desfallecer. Estornudaba, le caía la candela, le dolía la nariz y tenía los ojos rojos, pero la visión de la caja deslustrada le hizo olvidar todos sus problemas. Se la arrebató al siervo y la llevó a la luz del día, donde la abrió con la ayuda de un cuchillo. Dentro había una pluma. Sólo una pluma. Ahora estaba amarillenta, pero probablemente había sido blanca, y el conde decidió que tenía que ser de ganso.

—¿Por qué iba alguien a enterrar una pluma? —le preguntó al padre Roubert.

—Se dice que san Severo reparó en este lugar el ala de un ángel —le explicó el dominico mientras observaba la pluma.

—¡Por supuesto! —exclamó el conde y pensó que eso explicaba el color amarillento, pues el ala habría sido probablemente de oro—. ¡La pluma de un ángel! —añadió maravillado.

—Más bien la de un cisne —replicó el padre Roubert con desdén.

El conde examinó el cofre, que se había ennegrecido al contacto con la tierra.

—Esto podría ser un ángel —dijo señalando una floritura del metal.

—También podría no serlo.

—No estás siendo de mucha ayuda, Roubert.

—Rezo por el éxito de vuestra empresa cada noche —respondió el cura con sequedad—, pero también me preocupa vuestra salud.

—Sólo tengo la nariz tapada —respondió el conde, aunque sospechaba algo peor. Se sentía aturdido y le dolían las articulaciones, pero si encontraba el Grial todos sus problemas desaparecerían—. ¡La pluma de un ángel! —repitió el conde entusiasmado—. ¡Es un milagro! Una señal, sin duda. —Y entonces tuvo lugar otro milagro, pues el hombre que había descubierto la caja de plata gritaba ahora que había una pared detrás de la tierra compacta. El conde le entregó la caja de plata y su pluma celestial al padre Roubert, volvió corriendo al interior, y atravesó el montón de tierra para examinar por sí mismo el muro. Sólo se veía un trocito, pero era de bloques de piedra tallados y, cuando el conde los golpeó con la pala del siervo, se convenció de que estaba hueco—. Destapadlo —les ordenó nervioso—. ¡Destapadlo! —Sonrió triunfante al padre Roubert—. ¡Aquí está! ¡Lo sé!

Pero el padre Roubert, en lugar de compartir su emoción por el muro enterrado, estaba mirando a Joscelyn que, protegido con su estupenda armadura de torneos, se había acercado con el caballo hasta los trabajos en la cripta.

—Hay una columna de humo en el valle de al lado —dijo Joscelyn.

El conde casi no podía soportar abandonar el muro, pero trepó por una escalera y miró hacia el oeste donde, en el cielo claro, una sucia columna de humo se expandía en dirección sur. Parecía llegar de la sierra más cercana.

—¿Los ingleses? —preguntó sorprendido el conde.

—¿Quién si no? —repuso Joscelyn. Sus hombres de armas estaban al pie del camino que subía al castillo. Estaban armados y listos—. Podemos llegar en una hora —dijo Joscelyn—, y no nos esperan.

—Los arqueros —avisó el conde, después estornudó y abrió la boca para coger aire.

El padre Roubert observó al conde con cautela. Pensaba que el anciano estaba pillando fiebres, y sería totalmente culpa suya por insistir en proseguir las excavaciones con aquel frío.

—Arqueros —insistió el conde—. Ten cuidado. Con los arqueros no se juega.

Joscelyn parecía exasperado, pero fue el padre Roubert el que contestó a la advertencia del conde.

—Sabemos que salen en pequeñas partidas, mi señor, y que dejan algunos arqueros detrás para proteger la fortaleza. No tendrán más de una docena de esos barrabases.

—Y puede que no volvamos a tener una oportunidad como ésta —añadió Joscelyn.

—Tampoco tenemos demasiados hombres. —El conde seguía con la duda.

«¿Y de quién es la culpa?», se preguntó Joscelyn. Ya le había dicho a su tío que



llevara más de treinta hombres de armas, pero el muy carcamal había insistido en que bastaría. Ahora el conde observaba un pedazo de muro que habían desenterrado al final de la cripta mientras dejaba que sus miedos se apoderaran de él.

—Con treinta hombres bastará si no son demasiados —insistió Joscelyn.

El padre Roubert contemplaba la columna de humo.

—¿No es ése el objetivo de las piras, mi señor? ¿Permitir que sepamos si el enemigo se encuentra lo suficientemente cerca para atacarle? —Sin duda ése era uno de los objetivos de las hogueras, pero el conde deseó que sir Henri Courtois, su comandante militar, estuviera allí para aconsejarlo—. Y si los enemigos son pocos —prosiguió el padre Roubert—, con treinta hombres de armas habrá suficiente.

El conde estaba convencido de que no tendría paz para explorar el misterioso muro a menos que diera su permiso, así que asintió.

—¡Pero tened cuidado! —le ordenó a su sobrino—. ¡Haz primero un reconocimiento! ¡Recuerda el consejo de Vegecio! —Joscelyn nunca había oído hablar de Vegecio, así que sería difícil que recordara su consejo, y el conde debió de intuirlo en aquel mismo instante, porque tuvo una idea repentina—. Llévate al padre Roubert y él te dirá si es seguro atacar o no. ¿Me entiendes, Joscelyn? El padre Roubert te aconsejará y tú seguirás su consejo. —Eso tenía dos ventajas. La primera era que el fraile era sensato e inteligente y no permitiría que el exaltado de Joscelyn cometiera algún disparate, la segunda, y la mejor, es que el conde se quitaba de en medio al amargado dominico—. Volved antes de que caiga la noche —les ordenó el conde—, y ten presente a Vegecio. ¡Sobre todo, ten presente a Vegecio! —Estas últimas palabras las pronunció mientras volvía a bajar por la escalera.

Joscelyn miró con amargura al fraile. No le gustaban los curas y el padre Roubert aún le gustaba menos, pero si la compañía del fraile era el precio que debía pagar por matar ingleses, que así fuera.

—¿Tenéis caballo, padre? —le preguntó.

—Sí, mi señor.

—Pues id a buscarlo. —Joscelyn se dio la vuelta y espoleó a su bestia de vuelta al valle—. ¡Quiero a los arqueros vivos! —le dijo a sus hombres mientras llegaba—. Si los cogemos vivos nos repartiremos la recompensa. —Y después les cortarían los putos dedos, les sacarían los ojos y los quemarían. Ésas eran sus ensoñaciones mientras conducía a sus hombres hacia el oeste. Le hubiera gustado viajar rápido, alcanzar el valle de al lado antes de que los ingleses se retiraran, pero los hombres de armas no se desplazaban rápido a la batalla. Algunos de los caballos, como el del propio Joscelyn, iban protegidos con cuero y malla, y el peso de la armadura, por no hablar del de los jinetes, suponía inevitablemente que los sementales de guerra tenían que ir al paso si querían que estuvieran frescos para la carga. Algunos de los hombres tenían escuderos, y aquellos seres menores conducían caballos de tiro con aparatosos

cargamentos de lanzas. Los hombres de armas no galopaban hacia la guerra, avanzaban pesadamente como bueyes.

—¿Tendréis presente el consejo de vuestro tío, mi señor? —Le recordó el padre Roubert a Joscelyn. Hablaba para ocultar su nerviosismo. El fraile tenía por costumbre mostrarse como un hombre grave y contenido, muy consciente de la dignidad que tanto le había costado labrarse, pero ahora se encontraba en un territorio poco familiar y peligroso; aunque emocionante.

—El consejo de mi tío —respondió Joscelyn con amargura—, es seguir el vuestro. Así que decidme, cura, ¿qué sabéis de la batalla?

—He leído a Vegecio —replicó el padre Roubert estirado.

—¿Y quién coño era ése?

—Un romano, mi señor, y aún considerado la suprema autoridad militar en cuestiones bélicas. Su tratado se llama el *Epitoma Rei Militaris*, la esencia de lo marcial.

—¿Y qué recomienda la esencia ésa? —preguntó Joscelyn sarcástico.

—Básicamente, si no recuerdo mal, que hay que buscar una oportunidad en los flancos del enemigo, y que bajo ningún concepto se debe atacar sin realizar antes un reconocimiento exhaustivo.

Joscelyn, con su enorme casco de torneo colgado de la perilla, miró la pequeña yegua del fraile.

—Montáis el caballo más ligero, padre —le dijo divertido—, tendréis que hacer vos el reconocimiento.

—¡Yo! —El padre Roubert se quedó patidifuso.

—Adelantaos, mirad qué están haciendo esos cabrones, volved y nos lo contáis. Sois vos el que me aconsejáis a mí, ¿no? Pues, ¿cómo coño me vais a aconsejar si no hacéis el reconocimiento? ¿No es eso lo que aconseja el *Vegetal* ése?... ¡Ahora no, mentecato! —Estas últimas palabras fueron motivadas por el padre Roubert, que había espoleado obedientemente a su yegua y se había adelantado—. No están aquí —prosiguió Joscelyn—, sino en el valle de al lado. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia el humo que parecía espesarse—. Así que esperad hasta que lleguemos al bosque al otro lado de la colina.

De hecho, sí vieron un puñado de jinetes en la desnuda cresta, pero los jinetes estaban lejos y desaparecieron en cuanto los hombres de Joscelyn estuvieron a la vista. «*Coredors*, seguro», pensó Joscelyn. Todos habían oído que los *coredors* iban tras los ingleses con la esperanza de obtener alguna de las recompensas que el conde ofrecía por los arqueros vivos, aunque desde el punto de vista de Joscelyn, la única recompensa que merecía un *coredor* era un ahorcamiento lento.

Los *coredors* se habían desvanecido cuando Joscelyn llegó a la cresta. Ahora veía ante él casi todo el valle, veía Masseube al norte y la carretera que conducía al sur,

hacia los elevados Pirineos. Tenían la columna de humo justo enfrente, pero el pueblo que los ingleses rapiñaban estaba oculto tras unos árboles, así que Joscelyn indicó al fraile que se adelantara y, para que tuviera algo de protección, le ordenó a sus dos hombres de armas personales que lo acompañaran.

Joscelyn y el resto de los hombres casi habían alcanzado el valle para cuando el dominico regresó. El padre Roubert estaba emocionado.

—No nos han visto —le informó—, y no pueden saber que estamos aquí.

—¿Estáis seguro de eso? —preguntó Joscelyn.

El fraile asintió. Había sustituido su dignidad por un repentino entusiasmo por la guerra.

—La carretera al pueblo discurre entre árboles, mi señor, y está bien protegida de la vista. Los árboles empiezan a clarear a unos cien pasos del río, y la carretera lo cruza por un vado. Es poco profundo. Hemos visto algunos hombres transportar ramas de castaño al pueblo.

—¿Los ingleses no los han molestado?

Los ingleses, mi señor, están excavando un túmulo que hay en el pueblo, mi señor. No parece que haya más de una docena. El pueblo está a otros cien pasos después del vado. —El padre Roubert estaba orgulloso de su informe, que consideraba minucioso y preciso, un reconocimiento del que el mismo Vegecio se habría mostrado satisfecho—. Os podéis acercar a doscientos pasos de la villa —concluyó—, y armaros con seguridad antes de atacar.

Era de hecho un informe impresionante, y Joscelyn les echó una mirada a sus dos hombres de armas, que asintieron para confirmarlo. Uno de ellos, un parisino llamado Villesisle sonrió.

—Están listos para la matanza —le dijo.

—¿Arqueros? —preguntó Joscelyn.

—Hemos visto dos —repuso Villesisle.

El padre Roubert se estaba guardando las mejores noticias para el final.

—Pero uno de ellos, mi señor —dijo emocionado—, ¡es la begarda!

—¿La hereje?

—¡Así que Dios está con vos! —añadió con vehemencia el padre Roubert.

Joscelyn sonrió.

—¿Y vuestro consejo es, padre Roubert?

—¡Atacad! —exclamó el dominico—, ¡atacad! ¡Y el Señor os concederá el triunfo! —Podría ser cauteloso por naturaleza, pero la visión de Geneviève había agitado su alma para la batalla.

Y cuando Joscelyn llegó hasta el límite del bosque en el valle, vio que la descripción del dominico era exacta. Al otro lado del río, los ingleses, aparentemente desconocedores de la presencia de sus enemigos, no habían colocado guardia alguna

en la carretera, y lo que hacían en cambio era excavar un montículo de tierra en el centro del pueblo. Joscelyn no vio a más de diez hombres y a la mujer. Desmontó un instante, dejó que su escudero le apretara la armadura y le aupara a la silla otra vez, y se colocó el enorme yelmo de torneo con penacho rojo y gualdo, acolchado de cuero y con visera de ranuras en forma de cruz. Metió el brazo izquierdo por las cinchas del escudo, se aseguró de que la espada estuviera suelta en la vaina y se agachó para coger la lanza que le ofrecía su sirviente. Hecha de fresno, medía cinco metros de largo y estaba pintada en espiral de amarillo y rojo, los colores del señorío de Béziers. Lanzas parecidas habían destrozado a los mejores luchadores de torneos de toda Europa, pero ésta haría la obra de Dios. Sus hombres se armaron también con las lanzas, algunas pintadas con el naranja y blanco de Berat. La mayoría medían cuatro metros o cuatro metros y medio, pero ninguno de los hombres de Berat tenían la fuerza para llevar una lanza tan grande como que las que Joscelyn usaba en los torneos. Los escuderos sacaron las espadas, y los hombres de armas bajaron las viseras y redujeron el mundo a luminosas rajadas de luz. El caballo de Joscelyn, sabedor de que se encaminaba hacia la batalla, piafó. Todo estaba listo, los ingleses no sospechaban nada de la amenaza de Joscelyn, al fin libre del yugo de su tío.

Así que, flanqueado por sus hombres de armas, uno junto al otro, y con la oración de padre Roubert aún retumbando en su cabeza, cargó contra el enemigo.

\* \* \*

Gaspard estaba convencido de haber sido tocado por la mano de Dios, pues la primera colada de oro que intentó en su delicado molde salió bien. Le había dicho a su mujer, Yvette, que le llevaría diez u once intentos, que ni siquiera estaba seguro de poder fabricar la copa, pues el detalle de la filigrana era tan delicado que dudaba de que el oro fundido pudiera rellenar todas las ranuras del molde, pero, cuando con el corazón en la boca, rompió el molde de arcilla, descubrió que su creación de cera había sido reproducida casi a la perfección. Salieron grumos en uno o dos detalles, y en algunos lugares el oro no había sido capaz de reproducir una hoja doblada o la púa de una espina, pero pronto puso remedio a aquellos defectos. Limó las rebabas y pulió la copa. Le llevó una semana, y cuando la hubo terminado no se lo dijo a Charles Bessières; en lugar de hacerlo, insistió en que quedaba todavía mucho trabajo por hacer, cuando, en realidad, lo único que le sucedía era que aún no podía renunciar al bello objeto que había creado. Estaba convencido de que era la más bella pieza de orfebrería que jamás se había realizado.

Así que le hizo una tapa. Era cónica, como la cubierta de una pila; en el vértice colocó una cruz, del borde colgó perlas y, en la superficie, labró delicadamente los símbolos de los cuatro evangelistas. Un león para san Marcos, un buey para san

Lucas, el ángel de san Mateo y el águila de san Juan. Dicha pieza, no tan fina como el cáliz en sí, también salió del molde sin problemas, y la limó y la pulió, después compuso el conjunto. El contenedor de oro, la copa verde de cristal antiguo y la tapa con las perlas.

—Decidle al cardenal —le dijo a Charles Bessières mientras envolvía el exquisito objeto en paño y paja y lo metía en una caja—, que las perlas representan las lágrimas de la madre de Cristo.

A Charles Bessières no le podía importar menos qué representaban, pero reconoció a regañadientes que el cáliz era un objeto hermoso.

—Si mi hermano da su aprobación —le dijo—, te pagaré y serás liberado.

—¿Podremos volver a París? —preguntó Gaspard ansioso.

—Podrás ir adonde quieras —le mintió Charles—, pero no antes de que yo lo diga. —Ordenó a sus hombres que vigilaran a Gaspard e Yvette mientras él estaba fuera, y le llevó el cáliz a su hermano a París.

El cardenal, cuando hubo desenvuelto la copa y compuesto el conjunto, cruzó las manos en su pecho y se quedó contemplándola. Durante un largo espacio de tiempo no dijo nada, después se inclinó y miró el antiguo cristal.

—¿No te parece, Charles, que la copa misma tiene un matiz dorado?

—No me he fijado —fue su grosera respuesta.

El cardenal quitó la tapa con cuidado y levantó la vieja copa de su cuna de oro, la sostuvo a la luz y comprobó que Gaspard, en un momento de genialidad involuntaria, había recubierto la copa con una fina y casi invisible capa de pan de oro.

—Se dice que el auténtico grial —le dijo a su hermano—, se vuelve de oro cuando contiene la sangre de Cristo. Esto hará el mismo efecto.

—¿Entonces te gusta?

El cardenal volvió a montar el cáliz.

—Es magnífico —dijo con reverencia—. Es un milagro. —Lo contempló. No esperaba algo ni la mitad de bueno. Era una maravilla tan grande que por breves instantes olvidó su ambición por el trono papal—. Charles, quizá... —parecía sobrecogido—, ¡quizá sea el auténtico Grial! ¡A lo mejor la copa que compré es el objeto en sí! ¡Quizá Dios me guiara!

—¿Quiere decir eso —interrumpió Charles, sin inmutarse por la belleza de la copa—, que ya puedo matar a Gaspard?

—Ya la mujer —repuso el cardenal sin apartar la mirada del glorioso artefacto—. Sí, mátalos, mátalos. Después, ve al sur. A Berat, al sur de Toulouse.

—¿Berat? —Charles jamás había oído hablar de aquel lugar.

El cardenal sonrió.

—Ha aparecido el arquero inglés. ¡Sabía que lo haría! Ese hijo de Satanás comanda una pequeña fuerza desde Castillon d'Arbizon, que me informan que está

cerca de Berat. Está maduro para ser recogido, Charles, así que voy a enviar a Guy Vexille para que se encargue de él, y te quiero a ti, Charles, cerca de Guy Vexille.

—¿No confías en él?

—Por supuesto que no confío en él. Me hace creer que me es leal, pero no es hombre que se sienta cómodo sirviendo a otro. —El cardenal volvió a levantar la copa, la miró con reverencia y la depositó en una caja llena de serrín que había mandado traer—. Y te llevarás esto contigo.

—¡Eso! —Charles parecía fastidiado—, ¿y qué voy hacer yo, en el nombre de Cristo, con esa cosa?

—Es una pesada responsabilidad —dijo el cardenal mientras le entregaba a su hermano la caja—, pero la leyenda insiste en que los cátaros poseían el Grial, así que, ¿en qué lugar ha de ser hallado sino en el último señorío de los herejes?

Charles estaba confundido.

—¿Quieres que lo descubra yo?

El cardenal se acercó hasta un reclinatorio y se arrodilló allí.

—El Santo Padre no es un hombre joven —dijo con sentimiento pío. De hecho, Clemente sólo tenía cincuenta y seis años, ocho más que el cardenal, pero a Louis Bessières le atormentaba la idea de que el papa Clemente muriera y se proclamara sucesor antes de que él tuviera oportunidad de acceder al trono papal con su Grial—. No se nos ha concedido el lujo del tiempo, así que necesito el Grial —se detuvo un instante y miró fijamente a su hermano—. ¡Necesito el Grial ya! Pero si Vexille se entera de que existe la copa de Gaspard, intentará quitártela, así que tienes que matarlo cuando cumpla su tarea, que es encontrar a su primo, el arquero inglés. De modo que mata a Vexille, y después haz hablar al arquero, Charles. Arráncale la piel a tiras, y después lo salas. Hablará, y cuando te cuente todo lo que sabe del Grial, lo matas.

—Ya tenemos un grial —dijo Charles levantando la caja.

—Hay uno de verdad, Charles —respondió el cardenal con paciencia—, y si existe, si el inglés revela dónde está, entonces ya no necesitaremos éste, ¿verdad que no? Pero si el inglés es un pozo seco, entonces anunciarás que te ha entregado ese grial. Lo traerás a París, cantaremos el *Te Deum*, y en un año o dos nos trasladaremos a nuestra nueva casa en Aviñón. Sólo entonces, a su debido tiempo, trasladaré el papado a París y el mundo entero se maravillará ante nosotros.

Charles pensó en sus órdenes y las consideró innecesariamente elaboradas.

—¿Por qué no sacamos el Grial de aquí?

—Nadie me va a creer si lo encuentro en París —contestó el cardenal con los ojos fijos en un crucifijo de marfil que colgaba de la pared—. Supondrán que es producto de mi ambición. No, tiene que provenir de un lugar lejano, y su llegada tiene que verse precedida de los rumores de su descubrimiento, y que la gente se arrodille en la

calle para recibirlo.

Charles lo entendía.

—¿Y por qué no mato a Vexille ya?

—Porque posee el celo necesario para encontrar el auténtico Grial, y si existe, lo quiero. La gente sabe que se llama Vexille, y saben que su familia poseyó el Grial en un tiempo, así que si está implicado en el descubrimiento le dará credibilidad. ¿Otro motivo? Es de noble cuna. Está en disposición de comandar hombres y guiará a su fuerza para sacar al inglés de su guarida. ¿Crees que cuarenta y siete caballeros y hombres de armas te seguirían? —El cardenal había reunido la fuerza de Vexille de entre sus vasallos, los señores que gobernaban las tierras legadas a la Iglesia con la esperanza de que las oraciones borrarán sus pecados. Esos hombres le costaban caros al cardenal, pues no pagarían rentas durante un año—. Charles, tú y yo procedemos del arroyo —dijo el cardenal—, y los hombres de armas te despreciarían.

—Pero habrá cientos de señores que busquen tu Grial —sugirió Charles.

—Un millar de ellos y otro millar más de otros hombres —coincidió el cardenal—, pero en cuanto lo tuvieran, se lo llevarían a su rey, y ese insensato lo perdería ante los ingleses.

En la medida en que sirve a alguien, Vexille me sirve a mí, pero sé lo que hará con el Grial en cuanto lo tenga. Lo robará. Así que tienes que matarlo antes de que tenga la oportunidad de hacerlo.

—Será difícil de matar —se preocupó Charles.

—Por eso te envío a ti, Charles. A ti y a tus rebanacuellos. No me falles.

Esa noche, Charles confeccionó un nuevo receptáculo para el falso grial. Era un tubo de cuero, parecido al que llevaban los ballesteros para transportar los dardos, metió dentro la preciosa copa, protegió oro y cristal con paño y serrín y selló la tapa del tubo con cera.

Al día siguiente, Gaspard recibió su libertad. Un cuchillo le abrió el vientre de abajo arriba y murió lentamente en un charco de sangre. Yvette gritó tan alto que se quedó sin voz, sólo abría la boca para coger aire, y no ofreció resistencia cuando Charles le rasgó el vestido. Diez minutos más tarde, y en señal de gratitud, Charles Bessières la mató rápido.

Después, cerró la torre.

Y Charles Bessières, con la aljaba de ballesteros atada a su silla, condujo a sus hombres hacia el sur.



—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén —dijo Thomas a media voz y se santiguó. Por algún motivo la oración no le pareció suficiente, así que se sacó la espada, la colocó recta de manera que el mango pareciera una cruz y se postró sobre una rodilla. Repitió las palabras en latín—. *In nomine patris, et filii, et spiritus sancti, amen.* —«Que el Señor me libre de ésta», pensó, e intentó recordar cuándo se había confesado por última vez.

A sir Guillaume le divertía su piedad.

—Pensaba que habías dicho que eran pocos.

—Y lo son —repuso Thomas mientras se ponía en pie y volvía a envainar la espada—. Pero no hace ningún mal rezar antes de una batalla.

Sir Guillaume esbozó una señal de la cruz y escupió.

—Si esos cabrones son pocos —dijo—, nos los cargamos a todos.

Si, efectivamente, los cabrones venían. Thomas se preguntaba si los jinetes no se habrían dado media vuelta hacia Astarac. No sabía quiénes eran, y tampoco podía decir si en realidad eran enemigos. Desde luego no llegaban desde Berat, pues aquello quedaba al norte y los jinetes se acercaban desde el este, pero estaba seguro de una cosa. Los superaba en número. El y sir Guillaume comandaban a veinte arqueros y cuarenta y dos hombres de armas, y Thomas había estimado que los jinetes que se acercaban eran al menos la mitad de ese número. La mayoría de los nuevos hombres de armas de Thomas eran *routiers* que se habían unido a la guarnición de Castillon d'Arbizon por la oportunidad que les ofrecía para saquear a voluntad, y estaban contentos ante la perspectiva de una escaramuza que les proveería de caballos, armas y armadura capturada, y quizá también la perspectiva de prisioneros valiosos.

—¿Estás seguro de que no eran *coredors*? —le preguntó sir Guillaume.

—No eran *coredors* —respondió con seguridad Thomas. Los hombres que se acercaban a la cresta estaban demasiado bien armados y llevaban armaduras y monturas demasiado buenas para ser bandidos—. Iban bajo un estandarte —añadió—, pero no lo pude ver. No ondeaba.

—¿*Routiers*, a lo mejor? —sugirió sir Guillaume.

Thomas sacudió la cabeza. No se le ocurría por qué una banda de *routiers* querría vagar por este lugar desolado o desplazarse bajo un estandarte. Los hombres que



había visto parecían soldados en patrulla y, antes de darse la vuelta y volver al pueblo al galope, vio claramente los caballos de carga con las lanzas. Los *routiers* no llevarían sólo lanzas en los percherones, también macutos de ropa y pertenencias.

—Creo que Berat ha enviado hombres a Astarac después de que pasáramos nosotros. A lo mejor han pensado que volveríamos una segunda vez.

—Así que son enemigos.

—¿Tenemos algún amigo por estos lares? —preguntó Thomas.

Sir Guillaume sonrió.

—¿Dices que veinte?

—Puede que algunos más —repuso Thomas—, pero no más de treinta.

—¿Estás seguro de haberlos visto a todos?

—Enseguida lo sabremos. Si vienen.

—¿Ballesteros?

—No he visto.

—Pues esperemos que vengan aquí —comentó sir Guillaume con tono depredador. Estaba tan ansioso como todos los demás por hacer dinero. Necesitaba líquido, y mucho, para sobornar y luchar por recuperar su feudo en Normandía—. A lo mejor es tu primo —le sugirió.

—Cristo bendito —dijo Thomas—, en eso no había pensado —e instintivamente se volvió y tocó su arco de tejo porque la mención de su primo le sugería el mal. Después se entusiasmó por un instante ante la perspectiva de que pudiera ser Guy Vexille el que cabalgaba sin sospecharlo hacia la batalla.

—Si es Vexille —declaró sir Guillaume mientras se tocaba la terrible cicatriz de la cara—, lo quiero para mí.

—Lo necesito vivo, ¿entiendes? Vivo.

—Pues díselo a Robbie, porque también ha jurado matarlo. —Robbie quería vengarse por su hermano.

—A lo mejor no es él —dijo Thomas, pero en el fondo deseaba que fuera su primo, y especialmente ahora que el enfrentamiento parecía claramente a su favor. Los jinetes sólo podían acercarse al pueblo por el vado, a menos que escogieran recorrer el río hasta encontrar otro paso, y un aldeano, al amenazar a su hija recién nacida con una espada, le dijo que no había ningún otro puente o vado antes de ocho kilómetros. Así que tenían que pasar por el vado para llegar a la calle principal y, entre los pastos que había entre ambos, morirían.

Quince hombres de armas protegían la calle del pueblo. De momento esos hombres estaban ocultos en el patio de una granja espaciosa, pero cuando el enemigo llegara saldrían para barrar la carretera, y sir Guillaume había ordenado que volcaran un carro en la calle como barrera para los caballos. La verdad es que Thomas no esperaba que los quince hombres tuvieran necesidad de pelear, pues detrás de las

vallas de los huertos, a cada lado de la carretera, había desplegado a los arqueros. En los arqueros recaía el peso de la matanza inicial, y se podían permitir el lujo de prepararse las flechas, que colocaban boca abajo junto a las raíces de los setos. Junto a ellas, colocaban las de punta ancha, flechas con casquillo en forma de cuña y engorras en la punta, para que una vez ensartadas en la carne, no pudieran ser extraídas. Los arqueros afilaron las de punta ancha en las piedras que llevaban colgando de una bolsa para asegurarse de que quedaran afiladas como una navaja.

—Esperad —les dijo Thomas—, esperad hasta que lleguen a la separación entre los campos. —Había una piedra pintada de blanco en la carretera, que indicaba dónde empezaba el pasto de un hombre y terminaba el de otro, y cuando el primer jinete alcanzara la piedra, las flechas de punta ancha derribarían a los caballos, concebidas como estaban para clavarse profundamente, para herir sin remedio, para volver locas de dolor a las bestias. Parte de los nobles brutos caería entonces, pero otros sobrevivirían y conseguirían salir de entre los animales moribundos para continuar la carga, de modo que, cuando el enemigo estuviera cerca, los arqueros cambiarían a las flechas de punta hueca.

Las puntas huecas estaban concebidas para perforar la armadura, y las mejores poseían astiles de dos tipos de madera. Los primeros quince centímetros de fresno o álamo eran reemplazados por duro roble que se volvía a pegar con cola de pezuña y se coronaba con un casquillo de acero tan largo como el dedo corazón de un hombre y tan grueso como el meñique de una mujer, y que, además, estaba rematado en punta. La cabeza en forma de aguja, respaldada por el más pesado astil de roble, no tenía engorras: era un pedazo suave de acero que se abría camino a través de la malla y que penetraba incluso la armadura de placas si le daba justo en el centro. Las puntas anchas eran para los caballos, las huecas para los hombres, y si a los jinetes les llevaba un minuto cruzar desde la piedra que separaba los campos hasta el límite del pueblo, los veinte arqueros de Thomas podrían disparar al menos trescientas flechas, y tenían por lo menos dos veces más en reserva.

Thomas había hecho esto muchas veces antes. En Bretaña, donde había aprendido su oficio, se había quedado detrás de un seto y colaborado en destruir veintenas de enemigos. Los franceses lo aprendieron a las malas, y habían empezado a enviar ballesteros por delante, pero las flechas los mataban mientras recargaban sus torpes armas y los jinetes no tenían entonces más remedio que cargar o retirarse. Fuera como fuese, el arquero inglés era el rey del campo de batalla, pues ninguna otra nación había aprendido a utilizar el arco de tejo.

Los arqueros, como los hombres de sir Guillaume, estaban escondidos, pero Robbie estaba al mando del resto de los hombres de armas, el cebo. La mayoría se habían colocado ostentosamente desperdigados por el montículo que había justo al norte en la calle del pueblo. Uno o dos cavaban, el resto estaba sentado como si

descansara. Un par más alimentaba la hoguera del pueblo, para asegurarse de que el humo señalaba el camino al enemigo. Thomas y Geneviève caminaron hasta el montículo y, mientras Geneviève esperaba al pie, Thomas subió para mirar dentro del gran hoyo que había hecho sir Guillaume.

—¿Vacío?

—Muchas piedrecitas —contestó Robbie—, pero ninguna de valor.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

Robbie asintió contento.

—Esperar hasta que el caos se apodere de ellos, después cargar.

—No te precipites, Robbie.

—No nos precipitaremos —le respondió un inglés llamado John Faircloth. Era un hombre de armas, mucho mayor y experimentado que Robbie quien, a pesar de que su cuna le otorgaba derecho al mando de la pequeña fuerza, era lo suficiente sensato como para seguir el consejo del otro hombre.

—No te defraudaremos —respondió el escocés contento. Los caballos de sus hombres estaban preparados justo detrás del montículo. Tan pronto como apareciera el enemigo, bajarían de la pequeña elevación, montarían y, cuando el enemigo se dispersara y cayera bajo las flechas, Robbie comandaría una carga que acorralaría a la retaguardia y los atraparía.

—Podría ser mi primo —le dijo Thomas—. No puedo saberlo —añadió—, pero podría serlo.

—Tenemos una cuenta pendiente —dijo Robbie recordando a su hermano.

—Lo quiero vivo, Robbie. Tiene respuestas.

—Pero cuando tengas sus respuestas, yo quiero su gaznate.

—Muy bien, pero recuérdalo, las respuestas primero —añadió Thomas, después se volvió cuando Geneviève lo llamó desde el pie del montículo.

—He visto algo entre los castaños.

—¡No miréis! —le gritó Thomas a los hombres de Robbie que la habían oído, y después fingió desperezarse como quien se aburre y se dio la vuelta lentamente para mirar al otro lado del río. Al principio no vio nada, aparte de dos campesinos que transportaban leña por el vado, y pensó, durante un segundo, que Geneviève se habría referido a esos hombres, después miró mejor y descubrió al otro lado del río a tres jinetes medio escondidos por unos pocos árboles. Los tres hombres pensaban probablemente que estaban ocultos, pero en Bretaña Thomas había aprendido a identificar el peligro entre bosques espesos—. Están observándonos —le dijo a Robbie—. Ya no falta mucho, ¿eh? —y escarzó el arco.

Robbie observó a los jinetes.

—Uno parece cura —le dijo dubitativo.

Thomas volvió a mirar.

—Debe de ser tan sólo una capa negra —supuso. Los tres hombres se dieron la vuelta y se marcharon. Pronto se perdieron de vista en la espesura.

—¿Y si es el conde de Berat? —preguntó Robbie.

—¿Si es el conde? —Thomas parecía decepcionado. Deseaba que se tratara de su primo.

—Si lo capturamos —le dijo Robbie—, habrá un rescate fabuloso.

—Cierto.

—¿Te importaría que me quedara hasta que lo cobremos?

A Thomas le desconcertó la pregunta. Se había acostumbrado a la idea de la partida de Robbie, y con ella a la de que eliminaría en sus hombres el rencor que les causaban sus celos.

—¿Te quedarás con nosotros?

—Para cobrar mi parte del rescate —contestó Robbie molesto—. ¿Te parece mal?

—No, no —se apresuró Thomas a tranquilizar a su amigo—, tendrás tu parte, Robbie. —Pensó que quizá pudiera pagarle a Robbie su parte con el oro de que disponía, y así motivar de nuevo al escocés para que emprendiera su peregrinación, pero no era el momento de hacer la sugerencia—. No cargues demasiado pronto —volvió a avisar a Robbie—, y que Dios te acompañe.

—Ya era hora de presentar batalla —contestó Robbie, de nuevo de buen humor—. Diles a tus arqueros que no maten a los ricos. Y que nos dejen algo.

Thomas sonrió con malicia y volvió a bajar del montículo. Le colocó la cuerda al arco de Geneviève y caminó con ella hacia donde se ocultaban sir Guillaume y sus hombres.

—No tardaremos mucho, chicos —gritó mientras subía al carro para ver al otro lado del muro del patio. Sus arqueros estaban camuflados entre el seto del huerto de perales que tenía debajo, con los arcos armados y las primeras flechas de punta ancha descansando en las cuerdas.

Se unió a ellos y esperó. Y esperó. El tiempo se alargaba, parecía arrastrarse hasta detenerse. Thomas esperó tanto que empezó a dudar de que el enemigo pudiera llegar, o peor, temía que los jinetes se hubieran oído su emboscada y estuvieran vadeando el río por otro lugar para emboscarlo a él. Su otra preocupación era que la ciudad de Masseube, que no quedaba muy retirada, enviara hombres para averiguar por qué habían encendido la pira.

Sir Guillaume compartía su ansiedad.

—¿Dónde coño se han metido? —le preguntó a Thomas cuando volvió al patio para subirse en el carro y otear al otro lado del río.

—¡Sabe Dios! —Thomas observó los lejanos castaños, y no vio nada que lo alarmara. Las hojas habían empezado a cambiar de color. Entre los troncos hozaban dos cerdos.

Sir Guillaume vestía plaquín completo, la cota lo cubría desde el hombro hasta el tobillo. Llevaba un peto abollado que se ataba con cuerdas, una placa para proteger el antebrazo que se abrochaba a la manga, y un morrión común como casco. El morrión tenía un borde hacia fuera para desviar los golpes hacia abajo, pero se trataba de una armadura barata que no poseía la resistencia de los mejores cascos. La mayoría de los hombres de armas de Thomas iban protegidos de manera similar, con armaduras confeccionadas de lo que sacaban aquí y allá en los campos de batalla. Nadie llevaba armadura de placas completa, y todas sus cotas estaban remendadas, algunas hasta con cuero hervido. Otros llevaban escudos. El de sir Guillaume estaba hecho de planchas de sauce y recubierto de cuero, en el que su escudo de armas, tres halcones amarillos sobre fondo azul, se habían descolorido hasta casi desaparecer. Sólo uno de los hombres de armas llevaba insignia en el escudo, en su caso un hacha negra sobre fondo blanco, pero no tenía ni idea de a quién pertenecía la insignia. Había sacado el escudo de un enemigo muerto en una escaramuza cerca de Aiguillon, una de las principales guarniciones inglesas en Gascuña.

—Tiene que ser un escudo inglés —pensaba el hombre. Era un mercenario burgundio que había luchado contra los ingleses, había sido liberado en la tregua tras la caída de Calais y se sentía enormemente aliviado porque los arcos de tejo estuvieran ahora de su lado—. ¿Conocéis la insignia? —preguntó el hombre.

—No la he visto nunca antes —repuso Thomas—, ¿cómo conseguiste el escudo?

—La espada en la columna. Por debajo del espaldar. Se le habían roto las cinchas y llevaba el espaldar colgando como un ala rota. Cristo, cómo gritaba.

Sir Guillaume lanzó una risita. Se sacó media rebanada de pan negro de debajo del peto y arrancó un trozo. Después maldijo mientras mordía. Escupió un fragmento de granito que debía haberse desprendido de la piedra cuando se molía la harina, sintió un diente roto y volvió a maldecir. Thomas miró hacia arriba para ver que el sol estaba de nuevo bajo.

—Llegaremos tarde a casa —murmuró—. Se hará de noche.

—Pues encuentras el río y lo sigues —dijo sir Guillaume, después se estremeció de dolor por el diente—. Por Dios que odio los dientes —añadió.

—Tréboles —dijo el burgundio—. Ponte tréboles en la boca. Detiene el dolor.

Entonces, los dos cerdos entre los lejanos castaños alzaron la cabeza, vacilaron un instante y salieron a toda prisa con aire desgarrado. Algo los había asustado, y Thomas levantó una mano de aviso como si las voces de sus compañeros pudieran detener a los hombres que se acercaban y, justo en ese instante, vio un reflejo entre los árboles al otro lado del río y supo que provenía de una armadura.

—Tenemos compañía —dijo, y corrió para reunirse con el resto de los arqueros detrás del seto—. Venga, despertaos —les dijo—, los borreguitos llegan al matadero.

Ocupó su puesto tras el seto y Geneviève se puso a su lado, con el arco flechado.

Thomas dudaba de que fuera capaz de darle a alguien, pero le sonrió.

—Quédate oculta hasta que lleguen a la piedra que separa los campos —le dijo, después miró por encima del seto.

Y allí estaba. El enemigo, y casi tan pronto como aparecieron, Thomas vio que su primo no estaba, pues la bandera, desplegada mientras el portaestandarte llegaba al trote desde el bosque, mostraba la insignia del leopardo naranja de Berat, en lugar de la centicora de los Vexille.

—¡Agachad la cabeza! —advirtió Thomas a sus hombres mientras intentaba contar al enemigo. ¿Veinte? ¿Veinticinco? No eran demasiados, y sólo los doce primeros llevaban lanzas. Los escudos de los hombres, todos con el leopardo naranja sobre fondo blanco, confirmaban lo que indicaba la bandera, que aquéllos eran los jinetes del conde de Berat, pero uno de los hombres, montado en un enorme caballo negro con barda y capizana, llevaba un escudo amarillo que representaba un puño de acero rojo, una insignia que Thomas desconocía, y ese hombre también vestía armadura de placas completa y lucía un penacho rojo y gualdo en la corona del yelmo. Thomas contó treinta y un jinetes. No sería una batalla, sería una masacre.

Y de repente, y de manera algo extraña, todo le pareció irreal. Esperaba sentir emoción y algo de miedo, pero contemplaba a los jinetes como si no tuvieran nada que ver con él. Notó que se les había roto la carga. Cuando salieron de los árboles cabalgaban bota con bota, como tenía que ser, pero pronto se dispersaron. Las lanzas iban rectas y no las calarían hasta estar cerca del enemigo. Un banderín negro ajado remataba una de las lanzas. Las gualdrapas de los caballos se agitaban. El sonido era de cascos y de golpes metálicos entre las distintas piezas de armadura. Los cascos de los caballos levantaban enormes terrones; la visera de un hombre se levantaba arriba y abajo siguiendo el paso de su caballo. Entonces la oleada de jinetes se estrechó porque estaban cruzando el vado por su punto más estrecho, y las primeras salpicaduras de agua blanca llegaron hasta las sillas de montar.

Salieron del vado. Los hombres de Robbie se habían desvanecido, y los jinetes, convencidos de que se trataría de una persecución de enemigos presa del pánico, hincaron las espuelas y las enormes bestias de guerra pasaron desempedrando el camino mientras se desplegaban; pronto los primeros llegaron a la piedra que marcaba la separación entre los campos, y Thomas oyó un estrépito mientras los hombres de sir Guillaume empujaban el carro para barrar la carretera.

Se puso en pie e, instintivamente, cogió una flecha de punta hueca en lugar de una de punta ancha. El hombre con el escudo amarillo y rojo montaba un caballo con una barda protectora de malla cosida con vaqueta, y Thomas sabía que no habría manera de agujerear aquello con las flechas de punta ancha, así que tensó hasta que la cuerda pasó de su oreja derecha y la flecha salió disparada. Temblaba al abandonar el arco, después el penacho de plumas de ganso entró en la ráfaga de aire y ésta la despidió

baja y veloz hasta enterrarse en el pecho del caballo negro. Thomas ya tenía una segunda punta hueca en la cuerda, tensaba, disparaba, y una tercera, tensaba, disparaba... podía ver las otras flechas volar, y se sorprendió, pues asistió por primera vez a una primera descarga que apenas había hecho daño. Aún no había caído ningún caballo, ninguno tampoco se quedaba atrás, y sin embargo varillas emplumadas sobresalían de gualdrapas y armaduras. Volvió a la carga, desfechó, sintió el latigazo de la cuerda en la protección de cuerno de su antebrazo izquierdo, cogió una nueva flecha y vio caer las primeras bestias. Oyó el sonido del metal y la carne estrellándose contra el suelo y envió otra punta hueca al gran caballo negro: ésta se hincó bien en la carne atravesando malla y cuero, y el noble bruto empezó a sacar espumarajos de sangre por la boca y a sacudir la cabeza, hasta que Thomas envió la siguiente flecha contra el jinete y la vio golpear contra el escudo y empujar al hombre hacia atrás sobre la silla.

Dos caballos estaban moribundos, y sus cuerpos obligaban a los demás jinetes a desviarse, y las flechas seguían llegando. Cayó una lanza al suelo y echó a rodar. Un muerto con tres flechas en el pecho cabalgaba un caballo despavorido que iba de un lado a otro de la línea de carga, contribuyendo a la confusión. Thomas volvió a disparar, ahora con una punta ancha para detener a un caballo de la retaguardia. Una de las flechas de Geneviève voló alta. Sonreía, con los ojos como platos. Sam maldijo al romperse la cuerda y se retiró de la línea de arqueros para ponerle otra. El enorme caballo negro había aminorado hasta marchar al paso y Thomas le envió otra punta hueca al flanco, justo delante de la rodilla izquierda del jinete.

—¡A los caballos! —gritó sir Guillaume, y Thomas entendió que el normando había decidido que el enemigo jamás llegaría hasta la barrera y había decidido cargar. ¿Dónde se había metido Robbie? Algunos de los enemigos estaban dando media vuelta en dirección al río y Thomas envió cuatro flechas a aquellos corazones endebles y otra más de punta hueca al jinete del caballo negro. La flecha rebotó en la armadura de placas del hombre, pero el caballo se tambaleó y cayó de rodillas. Un escudero, el portaestandarte de Berat, llegó en su ayuda y Thomas le atravesó el cuello con una punta hueca; dos flechas más ensartaron al hombre mientras caía de lado y se quedaba allí, muerto con tres flechas blancas hacia el cielo y el estandarte por tierra.

Los hombres de sir Guillaume se ayudaron unos a otros a montar, sacaron las espadas, ocuparon sus puestos rodilla contra rodilla y, justo en ese instante, apareció la fuerza de Robbie por el norte. La carga estuvo perfectamente cronometrada y golpeó al enemigo en su peor momento. Robbie, además, tuvo el buen juicio de cargar junto al río, cortando así la retirada.

—¡Abajo los arcos! —gritó Thomas—, ¡abajo los arcos! —No quería que sus flechas entorpecieran a los hombres de Robbie. Después dejó el arco junto al seto y

desenvainó la espada. Había llegado el momento de aplastar al enemigo a salvajada limpia.

Los hombres de Robbie cayeron sobre los jinetes de Berat con una fuerza terrible. Cargaban adecuadamente, bota con bota, y el impacto de los hombres de armas derribó a tres caballos enemigos. Las espadas rebanaron a diestro y siniestro, y después, cada uno de los hombres de Robbie escogió un oponente. El escocés, aullando su grito de guerra, espoleó su caballo hacia Joscelyn.

—¡Douglas! ¡Douglas! —gritaba Robbie, y Joscelyn intentaba mantenerse sobre una montura moribunda, postrada sobre sus patas delanteras, cuando oyó el berrido a sus espaldas y se volvió con fuerza para asestar un golpe brutal, pero Robbie lo paró con el escudo y siguió hacia delante, de manera que el escudo, con el corazón rojo de los Douglas pintado en él, le propinó un notable golpe al yelmo de Joscelyn. Joscelyn no se había atado las correas del yelmo a la armadura, pues sabía que en los torneos, al final de la pelea, a menudo convenía quitarse el pedazo de olla de la cabeza para ver mejor al enemigo que había que rematar, así que ahora se le había dado la vuelta, habían desaparecido las rajadas en forma de cruz y estaba a oscuras. Blandió la espada en el vacío, sintió que perdía el equilibrio y después su mundo se convirtió en un cacharrerío de metal contra metal hasta que dejó de oír, además de ver, pues Robbie volvía a golpearle en el yelmo, esta vez con la espada.

Los hombres de armas de Berat se estaban rindiendo, tiraban las espadas y ofrecían los guanteletes a sus oponentes. Los arqueros estaban ya entre ellos, y hacían bajar del caballo a los que todavía estaban montados. Entonces pasó como el trueno la carga de sir Guillaume, en busca del puñado de enemigos que intentaban huir del peligro al galope atravesando el vado. Sir Guillaume cogió impulso con la espada mientras se acercaba a uno de los rezagados y le arrancó el casco limpiamente. El hombre que seguía a sir Guillaume le asestó un hendiente con la espada y con una llovizna de sangre la cabeza del hombre salió rodando hacia el río mientras el cuerpo seguía a caballo.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! —gritó Joscelyn aterrado—. ¡Puedo ofrecer rescate! —Ésas eran las palabras que salvaban las vidas de los ricos en el campo de batalla, y las gritó de nuevo con más desesperación—, ¡puedo ofrecer rescate! —Tenía la pierna derecha atrapada bajo el caballo, seguía cegado por el casco girado y sólo oía el repicar de cascos y los gritos y alaridos de los hombres heridos que morían a manos de los arqueros. Entonces, de repente, lo deslumbró una luz cuando le quitaron el casco y vio a un hombre de pie con una espada—. Me rindo —se apresuró a decir Joscelyn, después recordó su rango—. ¿Sois noble?

—Soy un Douglas de la casa Douglas —dijo el hombre en mal francés—, y soy de tan buena cuna como lo pueden ser en Escocia.

—En ese caso me rindo a vos —repuso Joscelyn desconsolado, y se habría



echado a llorar allí mismo pues todos sus sueños se habían roto en un breve pasaje de flechas, horror y carnicería.

—¿Quién sois vos? —preguntó Robbie.

—Soy el señor de Béziers —dijo Joscelyn—, y heredero de Berat.

Y Robbie se puso a gritar de alegría.

Acababa de convertirse en un hombre rico.

\* \* \*

El conde de Berat se preguntó si no tendría que haber ordenado a tres o cuatro hombres de armas que se quedaran con él. No porque pensara que necesitaba protección, sino más bien porque su rango le obligaba a tener un cortejo, y con la partida de Joscelyn, el padre Roubert y los demás jinetes, se había quedado sólo con su escudero, otro sirviente y los siervos que excavaban para sacar a la luz el misterioso muro que, al parecer, pensaba el conde, ocultaba una cueva bajo el lugar en el que antaño se irguiera el altar mayor.

Volvió a estornudar, después se mareó un poco y se sentó en un bloque de piedra que había caído.

—Acercaos al fuego, mi señor —le sugirió el escudero. El escudero era el hijo de un vasallo de la parte norte del condado; un muchacho de diecisiete años impasible y poco imaginativo que no había mostrado inclinación alguna por seguir a Joscelyn a la gloria.

—¿Qué fuego? —El conde parpadeó sorprendido mientras miraba al muchacho, que se llamaba Michel.

—Hemos hecho una hoguera, mi señor —dijo Michel y señaló hacia el otro extremo de la cripta donde ardía un pequeño fuego que alimentaban las cajas rotas de los ataúdes.

—Un fuego —repitió el conde, que por algún motivo tenía dificultades para pensar con claridad. Estornudó y cogió aire por la boca.

—Es un día frío, mi señor —aclaró el muchacho—, y el fuego os hará sentir mejor.

—Un fuego —volvió a repetir confuso, y entonces descubrió una repentina reserva de energía—. ¡Por supuesto! ¡Un fuego! Muy bien, Michel. Haz una antorcha y tráemela.

Michel fue hacia la hoguera y agarró un trozo largo de madera de olmo que ardía por un extremo y lo sacó con cautela de las llamas. Llevó la antorcha hasta el muro en el que el conde apartaba enfebrecido a los siervos. En la parte de arriba del muro había un agujero pequeño, no mayor del que necesitaría un gorrión; un agujero por el que había mirado el conde entusiasmado, pero sin llegar a ver nada, y que parecía

conducir a una caverna. El conde se dio la vuelta cuando Michel trajo la antorcha.

—Tráela, tráela aquí —le dijo con impaciencia, después le arrebató el palo ardiendo y lo agitó a un lado y a otro para que se avivara el fuego. Cuando el olmo empezó a arder con ganas, lo tiró por el agujero y, con gran alegría, comprobó que la madera caía. Después se puso de puntillas y colocó la cara contra el muro de manera que pudiera ver con el ojo derecho por el agujero.

Las llamas se estaban extinguiendo en el aire viciado de la caverna, pero despedían suficiente luz para revelarle lo que había tras el muro. El conde observó y tomó aire con fuerza.

—¡Michel! —dijo—, ¡Michel! ¡Veo...! —En ese instante la llama se extinguió.

Y el conde cayó al suelo como un plomo.

Cayó rodando por la rampa de tierra, con la cara blanca y la boca abierta y, por un momento, Michel pensó que su señor había muerto, pero entonces el conde empezó a tomar aire, como si le costara respirar. A pesar de todo, seguía inconsciente. Los siervos observaban al escudero contemplar al conde, y entonces Michel recobró su poco juicio y ordenó a los hombres que trasladaran al conde fuera de la cripta. Resultó ser tarea difícil, pues tenían que lidiar con su peso por la escalera, pero en cuanto lo subieron, trajeron del pueblo un carro de mano y trasladaron al conde al monasterio de san Severo. El viaje duró casi una hora, y el conde gruñó en un par de ocasiones y pareció estremecerse, pero seguía vivo cuando los monjes lo llevaron hasta la enfermería, donde lo colocaron en una pequeña sala encalada equipada con chimenea, en la que encendieron una hermosa hoguera.

El hermano Ramón, el médico español del monasterio, informó al abad de su estado.

—El conde tiene fiebre —dijo—, y exceso de bilis.

—¿Va a morir? —preguntó Planchard.

—Sólo si Dios quiere —repuso el hermano Ramón, que era lo que siempre contestaba cuando alguien le hacía esa pregunta—, lo sangraremos e intentaremos que sude la fiebre.

—Y rezaréis por él —le recordó a Ramón, y después volvió con Michel y se enteró de que los hombres de armas del conde habían salido para atacar a los ingleses hacia el valle del río Gers—. Ve a su encuentro —le ordenó el abad a Michel—, y diles que su señor está enfermo. Recuérdale al señor Joscelyn que debe enviar un mensaje a Berat.

—Sí, señor. —Michel parecía preocupado por la responsabilidad que caía sobre sus hombros.

—¿Qué hacía el conde cuando se ha desmayado? —le preguntó Planchard, y así oyó hablar del extraño muro bajo la capilla del castillo.

—A lo mejor tengo que volver para seguir destapando el muro —sugirió Michel

nervioso.

—Déjame eso a mí, Michel —respondió Planchard con severidad—. Tu única obligación es para con tu señor y su sobrino. Ve y busca al señor Joscelyn.

Michel salió a caballo para interceptar a Joscelyn a su regreso, y Planchard fue a buscar a los siervos que habían traído al conde al monasterio. Esperaban en la puerta algún tipo de recompensa y se hincaron de rodillas al acercárseles Planchard. El abad habló primero con el mayor de los hombres.

—Veric, ¿cómo está tu esposa?

—Sufre, señor, sufre.

—Dile que está en mis oraciones —repuso Planchard en honor a la verdad—. Escuchadme todos y escuchadme bien. —Se detuvo hasta que captó todas las miradas—. Lo que haréis ahora —prosiguió en tono severo— es volver al castillo y tapar el muro. Volver a poner la tierra. ¡Selladla! No excavéis más. Veric, ¿sabes lo que es una *encantada*?

—Claro, señor —repuso Veric santiguándose.

El abad se inclinó más hacia el siervo.

—Si no tapas el muro, Veric, una plaga de *encantadas* saldrá de las tripas del castillo y se llevará a tus hijos, a todos tus hijos —recorrió con la mirada la fila de hombres arrodillados—, se alzarán de la tierra, agarrarán a vuestro hijos y se los llevarán bailando al infierno. Así que tapad el muro. Y cuando lo hagáis, volved a verme y os recompensaré. —El cepillo del monasterio contenía unas pocas monedas y Planchard se las entregaría a los siervos—. ¡Confío en ti, Veric! —concluyó—. No excavéis más, sólo tapad el muro.

Los siervos se apresuraron a obedecer. Planchard los observó y le pidió a Dios que lo perdonara por mentir de ese modo. Él no creía que los demonios encantados habitaran bajo la antigua capilla de Astarac, pero sabía que fuera lo que fuera lo que el conde había descubierto, debía ocultarse de nuevo, y la amenaza de las *encantadas* bastaría para asegurarse de que así se haría.

Después, una vez resuelta la pequeña crisis, Planchard regresó a sus aposentos. Cuando el conde llegó al monasterio y causó tan repentino revuelo, el abad estaba leyendo una carta traída por un mensajero una hora antes. La carta procedía de un monasterio cisterciense de Lombardía, y ahora Planchard la releía y se preguntaba si debía informar a los hermanos de su espantoso contenido. Decidió que no, y se entregó de rodillas a la oración.

Vivía en un mundo malvado, pensó.

El azote de Dios había venido a castigarlos. Ése era el mensaje de la carta, y Planchard poco podía hacer salvo rezar.

—«*Fiat voluntas tua*» —repetía una y otra vez—. Que se haga tu voluntad. —Y lo más terrible de todo, pensó Planchard, es que era la voluntad de Dios la que se

estaba cumpliendo.

\* \* \*

Lo primero era recuperar cuantas flechas fuera posible. Las flechas eran tan escasas en Gascuña como los dientes de una gallina. En Inglaterra, o en el territorio inglés de Francia, siempre había exceso de flechas. Se fabricaban en los condados de Inglaterra, se empaquetaban en haces de veinticuatro y se enviaban a dondequiera que hubiese arqueros luchando; pero allí, lejos de las demás guarniciones inglesas, los hombres de Thomas tenían que recuperar sus proyectiles, y por ese motivo caminaban entre los cadáveres recogiendo las preciadas flechas. La mayoría de las de punta ancha estaban demasiado incrustadas en las carnes de los caballos, y esos casquillos se perdían, pero los astiles salían limpiamente, y todos los arqueros tenían puntas de sobra entre sus pertenencias. Algunos hombres abrían los cuerpos para recuperarlas, de todos modos. Otras flechas no habían dado en el objetivo y sólo estaban clavadas en la hierba. Los arqueros se mofaban de ellas.

—¡Aquí hay una de las tuyas, Sam! —gritó Jake—. ¡Has fallado por un puto kilómetro!

—Ésa no es mía, debe de ser de Genny.

—¡Tom! —Jake había visto a los cerdos al otro lado del río—. ¿Puedo ir a por la cena?

—Las flechas primero, Jake —dijo Thomas—, después la cena. —Se inclinó sobre un caballo muerto y le rasgó la herida para intentar recuperar la punta ancha. Sir Guillaume excavaba entre piezas de armadura, desabrochaba grebas, guardabrazos y quijotes de los que llevaban los muertos. Otro hombre de armas le quitó una cota de mallas a un cadáver. Los arqueros iban cargados a brazos llenos de espadas. Diez de los caballos enemigos habían quedado ilesos o tan poco heridos que podían quedárselos. Los otros estaban muertos o sufrían tanto que Sam los despachó con sendos hachazos en la frente.

Había sido una victoria tan completa como Thomas hubiera podido desear y, aún mejor, pues Robbie había capturado al hombre que Thomas tenía por el comandante enemigo. Era un hombre alto, con la cara redonda y airada, y que no paraba de sudar.

—Es el heredero de Berat —gritó Robbie cuando Thomas se le acercó—, y su tío no está entre ellos.

Joscelyn miró a Thomas y, al verle las manos ensangrentadas y el arco y la bolsa de flechas, lo tomó por un hombre sin valía ni rango, de modo que se dirigió a sir Guillaume.

—¿Comandáis vos aquí? —exigió.

Sir Guillaume señaló a Thomas.

—El manda.

Joscelyn parecía despojado de palabras. Observó, destrozado, cómo saqueaban a sus hombres de armas heridos. Al menos, sus dos hombres, Villesisle y su compañero, estaban vivos, pero ninguno de los dos había sido capaz de pelear con su acostumbrada ferocidad porque las flechas habían matado a sus caballos. Uno de los hombres del tío de Joscelyn había perdido la mano derecha, y otro estaba moribundo con una saeta ensartada en el vientre. Joscelyn intentó contar los vivos y muertos, y se convenció de que no más de seis o siete de sus hombres habían conseguido escapar por el vado.

La begarda saqueaba con los demás. Joscelyn escupió cuando reparó en quién era, después se persignó, pero siguió mirando a Geneviève con su malla plateada. Era, pensó, la criatura más bella que había visto nunca.

—Está reservada —comentó sir Guillaume con sequedad, al ver adonde miraba Joscelyn.

—¿Y cuánto valéis? —le preguntó Thomas a Joscelyn.

—Mi tío pagará por mí una fortuna —respondió Joscelyn estirado; aún no estaba seguro de que Thomas fuera realmente el comandante enemigo. Y aún estaba menos seguro de que su tío fuera a pagar rescate alguno, pero no quería sugerírselo a sus captores, ni decirles tampoco que serían afortunados si sacaban un puñado de escudos del señorío de Béziers. Béziers era una sucia y pobre aglomeración de chozas en Picardía y, con suerte, podrían ofrecer como rescate una cabra robada. Volvió a mirar a Geneviève, maravillado ante sus largas piernas y brillante cabellera—. Nos habéis vencido con la ayuda del diablo —añadió con amargura.

—En la batalla conviene tener poderosos aliados. —Se volvió hacia el sembrado de cadáveres—. ¡Daos prisa! —les gritó a sus hombres—, ¡quiero volver a casa antes de la medianoche!

Los hombres estaban todos de buen humor. El reparto del rescate de Joscelyn llegaría a todos, aunque Robbie se quedaría con la mayor parte, y de algunos de los prisioneros menores también sacarían alguna que otra moneda. Además tenían cascos, armas, escudos, espadas y caballos, y sólo un hombre de armas había recibido un rasguño. Había sido una buena tarde de trabajo y reían mientras recuperaban las monturas, las cargaban con el botín y se preparaban para la marcha.

Y justo entonces, un único jinete cruzó el vado.

Sir Guillaume lo vio primero y le gritó a Thomas, que se volvió y vio al cura acercarse. El hombre llevaba hábito blanco y negro, lo que indicaba que era dominico.

—¡No disparéis! —gritó Thomas a sus hombres—, ¡abajo los arcos! ¡Abajo! — Se acercó caminando hacia el cura, que iba montado en una yegua pequeña. Geneviève ya estaba en su silla, pero bajó de un salto y corrió hasta Thomas.

—Se llama padre Roubert —dijo en voz baja. Estaba pálida y su tono era amargo.

—¿El hombre que te torturó? —preguntó Thomas.

—El mismo hijo de puta —repuso ella, y a Thomas le pareció ver que contenía las lágrimas; sabía cómo se sentía, pues él había sido objeto de la misma humillación a manos de un torturador. Recordó sus propias súplicas y la vergüenza de ser tan absolutamente degradado por otra persona. Recordó la gratitud al terminar el dolor.

El padre Roubert frenó al caballo a unos veinte pasos de Thomas y observó a los muertos desperdigados.

—¿Han recibido los sacramentos? —preguntó.

—No —contestó Thomas—, pero si queréis administrarlos vos, cura, hacedlo. Después volved a Berat y decidle al conde que tenemos a su sobrino y que negociaremos un rescate. —No tenía nada más que decirle al dominico, así que cogió a Geneviève por el codo y se dio la vuelta.

—¿Sois vos Thomas de Hookton? —preguntó el padre Roubert.

Thomas se dio la vuelta.

—¿Ya vos qué os importa?

—Le habéis arrebatado un alma al infierno —repuso—, y si no la entregáis, tendré que pedir también la vuestra.

Geneviève se bajó el arco del hombro.

—Irás al infierno antes que yo —le gritó a Roubert.

El fraile no le hizo caso y siguió hablando con Thomas.

—Es una criatura del diablo, inglés, y os ha embrujado. —La yegua se movió y él le dio una palmada en el cuello, irritado—. La Iglesia ha tomado una decisión y debéis acatarla.

—El caso es que también yo he tomado una decisión —contestó Thomas.

El padre Roubert levantó la voz para que los hombres que había detrás de Thomas le oyeran.

—¡Es una begarda! —gritó—. ¡Es una hereje! Ha sido excomulgada, desterrada de los recintos sagrados del Señor y, como tal, ¡es un alma maldita! ¡No habrá salvación para ella ni para ningún hombre que la ayude! ¿Me oís? Es la Iglesia de Dios en la tierra la que os habla, y vuestras almas inmortales, todas vuestras almas inmortales, están en peligro por su culpa. —Volvió a mirar a Geneviève y no pudo evitar una sonrisa amarga—. Morirás, zorra —le dijo—, entre llamas terrenales que te arrojaran al fuego eterno del infierno.

Geneviève levantó el pequeño arco, con una punta ancha en la cuerda.

—No lo hagas —le dijo Thomas.

—Es mi torturador —repuso Geneviève, con lágrimas en las mejillas.

El padre Roubert se rió del arco.

—Eres la puta del diablo —le dijo—, tu matriz se llenará de gusanos, tus pechos

darán pus y los demonios jugarán contigo.

Geneviève disparó la flecha.

Lo hizo de repente. Ni siquiera apuntó. La ira le hizo tensar la cuerda bien atrás y soltarla, y tenía los ojos tan llenos de lágrimas que apenas veía al padre Roubert. Mientras practicaba, lo normal es que las flechas salieran desviadas, pero en el último momento, en el instante que disparaba, Thomas intentó apartarle el brazo; apenas la tocó, sólo un golpecito en la mano del arco, y la flecha tembló al abandonar la cuerda. El padre Roubert estaba a punto de mofarse de su arco de juguete, pero la flecha salió certera y se le clavo. El casquillo, ancho y con engorras, perforó la garganta del cura y allí se quedó la flecha, con las plumas blancas manchadas de la sangre que se derramaba por el astil. Durante un instante, el cura se quedó en la silla, con cara de sorpresa absoluta, después vomitó otro chorro de sangre encima de las orejas del caballo, emitió un estertor, y cayó al suelo como un plomo.

Para cuando Thomas llegó a él, el cura estaba muerto.

—Te he dicho que irías primero al infierno —dijo Geneviève, que escupió sobre el cadáver.

Thomas se persignó.

\* \* \*

El júbilo tendría que haber seguido a la sencilla victoria, pero el antiguo estado de ánimo, el estado de ánimo cargado de resentimiento, volvió para apoderarse de la guarnición de Castillon d'Arbizon. Habían tenido suerte en la batalla, pero la muerte del cura horrorizó a los hombres de Thomas. La mayoría de ellos eran pecadores irredentos, algunos incluso habían matado curas, pero todos eran supersticiosos y tomaron la muerte del padre Roubert por una profecía del demonio. El cura se había adelantado desarmado, había venido a parlamentar, y le habían disparado como a un perro. Unos pocos hombres aplaudían a Geneviève. Era una mujer como Dios manda, decían, la mujer de un soldado, y la Iglesia se podía ir al infierno por lo que a ellos respectaba, pero esos hombres eran minoría. Gran parte de la guarnición recordaba las últimas palabras que habían condenado sus almas por esconder a una hereje, y las duras amenazas trajeron consigo los miedos que los acechaban ya cuando le fue perdonada la vida a Geneviève. Robbie era el principal impulsor de aquella idea, y cuando Thomas le desafió preguntándole cuándo se iba a Bolonia, el escocés se lo quitó rápidamente de encima.

—Me quedo —dijo—, hasta que sepa el rescate que voy a obtener. No me voy a alejar de ese dinero. —Y señaló con el pulgar a Joscelyn, que se había percatado del enfrentamiento que dividía a la guarnición, y hacía todo lo posible por avivarlo previendo funestos acontecimientos si no quemaban a la begarda. Se negaba a comer

en la misma mesa que Geneviève. Como noble, tenía derecho al mejor tratamiento que el castillo pudiera ofrecer, y dormía en una alcoba para él solo en el último piso de la torre, pero en lugar de comer en el salón prefería hacerlo con Robbie y sus hombres de armas, a los que cautivaba con historias de los grandes torneos en los que había estado, y a los que aterrizzaba con sus aciagos presagios sobre lo que sucedería a los hombres que protegían a los enemigos de la Iglesia.

Thomas le ofreció a Robbie casi todo el dinero que tenía en concepto de la parte que le correspondía por el rescate de Joscelyn, con la promesa de un ajuste final en cuanto negociaran el rescate, pero Robbie lo rechazó.

—Podrías sacar mucho más —afirmó—, ¿y cómo voy a saber que me lo pagarás? ¿Y cómo sabrás dónde estoy?

—Se lo enviaré a tu familia —le prometió Thomas—, confías en mí, ¿no?

—La Iglesia no confía —fue la dura respuesta de Robbie—, ¿por qué debería hacerlo yo?

Sir Guillaume intentó quitar hierro, pero sabía que la guarnición se estaba desmoronando. Una noche estalló una pelea en el salón de abajo entre los partidarios de Robbie y los hombres que defendían a Geneviève: al terminar un inglés había muerto y un gascón perdido un ojo por culpa de una daga. Sir Guillaume los infló a patadas, pero sabía que habría más peleas.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —le preguntó a Thomas una semana después de la escaramuza en el río Gers. Había llegado el viento frío del norte que los hombres creían que apaga e irrita. Sir Guillaume y Thomas estaban en las almenas del castillo, bajo el estandarte descolorido del conde de Northampton. Y debajo de aquella bandera azul y blanca colgaba el leopardo naranja de Berat, pero boca abajo para demostrar al mundo que había sido capturado en batalla. Geneviève también estaba allí, pero percibió que no deseaba oír lo que sir Guillaume había venido a decir y se alejó hasta la esquina más lejana de las almenas.

—Esperar —repuso Thomas.

—¿Porque crees que vendrá tu primo?

—Para eso he venido —contestó Thomas.

—Supón por un momento que te quedas sin hombres —le dijo sir Guillaume.

Thomas no contestó nada durante un rato. Al final rompió el silencio.

—¿Tú también?

—Yo estoy contigo —le aseguró sir Guillaume—, por muy cretino que seas. Pero si viene tu primo, Thomas, no vendrá solo.

—Lo sé.

—Y él no será tan insensato como Joscelyn. No te servirá la victoria en bandeja.

—Lo sé —la voz de Thomas era débil.

—Necesitas más hombres —le dijo sir Guillaume—. Tenemos una guarnición;



necesitamos un pequeño ejército.

—Desde luego ayudaría —coincidió Thomas.

—Pero nadie va a venir si ella sigue aquí —le avisó sir Guillaume mirando a Geneviève—. Y ayer se marcharon tres gascones. —Los tres hombres de armas ni siquiera habían esperado su parte del rescate de Joscelyn, se habían ido al oeste sin más, en busca de otro empleo.

—Aquí no quiero cobardes —replicó Thomas.

—¡No seas imbécil, hostias! —le espetó sir Guillaume—. Tus hombres se enfrentarán con otros hombres, Thomas, pero no con la Iglesia. No pelearán con Dios. —Se detuvo, era evidente que se resistía a decir lo que tenía en la cabeza, pero al final se lanzó a ello—. Tienes que sacarla de aquí, Thomas. Tiene que irse.

Thomas contempló las colinas del sur. No dijo nada.

—Tiene que irse —repitió sir Guillaume—, envíala a Pau, a Burdeos. Donde quieras.

—Si hago eso —contestó Thomas—, morirá. La Iglesia la encontrará y la quemará.

Sir Guillaume se lo quedó mirando.

—Te has enamorado, ¿verdad?

—Sí —repuso Thomas.

—¡Cristo bendito en la Cruz! —exclamó sir Guillaume exasperado—. ¡El amor siempre trae problemas!

—El hombre está destinado a ello como lo están las pavesas a saltar hacia el cielo.

—Puede —contestó sir Guillaume sombrío—, pero son las mujeres quienes atizan la maldita lumbre.

Y justo entonces Geneviève lanzó un grito.

—¡Jinetes! —les avisó, y Thomas corrió hasta el otro lado de las almenas, se quedó mirando la carretera que llegaba por el este y vio aparecer unos sesenta o setenta jinetes de los bosques. Eran hombres de armas con los jubones naranja y blanco de Berat, y Thomas supuso al principio que debían de venir para ofrecer un rescate por Joscelyn, pero vio que portaban un extraño estandarte, no el leopardo de Berat, sino un pendón de la Iglesia como los que se sacaban en procesión en los días santos. Colgaba de una cruz y mostraba el manto azul de la Virgen María y detrás de él, en caballos más pequeños, venían una veintena de clérigos.

Sir Guillaume se persignó.

—Problemas —le dijo sin más, después se volvió hacia Geneviève—. ¡No quiero ver ni una flecha! ¿Me oyes, niña? ¡Ni una puta flecha!

Sir Guillaume bajó corriendo las escaleras y Geneviève miró a Thomas.

—Lo siento —le dijo.

—¿Por matar al cura? Que se pudra, ese cabrón.

—Creo que han venido para proclamarnos malditos —añadió Geneviève, y se acercó con Thomas a la parte de las almenas que daba a la calle principal de Castillon d'Arbizon, que partía de la puerta oeste tras el puente que cruzaba el río. Los jinetes armados esperaron fuera de la ciudad mientras los sacerdotes desmontaban y, precedidos por su estandarte, recorrían la calle principal hacia el castillo. La mayoría de los curas iban vestidos de negro, pero había uno con una capa blanca, mitra y una vara blanca coronada con un gancho de oro. Un obispo, nada más y nada menos. Era un hombre gordo de pelo largo y blanco que le salía por debajo del borde dorado de la mitra. No prestó atención a la gente de la ciudad que se arrodillaba a su paso y apeló al castillo.

—¡Thomas! —gritó—, ¡Thomas de Hookton!

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Geneviève.

—Escucharle —repuso Thomas.

La condujo hasta un bastión más pequeño encima de la puerta que ya estaba lleno de arqueros y hombres de armas. Robbie estaba allí y, en cuanto apareció Thomas, el escocés lo señaló y le gritó al obispo.

—¡Éste es Thomas!

El obispo dio un golpe con su vara en el suelo.

—¡En el nombre de Dios —gritó—, el padre todopoderoso, y en el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, en el nombre de todos los Santos, y en el nombre del Santo Padre Clemente, y en virtud del poder que nos ha sido otorgado para unir el cielo con la tierra, te invoco, Thomas! ¡Yo te invoco!

El obispo tenía buena voz. Llegó con claridad, y el único ruido que se oía, aparte del viento, era el murmullo del puñado de hombres de Thomas que traducían el francés al inglés para que lo entendieran los arqueros. Thomas había supuesto que el obispo hablaría en latín y que sólo él entendería sus palabras, pero el obispo deseaba que todos se enteraran de lo que había venido a decir.

—Sabemos que tú, Thomas —prosiguió el obispo—, en algún momento bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, has abandonado el cuerpo de Cristo para cometer el pecado de dar refugio y consuelo a una hereje condenada y a una asesina. Así que, con gran dolor de nuestro corazón, te privamos a ti, Thomas, y a todos tus cómplices y seguidores, de la comunión del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. —Dio otro golpe con la vara y uno de los otros curas hizo sonar una campana—. Te apartamos de la sociedad de los cristianos —prosiguió el obispo, mientras su voz reverberaba en la alta torre del castillo—, y te excluimos de los recintos sagrados. —De nuevo la vara golpeó el empedrado y sonó la campana—. Te desterramos del regazo de nuestra santa madre Iglesia en el rielo y en la tierra. —El claro tañido de la campana rebotó en las piedras del castillo—. Te

declaramos, Thomas, excomulgado, y te condenamos al fuego eterno de Satán con sus ángeles depravados. Te declaramos maldito por este acto de maldad, y encomendamos a todos aquéllos que aman a nuestro Señor Jesucristo que te prendan para que seas castigado. —Dio un último golpe con la vara, miró a Thomas desafiante y se dio la vuelta, seguido de sus sacerdotes y su estandarte.

Y Thomas se sintió petrificado. Frío y petrificado. Vacío. Fue como si los cimientos de la tierra se hubieran desvanecido para dejar sólo un doloroso abismo que se precipitaba hacia las puertas al rojo vivo del infierno. Todas las certidumbres de su vida, Dios, la salvación, la eternidad, habían desaparecido, habían volado como las hojas que se amontonaban en las alcantarillas de la ciudad. Lo acababan de convenir en un auténtico *hellequin*, excomulgado, privado de la misericordia, el amor y la compañía de Dios.

—¡Ya habéis oído al obispo! —Robbie rompió el silencio en la almena—. Se nos ha encomendado que arrestemos a Thomas o compartamos su condena —y echó la mano a la espada, que habría sacado de no intervenir sir Guillaume.

—¡Basta! —gritó el normando—, ¡basta! Aquí soy el segundo al mando. ¿Piensa alguien discutirlo? —Los arqueros y hombres de armas se habían separado de Thomas y Geneviève, pero tampoco intervinieron en favor de Robbie. El rostro marcado de sir Guillaume era lúgubre como la muerte—. Los centinelas siguen en sus puestos —ordenó—, los demás adentro. ¡Ahora!

—Pero tenemos una misión... —empezó a decir Robbie aunque, involuntariamente, dio un paso atrás cuando sir Guillaume se volvió hacia él con el rostro tomado por la furia. Robbie no era ningún cobarde, pero nadie habría podido hacer frente a la ira de sir Guillaume en aquel momento.

Los hombres se dirigieron al interior a regañadientes, pero cumplieron la orden, y sir Guillaume envainó de un golpe la espada que había medio desenfundado.

—Por supuesto, tiene razón —le dijo sombrío mientras Robbie bajaba por las escaleras.

—¡Era mi amigo! —protestó Thomas, intentando agarrarse a un pedazo de certidumbre en un mundo que se había vuelto del revés.

—Y quiere a Geneviève —dijo sir Guillaume—, y como no la puede tener se ha convencido de que su alma está maldita. ¿Por qué crees que el obispo no nos ha excomulgado a todos? Porque si todos estuviéramos en el mismo infierno, no tendríamos nada que perder. Nos ha dividido en los benditos y los malditos, y Robbie quiere salvar su alma. ¿Puedes culparle por ello?

—¿Y la tuya qué? —le preguntó Geneviève al normando.

—Mi alma hace años que se deshizo —repuso sir Guillaume abatido, después se volvió y miró la calle—. Dejarán hombres de armas para prenderte cuando te marches. Pero puedes salir por la pequeña puerta que hay detrás de la casa del padre

Medous. No la guardarán, y podréis cruzar el río por el molino. En el bosque estaréis a salvo.

Por un momento, Thomas no comprendió lo que sir Guillaume le estaba diciendo, y entonces, con una fuerza terrible, recibió el golpe: le decía que se marchara. Que huyera. Que se escondiera. Que dejara su primera comandancia, que abandonara su nueva riqueza, sus hombres, todo. Miró a sir Guillaume, que sólo pudo encogerse de hombros.

—No te puedes quedar, Thomas —le dijo el hombre con amabilidad—, Robbie o uno de sus amigos acabará matándote. Calculo que te apoyaremos una veintena de nosotros, pero si te quedas, nos pelearemos y ellos ganarán.

—¿Te quedarás aquí?

Sir Guillaume parecía incómodo, después asintió.

—Sé por qué has venido —le dijo—, no creo que ese cacharro exista ni que, en tal caso, tengamos más posibilidades de encontrarlo de las que tiene un gato. Pero aquí hacemos dinero, y yo necesito mucho así que, sí, me quedo. Y tú te vas, Thomas. Vete al oeste. Busca una guarnición inglesa. Vuelve a casa. —Vio la renuencia en el rostro de Thomas—. Pero... ¿en el nombre de Cristo, Thomas!, ¿qué otra cosa puedes hacer? —Thomas no dijo nada y sir Guillaume miró a los soldados que esperaban en la puerta de la ciudad—. Puedes entregarles a la hereje y que la quemem. Te levantarán la excomuni3n.

—Eso no voy a hacerlo —repuso Thomas con fiereza.

—Entrégasela a los soldados —le dijo sir Guillaume—, y arrodíllate ante el obispo.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué.

—¿Porque la amas?

—Sí —repuso Thomas, y Geneviève le cogió del brazo. Sabía que estaba sufriendo, como ella había sufrido cuando la Iglesia le retiró el amor de Dios, pero ella ya había llegado a un acuerdo con su horror. Thomas no, y ella sabía que le costaría tiempo.

—Sobreviviremos —le dijo Geneviève a sir Guillaume.

—Pero os tenéis que marchar —insistió el normando.

—Lo sé. —Thomas no podía evitar que se le entrecortara la voz.

—Mañana te llevaré provisiones —le prometió sir Guillaume—, caballos, comida, capas. ¿Qué más necesitas?

—Flechas —repuso Geneviève con prontitud, y después miró a Thomas como si esperara que añadiera algo más, pero estaba demasiado aturdido para pensar con claridad—. También querrás los escritos de tu padre, supongo —le sugirió con

dulzura.

Thomas asintió.

—Envuélvelos por mí, por favor —le pidió a sir Guillaume—, en cuero.

—Mañana por la mañana, entonces —contestó sir Guillaume—. Espérame bajo el castaño hueco de la colina.

Sir Guillaume los escoltó hasta la salida del castillo; pasaron por los callejones tras la casa del cura hasta una pequeña puerta que había en la muralla para permitir el paso hasta el molino. Sir Guillaume descorrió los pestillos y abrió la puerta con cautela, pero no había soldados fuera, los guió hasta el molino y allí se quedó vigilando, mientras Thomas y Geneviève cruzaban el puente de piedra. Desde allí, subieron al bosque.

Thomas había fracasado. Y estaba condenado.

## SEGUNDA PARTE

*Fugitivo*



Llovió durante toda la noche. Chuzos de punta traídos por un viento helado, que arrancaba las hojas de robles y castaños y las escupía dentro del viejo árbol quebrado por el rayo y vaciado por el tiempo. Thomas y Geneviève intentaron cobijarse en el tronco, y se estremecieron al oír un trueno en el firmamento. No habían visto el rayo, pero la lluvia cayó aún con más fuerza.

—Es culpa mía —dijo Geneviève.

—No —repuso Thomas.

—Odiaba a ese cura —prosiguió—, sabía que no tenía que disparar, pero todo lo que me había hecho acudió a mi mente como un mazazo. —Enterró el rostro en su hombro y, al tener la boca tapada, Thomas apenas podía oírla—. Cuando no me quemaba, me acariciaba. Me acariciaba como un niño.

—¿Como un niño?

—No —respondió con amargura—, como un amante. Y cuando me hacía daño me decía que rezaba por mí y que yo era preciosa para él. Le odiaba.

—Yo también le odiaba —le dijo Thomas—, le odiaba por lo que te hizo. —La había rodeado con sus brazos—. Y me alegro de que esté muerto —añadió, y después pensó que a él más le valdría estar muerto también. Lo habían enviado al infierno, apartado de la salvación.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Geneviève en la oscuridad y el frío.

—No voy a volver a casa.

—¿Y adonde irás?

—Me quedaré contigo. Si quieres. —Thomas pensó en añadir que era libre para ir adonde quisiera, pero comprendió que habían entrelazado sus destinos, así que no intentó convencerla de que lo abandonara, entre otras cosas, porque era lo último que deseaba—. Volveremos a Astarac —sugirió en cambio. No sabía de qué podía servir, pero no podía regresar a casa vencido. Además, ahora estaba maldito. No tenía nada que perder y toda la eternidad que ganar. Y a lo mejor el Grial podía redimirlo. Quizás ahora, ahora que estaba maldito, encontraría el tesoro y devolvería su alma a la gracia.

Sir Guillaume llegó temprano, al alba; su escolta la formaban una docena de hombres que el normando sabía que no traicionarían nunca Thomas. Jake y Sam se contaban entre ellos y ambos querían acompañar a Thomas, pero él se negó.

—Quedaos con la guarnición —les dijo—, o volved al oeste en busca de una fortificación inglesa. —No es que no quisiera compañía, pero sabía que ya le costaría bastante alimentar a Geneviève y a sí mismo como para tener dos bocas más de que preocuparse. Tampoco podía ofrecerles nada que no fuera peligro, hambre y la seguridad de ser perseguidos por todo el sur de Gascuña.

Sir Guillaume había traído dos caballos, comida, capas, el arco de Geneviève, cuatro haces de flechas y una gruesa bolsa de monedas.

—Pero no he podido conseguir el manuscrito de tu padre —le confesó—, lo ha cogido Robbie.

—¿Lo ha robado? —le preguntó Thomas indignado.

Sir Guillaume se encogió de hombros como si el destino del manuscrito careciera de importancia.

—Los hombres de armas de Berat se han ido —le dijo—, así que la carretera hacia el oeste es segura, y yo he enviado esta mañana a Robbie a por ganado en dirección al este. Así que dirígete al oeste, Thomas. Ve hacia el oeste y vuelve a casa.

—¿Crees que Robbie quiere matarme? —le preguntó Thomas alarmado.

—Arrestarte, probablemente —contestó sir Guillaume—, y entregarte a la Iglesia. Lo que de verdad quiere, por supuesto, es tener a Dios de su lado, y cree que si encuentra el Grial todos sus problemas terminarán. —Los hombres de sir Guillaume parecieron sorprendidos ante la mención al Grial y uno, John Faircloth, empezó a hacer una pregunta, pero sir Guillaume cortó por lo sano—. Robbie se ha convencido de que tú eres un pecador —le dijo a Thomas—. Pardiez que no hay nada peor que un hombre joven que acaba de encontrar a Dios —añadió—. Aparte de una mujer joven que acabe de encontrarlo. Son insufribles.

—¿El Grial? —insistió John Faircloth. Habían corrido numerosos rumores a propósito de con qué motivo habría enviado el conde de Northampton a Thomas y sus hombres a Castillon d'Arbizon, pero la descuidada mención de sir Guillaume era su primera confirmación.

—Es una locura que se le ha metido a Robbie en la cabeza —les explicó sir Guillaume—, así que no hagáis ni puto caso.

—Tendríamos que quedarnos con Thomas —intervino Jake—. Todos. Empezar de nuevo...

Sir Guillaume sabía suficiente inglés para entender lo que Jake había dicho y lo detuvo con un gesto de la mano.

—Si nos quedamos con Thomas —le dijo—, tendremos que luchar con Robbie. Eso es lo que desea nuestro enemigo. Nos quiere divididos.

Thomas se lo tradujo a Jake.

—Y tiene razón —añadió forzado.

—¿Y qué hacemos? —quiso saber Jake.



—Thomas se va a casa —insistió sir Guillaume en tono firme—, y nosotros nos quedamos lo suficiente para hacernos ricos y nos volvemos a casa también. —Le entregó a Thomas las riendas de los dos caballos—. Me gustaría quedarme contigo —le dijo.

—Todos moriríamos.

—O todos estaríamos condenados. Pero vete a casa, Thomas —le apremió mientras le entregaba una gruesa bolsa de cuero—. Ahí hay suficiente dinero para pagaros el pasaje y convencer a algún obispo de que te levante la excomunión. La Iglesia hace lo que sea por dinero. Ya verás como te apañarás; en un año o dos, ven a verme a Normandía.

—¿Y Robbie? —preguntó—, ¿qué hará?

Sir Guillaume se encogió de hombros.

—Al final acabara volviendo también él a Escocia. No encontrará lo que está buscando, Thomas, eso lo sabes.

—Eso no lo sé.

—Entonces estás tan loco como él. —Sir Guillaume se quitó la manopla y le tendió la mano—. No te parece mal que me quede, ¿verdad?

—Es lo que tienes que hacer —repuso Thomas—. Enriquécete, amigo mío. ¿Estás ahora al mando?

—Por supuesto.

—Pues Robbie debe pagarte una tercera parte del rescate de Joscelyn.

—Te guardaré una bolsa —le prometió sir Guillaume, después estrechó la mano de Thomas, hizo girar a su caballo y se llevó a sus hombres. Jake y Sam, como regalos de despedida, les dejaron un par más de haces de flechas, y después los jinetes se marcharon.

Thomas sintió que empezaba a hervirle la sangre mientras él y Geneviève cabalgaban hacia el este bajo una llovizna que pronto les empapó las capas. Estaba enfadado consigo mismo por haber fallado, aunque la única manera en que habría podido salir airoso era encadenando a Geneviève en una pira y prendiéndole fuego, y eso no lo habría podido hacer jamás. Lo cegaba la amargura al pensar en Robbie, en cómo se había vuelto contra él, aunque entendía los motivos del escocés e incluso los consideraba razonables. Robbie no era responsable de haberse sentido atraído por Geneviève, y tampoco se le podía culpar por preocuparse de su alma. Así que, sobre todo, Thomas estaba furioso con la vida, y esa ira le ayudaba a apartar de su mente la incomodidad que suponía la lluvia, que volvía a caer con fuerza. En su camino hacia el este, tiraron por el sur, siempre entre los bosques, en los que se veían obligados a agacharse cuando pasaban junto a ramas bajas. Donde no había árboles, escogían el terreno elevado para asegurarse de que no les seguían hombres armados. No vieron ninguno. Si la partida de Robbie se dirigía al este, se mantenía en el terreno bajo, así

que Thomas y Geneviève estaban solos.

Evitaban las granjas y los pueblos. No era difícil porque el territorio estaba muy poco poblado y el terreno elevado, más dedicado a los pastos que a la agricultura veía la presencia del hombre en contadas ocasiones. Vieron a un pastor por la tarde, que apareció de repente desde detrás de una roca con una honda en la mano, hasta que se percató de la espada de Thomas, momento en que escondió el arma y se dio un golpe con los nudillos en la frente mientras se inclinaba en señal de reverencia. Thomas se detuvo para preguntarle al hombre si había visto soldados, y Geneviève se lo tradujo: el hombre no había visto a nadie. Unos dos kilómetros después de tropezar con el asustado pastor, Thomas mató una cabra. Recuperó la flecha del cadáver, que desolló, destripó y descuartizó. Esa noche, al abrigo de una vieja granja sin techo, construida en la cumbre de un valle boscoso, encendieron una hoguera con pedernal y hierro y asaron las costillas en las llamas. Thomas utilizó la espada para cortar ramas de un alerce, después les dio forma de cobertizo rudimentario y las apoyó contra la pared. Les mantendría a salvo de la lluvia durante la noche, y bajo el refugio, confeccionó un camastro de helechos.

Thomas recordó su viaje desde Bretaña a Normandía con Jeanette. ¿Dónde estaría ahora el Mirlo?, se preguntó. Habían viajado en verano, vivían de su arco y evitaban a todos los demás seres vivientes, y había sido una época muy feliz. Ahora hacía lo mismo con Geneviève, pero llegaba el invierno. No sabía cómo sería de riguroso, aunque Geneviève le contó que no conocía la nieve en aquellas colinas.

—Más al sur sí —le dijo—, en las montañas, pero aquí sólo hace frío. Y la lluvia es abundante.

La lluvia era ahora intermitente. Los caballos estaban encerrados en el pequeño trozo de pasto junto al arroyo que discurría a la vera de las ruinas, y una luna creciente aparecía de vez en cuando entre las nubes para platear las arboladas cordilleras a cada lado del valle. Thomas recorrió casi un kilómetro río abajo para observar y escuchar, pero no vio más luces y tampoco oyó nada. Estaban a salvo, pensaba, al menos de los hombres, que no de Dios, así que volvió donde Geneviève intentaba secar sus pesadas capas al débil calor del fuego. Thomas la ayudó, y extendieron el tejido de lana sobre una estructura de ramas de alerce. Después, se arrebujó junto a la hoguera, contemplando las rojas brasas, y pensó en su condena. Recordaba todas las imágenes que había visto pintadas en los muros de las iglesias: imágenes de almas que se tambaleaban camino al infierno lleno de demonios y hogueras.

—Piensas en el infierno —le dijo Geneviève sin más.

Él se sobresaltó.

—Sí pensaba —contestó, y se preguntó cómo lo sabría.

—¿Crees realmente que la Iglesia tiene poder para enviarte allí? —le preguntó y,

al no recibir respuesta, sacudió la cabeza—. La excomuni3n no significa nada.

—Lo significa todo —repuso 3l sombrío—. Significa que no hay cielo ni Dios, ni salvaci3n, ni esperanza, lo significa todo.

—Dios est3 aqu3 —repuso Geneviève con fuerza—. Est3 en el fuego, en el cielo, en el aire. Un obispo no te puede arrebatarse a Dios. ¡Un obispo no puede quitarle el aire al cielo!

Thomas no dijo nada. Recordaba los golpes de la vara del obispo en los adoquines y el sonido de la campana reverberando en los muros del castillo.

—No fueron m3s que palabras —dijo Geneviève—, y las palabras se las lleva el viento. A m3 me lanzaron las mismas palabras, y aquella noche, en la celda, Dios vino a m3. —Ech3 un tronco al fuego—. Nunca cre3 que fuera a morir. Incluso cuando se acerc3 la fecha, jam3s pens3 que pasar3a. Hab3a algo dentro de m3, una esquirola, que dec3a que no iba a morir. Era Dios, Thomas. Dios est3 en todas partes. No es un perro atado a la correa de la Iglesia.

—S3lo conocemos a Dios a trav3s de Su Iglesia —contest3 Thomas. Las nubes se hab3an hecho m3s abundantes, ocultando primero a la luna, y despu3s a las pocas y 3ltimas estrellas; en la oscuridad la lluvia cay3 con m3s fuerza, y un trueno retumb3 en el valle desde las alturas—, y la Iglesia de Dios —prosigui3— me ha condenado.

Geneviève sac3 las capas de los palos y las dobl3 para resguardarlas de la lluvia.

—La mayor3a de la gente no conoce a Dios a trav3s de la Iglesia —le dijo—. Van y escuchan un idioma que no entienden, dicen confesi3n, obedecen los sacramentos y quieren que el cura vaya a verlos antes de morir, pero cuando tienen aut3nticos problemas, acuden a los santuarios que la Iglesia no conoce. Idolatran torrentes y manantiales sagrados en lo profundo del bosque. Acuden a mujeres sabias y leedoras de la fortuna. Llevan amuletos. Rezan a su propio Dios y la Iglesia no lo sabe nunca. Pero Dios s3, porque Dios est3 en todas partes. ¿Para qu3 iba la gente a querer a los curas si Dios est3 en todas partes?

—Para sacarnos del error —dijo Thomas.

—¿Y qui3n define el error? —insisti3 Geneviève—. ¡Los curas! ¿Te crees mala persona, Thomas?

Thomas medit3 la pregunta. La respuesta r3pida era s3 porque la Iglesia lo acababa de expulsar y hab3a entregado su alma a los demonios, pero en verdad no pensaba que fuera malo, as3 que sacudi3 la cabeza.

—No.

—¡Y la Iglesia te condena igualmente! Habla un obispo y te sentencia. ¿Y qui3n conoce los pecados del obispo?

Thomas medio sonri3.

—Tú eres una hereje —le dijo con suavidad.

—Lo soy —respondi3 sin m3s—. No soy begarda, aunque podr3a serlo, pero soy

hereje, ¿y qué otra opción me queda? La Iglesia me ha expulsado, así que si quiero seguir amando a Dios debo hacerlo fuera de la Iglesia. Ahora tú tienes que hacer lo mismo, y descubrirás que Dios te ama por mucho que te odie la Iglesia. —Hizo una mueca cuando la lluvia extinguió las últimas y débiles llamas que quedaban, y después se retiraron hasta el cobertizo de alerce donde hicieron lo que pudieron por dormir bajo las capas y las cotas de malla.

Thomas durmió intranquilo. Soñó con una batalla en la que era atacado por un gigante que le rugía, se despertó sobresaltado y descubrió que Geneviève se había ido y que el rugido provenía de un trueno que retumbaba sobre su cabeza. La lluvia se colaba ya por el precario cobertizo y caía hasta los helechos. Un rayo rasgó el cielo, mostrando los agujeros entre las ramas que medio cubrían a Thomas, y él salió como pudo de debajo del alerce y tanteó la oscuridad hasta que dio con la puerta de la casucha. Estaba a punto de gritar el nombre de Geneviève cuando otro trueno desgarró el cielo y retumbó en las colinas, tan cerca y tan alto que Thomas se echó a un lado como si le hubieran golpeado con un martillo de guerra. Iba descalzo y no llevaba nada más que una camisa larga completamente mojada. Tres rayos más azotaron el cielo por el este, y bajo la luz Thomas vio que los caballos tenían los ojos en blanco y estaban temblando, así que se acercó hasta ellos, les acarició el hocico y se aseguró de que estaban bien sujetos.

—¡Geneviève! —gritó—. ¡Geneviève!

Y entonces la vio.

O, más bien, vio una visión durante el fogonazo repentino de un rayo. Vio una mujer, alta, plateada y desnuda, con los brazos alzados al fuego blanco del cielo. El rayo se extinguió, pero la imagen de la mujer permaneció en la cabeza de Thomas brillando, y entonces el cielo volvió a iluminarse, reverberando contra las colinas del este, y Geneviève echó atrás la cabeza, con la melena suelta goteando plata líquida.

Bailaba desnuda bajo la tormenta.

No le gustaba estar desnuda ante él. Detestaba las cicatrices que el padre Roubert le había dejado en los brazos, piernas y espalda, pero ahora bailaba desnuda, una danza lenta, mirando hacia arriba para recibir las gotas de lluvia en la cara, y Thomas la contempló bajo varios rayos y pensó que efectivamente era una *draga*. Era la salvaje criatura plateada de la oscuridad, la mujer resplandeciente y peligrosa, hermosa y extraña. Thomas se acurrucó, con los ojos como platos, pensando que su alma estaba en un peligro aún mayor porque el padre Medous había dicho que las *dragas* eran criaturas del diablo y, aun así, no podía dejar de amarla; y entonces el trueno llenó el aire y sacudió las colinas, y Thomas se agachó aún más, con los ojos muy cerrados. Estaba condenado, pensó, condenado, y ese sentimiento lo llenaba de la desesperanza más absoluta.

—Thomas. —Geneviève se inclinaba ahora sobre él, le acariciaba el rostro con

las manos—, Thomas.

—Eres una *draga* —dijo con los ojos aún cerrados.

—Ojalá lo fuera —repuso ella—. Ojalá crecieran flores por donde yo camino. Pero no lo soy. Sólo he bailado bajo la tormenta y el trueno me ha hablado.

Él se estremeció.

—¿Y qué te ha dicho?

Lo abrazó para consolarlo.

—Que todo irá bien.

Él no dijo nada.

—Que todo irá bien —repitió Geneviève—, porque el trueno no miente si le danzas. Es una promesa, mi amor, es una promesa. Todo irá bien.

\* \* \*

Sir Guillaume había enviado a uno de los hombres de armas capturados a Berat para informar al conde de que Joscelyn y otros trece hombres de armas eran prisioneros, y que era preciso negociar sus rescates. Joscelyn les había informado de que su tío estaba en Astarac, aunque sir Guillaume supuso que el anciano habría regresado al castillo.

Pero al parecer no lo había hecho, pues cuatro días después de que Thomas y Geneviève se fueran, llegó un vendedor ambulante para informar de que el conde de Berat estaba enfermo con fiebres, pudiera ser que moribundo, en la enfermería del monasterio de San Severo. El hombre de armas enviado a Berat regresó al día siguiente con las mismas noticias, y añadió que nadie en Berat poseía autoridad para negociar la libertad de Joscelyn. Lo único que podía hacer sir Henri Courtois, el comandante de la guardia, era enviar un mensaje a Astarac y confiar en que el conde se hubiera recuperado lo suficiente para lidiar con las noticias.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Robbie. Parecía contrariado, pues estaba ansioso por recibir el oro del rescate. El y Joscelyn estaban sentados en el gran salón. Estaban solos. Era de noche. Una chimenea los calentaba.

Joscelyn no dijo nada.

Robbie frunció el entrecejo.

—Podría venderte —sugirió. Eso se hacía a menudo. Un hombre hacía prisionero a alguien cuyo rescate era considerable y, en lugar de esperar el dinero, vendía al prisionero a alguien más rico que pagaría por él una suma menor y después soportaría las largas negociaciones antes de disfrutar de los beneficios.

Joscelyn asintió.

—Podrías —coincidió—, pero no sacarás mucho.

—¿Por el heredero de Berat y señor de Béziers? —preguntó Robbie—. Vales una

fortuna.

—Béziers es una cochiguera —confesó Joscelyn con desdén—, y el heredero de Berat no vale nada, pero Berat en sí vale una fortuna. Una verdadera fortuna. —Observó a Robbie en silencio durante unos instantes—. Mi tío es un burro —prosiguió—, pero un burro muy rico. Guarda monedas en sus bodegas, barriles y barriles de monedas, llenos hasta los topes, y dos de esos barriles están llenos de genovinos.

Robbie saboreó la idea. Imaginó el dinero descansando en la oscuridad, los dos barriles llenos de las maravillosas monedas de Génova, de oro puro. Con sólo una de ellas un hombre podía mantenerse alimentado, vestido y armado durante un año. ¡Dos barriles!

—Pero mi tío —prosiguió Joscelyn—, es además un avaro. No gasta dinero si no es en la Iglesia. Si estuviera en su mano, me preferiría muerto, que uno de mis hermanos le sucediera y sus monedas quedaran intactas. Por la noche, a veces, se lleva una lámpara a las criptas del castillo y contempla su dinero. Se queda allí, mirándolo.

—¿Me estás diciendo —preguntó Robbie enfadado— que no van a pagar ningún rescate por ti?

—Te estoy diciendo que mientras mi tío sea el conde, yo seré tu prisionero. Pero ¿y si el conde fuera yo?

—¿Tú? —Robbie no sabía adónde se dirigía la conversación y estaba desconcertado.

—Mi tío está enfermo —prosiguió Joscelyn—, y puede que moribundo.

Robbie pensó en ello y reparó en lo que estaba sugiriendo Joscelyn.

—Si tú fueras el conde —le dijo en voz baja—, podrías negociar tu propio rescate.

—Si fuera el conde —le dijo Joscelyn—, pagaría mi rescate y el de todos mis hombres. Y lo haría rápido.

Robbie volvió a meditarlo.

—¿Cómo son de grandes los barriles? —le preguntó después de un rato.

Joscelyn señaló con la mano a unos sesenta centímetros del suelo.

—Es la mayor reserva de oro de toda Gascuña —dijo—. Hay ducados, escudos, florines y agnos, denarios y genovinos, libras y mutones.

—¿Mutones?

—De oro —le dijo Joscelyn—, gordos y pesados. Más que de sobra para cubrir un rescate.

—Pero tu tío podría estar vivo —añadió Robbie.

—Y rezo por ello —repuso Joscelyn lleno de piedad—, pero si me permites enviar dos hombres a Astarac, ellos podrían averiguar por nosotros su estado de

salud. Y podrían, quizá, convencerlo de que ofreciera un rescate.

—Pero has dicho que nunca pagaría. —Robbie fingía no entender, o pudiera ser que no quisiera enterarse de lo que Joscelyn sugería.

—Podrían convencerle —contestó Joscelyn—, por el afecto que me tiene. Pero sólo si le envió hombres.

—¿Dos hombres?

—Y si fracasan —dijo Joscelyn inocentemente—, por supuesto volverán aquí a su cautividad, así que, ¿qué pierdes con probar? Pero no puedes permitir que viajen desarmados. No en una región asolada por los *coredors*.

Robbie se quedó mirando a Joscelyn, intentando leer su expresión a la luz de las llamas, y entonces se le ocurrió una pregunta.

—¿Qué hacía tu tío en Astarac?

Joscelyn se echó a reír.

—El viejo loco está buscando el santo Grial. Creía que yo no lo sabía, pero me lo dijo uno de los monjes. ¡El santo Grial de los cojones! Está loco. Pero cree que Dios le dará un hijo si lo encuentra.

—¿El Grial?

—Dios sabe de dónde sacó esa idea. ¡Está loco! Loco de piedad. —El Grial, pensó Robbie, el Grial... A veces había dudado de la búsqueda de Thomas, considerándolo un disparate, pero ahora parecía que más hombres compartían la enajenación, lo que confirmaba que el Grial bien podría existir. Y el Grial, pensaba Robbie, no debía ir a Inglaterra. A cualquier lugar menos a Inglaterra.

Joscelyn no parecía consciente de hasta qué punto habían afectado sus palabras a Robbie.

—Tú y yo —le dijo— no deberíamos estar en bandos contrarios. Ambos somos enemigos de Inglaterra. Ellos son los que causaron problemas. Fueron los ingleses los que vinieron aquí —dio un golpe a la mesa para enfatizar sus palabras—, y empezaron la matanza, y, ¿por qué motivo?

Por el Grial, pensó Robbie, y se imaginó llevando la reliquia sagrada a Escocia. Imaginó el poder que tendría el ejército de Escocia con el Grial, el triunfo sangriento con el que barrerían a los ingleses.

—Tú y yo tendríamos que ser amigos —prosiguió Joscelyn—, y ahora deberías mostrarme un gesto de amistad. —Miró su escudo, colgado en la pared, pero boca abajo, de manera que el puño rojo señalaba hacia el suelo. Thomas lo había puesto así como símbolo de que el propietario del escudo había sido tomado prisionero—. Baja eso de ahí —dijo Joscelyn con amargura.

Robbie miró a Joscelyn, se dirigió a la pared y utilizó su espada para descolgar el escudo, que cayó dando un golpe. Le dio la vuelta y lo colocó recto contra las piedras.

—Gracias —dijo Joscelyn—, y recuerda, Robbie que cuando sea conde de Berat necesitaré buenos hombres. No has jurado vasallaje a nadie, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Ni al conde de Northampton?

—¡No! —protestó Robbie al recordar lo poco amigable que fue el conde.

—Pues piensa en servirme a mí —le dijo Joscelyn—. Puedo ser generoso, Robbie. Qué coño, empezaré enviando un cura a Inglaterra.

Robbie parpadeó, confuso por las palabras de Joscelyn.

—¿Un cura a Inglaterra? ¿Para qué?

—Para pagar tu rescate, por supuesto —le dijo Joscelyn con una sonrisa—. Serás un hombre libre, Robbie Douglas. —Se detuvo para observar a Robbie de cerca—. Si soy el conde de Berat, podré hacerlo.

—Si eres el conde de Berat... —contestó Robbie con cautela.

—Podría pagar rescate por todos los prisioneros que hay aquí —se explayó Joscelyn—, podría pagar el tuyo y contratar a todos los que deseen empleo de tus soldados. Sólo déjame enviar a mis dos hombres a Astarac.

Robbie habló con sir Guillaume por la mañana y el normando no vio motivo para que los dos hombres de armas no fueran a ver al conde de Astarac, siempre y cuando juraran que volverían a su cautiverio una vez concluida su misión.

—Espero que tenga suficiente buena salud para escucharlos —fue el comentario de sir Guillaume.

Así que Joscelyn envió a Villesisle y a su compañero, los hombres que sólo le debían lealtad a él. Cabalgaban con armadura, espadas y cuidadosas instrucciones.

Y Robbie esperó hacerse rico.

\* \* \*

El cielo se despejó. Las grises nubes se deshicieron en largas franjas heridas por un reflejo rosado al atardecer, que desaparecieron a la noche siguiente para mostrar un firmamento claro. Entonces empezó a soplar un viento del sur y el clima se volvió más templado.

Thomas y Geneviève se quedaron en la desvencijada granja dos días. Secaron sus ropas y dejaron que los caballos se alimentaran con la última hierba del año. Descansaron. Thomas no tenía ninguna prisa por llegar a Astarac, pues no esperaba encontrar nada, pero Geneviève estaba convencida de que la gente de allí tendría historias que contar y, como mínimo, deberían escucharlas. Aunque Thomas tenía suficiente con poder estar a solas con Geneviève por primera vez. En el castillo, jamás habían estado realmente solos, pues cuando cruzaban el tapiz siempre sabían que otros dormían justo al lado. Y Thomas no se había dado cuenta hasta ahora de lo



pesada que había sido para él la carga de las decisiones. A quién enviar de expedición, a quién dejar en la guarnición, a quién poner de guardia, en quien confiar, a quién apartar, quién necesitaba el incentivo de tantas cuantas monedas para mantenerse leal, y siempre, siempre presente, la preocupación de haber olvidado algo, de que su enemigo podría estar planeando alguna sorpresa que él no hubiera previsto. Sin embargo, durante todo aquel tiempo, el enemigo real había estado a su lado:

Robbie, al que la indignación de los justos y el deseo torturado le hacían hervir la sangre.

Ahora Thomas podía olvidarse de todo, aunque no durante demasiado tiempo, pues las noches eran frías y llegaba el invierno, y durante el segundo día en su refugio vio jinetes en las alturas al sur. Eran media docena, hombres harapientos, dos con ballestas colgadas de los hombros. No se acercaron al valle en el que se habían refugiado Thomas y Geneviève, pero sabía que al final acabaría apareciendo alguien. Era la época del año en que los lobos y los *coredors* bajaban de las altas montañas en busca de presas más fáciles a los pies de las colinas. Era el momento de irse.

Geneviève había interrogado a Thomas sobre el Grial, y había escuchado cómo su padre, el cura inteligente y medio loco, puede que hubiera robado el Grial a su progenitor, el exiliado conde de Astarac, pero también asistió al relato de cómo el padre Ralph, lejos de admitir el robo o la propiedad del objeto, se había contentado con dejar una maraña de escritos extraños que complicaban aún más el misterio.

—Pero tu padre —le dijo Geneviève la mañana en que se preparaban para partir—, no lo traería de vuelta a Astarac, ¿cierto?

—No.

—Así que no está allí.

—No sé ni siquiera si existe —repuso Thomas. Estaban sentados junto al arroyo, los caballos ensillados y los haces de flechas colgados del arzón trasero—. Creo que el santo Grial es un sueño de los hombres, el sueño de un mundo perfecto. Y si existiera —prosiguió—, todos sabríamos que el sueño no puede hacerse realidad. —Se encogió de hombros, después empezó a rascarse un poco de orín que tenía en la cota.

—¿No crees que exista y lo buscas? —le preguntó Geneviève.

Thomas negó con la cabeza.

—Busco a mi primo. Quiero enterarme de qué sabe él.

—Porque crees en el Grial, ¿no es cierto?

Dejó por un momento el óxido.

—Quiero creer. Pero si lo tenía mi padre, debe de estar en Inglaterra, y allí ya registré todos los lugares en los que podía estar oculto. Pero quiero creer. —Caviló unos instantes—. Y si lo encuentro, la Iglesia tendrá que volver a aceptarnos.

Geneviève estalló en carcajadas.

—Thomas, eres como un lobo que sólo soñara en formar parte del rebaño de ovejas.

Thomas pasó por alto el comentario. Miró al horizonte.

—Es lo único que me queda. El Grial. Como soldado he fracasado.

Geneviève le quitó importancia.

—Recuperarás a tus hombres. Lo conseguirás, Thomas, porque eres un lobo. Pero creo que también encontrarás el Grial.

Él le sonrió.

—¿Eso es lo que viste bajo la tormenta?

—Vi oscuridad —dijo con vehemencia—, oscuridad auténtica. Como una sombra que se cierne sobre el mundo. Pero tú la habitabas, Thomas, y refulgías en su interior. —Miraba el arroyo con una expresión solemne en su rostro—, ¿por qué no tendría que existir un grial? A lo mejor eso es lo que está esperando el mundo. Arrancará de raíz toda la podredumbre. A todos los curas —escupió—. No creo que tu grial esté en Astarac, pero puede que encuentres respuestas a tus preguntas.

—O más preguntas.

—¡Pues vamos a averiguarlo!

Siguieron cabalgando hacia el este, subieron entre árboles hasta las tierras altas desnudas, siempre con cautela y evitando los asentamientos, pero a media mañana, al cruzar el valle del Gers, pasaron por el pueblo en el que habían peleado contra Joscelyn y sus hombres. Los aldeanos debieron de reconocer a Geneviève, pero no dieron problemas porque nadie se atrevía a meterse en los asuntos de jinetes armados, a menos que fueran ellos mismos soldados. Thomas vio un terreno recién escarbado junto a uno de los huertos de perales y supuso que allí habrían enterrado a los muertos de la escaramuza. Ninguno de los dos dijo nada cuando atravesaron el lugar en el que el padre Roubert pasó a mejor vida, aunque Thomas se persignó. Si Geneviève vio el gesto, hizo ver que le pasaba inadvertido.

Vadearon el río, y siguieron subiendo entre bosques hasta la cresta plana que dominaba Astarac. Había árboles a la derecha y un peñasco de rocas que se elevaba por encima de ellos a la izquierda. Thomas escogió los bosques instintivamente, en busca de protección, pero Geneviève lo detuvo.

—Alguien ha encendido un fuego —le dijo y señaló un hilillo de humo que salía de en medio del bosque.

—¿Carboneros?

—O *coredors* —replicó mientras hacía girar al caballo. Thomas la siguió, pero, reacio a abandonar el bosque, le echó un último vistazo. En ese mismo instante, vio un movimiento, algo furtivo, el tipo de movimiento que había aprendido a buscar en Bretaña e, instintivamente, sacó el arco de la funda que lo sujetaba a su silla.

Y entonces llegó la saeta.

Era un dardo de ballesta. Corto, robusto y negro, las barbas de cuero producían un zumbido al pasar, y Thomas tuvo el tiempo justo de apartarse y avisar a Geneviève antes de que el dardo pasara rozando su caballo para acabar clavándose en el costado de la yegua de la muchacha.

La yegua se desbocó, de su nívea anca sobresalía un dardo del que chorreaba sangre.

Geneviève consiguió de algún modo permanecer sobre su montura, mientras la bestia corría hacia el norte despidiendo borbotones de sangre. Dos dardos más volaron por encima de Thomas, después se volvió en la silla y vio a cuatro jinetes y al menos una docena de hombres a pie que salían del bosque.

—¡A las rocas! —le gritó a Geneviève—. ¡Ve a las rocas! —dudaba de que sus caballos pudieran escapar de los *coredors*, no con la yegua de Geneviève desangrándose a cada paso.

Oía los caballos en persecución. Oía los cascos repicar en la blanda tierra, pero entonces Geneviève llegó a las rocas, bajó de la silla y se encaramó a los riscos. Thomas desmontó junto a su caballo, pero en lugar de seguirla, escarzó el arco y sacó una flecha de su bolsa. Disparó, otra vez más, las flechas salían despedidas hacia abajo y un jinete caía del caballo; al segundo, el proyectil le había atravesado el ojo y un par más viraron tan bruscamente que uno de los caballos perdió pie y tiró al jinete. Thomas le disparó una flecha al que quedaba, falló y le envió la cuarta al que estaba en el suelo, una punta hueca que se le clavó en la espalda.

Los que iban a pie corrían tanto como podían, pero aún estaban algo lejos, y eso le dio a Thomas tiempo para sacar las flechas y la bolsa de dinero de su silla. Rescató las pertenencias de Geneviève de su yegua, ató las riendas de los dos caballos y las enrolló en una rama con la esperanza de que los retuviera, después trepó hasta las rocas. Dos dardos de ballesta repiquetearon junto a una roca cercana, pero se desplazaba rápido y él sabía bien lo difícil que era darle a un objetivo móvil. Encontró a Geneviève en un barranco junto a la cima.

—¡Has matado a tres! —le dijo maravillada.

—Dos —repuso él—. El otro sólo está herido. —Había visto al hombre al que le había disparado en la espalda arrastrarse hacia el bosque. Echó un vistazo y decidió que Geneviève había encontrado el mejor refugio posible. Dos enormes rocas formaban las paredes del barranco, por un extremo se tocaban y por el otro, una tercera piedra les hacía de parapeto. Era hora, pensó Thomas, de enseñarles a esos cabrones el poder del arco de tejo, así que se puso en pie detrás de la barricada improvisada y tensó la cuerda.

Disparaba flechas con furia ciega y una habilidad endemoniada. Los hombres llegaban en grupo y la primera media docena de saetas dieron en el blanco irremediablemente, se ensartaron en los *coredors* una detrás de otra. Después,

tuvieron el buen juicio de dispersarse, la mayoría para darse la vuelta y salir corriendo hasta situarse fuera de su alcance. Dejaron tres hombres en el suelo y un par más que cojeaba. Thomas envió una última flecha a un fugitivo y no le dio por un par de dedos.

Entonces llegó el turno de las ballestas, y Thomas se agachó junto a Geneviève mientras los dardos repiqueteaban y se rompían en las rocas del barranco. Calculó que habría unas cuatro o cinco ballestas y que disparaban justo desde el límite del alcance del arco; no podía hacer nada, excepto mirar por el otro lado de la roca y observar por una grieta poco más ancha que una mano. A los pocos instantes, vio a tres hombres correr hacia las rocas y disparó una flecha por la abertura, después se puso en pie y lanzó dos más antes de agacharse rápido y de que los dardos se estrellaran contra las rocas y cayeran sin fuerza sobre Geneviève. Las flechas habían hecho desistir a los tres hombres, aunque ninguno había sido herido.

—Se irán pronto —dijo Thomas. No había visto a más de veinte hombres persiguiéndolos y ya había matado o herido a la mitad, y aunque seguro que los habría cabreado, también los habría vuelto más cautelosos—. No son más que bandidos —prosiguió—, y quieren la recompensa por capturar a un arquero. —Joscelyn le había confirmado que el conde había ofrecido tal recompensa, y él estaba convencido de que con ella en mente les atacaban los *coredors*, aunque estaban empezando a descubrir lo difícil que sería ganársela.

—Podrían ir en busca de refuerzos —comentó Geneviève pensando en lo peor.

—Lo más probable es que no tengan refuerzo alguno al que acudir —sugirió él con optimismo, entonces oyó el relincho de uno de los caballos y supuso que alguno de los *coredors*, uno que no habían visto, había llegado hasta los dos animales y los estaba desatando—. La madre que los parió —exclamó y saltó la roca y empezó a bajar a saltos de piedra en piedra por la colina a plena vista. Un dardo se estrelló justo detrás de él mientras otro sacaba una chispa de la piedra que tenía enfrente, entonces vio al hombre que se llevaba los caballos, se detuvo y tensó una vez más la cuerda. El bandido estaba medio oculto por la yegua de Geneviève, pero Thomas disparó igualmente y la flecha pasó junto al cuello de la bestia y se clavó en el muslo del hombre. El *coredor* cayó, aún con las riendas en las manos, y Thomas se volvió y vio que uno de los cuatro ballesteros apuntaba arriba hacia Geneviève. El hombre disparó y Thomas devolvió el disparo. Estaba en el límite del alcance del enorme arco, pero la flecha se clavó ante las narices del enemigo, y el fino límite que los separó del peligro convenció a los ballesteros de recular. Al disparar, la bolsa de flechas le golpeaba el muslo derecho de manera ominosa, y Thomas supo que estaban aterrorizados por el poder del arco así que, en lugar de volver a su escondrijo en los peñascos, corrió hacia ellos. Disparó un par más de flechas, sintiendo la tensión en los músculos de la espalda mientras tensaba la cuerda, y los astiles empenachados

describieron una parábola en el cielo para desplomarse sobre los distintos ballesteros. Ninguna de las dos les alcanzó, pero los hombres aún retrocedieron más, y Thomas, cuando estuvo seguro de encontrarse fuera de su alcance, regresó a rescatar los caballos.

No había herido a un hombre, sino a un chico. Una criatura de nariz respingona que no tendría más de diez u once años, que yacía en la hierba con los ojos inundados de lágrimas y considerablemente enfurruñado. Agarró las riendas de los caballos de Thomas como si su vida dependiera de ello, y agitó un cuchillo que llevaba en la mano izquierda como débil amenaza. La flecha le había atravesado la parte superior del muslo derecho, y el dolor en el rostro de su víctima le hizo suponer que la punta hueca le habría roto el hueso con toda probabilidad.

Thomas le pegó una patada al cuchillo.

—¿Hablas francés? —le preguntó al muchacho, y recibió un escupitajo por respuesta. Thomas sonrió, le quitó las riendas y puso al muchacho en pie. El crío gritó de dolor cuando la flecha le rasgó la herida y Thomas miró a los *coredors* supervivientes y vio que habían abandonado toda su belicosidad. Estaban pendientes del chaval.

Thomas supuso que el chico habría llegado con los tres hombres que habían corrido hacia las rocas mientras él estaba oculto en el peñasco. Lo más probable es que hubieran confiado en robar al menos los dos caballos, para sacar de aquella incursión desastrosa un mínimo beneficio. Las flechas de Thomas habían hecho retroceder a los hombres, pero el muchacho, más pequeño, más ágil y más rápido, había alcanzado las rocas con la intención de convertirse en un héroe. Ahora, al parecer, era un rehén, pues uno de los *coredors*, un hombre alto con capa de cuero y un morrión resquebrajado incrustado encima de un pelo encrespado de manera salvaje, le mostraba ambas manos para hacerle ver que no llevaba armas y caminaba lentamente hacia él.

Thomas tiró al muchacho al suelo cuando el hombre se encontraba a treinta pasos y medio tensó el arco.

—Ya estás suficientemente cerca —le dijo al hombre.

—Me llamo Philin —repuso él. Era de pecho amplio y largas piernas, tenía un rostro enjuto y triste con una cicatriz que le cruzaba la frente. Llevaba un cuchillo envainado en el cinturón, pero no más armas. Parecía un bandido, pensó Thomas, aunque algo en sus ojos decía que había visto tiempos mejores, incluso tiempos respetables—. Es mi hijo —añadió Philin, señalando al muchacho.

Thomas se encogió de hombros como si eso no le importara.

Philin se quitó el desvencijado casco y contempló brevemente a los cadáveres sobre la hierba pálida. Había cuatro, todos muertos bajo largas flechas, y dos más estaban heridos y gemían. Volvió a mirar a Thomas.

—¿Eres inglés?

—¿Qué te parece a ti que es esto? —le preguntó Thomas levantando el arco. Sólo los ingleses llevaban arco de guerra largo.

—Había oído hablar de los arcos —admitió Philin. Hablaba francés con acento horrible y en ocasiones vacilaba al escoger alguna palabra—. Había oído hablar —prosiguió—, pero no había visto su eficacia hasta hoy.

—Pues ya la has visto —repuso Thomas vengativo.

—Creo que tu mujer está herida —le dijo Philin señalando el escondite de Geneviève.

—Lo que crees es que soy idiota —repuso Thomas. Philin quería que se volviera de espaldas para que las ballestas se acercaran.

—No —contestó Philin—, lo que creo que es que quiero a mi hijo vivo.

—¿Qué me ofreces? —le preguntó Thomas.

—Tu vida —contestó Philin—, si retienes a mi hijo, traeremos más hombres, muchos más; te rodearemos y te esperaremos. Moriréis los dos. Si mi hijo muere, te haré pasar tal agonía, inglés, que los tormentos del infierno te parecerán un alivio después. Pero deja vivir a Galdric y viviréis los dos. Tú y la hereje.

—¿Sabes quién es? —Thomas estaba sorprendido.

—Sabemos todo lo que sucede entre Berat y las montañas —dijo Philin.

Thomas miró hacia el peñasco, pero Geneviève permanecía escondida. Había planeado llamarla para que bajara, pero lo que hizo fue apartarse del muchacho.

—¿Quieres que le saque la flecha? —le preguntó a Philin.

—Los monjes de san Severo lo harán —repuso el bandido.

—¿Puedes ir allí?

—El abad Planchard siempre acoge a un herido.

—¿Incluso a un *coredor*?

Philin lo miró con desdén.

—Sólo somos hombres sin tierra. Desalojados. Acusados de crímenes que no cometimos. Bueno —de repente sonrió, y Thomas casi le devuelve la sonrisa—, de algunos que no cometimos. ¿Qué tendríamos que haber hecho? ¿Ir a galeras? ¿Permitir que nos colgaran?

Thomas se arrodilló junto al chico, dejó el arco en el suelo y sacó el cuchillo. El muchacho lo miró con los ojos como platos, Philin gritó alarmado, pero enseguida se dio cuenta de que Thomas no le iba a hacer ningún daño. Lo que hizo fue cortar la preciosa punta a la flecha y meterla en su morral. Después se puso en pie.

—Júrame por la vida de tu hijo —le ordenó a Philin— que mantendrás tu palabra.

—Lo juro —repuso Philin.

Thomas señaló a las rocas donde se refugiaba Geneviève.

—Es una *draga* —le dijo—, rompe tu juramento, Philin, y hará estremecer tu

alma.

—No te haré daño, y ellos —señaló a los otros *coredors*— tampoco.

Thomas sabía que no tenía otra elección. O confiaba en Philin o se resignaba a un asedio sin agua en el peñasco, así que se apartó del chico.

—Es tuyo.

—Gracias —contestó Philin con gravedad—. Pero dime... —Estas últimas palabras frenaron a Thomas que se había dado la vuelta y conducía los caballos hacia las rocas—. Dime, inglés, ¿por qué estás aquí solo?

—Pensaba que sabías todo lo que sucedía entre Berat y las montañas.

—Sí, pero lo sé porque pregunto —repuso Philin mientras se inclinaba hacia su hijo.

—Soy un hombre sin tierra, Philin, un fugitivo. Acusado de un crimen que sí cometí.

—¿Qué crimen?

—Dar refugio a una hereje.

Philin se encogió de hombros como para sugerirle que estaba más bien a la cola en la jerarquía de maldades que enviaban a los *coredors* al otro lado de la ley.

—Si eres un fugitivo de verdad —le dijo—, deberías pensar en unirme a nosotros. Pero ve a ver a tu mujer. No te he mentado. Está herida.

Tenía razón. Thomas llevó los caballos de vuelta a las rocas y llamó a Geneviève, y cuando ella no respondió trepó a toda prisa por las rocas y la encontró con un dardo de ballesta clavado en el pecho izquierdo. Había perforado la malla y le había roto la costilla justo encima del pecho izquierdo, junto a la axila, y estaba allí tumbada, rodeada de los feos dardos negros, respirando con dificultad y con el rostro más pálido que nunca, y se echó a llorar cuando Thomas la levantó.

—Me estoy muriendo —dijo, pero no tenía sangre en la boca, y Thomas había visto a muchos otros sobrevivir después de tales heridas. También los había visto morir.

Le causó muchísimo dolor mientras la bajaba por las rocas pero, en cuanto llegaron al pie del peñasco, reunió suficientes fuerzas para caminar ella sola, y Thomas la subió a la silla. Un hilo de sangre le corría por la malla. Una vez encima se irguió, sus ojos parecían apagados, y los *coredors* se acercaron para observarla maravillados. Miraban también a Thomas, y se persignaron ante el enorme arco. Eran todos hombres delgados, víctimas de las pobres cosechas de la región y de la dificultad de hallar comida cuando se es fugitivo, y ahora que Philin les había ordenado que bajaran las armas no parecían representar una amenaza, más bien todo lo contrario. Philin les habló en la lengua local y después, con su hijo montado en uno de aquellos escuchimizos caballos con el que los *coredors* habían perseguido a Thomas y Geneviève, emprendió el descenso hacia Astarac.

Thomas iba junto a él, llevando de las riendas a la yegua de Geneviève. La sangre se le había apelmazado en el anca y, aunque trotaba algo tiesa, no parecía muy malherida, así que Thomas dejó el dardo dentro de la carne. Ya lo sacaría después.

—¿Eres el jefe? —le preguntó a Philin.

—Sólo de los hombres que ves —contestó el hombretón—, y puede que ya no.

—¿Ya no?

—A los *coredors* les gusta el éxito —repuso Philin—, no enterrar a sus muertos. Sin duda hay otros que piensan que lo pueden hacer mejor que yo.

—¿Qué pasa con los demás heridos? —preguntó Thomas mientras volvía la cabeza hacia la cima de la colina—. ¿Por qué no van a la abadía?

—Uno no quería, prefería volver con su mujer, los demás probablemente morirán. —Philin miró el arco de Thomas—. Los hay que no quieren ir a la abadía; creen que serán traicionados y capturados. Pero Planchard no me traicionará.

Geneviève se tambaleaba sobre la silla, de manera que Thomas tuvo que cabalgar a su lado para que se pudiera apoyar. No dijo nada. Seguía teniendo los ojos vacíos y la piel pálida, y respiraba de manera casi imperceptible, pero se agarraba con firmeza a la perilla y Thomas se dio cuenta de que aún le quedaban fuerzas.

—Quizá los monjes no quieran curarla —le dijo a Philin.

—Planchard recoge a todo el mundo —repuso el bandido—, incluso a los herejes.

—Planchard es el abad, ¿verdad?

—Sí —le confirmó Philin—, y un hombre bueno. En otro tiempo yo fui uno de sus monjes.

—¿Tú? —Thomas no pudo ocultar la sorpresa.

—Era novicio, pero conocí a una chica. Estábamos preparando el nuevo viñedo y ella trajo las ramas de sauce que servían de tutor a las vides y... —Philin se encogió de hombros en un gesto que sugería que el resto del relato era demasiado tópico para necesitar ser contado—. Yo era joven —concluyó—, y ella también.

—¿La madre de Galdric? —supuso Thomas.

Philin asintió.

—Ahora está muerta. El abad fue muy amable. Me dijo que no tenía vocación y me dejó marchar. Nos convertimos en vasallos de la abadía; teníamos una granja pequeña, pero al resto de los aldeanos no les gustaba. Su familia hubiera preferido que se casara con otra persona, decían que yo no servía para nada, y cuando murió vinieron un día a quemarme. Maté a uno de ellos con una azada y luego dijeron que yo había empezado la pelea y me tacharon de asesino, así que aquí estoy. Era esto o que me colgaran en Berat —condujo el caballo de su hijo a través de un pequeño arroyo que bajaba por la colina—. Es la rueda de la fortuna, gira y gira arriba y abajo, pero parece que cae más veces de las que sube. Y Destral me echará la culpa a mí.

—¿Destral?



—Nuestro jefe. Su nombre significa «hacha», y es el arma con la que mata.

—¿No está aquí?

—Me ha enviado a mí para ver qué pasaba en Astarac —le dijo Philin—. Había hombres excavando en el castillo. Destral piensa que bajo sus ruinas hay un tesoro.

«El Grial —pensó Thomas—, el Grial», y se preguntó si ya lo habrían encontrado, pero inmediatamente rechazó el pensamiento porque la noticia habría atravesado el condado como el rayo.

—Pero no hemos llegado hasta Astarac —prosiguió Philin—. Acampamos en el bosque y estábamos a punto de irnos cuando os vimos.

—Y pensasteis que ibais a haceros ricos.

—Habríamos sacado cuarenta monedas por ti —repuso Philin—, cuarenta monedas de oro.

—Diez más de las que le dieron a Judas —comentó Thomas—, y las suyas eran de plata. —Philin tuvo la cortesía de sonreír.

Llegaron al monasterio justo después de mediodía. El viento era frío, llegaba a ráfagas del norte y enviaba el humo de la cocina por encima de la puerta, donde dos monjes se les acercaron. Dijeron que sí a Philin, y le permitieron que llevara a su hijo a la enfermería, pero le barraron el paso a Thomas.

—Necesita ayuda —insistió Thomas enfadado.

—Es una mujer —le dijo uno de los monjes—, no puede entrar aquí.

—En la parte trasera os recibirán —le dijo el otro monje mientras se subía la capucha blanca; luego condujo a Thomas por un lado de los edificios y a través de unos olivos hasta un puñado de cabañas de madera rodeadas por una empalizada alta—. El hermano Clement os recibirá —le dijo el monje, que acto seguido se fue corriendo.

Thomas ató los dos caballos a un olivo, después llevó a Geneviève hasta la puerta del cercado. Le dio una patada con la bota, esperó y volvió a pegarle otra patada; tras el segundo golpe, la pequeña puerta crujió y un monje diminuto, de arrugado rostro, barba desordenada y hábito blanco le dirigió una sonrisa.

—¿Hermano Clement?

El monje asintió.

—Necesita ayuda —dijo Thomas.

Clement le hizo un gesto para que la llevara adentro, a lo que en principio tomó por el patio de una granja. Olía desde luego como tal, aunque no veía montones de estiércol, pero los edificios de techo de paja parecían pequeños graneros y establos, después reparó en las personas con hábito gris sentadas en las puertas. Lo miraban hambrientos, y se acercaban a las pequeñas ventanas a medida que corría la voz sobre los recién llegados. Su primera impresión fue que eran monjes, después se dio cuenta de que entre ellos había mujeres y volvió a mirar la puerta, junto a la que había una

pequeña mesa llena de pilas de leña. Eran pedazos de madera atados con una cinta de cuero a un asa, si se sacudía el asa, la madera hacía ruido. Ya se había fijado en ellos cuando el hermano Clement le indicó que entrara, pero ahora entendía para qué servían los extraños objetos. Los llevaban los leprosos para avisar a la gente de que se acercaban y los de la mesa para que todos los que salieran cogieran uno. Thomas se detuvo, asustado.

—¿Esto es un lazareto? —le preguntó al hermano Clement.

El monje asintió alegremente, y cogió a Thomas del hombro. Thomas se resistió, pues temía el terrible contagio de los leprosos de hábitos grises, pero el hermano Clement insistió y lo llevó hasta una pequeña cabaña a un lado del patio. La cabaña estaba vacía, sólo contaba con un jergón de paja en una esquina y una mesa en la que se veían tarros, morteros y una balanza de hierro. El hermano Clement le indicó el jergón.

Thomas tendió a Geneviève. Una docena de leprosos se arremolinó junto a la puerta y observó a los recién llegados hasta que el hermano Clement hizo aspavientos para que se marcharan. Geneviève, ajena a la emoción que había suscitado su llegada, suspiró y después parpadeó mientras miraba a Thomas.

—Me duele —le susurró.

—Ya lo sé —le dijo—, pero tienes que ser valiente.

El hermano Clement se había arremangado y le indicaba ahora que tenían que quitarle a Geneviève la cota. Eso sería difícil, porque el dardo de ballesta seguía clavado en la carne y sobresalía por la malla. Pero el monje parecía saber qué hacer, pues apartó a Thomas a un lado, movió los brazos de Geneviève de manera que le quedaron por encima de la cabeza y sujetó las barbas de cuero del dardo. Geneviève se quejó, y el hermano Clement, con una delicadeza extraordinaria, separó entonces la malla rota y el jubón de la piel, de manera que quedaron suspendidos sobre el dardo. Después metió la mano izquierda por debajo del jubón hasta que sujetó el dardo con la mano, mientras con el mismo brazo sostenía la armadura, y sólo entonces le hizo una señal a Thomas, una señal con la que parecía indicarle que tenía que sacar a Geneviève de la armadura. Asintió aprobador cuando Thomas la cogió de los tobillos, y lo animó con otro gesto de la cara.

El joven arquero cerró los ojos y tiró. Geneviève gritó. Thomas dejó de tirar y el hermano Clement le hizo unos sonidos guturales que sugerían que Thomas estaba siendo demasiado delicado, así que volvió a tirar hasta que la sacó de la malla y, cuando abrió los ojos, vio que el cuerpo estaba libre de los anillos de hierro, aunque los brazos extendidos seguían aún enfundados entre los pliegues. Pero el dardo ya estaba libre de la armadura, y el hermano Clement, con unos chasquidos, acabó de sacar la cota y la dejó a un lado.

El monje volvió a la mesa, mientras Geneviève gritaba y revolvía la cabeza de

lado a lado en un esfuerzo por sofocar el dolor de la herida, que había empezado a sangrar de nuevo. Su camisa de tela estaba manchada de rojo desde la axila hasta la cintura.

El hermano Clement se arrodilló a su lado. Le puso un paño húmedo en la frente, le acarició la mejilla, emitió unos cuantos chasquidos más que parecieron relajar a Geneviève, y después, aún sonriendo, le puso la rodilla izquierda sobre el pecho y, con las dos manos en el dardo, tiró con fuerza. Ella gritó, pero el dardo salió, ensangrentado y chorreando, y el hermano Clement abrió la camisa con un cuchillo para ver la herida y colocó allí otro paño húmedo, indicándole a Thomas que lo apretara fuerte. Le dio al arquero una tira de arpillera, y le indicó con gestos que la envolviera alrededor del pecho de Geneviève como una venda. Le dolía, pues Thomas tuvo que incorporarla y, cuando estuvo erguida, el hermano Clement le rasgó el resto de la camisa ensangrentada; Thomas le vendó el pecho y el hombro con la arpillera, y sólo cuando tuvo bien colocada la cataplasma empapada en sangre, permitieron a Geneviève descansar. El hermano Clement sonrió como para indicarle que ya estaba todo hecho, después cerró las manos como en oración y se las colocó a un costado de la cara para indicar que Geneviève debía dormir.

—Gracias —repuso Thomas.

El hermano Clement abrió la boca en una gran sonrisa, y Thomas vio que el monje no tenía lengua. En ese momento, un extraño sonido en el techo alertó a Thomas, pero cuando vio que el diminuto monje cogía un tridente para pescar anguilas y empezaba a golpear el techo con violencia, supuso que se trataba de una rata, aunque lo único que consiguió el hermano Clement fue abrir agujeros.

Geneviève dormía.

Su improvisado médico se marchó a atender las necesidades de los leprosos, y poco más tarde volvió con un brasero y un cacharro de arcilla con unas brasas. Echó un poco de yesca al brasero, alimentó el fuego con leña y cuando hubo prendido, arrojó a la luminosa hoguera el dardo que había herido a Geneviève. Las barbas de cuero se quemaron con un hedor horrible. El hermano Clement asintió con alegría, y Thomas comprendió que estaba curándole la herida castigando a lo que la había causado. Cuando el dardo ofensor fue consumido por las llamas, el hermano Clement se acercó de rodillas hasta Geneviève, le echó un vistazo y sonrió contento. Sacó dos sucias mantas de debajo de la mesa y Thomas se las puso por encima.

La dejó durmiendo. Tenía que darles agua a los caballos y dejarlos pastar. Confiaba en poder hablar con el abad Planchard, pero los monjes se habían reunido en oración y seguían en la abadía cuando Thomas, imitando al hermano Clement, hizo relinchar a la yegua al arrancarle el dardo del anca. Tuvo que saltar como un campeón para evitar la cox. Cuando se hubo tranquilizado, le limpió la herida con agua, le acarició el cuello, y se llevó sillas, bridas, flechas, arcos y bolsas hasta el

cobertizo en el que Geneviève lo esperaba despierta. Estaba reclinada encima de unos sacos, y el hermano Clement, siempre con sus chasquiditos, le daba de comer con una cuchara sopa de setas y acedera. Le dedicó una sonrisa alegre a Thomas y volvió la cabeza hacia el patio, desde donde llegaba el sonido de los cantos. Eran los leprosos, y el hermano Clement tarareaba con ellos la melodía.

Para Thomas también había sopa y pan. Después de comer, y cuando el hermano Clement se hubo retirado a dondequiera que fuera que dormía, Thomas se acostó junto a Geneviève.

—Aún me duele —dijo—, pero no como antes.

—Eso es bueno.

—No me dolió cuando se me clavó la flecha. Sólo fue como un puñetazo.

—Te pondrás mejor —le dijo convencido.

—¿Sabes lo que cantan? —le preguntó.

—No.

—Es la canción de Heric y Aloísa. Eran amantes. Hace mucho tiempo. — Levantó una mano y le recorrió con un dedo la larga y rasposa línea de la mandíbula —. Gracias —le dijo.

Estaba extenuada y, en pocos minutos, volvió a dormirse. Pequeños rayos de luna entraban por el techo agujereado, y Thomas vio que tenía la frente perlada de sudor. Pero al menos su respiración era profunda y tranquila, y después de un rato, también él se quedó dormido.

Durmió mal. A veces, durante la noche, soñaba con el ruido de los caballos de guerra lanzados a la carga y con los gritos de alarma de los aldeanos, pero en esta ocasión se despertó para descubrir que no era un sueño, sino real, y se incorporó en cuanto la campana del monasterio hizo sonar la alarma. Apartó las mantas y pensó que tendría que ir a ver qué había sucedido, pero entonces la campana dejó de sonar y la noche se tornó de nuevo silenciosa.

Y Thomas volvió a dormirse.



Thomas se despertó sobresaltado al reparar en que tenía un hombre frente a él. Era alto, y su estatura se recortaba contra la débil luz del alba que entraba por la puerta de la cabaña. Thomas reaccionó instintivamente y alcanzó su espada, pero el hombre dio un paso atrás e intentó tranquilizarlo con un susurro.

—No pretendía despertaros —le dijo con una voz profunda en absoluto amenazante.

Thomas se incorporó y descubrió que le hablaba un monje. No le veía la cara, pues la cabaña estaba oscura, pero entonces el hombre alto de hábito blanco se acercó para mirar de cerca a Geneviève.

—¿Cómo está vuestra amiga? —le preguntó.

Geneviève dormía. Un mechón de cabello dorado se levantaba por encima de su boca con cada espiración.

—Cuando se quedó dormida parecía estar mejor —repuso Thomas en voz baja.

—Eso es bueno —contestó el monje con esperanza, después se volvió a apartar hasta la puerta. Había cogido el arco de Thomas al inclinarse sobre Geneviève y ahora lo examinaba a la débil y grisácea luz del amanecer. Thomas, como cada vez que un extraño tocaba su arma, se sintió incómodo, pero no dijo nada; al cabo de unos segundos, el monje apoyó el arco junto a la mesa de medicinas del hermano Clement—. Quisiera hablar con vos —le dijo el monje—. ¿Podríamos encontrarnos en el claustro dentro de unos instantes?

Era una fría mañana. El rocío empapaba la hierba entre los olivos y en el jardín que quedaba en el interior del claustro. Había una alberca comunal en una esquina, en la que los monjes, con un servicio ya rezado, se lavaban la cara y las manos, y Thomas buscó al monje alto entre ellos, pero después lo vio sentado en un murete bajo entre dos pilares, junto a la arcada sur. El monje le hizo una señal, y Thomas vio que era muy anciano, su rostro tenía muchas arrugas y su porte estaba cargado de bondad.

—Vuestra amiga —le dijo el monje cuando Thomas se acercó— está en excelentes manos. El hermano Clement es nuestro curandero más preparado, pero él y el hermano Ramón no están de acuerdo en algunas cuestiones relativas a su arte, así que los tengo que mantener separados. Ramón está al cargo de la enfermería y Clement de los leprosos. Ramón es médico de verdad, educado en Montpellier, así

que evidentemente tenemos que hacerle caso, pero parece no contar con más remedios que la oración y las copiosas sangrías. Las utiliza para todo, mientras que el hermano Clement, sospecho yo, utiliza su propia magia. Supongo que debería desaprobarlo, pero me veo obligado a decir que si estuviera enfermo, preferiría que me tratara el hermano Clement. —Sonrió a Thomas—. Me llamo Planchard.

—¿Sois vos el abad?

—Así es. Y sois muy bienvenido a nuestra casa. Lamento no haber podido saludaros ayer. Ah, me ha dicho el hermano Clement que os alarma estar alojado en el lazareto. No hay de qué preocuparse. Mi experiencia es que no se trata de un estado que se transmita por el contacto. Llevo visitando leprosos cuarenta años y aún estoy por perder algún dedo, y el hermano Clement vive y reza con ellos y jamás ha sido tocado por la enfermedad. —El abad se detuvo para persignarse y Thomas pensó al principio que el hombre intentaba guardarse de coger la lepra, pero luego se dio cuenta de que Planchard miraba al otro lado del claustro. Siguió la mirada del abad, y vio un cuerpo transportado en una camilla. Se trataba claramente de un cadáver, pues iba tapado con un paño blanco y le seguía un crucifijo en equilibrio sobre un arcón, que cayó tras unos pocos pasos, de manera que los monjes tuvieron que detenerse para recogerlo—. Anoche tuvimos alboroto —dijo con suavidad Planchard.

—¿Alboroto?

—¿No oísteis las campanas? Sonaron demasiado tarde, me temo. Dos hombres llegaron al monasterio por la noche. Nuestra puerta nunca está cerrada, así que no tuvieron problemas para entrar. Ataron al guardián de pies y manos y se dirigieron a la enfermería. El conde de Berat estaba allí. Lo atendían su escudero y tres de sus hombres de armas que sobrevivieron a la horrible batalla librada en el valle vecino — el abad señaló con un brazo hacia el oeste, pero si sabía o sospechaba que Thomas se había visto envuelto en la pelea, no hizo ningún comentario—; uno de esos hombres de armas dormía en la estancia del conde. Se despertó cuando llegaron los asesinos, así que murió, y después de degollar al conde corrieron como descosidos. —El viejo abad narraba estos eventos de manera monótona, como si los asesinatos sucios fueran cosa corriente en San Severo.

—¿El conde de Berat? —preguntó Thomas.

—Un hombre triste —repuso Planchard—. Me gustaba bastante, pero me temo que era uno de esos locos de Dios. Era sorprendentemente cultivado, pero no tenía sentido común. Siempre había sido duro con sus vasallos, pero generoso con la Iglesia. Creo que intentaba comprarse el camino al cielo, aunque lo que en realidad buscaba era un heredero, y Dios jamás le concedió ese deseo. Pobre hombre, pobre hombre. —Planchard observó cómo transportaban al conde muerto por la puerta, después sonrió con amabilidad a Thomas—. Algunos de mis monjes insistían en que vos debíais de ser el asesino.

—¡Yo! —exclamó Thomas.

—Sé que no fuisteis vos —le dijo Planchard—. Vieron escapar a los auténticos asesinos al galope —hizo un gesto de desaprobación con la cabeza—, pero los hermanos se entusiasman mucho y, por desgracia, nuestra casa se ha visto perturbada con frecuencia en los últimos tiempos. Perdonad, no os he preguntado vuestro nombre.

—Thomas.

—Un buen nombre. ¿Sólo Thomas?

—Thomas de Hookton.

—Suenas muy inglés —repuso Planchard—. ¿Y sois qué, soldado?

—Arquero.

—¿No sois fraile? —le preguntó Planchard entre serio y divertido.

Thomas medio sonrió.

—¿Sabéis algo de eso?

—Sé que un arquero inglés llamado Thomas llegó a Castillon d'Arbizon vestido de dominico. Sé que hablaba buen latín. Sé que tomó el castillo y sé que después sembró la miseria en el condado. Sé que ha causado muchas lágrimas, Thomas, muchas lágrimas. Gente que se ha esforzado durante toda su vida para construir algo que les quedara a sus hijos, lo vio destruido en minutos.

Thomas no sabía qué responder. Miraba la hierba.

—Tenéis que saber más que eso —dijo después de un rato.

—Sé que vos y vuestra compañera estáis excomulgados —repuso Planchard.

—Pues no debería estar aquí —indicó Thomas mientras señalaba el claustro—, he sido excluido de los recintos sagrados —añadió con amargura.

—Estáis aquí porque yo os he invitado —fue la dulce respuesta de Planchard—, y si Dios desapruera esa invitación, pronto tendrá oportunidad de exigirme explicaciones.

Thomas miró al abad, que soportó con paciencia el escrutinio. Había algo en Planchard, pensó Thomas, que le recordaba a su propio padre, pero sin la locura. Aunque también había santidad, sabiduría y autoridad en el viejo y arrugado rostro, y Thomas supo que el hombre le gustaba. Le gustaba mucho. Apartó la mirada.

—Protegía a Geneviève —murmuró a modo de justificación.

—¿La begarda?

—No es una begarda —repuso Thomas.

—Me sorprendería que lo fuera —dijo a su vez Planchard—, pues dudo mucho de que por estos lares haya algún begardo. Esos herejes se congregan en el norte. ¿Cómo se llaman? Hermanos del Espíritu Libre. ¿Y en qué creen? En que todo proviene de Dios, ¡así que todo es bueno! Es una idea cautivadora, desde luego. Excepto que cuando dicen todo se refieren exactamente a eso, todo. Todos los pecados, todas las

hazañas y todos los robos.

—Geneviève no es begarda —repitió Thomas, aunque la firmeza de su tono no reflejaba ninguna convicción.

—Estoy convencido de que es hereje —contestó Planchard con suavidad—, pero ¿quién no lo es? Con todo —y la suavidad desapareció de su voz—, también es una asesina.

—¿Y quién no lo es? —repitió Thomas.

Planchard hizo una mueca.

—Mató al padre Roubert...

—Que la había torturado —dijo Thomas. Se levantó la manga y le enseñó al abad sus propias cicatrices del hierro ardiendo—. También yo maté a mi torturador, y también él era dominico.

El abad contempló el cielo que se estaba encapotando. La confesión de asesinato de Thomas no pareció perturbarlo, de hecho, sus siguientes palabras dieron la sensación de que la había pasado por alto por completo.

—El otro día me recordaron —prosiguió— uno de los salmos de David. «*Dominus reget me et nihil mihi deerit...*».

—«*In loco pascuae ibi conlocavit*»— añadió Thomas cerrando la cita.

—Ya veo por qué os tomaron por fraile —comentó Planchard divertido—. Pero la implicación del salmo, ¿no es que nosotros somos ovejas y Dios nuestro pastor? ¿Por qué si no iba a dejarnos en un pasto y protegernos con un cayado? Lo que nunca he entendido es por qué el pastor culpa a las ovejas de ponerse enfermas.

—¿Dios nos culpa?

—No puedo hablar por Dios —repuso Planchard—, sólo por la Iglesia. ¿Qué dijo Cristo? «*Ego sum pastor bonus, bonus pastor animam suam dat pro ovibus*». —Tuvo la deferencia de no traducirle a Thomas las palabras, que significaban: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas»—. Y la Iglesia —prosiguió Planchard— continúa el ministerio de Cristo, o eso se supone, y aun así algunos hombres de la Iglesia, tristemente, se muestran muy entusiastas cuando de sacrificar su rebaño se trata.

—¿Y vos no?

—Yo no —repuso Planchard con firmeza—, pero que esa debilidad mía no os convenza de que apruebo vuestra conducta. No la apruebo, Thomas, ni apruebo la de vuestra mujer, pero tampoco apruebo tina Iglesia que se vale del dolor para traer el amor de Dios a un mundo pecador. El mal engendra mal, se extiende como las malas hierbas, pero las obras del bien son tiernos brotes que requieren atención. —Se detuvo a meditar unos instantes, después sonrió a Thomas—, aunque mi deber está claro, ¿o no lo está? Debo entregaros a ambos al obispo de Berat, y permitir que su fuego haga la tarea de Dios.



—Y vos —replicó Thomas con amargura—, sois hombre que cumple con su deber.

—Soy un hombre que intenta, con la ayuda de Dios, ser bueno. Ser lo que Cristo quería que fuésemos. El deber en ocasiones lo imponen otros y siempre debemos examinarlo para ver si nos ayuda a ser buenos. No apruebo vuestra conducta, la de ninguno de los dos, pero no veo qué bien puede extraerse de quemaros. De modo que cumpliré con el deber que me dicta mi conciencia, que no me indica que os envíe al fuego del obispo. Además —volvió a sonreír—, quemaros sería un terrible desaprovechamiento de los esfuerzos del hermano Clement. Me dice que ha llamado a una arreglahuesos del pueblo para que le repare la costilla a vuestra Geneviève, aunque el hermano Clement también me ha avisado de que las costillas son difíciles de sanar.

—¿El hermano Clement habla con vos? —le preguntó Thomas sorprendido.

—¡Madre mía, no! ¡El pobre hermano Clement no puede hablar! Fue esclavo en galeras. Los mahometanos lo capturaron durante una incursión en Leghorn, creo, ¿o era en Sicilia? Le arrancaron la lengua, supongo que porque los insultaría, y le cortaron algo más, motivo por el cual, sospecho yo, se hizo monje después de que lo rescatara una nave veneciana. Ahora se encarga de las colmenas y atiende a nuestros leprosos. ¿Que cómo hablamos entre nosotros? Bueno, él señala y hace gestos y dibuja en la arena, y de algún modo conseguimos entendernos.

—¿Y qué haréis con nosotros? —le preguntó Thomas.

—¿Hacer? ¿Yo? ¡Nada de nada! Excepto rezar y desearos buen viaje cuando os marchéis. Pero quiero saber por qué estáis aquí.

—Porque fui excomulgado —repuso Thomas lleno de rencor—, y mis compañeros ya no quisieron saber nada más de mí.

—Quiero decir que por qué vinisteis a Gascuña —insistió Planchard con paciencia.

—Me envió el conde de Northampton —repuso Thomas.

—Ya veo —dijo Planchard en un tono que dejaba claro que sabía que Thomas evitaba la pregunta—, pero el conde tendría sus motivos, digo yo.

Thomas no contestó. Vio a Philin al otro lado del claustro y alzó una mano en señal de saludo. El *coredor* le sonrió: su hijo, al igual que Geneviève, se estaba recuperando de la herida de flecha.

Planchard insistió.

—¿Tenía motivos el conde, Thomas?

—Castillon d'Arbizon había sido propiedad suya. La quería otra vez.

—Fue su propiedad —replicó Planchard con aspereza— durante muy poco tiempo, y no me puedo creer que el conde esté tan falto de tierras que tenga que enviar hombres a defender una insignificante ciudad de la Gascuña, sobre todo

después de la tregua firmada en Calais. Tiene que haberos enviado a romper la tregua por un motivo muy especial, ¿no creéis? —Se detuvo de nuevo y sonrió ante la reticencia de Thomas—. ¿Sabéis cómo sigue el salmo que empieza con «*Dominus reget me*»?

—Un poco —repuso Thomas con vaguedad.

—Entonces puede que conozcáis las palabras «*calix meus inebrians.*»

—Mi copa me embriaga —repuso Thomas.

—Porque esta mañana he estado observando vuestro arco, Thomas —prosiguió Planchard—, más que nada por curiosidad. He oído hablar mucho del arco de guerra inglés, pero no había visto uno desde hacía muchos años. Aunque el vuestro, me he dado cuenta, tenía una cosa que sospecho que la mayoría de arcos no tienen. Una placa de plata. Yen esa placa, joven, estaba la insignia de los Vexille.

—Mi padre era un Vexille —repuso Thomas.

—¿Sois noble?

—Bastardo —repuso Thomas—, él era cura.

—¿Vuestro padre era cura? —Planchard parecía sorprendido.

—Era cura —confirmó Thomas— en Inglaterra.

—Había oído que algunos de los Vexille huyeron allí —comentó Planchard—, pero eso ocurrió hace muchos años. Antes de mis recuerdos. ¿Y por qué vuelve un Vexille a Astarac?

Thomas no dijo nada. Los monjes se dirigían al trabajo, sacaban azadas y estacas por la puerta.

—¿Dónde llevarán al conde? —dijo Thomas para evitar la pregunta del abad.

—Debe regresar a Berat, por supuesto, para ser enterrado en el panteón, con sus ancestros —contestó Planchard—, y para cuando llegue a la catedral, el cuerpo apestará. Recuerdo el entierro de su padre: olía tan mal que la mayoría de los asistentes tuvieron que salir de la iglesia. Bien, ¿cuál era mi pregunta? Ah, sí, ¿por qué vuelve un Vexille a Astarac?

—¿Y por qué no? —respondió Thomas.

Planchard se puso en pie y le hizo una señal para que lo siguiera.

—Dejadme enseñaros algo, Thomas. —Condujo a Thomas hasta la iglesia de la abadía; al entrar, el abad se mojó los dedos en la pila de agua bendita y se persignó mientras se arrodillaba ante el altar mayor. Thomas, casi por primera vez en su vida, no imitó el gesto. Estaba excomulgado. Los ritos antiguos ya no tenían poder en él porque había sido apartado de ellos. Siguió al abad por la amplia nave hasta una sala detrás de un altar lateral, y allí Planchard abrió una pequeña puerta con una enorme llave—. Abajo estará oscuro —le avisó el hombre—, y no llevo lámpara, así que id con cuidado.

Una débil luz iluminó las escaleras y, cuando Thomas llegó abajo, Planchard lo

detuvo con un gesto de la mano.

—Esperad aquí —le dijo—, y os traeré algo. Está demasiado oscuro para ver dentro el tesoro.

Thomas le esperó. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, observó que había ocho arcos bajo la cripta, y después comprendió que no se trataba sólo de una bóveda, sino también de un osario, y al reparar en ello dio un paso atrás repentinamente horrorizado. Los arcos estaban llenos de huesos. Los cráneos le observaban. En el lado este había una arcada sólo llena hasta la mitad, el resto del espacio esperaba a los hermanos que rezaban cada día en la iglesia de encima. Era el sótano de los muertos; la antecámara del cielo.

Oyó el ruido de un pestillo, después los pasos del abad regresaron y Planchard le tendió una caja de madera.

—Llevadla a la luz —le dijo—, y observadla. El conde intentó llevársela, pero cuando volvió aquí con fiebre pude recuperarla. ¿La veis bien?

Thomas levantó la caja a la luz que venía de la escalera. Reparó en que era muy vieja, en que la madera estaba seca y en que había estado pintada por dentro y por fuera, pero entonces descubrió, en la parte frontal, los restos de las palabras que tan bien conocía, las palabras que lo perseguían desde la muerte su padre: *calix meus inebrians*.

—Se cuenta —el abad le volvió a coger la caja a Thomas—, que se encontró en un precioso relicario en el altar de la capilla del castillo de los Vexille. Pero estaba vacía cuando la encontraron, Thomas. ¿Lo entendéis?

—Estaba vacía —repitió Thomas.

—Creo que sé —le dijo Planchard—, qué trae a un Vexille a Astarac, pero aquí no hay nada para vos, Thomas, nada de nada. La caja estaba vacía. —Devolvió la caja, cerró el pesado arcón y condujo a Thomas de nuevo a la iglesia. Cerró la puerta del tesoro y le indicó al arquero que se sentara con él en un banco de piedra que recorría todo el perímetro de la desnuda nave—. La caja estaba vacía —insistió el abad—, aunque sin duda pensáis que alguna vez estuvo llena. Y creo que habéis venido para encontrar lo que contenía.

Thomas asintió. Observó a dos novicios barrer la iglesia: las ramitas de abedul que componían las escobas rascaban las amplias losas.

—También he venido —le dijo—, para encontrar al hombre que mató, que asesinó a mi padre.

—¿Sabéis quién lo hizo?

—Mi primo. Guy Vexille. Dicen que se hace llamar el conde de Astarac.

—¿Y creéis que está aquí? —Planchard parecía sorprendido—. Jamás he oído hablar de tal hombre.

—Creo que si sabe que estoy aquí —le contó Thomas—, vendrá.

—¿Y es vuestra intención matarlo?

—Lo interrogaré —dijo Thomas—, quiero saber por qué piensa que mi padre poseía el Grial.

—¿Y lo poseía?

—No lo sé —contestó con sinceridad—. Pienso que creía poseerlo, pero a veces... a veces tenía ataques de locura.

—¿De locura? —La pregunta fue pronunciada de manera muy delicada.

—No adoraba a Dios —repuso Thomas—, luchaba con él. Rogaba, gritaba, aullaba y lloraba. Veía muchas cosas con enorme claridad, pero Dios lo confundía.

—¿Y vos? —le preguntó Planchard.

—Yo soy arquero —contestó Thomas—, tengo que ver las cosas con claridad.

—Vuestro padre —le dijo Planchard— le abrió la puerta a Dios y quedó deslumbrado, y vos se la cerráis.

—Es posible —contestó Thomas a la defensiva.

—¿Y qué es lo que esperáis obtener si encontráis el Grial, Thomas?

—Paz —repuso Thomas—, y justicia. —No era una respuesta en la que hubiera pensado, sino casi un rechazo a la pregunta.

—Un soldado que busca paz —dijo Planchard divertido—. Estáis lleno de contradicciones. Quemáis, matáis y robáis para obtener la paz. —Alzó una mano para acallar la protesta de Thomas—, tengo que deciros, Thomas, que creo que sería mejor que el Grial no fuera encontrado. Si yo lo hallara lo lanzaría a lo más profundo del mar, entre los monstruos, y no se lo diría a nadie. Pero si otra persona lo encuentra, no será más que otro trofeo en las guerras de los hombres ambiciosos. Los reyes pelearán por él, hombres como vos morirán por él, las iglesias se harán ricas y no habrá paz alguna. Pero yo no puedo estar seguro de eso. A lo mejor tenéis razón. A lo mejor el Grial nos arrojará a una edad llena de paz, y rezo porque así sea. Con todo, el descubrimiento de la corona de espinas no trajo ninguno de esos esplendores, y, ¿por qué habría de ser el Grial más poderoso que las espinas que hirieron a nuestro amado Señor? Tenemos viales de su sangre en Flandes e Inglaterra, y tampoco han traído paz. ¿Es más precioso el Grial que su sangre?

—Algunos hombres así lo creen —contestó Thomas incómodo.

—Yesos hombres matarían como bestias por poseerlo —le dijo Planchard—. Matarían con la misma piedad que un lobo devorando a un cordero, y, decidme, ¿traería eso paz? —Suspiró—. Con todo, puede que tengáis razón. Puede que sea la hora de encontrar el Grial. Necesitamos un milagro.

—¿Para traer paz?

Planchard negó con la cabeza. Durante un rato se mantuvo en silencio, sólo miraba a los monjes que barrían con un aspecto solemne y triste.

—No le he contado esto a nadie, Thomas —rompió su largo silencio—, y haréis

bien en no contarlos vos tampoco. A su tiempo todos lo sabremos, y para entonces será ya demasiado tarde. Pero no hace mucho recibí una carta de un monasterio de nuestra hermandad en Lombardía, y puedo casi asegurarte que nuestro mundo está a punto de cambiar por completo.

—¿Por el Grial?

—Ojalá así fuera. No, porque hay un contagio en el este. Un contagio temible, una peste que se expande como el humo, que mata a todos los que toca y que no respeta a nadie. Es una plaga, Thomas, que nos ha sido enviada para flagelarnos. —Planchard miró hacia delante, contemplando la danza del polvo en un haz de luz solar que llegaba por uno de los altos ventanales—. Un contagio como éste sólo puede ser obra del diablo —prosiguió el abad mientras se persignaba—. Es una obra horrenda. Mi hermano el abad me informa de que en algunas ciudades de Umbría ha muerto la mitad de la población, y me aconseja que cierre las puertas y no dé cobijo a ningún viajero, ¿pero cómo voy a hacer eso? Estamos aquí para ayudar a la gente, no para cerrarles la puerta de Dios. —Miró hacia arriba, como buscando ayuda divina entre las grandes vigas del techo—. Se avecina la oscuridad, Thomas —le dijo—, y es una oscuridad que la humanidad no ha visto nunca. Puede que si encontráis el Grial, esa negrura reciba nueva luz.

Thomas pensó en la visión de Geneviève bajo la tormenta, en la gran oscuridad en la que había visto un punto de luz.

—Siempre he pensado —prosiguió Planchard—, que la búsqueda del Grial era una locura, la caza de una quimera que no acarrearía ningún bien, sólo maldad, pero ahora sé que todo va a cambiar. Todo. Quizás estemos necesitados de alguna señal fabulosa del amor de Dios. —Suspiró—. Me he sentido tentado de preguntarme si esta peste que se avecina no nos la habrá enviado el Señor. Puede que nos queme, que nos purgue, para que los que se libren hagan Su voluntad. No lo sé. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué haréis cuando se recupere vuestra Geneviève?

—Vine aquí —dijo Thomas—, para averiguar todo lo que pudiera de Astarac.

—Del principio y el fin de las tareas del hombre —dijo Planchard con una sonrisa—, no hay final. ¿Os importa que os dé un consejo?

—Por supuesto que no.

—Pues marchaos lejos, Thomas —dijo con firmeza el abad—, marchaos muy lejos. No sé quién ha matado al conde de Berat, pero no resultará difícil averiguarlo. Tenía un sobrino, un hombre estúpido pero fuerte al que vos tomasteis prisionero. Dudo mucho de que el conde hubiera ofrecido rescate por él, pero ahora su sobrino es el conde y puede negociar su propio rescate. Y si busca lo mismo que buscaba su tío, matará a cualquier rival, y vos sois uno de ellos, Thomas. Así que tened cuidado. Y marchaos pronto.

—¿No soy bienvenido?

—Sois los dos muy bienvenidos. Pero esta mañana el escudero del conde ha ido a informar de la muerte de su señor, y el muchacho debe de saber que estáis aquí. Vos y la muchacha. Puede que no sepa vuestros nombres, pero vosotros sois... ¿cómo decirlo? ¿Conspicuos? Así que si alguien quiere mataros, Thomas, sabrán dónde encontraros. Por eso os digo que os vayáis lejos. Esta casa ya ha visto demasiado asesinato, y no quiero más. —Se puso en pie y le puso una mano amable sobre la cabeza—. Que Dios os bendiga, hijo mío —dijo, y salió de la iglesia.

Y Thomas sintió que la oscuridad se cernía sobre él.

\* \* \*

Joscelyn era conde de Berat.

No paraba de repetírselo, y cada vez que lo hacía sentía un arrebato de júbilo genuino. ¡Conde de Berat! Señor del dinero.

Villesisle y su compañero habían vuelto de Astarac con las noticias de que el anciano había muerto mientras dormía.

—Antes incluso de que llegáramos al monasterio —le dijo Villesisle a Joscelyn ante Robbie y sir Guillaume, aunque más tarde, en privado, confesó que las cosas no habían salido tan bien y que habían derramado sangre.

—Eres un imbécil —le espetó Joscelyn—, ¿qué es lo que te dije?

—Que lo asfixiara.

—Y vas y lo pones todo perdido de sangre.

—No tuvimos elección —se defendió Villesisle molesto—. Estaba allí uno de sus hombres de armas e intentó plantar cara. Pero ¿qué importa? El viejo está muerto, ¿no?

Estaba muerto. Muerto y pudriéndose, y eso era lo que importaba de verdad. El decimocuarto conde de Berat estaba de camino hacia el cielo o el infierno, y el condado, con sus castillos, feudos, ciudades, siervos, granjas y monedas amasadas, pertenecía a Joscelyn.

Joscelyn poseía una nueva autoridad cuando se reunió con Robbie y sir Guillaume. Antes, cuando se preguntaba si su tío pagaría o no su rescate, se había esforzado por ser cortés, pues su futuro dependía de la buena voluntad de sus captores, pero ahora, aunque tampoco era grosero, se mostró distante como le correspondía, pues ellos no eran más que aventureros y él, Joscelyn de Berat, uno de los nobles más ricos del sur de Francia.

—Mi rescate —declaró sin más—, asciende a veinte mil florines.

—Cuarenta —replicó sir Guillaume inmediatamente.

—¡Es mi prisionero! —le recordó Robbie a sir Guillaume.

—¿Y qué? —se revolvió éste—, ¿por eso tienes que avenirte a veinte cuando vale

cuarenta?

—Se queda en veinte —repuso Robbie; era, en verdad, una fortuna, un rescate digno de un duque real. En dinero inglés supondrían unas tres mil libras, más que de sobra para que un hombre viviera fastuosamente durante toda su vida.

—Y tres mil florines más —añadió Joscelyn—, por los caballos capturados y mis hombres de armas.

—Hecho —contestó Robbie antes de que sir Guillaume pudiera objetar algo.

A sir Guillaume le disgustó el comportamiento de Robbie. El normando sabía que veinte mil florines constituían un buen rescate, más de lo que siquiera habría soñado con obtener la primera vez que vio a los pocos jinetes que se acercaron por el vado hasta la emboscada que les habían tendido, pero aun así le parecía que Robbie había aceptado demasiado pronto. Normalmente, llevaba meses negociar un rescate, meses de regateo, de mensajeros que iban y venían transportando ofertas, contraofertas, rechazos y amenazas; Robbie y Joscelyn, en cambio, lo habían arreglado todo en cosa de unos minutos.

—Y ahora esperaréis aquí hasta que llegue el dinero —le dijo sir Guillaume a Joscelyn.

—Pues mejor me quedo aquí para siempre —replicó el nuevo conde—. Tengo que tomar posesión de mi herencia —le explicó—, antes de entregar el dinero.

—¿Creéis acaso que permitiré vuestra partida sin antes haber recibido el rescate?

—Yo iré con él —intervino Robbie.

Sir Guillaume miró al escocés y después a Joscelyn, y vio aliados. Sin duda había sido Robbie, pensó el normando, quien había dado la vuelta al escudo de Joscelyn, un detalle que no le pasó desapercibido, pero que había decidido ignorar.

—Te vas con él —dijo sin más—, y es tu prisionero, ¿eh?

—Es mi prisionero —dijo Robbie.

—Pero yo mando aquí —insistió sir Guillaume— y una parte del rescate es mía. Nuestra —y señaló con el brazo al resto de la guarnición.

—Y será pagada —contestó Robbie.

Sir Guillaume miró a Robbie a los ojos y vio a un hombre joven que no era capaz de sostener su mirada; un hombre joven, cuyas fidelidades no estaban claras, que le estaba proponiendo irse con Joscelyn a Berat. Era fácil adivinar que Robbie probablemente no volvería, así que el normando fue hasta el nicho en el que colgaba el crucifijo, el mismo crucifijo que Thomas había sostenido ante los ojos de Geneviève. Lo descolgó de la pared y lo puso encima de la mesa enfrente de Robbie.

—Jura por esto —le exigió— que nos pagarás nuestra parte.

—Lo juro —repuso Robbie con solemnidad mientras apoyaba la mano en la cruz—. Por Dios y por la vida de mi madre, lo juro. —Joscelyn, que lo estaba mirando, parecía divertido.

Sir Guillaume cedió. Sabía que podía retener a Joscelyn y los demás prisioneros, y que al final encontraría una manera de conseguir el dinero del rescate si se quedaban allí, pero también sabía que se enfrentaba a semanas de agitación. Los seguidores de Robbie, y había unos cuantos, sobre todo entre los *routiers* que se habían unido a la guarnición, alegrarían que si esperaban se arriesgaban a perder todo el dinero, o peor, podrían tramar quedarse con el dinero una vez llegara y estafar al resto, y Robbie animaría sin duda la agitación para dividir a sus hombres. Seguro que acabaría dividida igualmente, pues sin Thomas, no había ningún motivo convincente para quedarse. Los hombres nunca habían sabido que iban en busca del Grial, pero percibían la urgencia de Thomas, percibían que seguía una causa, y que tenía un significado; ahora, sir Guillaume lo sabía muy bien, no eran más que otra banda de con la suerte de haber ocupado un castillo. Ninguno se quedaría demasiado tiempo, pensaba el normando. Incluso si Robbie no le pagaba a sir Guillaume su parte, éste aún saldría de allí mucho más rico de lo que había llegado, pero si Robbie mantenía su juramento, sir Guillaume reuniría el suficiente dinero para mantener a los hombres que necesitaba y vengarse de aquéllos que le habían robado las tierras en Normandía.

—Espero el dinero dentro de una semana —dijo sir Guillaume.

—Dos —repuso Joscelyn.

—¡Una semana!

—Lo intentaré —contestó Joscelyn con brusquedad.

Sir Guillaume empujó el crucifijo hasta el otro lado de la mesa.

—¡Una semana!

Joscelyn miró a sir Guillaume durante largo rato, después colocó un dedo sobre el cuerpo maltrecho de Cristo.

—Si insistís —dijo—. Una semana.

Joscelyn se marchó por la mañana. Cabalgaba con la armadura completa, su estandarte, caballos y hombres de armas, que le habían sido restituidos, y con él iban Robbie Douglas y dieciséis hombres de armas más, todos ellos gascones que habían estado al servicio de Thomas, pero que ahora preferían el oro del conde de Berat. Sir Guillaume se quedó con los hombres con los que había llegado a Castillon d'Arbizon, al menos eso significaba que los arqueros seguían a su lado. Desde la almena más elevada, contemplaba a Joscelyn marchar. John Faircloth, el hombre de armas inglés, se reunió allí con él.

—¿Nos deja? —preguntó, y se refería a Robbie.

Sir Guillaume asintió.

—Nos deja. No lo volveremos a ver.

—¿Y qué haremos? —preguntó Faircloth, esta vez en francés.

—Esperar el dinero y después irnos.

—¿Irnos sin más?



—Cristo bendito en el cielo, John, ¿y qué otra cosa podemos hacer? El conde de Northampton no quiere esta ciudad. No enviará a nadie para que nos ayude. Si nos quedamos aquí, moriremos.

—Y nos iremos o moriremos sin el Grial —le dijo Faircloth—. ¿Nos envió el conde aquí por ese motivo? ¿Sabía algo del Grial?

Sir Guillaume asintió.

—Los caballeros de la mesa redonda —le dijo divertido—, éstos somos nosotros.

—¿Y abandonamos la búsqueda?

—Es una locura —se vio obligado admitir sir Guillaume—. Una locura de mil demonios. No existe, pero Thomas creía que sí y el conde pensó que valía la pena intentarlo. Sin embargo, no es más que una majadería que llega cuando se te gira la luna. Y Robbie se ha contagiado; pero no lo encontrará, sencillamente porque no está ahí para que lo encuentren. Estamos solos y aquí hay demasiados enemigos, así que cogeremos el dinero y nos marcharemos a casa.

—¿Qué pasa si no envían el dinero? —preguntó Faircloth.

—Queda el honor, ¿no? —le dijo sir Guillaume—, saqueamos, robamos, violamos y matamos, pero nunca nos estafamos los rescates. ¡Cristo bendito! Nadie podría confiar en nadie si eso sucediera. —Se detuvo para observar a Joscelyn y a su cortejo, que se había detenido al final del valle—. Mira qué hijos de puta —le indicó—, ahí mirándonos y pensando cómo nos van a sacar.

Los jinetes estaban de hecho observando por última vez la torre de Castillon d'Arbizon. Joscelyn vio el insolente estandarte del conde de Northampton ondeando en la pequeña brisa, después escupió en el camino.

—¿De verdad vas a enviarles el dinero? —le preguntó a Robbie.

Robbie parecía sorprendido ante la pregunta.

—Por supuesto —contestó. En cuanto le pagaran el rescate acordado, el honor insistía en que le entregará a sir Guillaume su parte. Jamás se le había pasado por la cabeza otra cosa.

—Pero ondean la bandera de mi enemigo —señaló Joscelyn—, así que si les envías el dinero, ¿qué me detiene para intentar recuperarlo? —Miró a Robbie esperando una respuesta.

Robbie intentó desarrollar las ramificaciones que tenía aquella sugerencia para establecer si peligraba su honor, pero pensó que éste estaba a salvo siempre que el dinero fuera enviado.

—No han pedido tregua —respondió dubitativo, y ésa era la respuesta que Joscelyn buscaba, pues sugería que podía presentar batalla en cuanto hubieran entregado el dinero. Sonrió y siguió cabalgando.

Llegaron a Berat por la tarde. Un hombre de armas se había adelantado para avisar a la ciudad de que se acercaba su nuevo señor, y una delegación de cónsules y

sacerdotes recibió a Joscelyn a ochocientos metros de la puerta este. Se arrodillaron para darle la bienvenida, y los sacerdotes le entregaron al conde algunas de las preciosas reliquias de la catedral. Había un peldaño de la escalera de Jacob, la raspa de uno de los pescados que alimentaron a los cinco mil, la sandalia de santa Gudula, un clavo empleado para crucificar a uno de los dos ladrones que murió junto a Cristo... Todos habían sido regalos a la ciudad del antiguo conde, y ahora se esperaba del nuevo conde que desmontara y rindiera a las preciosas reliquias, todas montadas en plata, oro y cristal, el debido respeto. Joscelyn sabía lo que se esperaba de él, pero lo que hizo fue inclinarse sobre la perilla y fulminar con la mirada a los curas.

—¿Dónde está el obispo? —exigió.

—Está enfermo, señor.

—¿Tan enfermo como para no recibirme?

—Está enfermo, mi señor, muy enfermo —repuso uno de los sacerdotes, y Joscelyn observó al hombre por unos instantes, después aceptó la explicación con brusquedad. Desmontó, se arrodilló brevemente, se persignó ante las reliquias que le ofrecían, y asintió sin más a los cónsules que le tendían las llaves ceremoniales de la ciudad en un cojín de terciopelo verde. En esta ocasión, se suponía que Joscelyn debía tomar las llaves y después devolverlas con una palabra amable, pero tenía hambre y sed, así que volvió a subir a su montura y pasó zumbando junto a los cónsules arrodillados.

La cabalgata entró en la ciudad por la puerta este y los guardias se arrodillaron ante su nuevo señor; después los jinetes subieron por el collado entre dos colinas sobre las que estaba construido Berat. A su izquierda, en la colina más baja, quedaba la catedral, una iglesia con una nave central larga y baja que carecía de torre o agujas, y a su derecha una calle empedrada conducía hasta el castillo situado en la montaña más alta. La calle estaba llena de establecimientos, cuyos aparatosos carteles obligaban a los jinetes a pasar en fila de a uno, mientras a cada lado de la hilera, los ciudadanos se arrodillaban y los bendecían. Una mujer esparció hojas de parra encima de los adoquines, y un tabernero que ofrecía una bandeja de vasos de vino vio cómo se derramaban cuando el caballo de Joscelyn se le echó encima.

La calle daba a la plaza del mercado, que estaba sucia de verduras y apestaba a estiércol de vaca, oveja y cabra. El castillo estaba ya ante ellos, y las puertas se abrieron de par en par en cuanto los guardias reconocieron el estandarte de Berat que portaba el escudero de Joscelyn.

Y entonces todo se volvió confuso para Robbie. Un sirviente se hizo cargo de su caballo, y le fue asignada una habitación en la torre este en la que había una cama y una chimenea; más tarde, aquella noche, tuvo lugar una fiesta escandalosa a la que fue invitada la condesa viuda. Resultó ser una muchachita regordeta, pequeña y bonita, y al final de la fiesta, Joscelyn la tomó por la muñeca y la condujo a sus

nuevos aposentos, la antigua habitación del conde, y Robbie se quedó en el salón donde los hombres de armas desnudaron a tres sirvientas y se las turnaron. Otros, animados por Joscelyn antes de desaparecer, estaban sacando rollos de viejos pergaminos de las estanterías, y alimentaban con ellos la enorme hoguera, que relucía grande y hermosa. Sir Henri Courtois observaba y no decía nada, pero se emborrachó tanto como Robbie.

A la mañana siguiente, el resto de las estanterías estaban ya vacías. Habían tirado los libros por las ventanas y los habían apilado en una gran pira, que ahora ardía con fuerza, levantando una negra columna de humo. Destrozaron las estanterías a golpes de hacha, que siguieron a los libros por la ventana. Joscelyn, de un humor excelente, supervisó la limpieza de la sala y, entre tanto, recibía visitantes. Algunos habían sido sirvientes de su tío: los cazadores, armeros, guardalmacenes y secretarios que querían asegurarse sus puestos de trabajo. Otros eran señores menores de sus nuevos dominios, que venían a jurar vasallaje: colocaban sus manos entre las del conde, pronunciaban un voto de fidelidad y recibían el beso que los convertía en hombres de Joscelyn. Había peticionarios que deseaban justicia, y hombres más desesperados a los que el difunto conde debía dinero y que confiaban ahora en que su sobrino saldaría las deudas. Había una docena de curas de la ciudad cuya pretensión era que el nuevo conde les diera dinero para decir misas por el alma de su tío, y también se personaron los cónsules de Berat, que subieron las escaleras con trajes rojos y azules y argumentos sobre por qué debería bajar los impuestos de la ciudad; y en medio de todos ellos, Joscelyn aullaba a sus hombres que quemaran más libros, que tiraran más pergaminos al fuego, y cuando un joven y nervioso monje se presentó para protestar porque aún no había terminado de examinar los títulos, Joscelyn lo persiguió desde el salón hasta encontrar su guarida, llena hasta arriba de aún más documentos. Todo fue quemado ante las lágrimas del monje.

Fue entonces, en el momento en que la recién descubierta remesa de pergaminos ardía con fuerza, cuando el obispo, al parecer en perfecto estado de salud, llegó. Venía con una docena más de clérigos, y con él iba Michel, el escudero del antiguo conde.

El obispo golpeó con la vara en los adoquines para captar la atención de Joscelyn, y cuando el nuevo conde se dignó a mirarlo, lo señaló con la misma vara. El silencio se extendió por el patio cuando los hombres repararon en el drama que se estaba cocinando. Joscelyn, con el fuego reflejado en el rostro, tenía un aspecto beligerante.

—¿Qué queréis? —le exigió al obispo que, a su entender, no mostraba la suficiente deferencia.

—Quiero saber —respondió a su vez el obispo con tono no menos imperioso— cómo murió vuestro tío.

Joscelyn se acercó unos pasos a la delegación, el sonido de sus botas reverberaba

en los muros del castillo. Había por lo menos cien hombres de armas, y algunos de ellos, que ya sospechaban que el antiguo conde había sido asesinado, se persignaron, pero Joscelyn tenía aspecto de que la cosa no fuera con él.

—Murió —dijo en voz alta— mientras dormía, de una enfermedad.

—Una enfermedad bien extraña —replicó el obispo—, ésa que deja al hombre con la garganta abierta.

Un murmullo recorrió el patio, murmullo que se convirtió en alboroto indignado. Sir Henri Courtois echó mano de su espada, pero Joscelyn igualó el desafío.

—¿De qué me acusáis? —le espetó al obispo.

—No os acuso de nada —repuso. No estaba dispuesto a empezar una guerra con el nuevo conde, aún no, pero sí atacó a los hombres de Joscelyn—. Pero sí acuso a vuestros soldados. Este hombre —y empujó a Michel hacia delante—, los vio cortar el cuello a vuestro tío.

El alboroto crecía en el patio, y algunos de los hombres de armas se desplazaron hasta donde estaba sir Henri Courtois para demostrarle su apoyo. Joscelyn hizo caso omiso de las protestas y buscó a Villesisle.

—Te envié —le dijo en voz alta— para pedirle audiencia a mi querido tío. ¿Y ahora me dicen que lo has matado?

Villesisle estaba tan conmocionado por la acusación que no dijo nada. Sólo sacudió la cabeza en señal de negación, pero con tanta incertidumbre que todos los allí presentes se convencieron de su culpabilidad.

—¿Queréis justicia, obispo? —gritó Joscelyn a su espalda.

—La sangre de vuestro tío la reclama —contestó el prelado—, y la legitimidad de vuestra herencia depende de ella.

Joscelyn desenvainó la espada. No llevaba armadura, sólo calzones, botas y un jubón de lana con cinturón, mientras que Villesisle iba protegido con un peto de cuero que debería resistir la mayoría de los golpes, pero Joscelyn inclinó el arma para indicarle a Villesisle que debía desenvainar también él.

—Un juicio de Dios, obispo —le dijo.

Villesisle retrocedió.

—Sólo hice lo que me... —empezó a decir, y después tuvo que retirarse con rapidez porque Joscelyn avanzaba con ataques veloces. Villesisle empezó a asustarse, pues aquello no parecía un mero juego para aplacar a un obispo molesto, sino una pelea de verdad. Sacó la espada—. Mi señor... —suplicó a Joscelyn.

—Haz que quede bien —le dijo Joscelyn en voz baja—, y después lo arreglaremos todo.

Villesisle se sintió aliviado, después sonrió y lanzó un ataque que Joscelyn paró. Los hombres se desplegaron hasta formar un semicírculo alrededor de la hoguera en el que los dos hombres pudieran luchar. Villesisle no era ningún principiante, había

combatido en torneos y escaramuzas, pero se cuidaba de Joscelyn, más alto y más fuerte, y ahora era el turno del conde que, aprovechando dichas ventajas, atacaba con golpes contundentes y machacones que Villesisle paraba desesperado. Cada entrecuchar de espadas reverberaba dos veces, una en el muro del castillo, la otra en la enorme torre, un ruido triple que comenzaba al terminar el anterior, y Villesisle retrocedía y retrocedía, entonces saltó hacia un lado para que uno de los letales mandobles de Joscelyn se perdiera en el aire cargado de humo e, inmediatamente, se echó hacia delante embistiendo con la espada, pero Joscelyn estaba esperando ese momento y embistió también con todas sus fuerzas, consiguiendo tumbar a Villesisle sobre los adoquines y colocándole un pie sobre el pecho.

—Puede que tenga que encarcelarte después de esto —le susurró—, pero no mucho tiempo. —Después alzó la voz—. ¡Te ordené que fueras a hablar con mi tío! ¿Lo niegas?

Villesisle se alegraba de representar su papel en la farsa.

—No lo niego, mi señor —dijo.

—¡Vuélvelo a decir! —le ordenó Joscelyn—. ¡Más alto!

—¡No lo niego, mi señor!

—Y aun así lo degollaste —dijo Joscelyn, que le hizo un gesto para que se levantara y, en cuanto su oponente estuvo en pie, atacó con rapidez usando su espada como guadaña, y de nuevo volvió a sonar el repiqueteo triple en el patio. Las armas eran pesadas, y los golpes lentos, pero los hombres que asistían a la escena consideraban a Joscelyn más hábil, aunque sir Henri Courtois se preguntó si Villesisle estaría haciendo uso de todas sus habilidades. Era su turno, pero no intentó acercarse a su contrincante y parecía que se resistía a ofrecer auténticas dificultades. Los libros ardiendo y los pergaminos rugían a su lado; Joscelyn empezó a sudar y se secó la frente con un puño—. ¡Si derramo la sangre de este hombre, obispo! —gritó—, ¿lo tomaréis por una señal de culpabilidad?

—Así sea —dijo el obispo—, pero no será suficiente castigo.

—El castigo puede esperar a que Dios lo ejecute —y sonrió a Villesisle, que le devolvió una sonrisita igual de maliciosa. Entonces Joscelyn avanzó sin protegerse hacia su oponente, descubriendo el lado derecho para asestar un golpe; Villesisle entendió que le invitaba a acompañar el golpe de impulso para dar la apariencia de una lucha real, y le complació. Blandió la torpe y pesada espada desde atrás hacia delante, suponiendo que Joscelyn pararía el golpe, pero lo que éste hizo en cambio fue dar un paso atrás y golpearlo desde abajo hacia arriba, de manera que Villesisle giró sobre sí mismo, impulsado por la fuerza de la pesada hoja, y Joscelyn, veloz como el rayo y con hielo en la mirada, retiró su arma y, con un leve golpe de muñeca, la punta rebanó la garganta de Villesisle y se quedó allí, atrapada en el gáznate del ingenuo camarada; Joscelyn la empujó, le dio la vuelta, la volvió a empujar, y

mientras lo hacía, sonreía, y la sangre bajó resbalando por la hoja, se derramó por los filos, y Joscelyn seguía sonriendo mientras Villesisle, con una mirada de asombro absoluto en el rostro, caía de rodillas. Su espada chocó contra el suelo. El aire salía formando burbujas rojas por la raja del cuello, y Joscelyn lanzó otro golpe con fuerza, de manera que rasgó el pecho de Villesisle hasta la garganta. El moribundo quedó allí atrapado, colgado de la espada que le rasgaba la tráquea, y entonces Joscelyn giró de nuevo el arma, agarró el mango con ambas manos y liberó la hoja con un tirón monstruoso, que sacudió el cuerpo de Villesisle mientras despedía un chorro de sangre a los brazos de Joscelyn.

Los espectadores volvieron a respirar cuando Villesisle cayó hacia un lado y murió. La sangre se coló por las ranuras de los adoquines, y crepitó al llegar a la hoguera.

Joscelyn se volvió y buscó al hombre que había acompañado a Villesisle en la noche del asesinato, y éste intentó salir corriendo, pero fue atrapado por otro hombre de armas y arrojado en medio del espacio abierto, donde cayó de rodillas y suplicó clemencia a Joscelyn.

—Pide clemencia —le gritó Joscelyn al obispo—. ¿Se la concedéis?

—Merece justicia —contestó el obispo.

Joscelyn limpió su arma en las faldas del jubón, la envainó, y miró a sir Henri Courtois.

—Colgadlo —ordenó sin más.

—Señor... —empezó a suplicar, pero Joscelyn se volvió y le dio una patada tan fuerte en la mandíbula que se la dislocó, y cuando el hombre recuperó el equilibrio, volvió a atizarle con la bota, y casi le arranca la oreja con la espuela. Entonces, en un aparente paroxismo de rabia, Joscelyn se inclinó para agarrar al hombre ensangrentado y ponerlo derecho. Lo sostuvo a un brazo de distancia por un instante, y entonces, con toda la fuerza de alguien entrenado para combatir en torneos, lo empujó hacia atrás. El desdichado gritó al tropezar y caer en la hoguera. Sus ropas prendieron. Los espectadores contuvieron el aliento, algunos incluso apartaron la mirada cuando el pobre infeliz intentó extinguir las llamas, pero Joscelyn, aun a riesgo de quemarse también él, lo volvió a empujar al fuego. Volvió a gritar. El pelo prendió y ardió con fuerza, se sacudió en terribles espasmos y se derrumbó en la zona en que la hoguera desprendía más calor.

Joscelyn se volvió hacia el obispo.

—¿Satisfecho? —le preguntó y se marchó de allí apagando las pequeñas llamas de sus mangas.

El obispo aún no había terminado. Alcanzó a Joscelyn en el gran salón, ahora desnudo de libros y estanterías, donde el nuevo conde, sediento tras el ejercicio, se servía ahora vino tinto de una jarra. Joscelyn le dirigió una mirada agria al obispo.

—Los herejes —dijo el obispo—. Están en Astarac.

—Probablemente hay herejes en todas partes —dijo Joscelyn restándole importancia.

—La muchacha que mató al padre Roubert está allí —insistió el obispo—, y también el hombre que se negó a cumplir nuestras órdenes de quemarla.

Joscelyn recordó a la muchacha de cabellos dorados con la armadura plateada.

—La chica... —dijo, con un interés renovado, vació la copa y se sirvió otra—, ¿cómo sabéis que están allí?

—Michel estaba allí. Se lo dijeron los monjes.

—Ah, sí —asintió Joscelyn—. Michel. —Le lanzó una mirada asesina al escudero—, Michel —repitió—, el que cuenta todo lo que ve. Michel que corre al obispo en lugar de a su nuevo señor.

Michel dio un paso atrás a toda prisa, pero el obispo lo salvó interponiéndose entre él y Joscelyn.

—Michel me sirve ahora —dijo—, así que ponerle la mano encima es lo mismo que atacar a la Iglesia.

—De modo que, si lo mato, como se merece —comentó Joscelyn con sorna—, me quemaréis. —Escupió en dirección a Michel y después se dio la vuelta—. ¿Qué queréis?

—Quiero que capturéis a los herejes —dijo el obispo. Estaba nervioso por culpa del nuevo y violento conde, pero se obligó a mostrar valentía—. Exijo en el nombre de Dios y de su Santa Iglesia que enviéis a vuestros hombres en busca de la begarda, antes conocida como Geneviève, y el inglés que se hace llamar Thomas. Quiero que los traigáis aquí. Quiero quemarlos.

—Pero no antes de que yo haya hablado con ellos. —Una nueva voz se alzó en el salón, una voz tan cortante como fría, y tanto el obispo como Joscelyn, y de hecho todos los hombres del salón, se volvieron hacia la puerta en la que había aparecido el extraño.

Joscelyn se había percatado, desde que saliera del patio, del sonido de unos cascos, pero no lo había relacionado con nada importante. El castillo llevaba toda la mañana agitado en un ir y venir, sin embargo ahora reparaba en que unos extranjeros habían llegado a Berat, y media docena de ellos se encontraban en aquel momento en el salón. Había hablado el jefe, y era más alto incluso que Joscelyn: enjuto, con un rostro duro, largo y sombrío enmarcado en pelo negro. Iba todo vestido de negro, botas negras, calzones negros, jubón negro, capa negra, ribete negro del sombrero y vaina de paño negro. Hasta las espuelas eran de metal negro y Joscelyn, que tenía en su alma tanta religión como un inquisidor misericordia, sintió la necesidad de persignarse. Entonces, cuando el hombre se quitó el sombrero, lo reconoció. Era el Arlequín, el misterioso caballero que había hecho tanto dinero en los campos de

torneos de Europa, el único hombre al que Joscelyn jamás había vencido.

—Sois el Arlequín —dijo Joscelyn con tono de acusación.

—En ocasiones se me conoce por ese nombre —dijo el hombre, y el obispo y sus clérigos se santiguaron, pues eso significaba que el hombre era protegido del diablo. El hombre alto se adelantó un paso y añadió—, pero mi auténtico nombre, mi señor, es Guy Vexille.

El nombre nada le decía a Joscelyn, pero el obispo y sus clérigos se volvieron a santiguar, y el obispo alzó su vara para defenderse.

—¿Y qué demonios estáis haciendo aquí? —exigió Joscelyn.

—He venido —dijo Vexille—, a traer la luz al mundo.

Y Joscelyn, decimoquinto conde de Berat, se estremeció. No sabía por qué. Sólo sabía que aquél que aseguraba haber venido para traer luz a la oscuridad, el invencible Arlequín, le sobrecogía.

\* \* \*

El veredicto de la arreglahuesos fue que poco podía hacer, aunque fuera lo que fuera ese poco, le causó a Geneviève un dolor espantoso; cuando la vieja dio por terminada su inspección, el hermano Clement limpió con delicadeza la herida, que había vuelto a abrirse, le echó miel y volvió a cubrirla con arpillera. La buena noticia era que Geneviève estaba de repente hambrienta, así que se comió todo lo que Thomas le llevó, aunque Dios sabía que era bien poco, pues la incursión de sus propios hombres había dejado a la villa desprovista de alimentos, y las reservas del monasterio se habían vaciado para alimentar a los habitantes de Astaræ. Con todo, aún había queso, peras, pan y miel, y el hermano Clement hizo más sopa de setas. Los leprosos, con sus carracas, iban al bosque a buscar las setas que comían todos los monjes. Dos veces al día, algunos de ellos daban la vuelta al monasterio precedidos por el ruido de las carracas, y subían luego por un tramo de escaleras hasta una sala de piedra desnuda, en la que había una pequeña ventana que daba al altar de la iglesia de la abadía. Allí era donde se les permitía rezar, y Thomas, en su segundo o tercer día después de su conversación con el abad Planchard, asistió a la oración con ellos. No lo hizo *motu proprio*, pues estar excomulgado implicaba que ya no era bien recibido en ninguna iglesia, pero el hermano Clement le tiraba del brazo insistentemente, y sonrió con auténtica complacencia cuando Thomas aceptó.

Geneviève los acompañó el día después de que la arreglahuesos le arrancara gritos de dolor. Podía caminar bastante bien, pero aún estaba débil y apenas podía mover el brazo izquierdo. Aun así, el dardo había perdonado a los pulmones y eso, decidió Thomas, era lo que la había mantenido con vida. Eso y los cuidados del hermano Clement.



—Estaba convencida de que iba a morir —le confesó a Thomas.

Él recordó la peste que se avecinaba. No había vuelto a oír hablar de ello y, por el momento, tampoco se lo contó a Geneviève.

—No morirás —le dijo—, pero tienes que mover el brazo.

—No puedo, me duele.

—Tienes que moverlo —le dijo. Cuando su torturador se cebó en sus brazos y manos, pensó que nunca más podría volver a usarlos, pero sus amigos, y entre ellos Robbie sobre todo, le obligaron a practicar con el arco. Al principio parecía algo totalmente inútil, después, poco a poco, la habilidad volvió. Se preguntó dónde estaría Robbie, y si aún estaría en Castillon d'Arbizon, y el pensamiento le asustó. ¿Lo buscaría Robbie en Astarac? ¿Realmente su amistad se había visto reducida al odio? Y si no era Robbie, ¿quién vendría? Las noticias de su presencia en el monasterio se extenderían por los caminos invisibles que los rumores de ese tipo solían recorrer: historias en tabernas, chismes transportados de pueblo en pueblo por vendedores ambulantes... estaba seguro de que pronto alguien de Berat se enteraría —. No podremos quedarnos mucho más tiempo —le dijo a Geneviève.

—¿Y adonde iremos?

—Muy lejos. A Inglaterra, a lo mejor. —Sabía que había fracasado. No encontraría el Grial allí y, aunque apareciera su primo, ¿cómo iba a derrotarlo? Él era sólo un arquero, y la única ayuda que tenía era la de una mujer herida; sin duda alguna, Guy Vexille viajaría con un *conroi* entero de hombres de armas. El sueño había terminado, y era hora de irse.

—Me han dicho que en Inglaterra hace frío —dijo Geneviève.

—Siempre luce el sol —repuso Thomas con seriedad—, la cosecha nunca se pierde y los peces saltan del agua directamente a la sartén.

Geneviève sonrió.

—Pues me tienes que enseñar inglés.

—Ya sabes un poco.

—Sí, sé decir «cabrón» —dijo—, o «la madre que te parió», «la madre que te parió, cabrón», y también «Cristo, cabrón, sálvanos por la madre que te parió».

Thomas estalló en carcajadas.

—Has aprendido el inglés de los arqueros —le dijo—, pero yo te enseñaré el resto.

Decidió que se irían al día siguiente. Recogió sus flechas en un haz y limpió la sangre seca de la cota de malla de Geneviève. Pidió prestadas unas tenazas al carpintero del monasterio, e hizo lo que pudo por reparar el agujero que había hecho el dardo de ballesta; abrió y cerró los anillos hasta que estuvo remendada, aunque muy toscamente y con un agujero notable. Ató los caballos en el campo de olivos para permitirles pastar y después, como la tarde acababa de empezar, se dirigió al sur

hasta el castillo. Estaba decidido a echar un último vistazo a la fortaleza en la que sus ancestros habían sido señores.

Se encontró con Philin al dejar el monasterio. El *coredor* había traído a su hijo desde la enfermería que, con la pierna firmemente entablillada con media docena de las ramas de castaño que servían de tutor a las vides, iba montado en un caballo que su padre conducía hacia el sur.

—No quiero quedarme aquí demasiado tiempo —le dijo a Thomas—, aún me buscan por asesinato.

—Planchard te dará refugio —le insistió Thomas.

—Sí, pero eso no detendrá a la familia de mi novia, que enviarán hombres a matarme. Estamos más seguros en las colinas. Se le arreglará la pierna tan bien allí como en cualquier otra parte. Y si buscas refugio...

—¿Yo? —A Thomas le sorprendió la oferta.

—Siempre va bien tener un buen arquero.

—Creo que volveré a casa. A Inglaterra.

—Que Dios te bendiga igualmente, amigo mío —repuso Philin, que dio media vuelta y partió hacia el oeste. Thomas se dirigió al sur por el pueblo, donde algunos habitantes se persignaron a su paso, señal evidente de que sabían quién era, pero nadie hizo gesto alguno para vengarse de él por el daño que sus hombres habían causado. Puede que se lo plantearan, pero era alto, fuerte y llevaba una larga espada al cinto. Escaló el camino hacia las ruinas, y reparó en que lo habían seguido tres hombres. Se detuvo para enfrentarse a ellos, pero no realizaron ningún movimiento hostil, sólo lo contemplaban desde una distancia prudencial.

Era un buen lugar para un castillo, pensó Thomas. Desde luego, mejor que el de Castillon d'Arbizon. La fortaleza de Astarac estaba construida sobre un risco, y sólo podía accederse a ella por el estrecho sendero de la puerta rota por el que él había subido. Pasada la puerta, el risco estuvo en tiempos coronado por un recinto amurallado alrededor del patio, aunque ahora no había más que montones de piedra tomados por el musgo no más altos que la cintura de un hombre. Un rectángulo de muralla rota con una extensión semicircular en el extremo este mostraba el lugar en el que se había alzado la capilla, y Thomas, mientras pisaba las losas bajo las que sus ancestros estaban enterrados, se dio cuenta de que habían sido manipuladas no hacía mucho. Había indicios que delataban que habían sido levantadas. Pensó en intentar mover el solo una de las losas, pero sabía que no tenía ni tiempo ni herramientas, así que caminó hasta el lado oeste del risco, en el que se erguía la antigua torre, entonces medio derruida, vulnerable al viento y la lluvia. Se volvió cuando alcanzó la torre, y vio que los tres hombres que le seguían habían perdido interés en él en cuanto salió de la capilla. ¿Estaban allí para guardar algo? ¿El Grial? Ese pensamiento corrió por su piel como un rampazo, pero decidió descartarlo. No había Grial, pensó. Sólo la

locura de su padre era responsable de ese sueño sin esperanza.

En un extremo de la torre había una escalera a pedazos, y Thomas subió por ella tanto como le fue posible, que era sólo hasta donde el primer piso, ahora inexistente, cubría anteriormente el hueco de la torre. En ese lugar, había un enorme agujero en el muro de la torre, un muro de un metro y medio de espesor, y Thomas se metió allí. Miró el valle, siguiendo el curso del río con la mirada, y de nuevo intentó encontrar en su ánimo algún sentimiento de pertenencia. Intentaba captar los ecos de sus ancestros, pero no sintió nada especial. Sí se había emocionado al volver a Hookton, lo poco de Hookton que quedaba, pero allí, en Astarac, ningún tipo de emoción acudió a él. Y la idea de que Hookton, como aquel castillo, estuviera en ruinas, le hacía preguntarse si no pesaría una maldición sobre los Vexille. Las gentes de aquel lugar aseguraban que por donde pisaban las *dragas*, las mujeres del diablo, surgían flores, ¿no irían dejando atrás los Vexille sólo ruinas? Puede que, después de todo, la Iglesia tuviera razón. Quizá mereciera la excomunión. Se volvió para mirar hacia el oeste, en la dirección que debía tomar si se dirigía de nuevo a su hogar.

Y entonces vio los jinetes.

Estaban en la cresta oeste, bastante al norte de donde se encontraba él, venían, pensó, desde Berat. Había muchos, y desde luego eran soldados, pues lo que había llamado su atención era el destello de los cascos y la cota de malla.

Los contempló sin querer creer lo que veía, y entonces, al recuperar el sentido, echó a correr. Bajó por las escaleras, cruzó el patio lleno de maleza, salió por la puerta en ruinas, donde se abrió paso a empujones entre los tres hombres, y bajó a toda prisa por el camino. Cruzó el pueblo corriendo en dirección norte, y se quedó casi sin aliento para cuando llamó con fuerza a la puerta del lazareto. El hermano Clement la abrió, y Thomas lo hizo a un lado.

—Soldados —fue su breve explicación, después se metió en la cabaña, recogió su arco, el haz de flechas, las capas, cotas y bolsas—, ¡vamos, rápido! —le dijo a Geneviève, que repartía cuidadosamente en tarros la última miel que había recogido el hermano Clement—. No preguntes —le dijo—, sólo ven. Trae las sillas.

Salieron hasta el huerto de olivos, pero Thomas miró a su alrededor y vio que los soldados estaban todavía en la carretera del valle, al norte de san Severo. Aún estaban lejos, pero si veían a dos personas huyendo del monasterio a caballo los perseguirían, lo que significaba que ya no podían escapar, sólo ocultarse. Vaciló mientras pensaba.

—¿Qué pasa? —le preguntó Geneviève.

—Soldados. A lo mejor de Berat.

—Allí también. —Geneviève señalaba hacia el sur, al castillo, y Thomas vio a los aldeanos correr hacia el monasterio buscando refugio, lo que seguramente significaba que hombres armados se acercaban a sus casas.

Lanzó una maldición.

—Deja las sillas —le dijo y cuando las hubo soltado le hizo dar la vuelta otra vez hasta la parte de atrás del monasterio, por el camino que seguían los leprosos hasta la iglesia. Alguien había empezado a hacer sonar la campana del recinto para avisar a los hermanos de que se acercaban desconocidos armados al valle.

Y Thomas sabía por qué. Sabía que si los encontraban arderían ambos en el fuego sagrado, así que corrió hasta la parte de la iglesia donde estaban los leprosos y subió por unas pequeñas escaleras hasta la ventana que daba al altar. Tiró el arco al otro lado, después las flechas, luego el resto de su equipaje, y trepó por último él. El hueco era pequeño, pero consiguió colarse y cayó con torpeza y haciéndose daño en las losas.

—¡Venga! —le insistió a Geneviève. La gente empezaba a entrar en la iglesia y empujaban la puerta al otro lado de la nave.

Geneviève gimió de dolor al bajar por el pequeño ventanuco. Parecía asustada ante la perspectiva de la caída, pero Thomas estaba debajo para recogerla.

—Por aquí. —Cogió el arco y las bolsas y la llevó por un lado del coro hasta debajo del altar lateral en el que la estatua de san Benedicto miraba con tristeza a los asustados habitantes del pueblo.

La puerta de la hornacina estaba cerrada, como Thomas esperaba, pero estaban escondidos y creía que nadie había reparado en ellos al meterse por el coro en penumbra. Levantó la pierna derecha y le dio una patada al cerrojo. Hizo mucho ruido, que reverberó por toda la iglesia, y la puerta se sacudió violentamente, pero no se abrió. Volvió a pegarle otra patada, esta vez más fuerte; después una tercera vez, que le recompensó con un ruido de astillas al vencer la lengüeta del cerrojo.

—Pisa con cuidado —advirtió Thomas, que la condujo escaleras abajo hasta la oscuridad del osario. Se abrió camino hasta el extremo este, donde había visto que el nicho en forma de arco estaba medio vacío, y metió sus pertenencias detrás de la pila de huesos, después aupó a Geneviève—. Métete ahí detrás —le dijo—, y empieza a cavar.

Él sabía que no podía subir sin tirar docenas de costillas, fémures y húmeros, así que recorrió la cripta y empezó a tumbar los montones de huesos. Los cráneos giraban y se balanceaban, los huesos de brazos y piernas chocaban entre sí, y cuando la cripta se hubo convertido en un desastre de esqueletos, volvió hacia donde estaba Geneviève, subió como pudo y la ayudó a hacer hueco entre los viejos huesos más cercanos al muro. Allí hicieron un agujero, apartando cajas torácicas, pelvis y omoplatos, escarbando más y más hasta que tuvieron un escondrijo oscuro y profundo entre los muertos.

Y allí, en la oscuridad, acunados por los huesos, esperaron.

Oyeron la puerta rota chirriar sobre sus goznes. Vieron la pequeña luz de la lámpara despedir sombras grotescas sobre la arcada del techo.

Y oyeron los pasos metálicos de los hombres que habían venido en su busca, para llevárselos y matarlos.



A sir Henri Courtois le fue ordenado que cogiera treinta y tres ballesteros y cuarenta y dos hombres de armas y levantara sitio a Castillon d'Arbizon. Sir Henri aceptó las órdenes con desánimo.

—Puedo levantar el sitio —le dijo a Joscelyn—, pero no podré capturar el castillo. No con una fuerza tan pequeña.

—Los ingleses lo consiguieron —respondió Joscelyn con acidez.

—La guarnición de vuestro tío dormía —repuso sir Henri—, pero sir Guillaume d'Evèque no será tan complaciente. Su reputación le precede, y es buena. —Sir Henri sabía quién comandaba en Castillon d'Arbizon porque Robbie se lo había contado, y también le había dicho cuántos hombres estaban bajo su mando.

Joscelyn le señaló con el dedo.

—No quiero ni un arquero más paseándose por mi territorio. Detenlos. Y entrégales esto a esos cabrones. —Le tendió un pergamino sellado—. Les da dos días para abandonar el castillo —le dijo Joscelyn sin darle importancia—, y si están de acuerdo, puedes dejarlos ir.

Sir Henri cogió el pergamino, pero se detuvo antes de meterlo en su bolsa.

—¿Y el rescate? —le preguntó.

Joscelyn se le quedó mirando, pero el honor dictaba que sir Guillaume recibiera un tercio del dinero del rescate, y el nuevo conde sabía por tanto que la pregunta era bastante pertinente, así que la respondió, pero con brevedad.

—El rescate está ahí —dijo señalando el pergamino con la cabeza—, todo está ahí.

—¿Aquí? —preguntó sir Henri sorprendido, pues era evidente que el mensaje no contenía monedas.

—¡Lárgate y punto! —espetó Joscelyn.

Sir Henri partió el mismo día que Guy Vexille condujo a sus hombres a Astarac. Joscelyn se alegró de verle la espalda al Arlequín, pues Vexille era una presencia incómoda aunque sus hombres de armas fueran muy bien recibidos entre las fuerzas del conde. Vexille había traído cuarenta y ocho soldados, todos bien montados, bien armados y con buenas armaduras, y a Joscelyn le sorprendió que no le pidiera ni un miserable escudo como pago.

—Tengo mis propios fondos —repuso con frialdad.

—¿Cuarenta y ocho hombres de armas? —se preguntó Joscelyn en voz alta—. Eso cuesta dinero.

—Eran una familia hereje, mi señor —adujo el anciano capellán de su tío, como si eso explicara la fortuna del Arlequín, pero Vexille venía también provisto de una carta de Louis Bessières, cardenal arzobispo de Livorno, que demostraba que de hereje no tenía nada. Tampoco es que a Joscelyn le importara que Vexille adorara ídolos de madera cada noche y sacrificara vírgenes llorosas cada amanecer. Le preocupaba mucho más el hecho de que los Vexille habían sido en tiempos los señores de Astarac. Le planteó a Vexille la cuestión, incapaz de ocultar su temor a que el caballero de negro hubiera vuelto a reclamar las tierras de sus ancestros.

El Arlequín sólo lo miró con aburrimiento.

—Astarac es feudo de vuestra señoría desde hace más de cien años —le dijo—, ¿cómo podría yo obtener tal honor?

—Entonces, ¿por qué estáis aquí? —le exigió Joscelyn.

—Ahora lucho por la Iglesia —repuso Vexille—, y mi tarea es buscar a un fugitivo que debe ser llevado ante la justicia. Sólo cuando lo encuentre, mi señor, abandonaré vuestros dominios. —Se dio la vuelta, porque alguien acababa de desenvainar la espada y en la sala vacía se escuchó el sonido ampliado.

Robbie Douglas acababa de entrar en la sala. Señalaba con el arma hacia Vexille.

—Estabas en Escocia —le dijo en tono amenazador.

Vexille miró al joven de arriba abajo y pareció no preocuparse por la amenaza.

—He estado en muchos países —repuso con frialdad—, incluido Escocia.

—Tú mataste a mi hermano.

—¡No! —Joscelyn se interpuso entre los dos hombres—. Me has prestado juramento, Robbie.

—¡Lo que sí he jurado es matar a este cabrón! —repuso Robbie.

—No —repitió Joscelyn, que le cogió el arma de la mano y le obligó a soltarla. Lo cierto es que a Joscelyn no le importaba que Robbie muriera, pero si Guy Vexille era asesinado, sus hombres de armas con armadura negra podrían vengarse de Joscelyn y sus hombres—. Podrás matarlo cuando termine aquí. Te lo prometo.

Vexille sonrió ante la promesa. El y sus hombres se marcharían a la mañana siguiente, y a Joscelyn le complacía sobremanera la idea de deshacerse de ellos. No sólo le producía escalofríos Guy Vexille, sino también sus compañeros, sobre todo el que no llevaba ni lanza ni escudo. Se llamaba Charles, era un hombre extremadamente feo que parecía haber sido sacado de alguna alcantarilla oscura, un hombre cuya sola expresión infundía miedo. Charles dirigía su propia banda de doce hombres de armas, que también cabalgaron junto a Vexille cuando éste se dirigió al sur, hacia Astarac.

Así que sir Henri estaba encargado de limpiar el condado de la insolente

guarnición inglesa de Castillon d'Arbizon, y Vexille, en lo que él denominó «un servicio a la Iglesia», iba a la caza de su hereje en Astarac, lo que dejaba a Joscelyn libre para disfrutar de su herencia en Berat. Robbie Douglas era uno de sus muchos compañeros, y durante los siguientes días, sencillamente disfrutaron. Había dinero para gastar en ropas, armas, caballos, vino, mujeres, todo lo que le apeteciera a Joscelyn; pero algunas de esas cosas no podían adquirirse en Berat, así que hizo venir a un artesano al castillo. El trabajo habitual de aquel hombre era confeccionar santos de escayola que vendía a iglesias, conventos y monasterios, pero su tarea en el castillo consistía en hacer moldes del cuerpo de Joscelyn. Envolvió los brazos del conde en muselina engrasada, los cubrió de escayola y repitió el proceso en las piernas y el tronco. También hizo llamar a un sastre, que le tomó las medidas mientras un secretario apuntaba. Tanto del hombro a la cadera, tanto de la cadera a la rodilla, esto otro desde el hombro al codo, y cuando las medidas estuvieron tomadas, copiadas en un pedazo de pergamino y selladas en una gran caja junto a los moldes de escayola recubiertos de serrín, fue todo enviado con cuatro hombres de armas a Milán, donde Antonio Givani, el mejor armero de la Cristiandad, debía hacerle una armadura completa.

—Que sea una obra maestra —le dictó Joscelyn a su secretario—, la envidia de todos los demás caballeros —y con ella enviaba un generoso pago en genovinos con la promesa de muchos más si la armadura llegaba antes de la primavera.

Le había pagado a Robbie su rescate con las mismas monedas, pero en la noche que los hombres de armas partieron hacia Turín, Robbie fue lo suficientemente idiota para admirar un juego de dados de marfil que Joscelyn había comprado en la ciudad.

—¿Te gustan? —le preguntó Joscelyn—. Nos los jugamos. El que saque el número más alto se los queda.

Robbie rechazó la oferta.

—He jurado abandonar el juego —le explicó.

Joscelyn consideró aquel juramento como lo más gracioso que había oído en meses.

—Las mujeres juran —le dijo—, y los monjes no tienen más remedio, pero los guerreros sólo hacen juramentos de hermandad en la batalla.

Robbie se puso colorado.

—Se lo prometí a un cura —le dijo.

—¡Por el amor de Dios! —Joscelyn se reclinó en su silla—. Lo que pasa es que no eres capaz de enfrentarte al riesgo, eso es. ¿Por eso perdisteis contra los ingleses? —A Robbie empezó a hervirle la sangre, pero tuvo suficiente buen juicio para dominarse y no contestó nada—. El riesgo —comentó alegremente Joscelyn—, es el destino del soldado. Si un hombre no puede tolerar el riesgo, no puede ser soldado.

—Soy un soldado —repuso Robbie sin más.



—Pues demuéstralo, amigo mío —le dijo Joscelyn mientras tiraba los dados.

Así que Robbie jugó y perdió. Y perdió también a la noche siguiente. Ya la siguiente. Ya la cuarta noche se jugó el dinero que había de enviar a Inglaterra para pagar su rescate y lo perdió también; al día siguiente, le llegó a Joscelyn la noticia de que los artilleros italianos, que su tío había hecho llamar de Toulouse, habían llegado al castillo con su artilugio, y Joscelyn les pagó la minuta con el dinero que le había ganado a Robbie.

—¿Cuándo podéis partir hacia Castillon d'Arbizon? —preguntó a los italianos.

—Mañana, sire.

—¿Está lista esa cosa? —preguntó Joscelyn mientras daba la vuelta al carromato en el que el cañón, con forma de frasco, cuello estrecho y cuerpo abombado, iba sujeto.

—Está listo —confirmó el italiano, de nombre Gioberti.

—¿Tenéis pólvora?

Gioberti señaló el segundo carro, cargado hasta los topes de barriles.

—¿Y los proyectiles? ¿Bolaños?

—Saetas y rallones de gran calibre, mi señor —le corrigió Gioberti, y señaló otro carro—. Tenemos más que de sobra.

—¡Pues vámonos todos! —dijo Joscelyn entusiasmado. Estaba fascinado con el cañón, un artilugio tan feo como impresionante. Medía casi tres metros de largo, de los que uno y pico pertenecían a la abultada recámara, y tenía un aspecto chaparro y malvado. Parecía un objeto demoníaco, una cosa antinatural, y estuvo tentado de pedir una demostración justo allí, en el patio del castillo, pero comprendió que dicha demostración le robaba un tiempo precioso. Mejor verlo funcionando contra aquellos borricos de Castillon d'Arbizon.

\* \* \*

Sir Henri Courtois ya había plantado el sitio. Cuando llegó a la ciudad, dejó a los ballesteros y hombres de armas fuera, en la puerta oeste, y se acercó al castillo acompañado sólo por un joven sacerdote. Lanzó un grito a los centinelas de la muralla, y cuando sir Guillaume vio que sólo querían entrar un hombre y un cura, dio permiso para que abrieran las puertas.

Sir Guillaume recibió a los dos enviados en el patio, donde sir Henri desmontó y se presentó. Sir Guillaume le devolvió la gentileza, y después se calibraron. Ambos reconocieron en el otro al soldado que ellos eran.

—Vengo de parte del conde de Berat —explicó sir Henri con formalidad.

—Traéis el dinero, ¿no? —le exigió sir Guillaume.

—Traigo lo que me ordenaron traer, y dudo mucho de que os haga feliz —

respondió sir Henri, después observó con mirada profesional a los arqueros y hombres de armas que se habían acercado a ver a los visitantes. «Hijos de perra curtidos», pensó, antes de volver a mirar a sir Guillaume—. Estoy cansado —dijo—, he pasado todo el día cabalgando. ¿Tenéis vino en este sitio?

—¿Anda Berat escaso de vino? —preguntó sir Guillaume.

—Anda escaso de sentido común —repuso sir Guillaume—, pero de vino no.

Sir Guillaume sonrió.

—Pasad dentro —le dijo, y condujo a su invitado por las escaleras de la torre hasta el salón del primer piso, y como aquella conversación afectaría al destino de la guarnición, permitió a todos aquéllos que no montaban guardia que les siguieran y la escucharan.

Sir Guillaume y sir Henri se sentaron cada uno a un lado de una larga mesa. El sacerdote, que estaba allí como muestra de que sir Henri no tenía malas intenciones, se sentó también, mientras que los hombres de armas y los arqueros se apiñaron junto a las paredes. Alguien avivó el fuego y se sirvió comida y bebida, y mientras comían, sir Henri se descolgó el escudo del cuello, se desabrochó el peto y el espaldar y los dejó en el suelo. Se desperezó, asintió con un gesto para dar las gracias por el vino y lo vació de un sorbo. Por último, sacó el pergamino sellado de su bolsa y lo envió al otro lado de la mesa.

Sir Guillaume abrió el sello con el cuchillo, lo desplegó y lo leyó. Lo hizo lentamente porque no leía muy bien, y cuando lo hubo leído dos veces le lanzó una mirada cargada de ira a sir Henri.

—¿Qué demonios significa esto?

—Yo no lo he visto —confesó sir Henri—. ¿Puedo? —Alargó el brazo para recoger el pergamino que le lanzaba sir Guillaume, y los hombres de la guarnición profirieron ruidos amenazantes al intuir la ira de su comandante.

Sir Henri no sabía leer, así que le entregó el pergamino al sacerdote, que lo inclinó hacia una de las ventanas altas y estrechas. El sacerdote era un hombre joven e inquieto. Lo leyó, miró las terribles cicatrices de sir Guillaume y pareció aún más nervioso.

—Decidnos qué pone —le dijo sir Henri—. Nadie os va a herir.

—Dice dos cosas —contestó el cura—. Que sir Guillaume y sus hombres tienen dos días para abandonar Castillon d'Arbizon sin ser molestados.

—¿Y la otra? —gruñó sir Guillaume.

El sacerdote frunció el entrecejo.

—Es un pagaré de un hombre llamado Robert Douglas —le explicó a sir Henri—, y si sir Guillaume se lo presenta a Jacques Fournier, le serán entregados seis mil seiscientos sesenta florines. —Dejó el documento en la mesa como si estuviera impregnado de veneno.

—¿Y quién demonios es Jacques Fournier?, si se puede saber —preguntó sir Guillaume.

—Es un orfebre de Berat —le aclaró sir Henri—, y dudo mucho de que Jacques tenga tanto oro en sus bodegas.

—¿Ha sido Robbie quien ha preparado esto? —preguntó sir Guillaume, preso de la ira.

—Robbie Douglas es ahora vasallo del señor de Berat —contestó sir Henri. Había sido testigo de la breve ceremonia en que Robbie prestó juramento de fidelidad, vio los besos que se intercambiaron y percibió la mirada de triunfo en el rostro de Joscelyn—. Esto ha sido cosa de mi señor.

—¿Piensa que somos imbéciles?

—Piensa que no tendréis valor para aparecer por Berat —repuso sir Henri.

—¡Nos han estafado! ¡Cristo bendito, nos han estafado! —Sir Guillaume observaba a sus visitantes con los ojos como platos—, ¿esto es lo que entienden por honor en Berat? —exclamó, y cuando no obtuvo respuesta de sir Henri, sir Guillaume dio un golpe en la mesa—, ¡podría reteneros a los dos como prisioneros! —Un murmullo de aprobación recorrió las paredes.

—Podríais —coincidió sir Henri—, y desde luego, no os lo puedo tener en cuenta. Pero el conde no va a ofrecer ningún rescate por mí, y desde luego que no lo va a ofrecer por él. —Indicó con la cabeza al tímido cura—. Sólo seremos dos bocas más que alimentar.

—O dos cadáveres más que enterrar —replicó sir Guillaume.

Sir Henri se encogió de hombros. Sabía que la oferta del dinero de la bodega del orfebre era una deshonra, pero no era cosa suya.

—Podéis decirle a vuestro amo —dijo sir Guillaume—, que abandonaremos este castillo cuando tengamos seis mil seiscientos sesenta florines. Y cada semana que nos haga esperar, la deuda subirá cien florines.

Se oyeron murmullos de aprobación. Sir Henri no parecía sorprendido ante la decisión.

—Estoy aquí —le dijo a sir Guillaume—, para asegurarme de que no os marcharéis. A menos que lo hagáis hoy o mañana.

—Nos quedamos —repuso sir Guillaume. No era una decisión meditaba, y quizás hubiera decidido algo distinto de haber tenido tiempo para pensarlo, pero cuando le estafaban dinero le salía toda la belicosidad que llevaba dentro—. ¡Nos quedamos, demonios!

Sir Henri asintió.

—Pues yo también me quedaré. —Apartó el pergamino de la mesa—. Le enviaré un mensaje a mi señor y le diré que sería razonable que el joven Douglas pagara su deuda, que eso ahorrará dinero y vidas.

Sir Guillaume cogió el pergamino y se lo metió en el jubón.

—¿Os quedáis? ¿Dónde?

Sir Henri miró a los hombres que le rodeaban. No eran hombres que pudiera sorprender escalando por sorpresa. Además, la fuerza de sir Henri estaba constituida sobre todo por los antiguos soldados del anterior conde, y se habían vuelto perezosos, no eran rival para esta guarnición.

—Podéis quedaros con el castillo —le dijo a sir Guillaume—, pero no tenéis suficientes hombres para guardar las dos puertas de la ciudad. De eso se encarga la guardia de la ciudad y los vigías. Yo se las arrebataré. Evidentemente, siempre podéis intentar impedirlo, pero tendré ballesteros apostados en las torres de la puerta y hombres de armas bajo los arcos.

—¿Os habéis enfrentado alguna vez a arqueros ingleses? —le preguntó sir Guillaume con la voz cargada de amenaza.

Sir Henri asintió.

—En Flandes —respondió—, y no lo pasé nada bien. Pero ¿cuántos arqueros os podéis permitir perder en una escaramuza en las calles?

Sir Guillaume comprendía lo que implicaban aquellas palabras. Si enviaba a sus arqueros a las puertas de la ciudad, pelearía desde cerca, tendrían que disparar desde los jardines, los patios y las ventanas, y los ballesteros de sir Henri estarían agazapados bajo los paveses o debajo de las ventanas de las casas, y era seguro que acabarían causando bajas entre sus hombres. En pocos minutos, sir Guillaume podía perder cuatro o cinco arqueros que lo debilitarían peligrosamente.

—Quedaos con las puertas —concedió.

Sir Henri se sirvió más vino.

—Tengo cuarenta y dos hombres de armas —reveló—, treinta y tres ballestas y el cortejo habitual de sirvientes, mujeres y clérigos. Todos necesitan refugio. Se acerca el invierno.

—Pues congelaos —le sugirió sir Guillaume.

—Podemos hacer eso —estuvo de acuerdo sir Henri—, pero os propongo que nos dejéis utilizar las casas entre la puerta oeste y la iglesia de San Callic, y os garantizo que no usaremos ningún edificio más al este del callejón de los carreteros o al sur de la calle empinada.

—¿Conocéis la ciudad? —le preguntó sir Guillaume.

—Fui castellano en esta guarnición. Hace mucho tiempo.

—Entonces conocéis la puerta del molino. —Sir Guillaume se refería a la pequeña puerta en la muralla que llevaba hasta el molino del río, la puerta que Thomas y Geneviève habían usado para escapar.

—La conozco —dijo sir Henri—, pero está demasiado cerca del castillo y si pongo hombres allí para que la vigilen vuestros arqueros me los ensartarán como

pinchitos desde lo alto de la torre. —Se detuvo para beber algo más de vino—. Si queréis que os sitie, puedo hacerlo. Acercó a los hombres al castillo y que mis ballesteros practiquen con vuestros centinelas, pero vos y yo sabemos que eso sólo mataría hombres y aún seguiríais dentro. Supongo que tenéis provisiones.

—Más que de sobra.

Sir Henri asintió.

—Pues vuestros jinetes no saldrán por las puertas grandes. Podéis colar hombres por la puerta del molino, pero si se acercan a mi zona, me encargaré de ellos. ¿Tenéis redes en el estanque?

—Sí.

—Pues las dejaré donde están —le ofreció sir Henri—, daré órdenes a mis hombres de que el molino está fuera de sus límites.

Sir Guillaume pensó en la oferta, tamborileando con los dedos en el borde de la mesa. Un murmullo continuo provenía desde los hombres junto a las paredes, estaban traduciendo la conversación al inglés.

—Podéis quedaros con las casas entre la puerta oeste y la iglesia de San Callic —concedió sir Guillaume al cabo de un rato—, pero ¿qué pasa con las tabernas?

—Establecimientos esenciales —coincidió sir Henri.

—A mis hombres les gusta las Tres Grullas.

—Es un buen local —repuso sir Henri.

—Vuestros hombres se mantendrán alejados —exigió sir Guillaume.

—De acuerdo, pero se quedarán con el Oso y el Carnicero.

—De acuerdo —repuso sir Guillaume—, aunque mejor que insistamos ahora en que nadie lleve espadas ni arcos.

—Sólo cuchillos —contestó sir Henri—. Eso es razonable. —Ninguno de los dos hombres quería soldados borrachos que la armaran por la noche—. Y si surgen problemas —prosiguió—, vendré y hablaré con vos. —Se detuvo un instante y puso ceño, como si intentara acordarse de algo—. ¿Estabais en Flandes, no es cierto? Con el conde de Coutances.

—Estaba en Flandes —confirmó sir Guillaume—, con ese cagón cojo. —El conde, su señor feudal, se había vuelto contra él a traición y se había quedado con sus tierras.

—Son todos unos hijos de perra —contestó sir Henri—, pero el anterior conde de Berat no estaba mal. Era un rácano, desde luego, y pasó la vida con la nariz metida en los libros. ¡Libros! ¿Para qué sirven? Conocía todos los libros de la Cristiandad, vaya que sí, y la mayor parte de ellos los había leído dos veces, ¡pero tenía tanto seso como una gallina! ¿Sabéis qué hacía en Astarac?

—¿Buscar el Santo Grial? —le preguntó sir Guillaume.

—Exactamente. —Yambos hombres estallaron en carcajadas—. Vuestro amigo

está allí ahora.

—¿Robbie Douglas? —preguntó sir Guillaume con frialdad. Ya no sentía ningún aprecio por Robbie.

—No, ése está en Berat. Me refiero al arquero y a la hereje.

—¿Thomas? —Sir Guillaume no podía ocultar la sorpresa—. ¿En Astarac? Le dije que se fuera a casa.

—Pues no lo ha hecho —respondió sir Henri—. Está en Astarac. ¿Por qué no quemó a la chica?

—Está enamorado.

—¿De la hereje? Ah, es de los que tienen la polla por cerebro. Pronto no le quedará ni lo uno ni lo otro.

—¿Y eso?

—Ha venido un hijo de perra de París. Con un pequeño ejército. Ha salido en su busca, lo que significa que dentro de poco habrá hogueras en el mercado de Berat. ¿Sabéis qué me dijo una vez un cura? Que las mujeres arden mejor que los hombres. Qué cosa más curiosa. —Sir Henri apartó la silla de la mesa y se puso en pie—. ¿Estamos de acuerdo, entonces?

—Estamos de acuerdo —dijo sir Guillaume, que se levantó también para estrecharle la mano al hombre. Sir Henri recogió su armadura y escudo y le indicó al cura que lo siguiera hasta el patio, donde miró al cielo.

—Parece que amenaza lluvia.

—Cubrid vuestra armadura —le aconsejó sir Guillaume, consciente de que sir Henri no tenía ninguna necesidad del consejo.

—Y vos encended las chimeneas. El otoño más frío que recuerdo lo pasé aquí.

Sir Henri se marchó. Las puertas se cerraron y sir Guillaume subió con esfuerzo hasta lo alto de la torre del castillo. Pero no estaba allí para observar adonde se dirigía su dócil enemigo, sino para contemplar el este, hacia la invisible Astarac, y preguntarse qué podría hacer para ayudar a Thomas.

«Nada —pensó—, nada puedo hacer». Y estaba convencido de que el hijo de perra de París era Cuy Vexille, el hombre llamado el Arlequín, que le había infligido tres heridas. Tres heridas que clamaban venganza, pero sir Guillaume, por el momento, estaba maniatado. Pues él se enfrentaba a un sitio, mientras que Thomas tenía frente a él al mismísimo diablo.

\* \* \*

Charles Bessières y media docena de sus hombres bajaron hasta el osario bajo la abadía en busca de botín. Uno llevaba una vela, y bajo su incierta luz empezaron a registrar entre los apretados huesos con la esperanza de hallar un tesoro, aunque lo

único que encontraban era más y más huesos. Al final, uno de ellos acabó encontrando la pequeña cámara bajo la bóveda en el extremo oeste, y lanzó un grito triunfal, pues contenía un enorme arcón de hierro. Otro forzó el candado de la cerradura con la espada, y Charles Bessières levantó el candil de plata e iluminó el interior.

—¿Eso es todo? —preguntó decepcionado. Otro de sus hombres encontró la caja del Grial, pero ninguno sabía leer y, de saber hacerlo, tampoco habrían entendido la inscripción en latín, así que cuando comprobaron que la caja estaba vacía, la tiraron entre los huesos. Charles cogió la bolsa de cuero que se suponía que contenía el cinturón de santa Agnés, y soltó una maldición cuando descubrió que sólo contenía una tira de tela bordada, pero la bolsa era lo suficientemente grande para guardar la plata que habían saqueado—. Han escondido sus tesoros —dijo Bessières.

—O son realmente pobres —sugirió uno de sus hombres.

—¡Son monjes, cojones! Tienen que ser ricos. —Bessières se colgó la bolsa de la plata a la cintura—. Id a buscar al puto abad —le dijo a dos de sus hombres—, le vamos a sacar la verdad a hostias.

—No vais a hacer nada de eso. —Hablaban una nueva voz, y los hombres en la cámara del tesoro se volvieron para descubrir que Guy Vexille había bajado al osario. Llevaba una lámpara en una mano y la luz devolvía destellos oscuros de su armadura lacada en negro. Levantó la lámpara y miró los huesos—, ¿es que no tenéis respeto por los muertos?

—Id a por el abad. —Charles Bessières hizo caso omiso de la pregunta de Vexille y se dirigió a sus hombres—. Traedlo aquí.

—Ya he mandado a por el abad —le dijo Vexille—, y no le sacaréis nada golpeándole.

—A mí tú no me das órdenes —se revolvió Bessières.

—Pero sí se las doy a mi espada —repuso Vexille con calma—, y si os cruzáis en mi camino os abriré la panza para que vuestras apestosas tripas alimenten a los gusanos. Estáis aquí como supervisor de vuestro hermano, nada más, aunque si deseáis hacer algo útil podéis ir al lazareto y buscar al inglés. ¡Pero no lo matéis! Traédmelo. Y devolved esa plata al lugar donde la habéis encontrado. —Señaló con la cabeza el cuello del candelabro que sobresalía de la bolsa de cuero atada a la cintura de Bessières.

Vexille estaba solo y se enfrentaba a siete hombres, pero su seguridad era tal que a nadie se le ocurrió plantarle cara. Incluso Charles Bessières, que temía a pocos hombres, dejó en el suelo la plata como un corderito.

—No pienso irme de este valle con las manos vacías —gruñó mientras se iba.

—Confío, Bessières —le dijo Vexille—, en que abandonemos este valle con el mayor tesoro de la Cristiandad en las manos. Ahora marchaos.

Guy Vexille hizo una mueca cuando los hombres se fueron. Posó la lámpara en el suelo y empezó a recolocar los huesos en su lugar, pero se detuvo al oír el ruido de pasos. Se volvió y miró a Planchard mientras descendía hasta el osario con su hábito blanco.

—Os pido disculpas —dijo Vexille señalando los huesos—. Se les ordenó que dejaran la abadía intacta.

Planchard no dijo nada de la profanación; tan sólo se persignó y después se inclinó para coger la bolsa con la plata.

—Esto hace las veces de tesoro —dijo—, pero la muestra nunca ha sido una casa acaudalada. Con todo, podéis quedaros con estas fruslerías.

—No he venido aquí a robar —repuso Vexille.

—¿Y por qué estáis aquí? —quiso saber Planchard.

Vexille hizo caso omiso de la pregunta.

—Me llamo —empezó a decir en cambio—. Cuy Vexille, conde de Astarac.

—Eso me han dicho vuestros hombres —respondió Planchard— cuando me han indicado que queríais verme. —Pronunció las últimas palabras como subrayando que no le molestaba lo más mínimo que se invirtieran los papeles—. Pero creo que en cualquier caso os habría reconocido.

—¿Ah, sí? —Vexille parecía sorprendido.

—Vuestro primo ha estado aquí. Un joven inglés. —El abad devolvió la plata al arcón, después rescató la tira de tela, que besó con reverencia—. Ambos os parecéis mucho.

—Aparte de que él es un bastardo —replicó Vexille con tono agresivo—, y un hereje.

—¿Y vos no sois ninguna de las dos cosas? —preguntó Planchard con calma.

—Sirvo al cardenal arzobispo Bessières —repuso Vexille—, y su eminencia me ha enviado aquí para encontrar a mi primo. ¿Sabéis dónde está?

—No —contestó Planchard. Se sentó en el banco y sacó un rosario de un bolsillo del blanco hábito.

—Pero estuvo aquí.

—Desde luego anoche estaba aquí, pero no sé dónde puede estar ahora. —Planchard se encogió de hombros—. Yo le aconsejé que se fuera. Sabía que vendrían a por él, aunque sólo fuera por el placer de verlo arder, así que le dije que se escondiera. Supongo que se ha metido en el bosque. Vuestra búsqueda será ardua.

—Vuestra obligación era entregarlo a la Iglesia —repuso Vexille con dureza.

—Siempre he intentado cumplir mis obligaciones con la Iglesia —prosiguió Planchard—, y a veces he fallado, pero sin duda Dios sabrá castigarme por esos errores.

—¿Por qué estaba aquí? —preguntó Vexille.



—Creo que ya lo sabéis, mi señor —repuso Planchard, y es posible que hubiera algo de burla en estas dos últimas palabras.

—Por el Grial —repuso Vexille. Planchard no dijo nada. Sólo contó el rosario y pasó las cuentas entre el pulgar y el índice mientras miraba al alto y joven soldado de armadura negra—. El Grial estuvo aquí —dijo Vexille.

—¿Ah, sí? —preguntó Planchard.

—Fue traído aquí —insistió Vexille.

—No sé nada de él —repuso Planchard.

—Yo creo que sí —replicó Vexille—. Fue traído aquí antes de que cayera Montségur, traído aquí para mantenerlo a salvo. Pero cuando los cruzados franceses llegaron a Astarac, el Grial fue trasladado de nuevo.

Planchard sonrió.

—Todo eso sucedió antes de que yo naciera. ¿Cómo se supone que iba a saberlo?

—Siete hombres se llevaron el Grial —prosiguió Vexille.

—Los siete señores oscuros —repuso Planchard con una sonrisa—. Esa historia la he oído.

—Dos de ellos eran Vexille, y cuatro, caballeros que habían luchado junto a los cátaros.

—Siete hombres que huyeron de las fuerzas de Francia y de los cruzados de la Iglesia —intervino Planchard pensativo—, perseguidos por una Cristiandad que los odiaba. Dudo que sobrevivieran.

—Y el séptimo hombre —prosiguió Vexille sin hacer caso de las palabras del abad—, era el señor de Mouthoumet.

—Que siempre ha sido un feudo insignificante, apenas incapaz de mantener a dos caballeros con lo que sacan de sus pastos en las montañas.

—El señor de Mouthoumet —prosiguió Vexille— era un hereje. —Se dio la vuelta de repente porque percibió un ruido que procedía del fondo del osario. Había sonado algo así como un estornudo contenido, y le siguió un entrechocar de huesos. Levantó la lámpara y regresó hasta los nichos donde descansaban los huesos que habían sido profanados.

—Ahí hay ratas —le dijo Planchard—, las alcantarillas de la abadía cruzan el final de la cripta y creemos que se han desmoronado algunas de las paredes de ladrillos. A menudo se oyen ruidos extraños. Algunos de los hermanos más supersticiosos creen que son fantasmas.

Vexille estaba de pie entre los huesos, con la lámpara levantada en alto, escuchando. No oyó nada más, así que se volvió de nuevo hacia el abad.

—El señor de Mouthoumet —prosiguió— era uno de los siete. Y su nombre era Planchard... —Vexille se detuvo—, mi señor —añadió con el mismo tono de burla que antes utilizara el abad.

Planchard sonrió.

—Era mi abuelo. No se marchó con los demás, sino que se dirigió a Toulouse y pidió la misericordia de la Iglesia. Creo que tuvo la suerte de que no lo quemaran, pero se reconcilió con la auténtica fe, aunque le costó su feudo, su título y lo que se suponía era su fortuna. Murió en un monasterio. Se contaba la historia en nuestra familia, por supuesto que se contaba, pero nunca vimos el Grial, y os puedo asegurar que no sé nada de él.

—Con todo seguís aquí —acusó Guy Vexille al abad con rudeza.

—Cierto —reconoció Planchará—. Y llegué aquí porque así lo quise. De joven me intrigaban los cuentos de los señores oscuros. Se suponía que uno de ellos había cogido el Grial, y que los otros habían jurado protegerlo, pero mi abuelo aseguraba no haber visto jamás la copa. De hecho, estaba convencido de que no existía, que sólo habían inventado la historia para atormentar a la Iglesia. Los cruzados habían destruido a los cátaros, y la venganza de los señores oscuros fue hacerles creer que, con la herejía, habían destruido también al Grial. Eso, en mi opinión, es la obra del diablo.

—¿Así que vinisteis aquí —preguntó Vexille burlón—, porque no creíais en la existencia del Grial?

—No, vine aquí porque si alguna vez los descendientes de los señores oscuros volvían a buscar el Grial, yo lo sabría, y tenía curiosidad por saber qué pasaría, pero esa curiosidad hace ya mucho que se desvaneció. Dios me ha dado muchos años, ha tenido a bien convertirme en abad, y me ha rodeado con Su misericordia. ¿El Grial? Confieso que busqué algún indicio de su existencia cuando llegué aquí por primera vez, y que mi abad me regañó por ello, pero Dios me ha hecho olvidar esas locuras. Ahora creo que mi abuelo tenía razón, y que se trata de un cuento inventado para molestar a la Iglesia: un misterio para volver locos a los hombres.

—Existió —repuso Vexille.

—Pues ruego a Dios que yo lo encuentre —contestó Planchará—, y que cuando lo haga lo esconda en el más profundo de los océanos para que nadie más muera por su causa. ¿Qué liaríais vos con el Grial, Guy Vexille?

—Lo usaría —replicó éste.

—¿Para qué?

—Para limpiar el mundo de pecado.

—Eso sería una gran tarea —contestó Planchará—, aunque ni siquiera Cristo fue capaz de lograrlo.

—¿Dejáis que vuestros viñedos se llenen de hierbas sólo porque las hierbas no dejan de crecer? —le preguntó Vexille.

—No, por supuesto que no.

—Del mismo modo la tarea de Cristo debe ser continuada.

El abad observó al soldado por un momento.

—¿Sois un instrumento de Dios? ¿O del cardenal Bessières?

Vexille hizo una mueca.

—El cardenal es como la Iglesia, Planchard. Cruel, corrupto y malvado.

Planchard no lo contradijo.

—¿Y?

—La renovación de la Iglesia es necesaria. Una Iglesia limpia, sin pecado, una Iglesia llena de hombres honestos temerosos de Dios. El Grial la traerá.

Planchard sonrió.

—Estoy convencido de que al cardenal no le gustaría esa idea.

—El cardenal ha enviado aquí a su hermano —repuso Vexille—, y sin duda tiene órdenes de asesinarme en cuanto deje de ser útil.

—¿Y para qué sois útil?

—Para encontrar el Grial. Y para ello he de hallar a mi primo.

—¿Creéis que sabe dónde está?

—Creo que su padre lo poseyó —repuso Guy Vexille—, y creo que el hijo sabe dónde está.

—El piensa lo mismo que vos —dijo Planchard—, y lo que yo pienso es que ambos sois ciegos que creen que el otro puede ver.

Vexille soltó una risotada.

—Thomas es un insensato. ¿Para qué ha traído hombres a Gascuña? ¿Para encontrar el Grial? ¿O para encontrarme a mí? Ha fracasado, y ahora es un fugitivo. Buena parte de sus hombres han jurado fidelidad al conde de Berat, y el resto están atrapados en Castillon d'Arbizon. ¿Cuánto pueden durar? ¿Un par de meses? Ha fracasado, Planchard, fracasado. Puede que él esté ciego, pero yo veo, lo atraparé y obtendré la información que posee. ¿Pero qué sabéis vos?

—Ya os lo he dicho. Nada.

Vexille paseó por la estancia y miró al abad.

—Puedo haceros torturar, anciano.

—Sí que podéis —coincidió Planchard sin emoción en la voz—, y sin duda gritaré para que me salvéis del tormento, pero no hallaréis más verdad en esos gritos de la que os estoy contando aquí libremente. —Dejó el rosario a un lado y se puso en pie mostrando toda su dignidad—. Y os rogaría que en el nombre de Cristo respetéis a esta comunidad. Nada saben del Grial, nada os pueden contar y nada os aportarán.

—Y yo no respetaré nada —repuso Vexille—, en el servicio de Dios. Nada. —Desenvainó su espada. Planchard lo miró sin revelar expresión alguna y ni siquiera se estremeció cuando apuntó hacia él la espada—. Jurad sobre esto —repuso Vexille—, que no sabéis nada del Grial.

—Ya os he contado todo lo que sé —repuso Planchard y, en lugar de tocar la

espada, se levantó el crucifijo que llevaba colgando del cuello y lo besó—. No juraré sobre vuestra espada, sino sobre la cruz de mi querido Señor, que no sé nada del Grial.

—Aun así, vuestra familia nos traicionó —repuso Vexille.

—¿A vos?

—Vuestro abuelo era uno de los siete. Y se retractó.

—¿Y por eso os traicionó? ¿Por ser fiel a la auténtica fe? —Planchard frunció el entrecejo—. ¿Me estáis diciendo, Guy Vexille, que mantenéis la herejía cátara?

—Vinimos para traer luz al mundo —repuso Vexille—, y para purgarlo de la podredumbre de la Iglesia. Me he limitado a mantener la fe, Planchard.

—Pues sois el único hombre que lo ha hecho —repuso el abad—, y se trata de una fe herética.

—Crucificaron a Cristo por hereje —repuso Vexille—, ser llamado como tal es ser uno con Él. —Entonces empujó la hoja hacia delante, en la base de la garganta de Planchard y el anciano, por sorprendente que pudiera parecer, no pareció oponer resistencia, sólo agarró su crucifijo mientras la sangre manaba de su garganta para volver rojo el hábito blanco. Tardó largo tiempo en morir, pero al final se desmoronó hacia delante y Vexille sacó la espada y la limpió en su hábito. La volvió a envainar, y recogió la lámpara.

Miró el osario de nuevo, pero no percibió nada que le llamara la atención y subió por las escaleras. La puerta se cerró, y con ello desapareció la luz. Y Thomas y Geneviève, escondidos en la oscuridad, esperaron.

\* \* \*

Esperaron toda la noche. A Thomas le pareció que no había dormido, pero debió de pegar cabezaditas, porque en una ocasión se despertó al estornudar Geneviève. Le dolía la herida, pero no dijo nada, sólo esperó y siguió dormitando.

No tenían ni idea de cuándo llegaría la mañana, pues el osario era negro como las tripas de un burro. No oyeron nada en toda la noche. Ni pasos, ni gritos, ni oraciones cantadas, sólo el silencio de la tumba. Con todo, esperaron hasta que Thomas no pudo resistirlo más y salió del agujero, por entre los huesos, hasta el suelo de la cripta. Geneviève se quedó donde estaba, mientras Thomas se abría paso entre los huesos desperdigados hasta las escaleras. Subió furtivamente, se paró a escuchar cuando estuvo arriba, no oyó nada y abrió la puerta rota.

La abadía estaba vacía. Sabía que era por la mañana porque la luz llegaba del este, pero era difícil decir cuánto habría subido el sol, pues era difusa e indefinida, así que Thomas supuso que se trataba de niebla matutina.

Volvió al osario. Tropezó con algo de madera al cruzar la sala y se inclinó para

encontrar la caja del Grial. Por un momento se sintió tentado de devolverla al arcón, después decidió quedársela. Cabía bien en su bolsa, pensó.

—¡Geneviève! —la llamó en voz baja—. Puedes salir.

Ella le alcanzó las bolsas, el arco y las flechas, la cota de malla y las capas por encima de los huesos, después salió de allí con un gesto de dolor. Thomas la tuvo que ayudar a meterse en la cota y le hizo daño al levantarle el brazo. Se puso también su malla y se envolvieron las capas sobre los hombros, después escarzó el arco para poder llevarlo colgado. Se colocó la espada en el cinto y sólo entonces, al volver hacia las escaleras, cargado con la bolsa de flechas, distinguió el hábito blanco en la cámara del tesoro. Le hizo un gesto a Geneviève para que se quedara donde estaba y él se acercó hasta allí. Una tenue luz descendía por los lúgubres escalones. Las ratas se apartaron al llegar él y meterse por el arco bajo. Allí se quedó mirando. Planchard estaba muerto.

—¿Qué pasa? —le preguntó Geneviève.

—El muy hijo de puta lo ha matado —le dijo Thomas aún conmocionado.

—¿A quién?

—¡Al abad! —hablaba entre susurros y, aunque había sido excomulgado, se persignó—. ¡Lo ha matado! —Había oído el final de la conversación entre Vexille y Planchard, y le había sorprendido no volver a oír al abad; también le había parecido que sólo un par de pies subía por las escaleras, pero jamás habría imaginado esto. Jamás—. Era un buen hombre —dijo.

—Pues si está muerto —respondió Geneviève—, nos acusarán a nosotros. ¡Venga! ¡Vámonos!

Thomas detestaba dejar el cuerpo ensangrentado en la cripta, pero no tenía otra elección. Y Geneviève tenía razón.

Los culparían a ellos. Planchard había muerto porque su abuelo se había apartado de la herejía, pero nadie creería aquello, no cuando podían culpar perfectamente a un par de herejes excomulgados.

La guió por las escaleras. La iglesia aún estaba vacía, pero Thomas creía oír voces más allá de la puerta oeste, que estaba abierta. Fuera había niebla, y parte de ella se colaba en la nave y se extendía con suavidad por las losas. Pensó en volver al osario y esconderse de nuevo, pero después se preguntó si su primo no llevaría a cabo una búsqueda más exhaustiva por el monasterio aquel día y decidió proseguir.

—Por aquí —le dijo a Geneviève. La tomó por la mano y la condujo hasta el lado sur de la iglesia, en el que una puerta conducía al claustro interior. Era la puerta que los monjes utilizaban cuando venían a rezar, un acto de piedad que evidentemente les había sido negado aquella mañana.

Thomas empujó la puerta, se estremeció cuando chirriaron los goznes y echó un vistazo. Al principio, pensó que el claustro, como la iglesia, estaba vacío; entonces

vio a un grupo de hombres con capas negras al otro lado. Estaban de pie frente a una puerta, atentos a alguien que se dirigía a ellos desde el interior, y nadie miró a su alrededor cuando Thomas y Geneviève se escabulleron por el porche en penumbra y escogieron una puerta cualquiera. Daba a un pasillo y, al final de éste, se encontraron en la cocina del monasterio, en la que dos monjes removían un enorme caldero sobre un fuego. Uno de ellos vio a Geneviève y estuvo a punto de ponerse a protestar por la presencia de una mujer, pero Thomas le susurró que callara.

—¿Dónde están los demás monjes? —preguntó Thomas.

—En sus celdas —repuso el asustado cocinero, después los observó cruzar corriendo la cocina, pasar junto a la mesa llena de cuchillos, cucharas y cuencos, por detrás de los ganchos de los que colgaban dos cabras, y desaparecer por la puerta más lejana, que conducía hasta el olivar en el que Thomas había dejado a los caballos. Los caballos ya no estaban.

La puerta del lazareto estaba abierta. Thomas la miró, después se volvió hacia el oeste, pero Geneviève lo agarró de la capa y le señaló a un jinete vestido de negro entre los árboles. ¿Sería aquel hombre parte de un cordón? ¿Habría rodeado Vexille el monasterio? Parecía probable, y parecía aún más probable que el jinete se diera la vuelta y los viera, o que los dos monjes de la cocina dieran la alarma, pero entonces ella volvió a sujetar su brazo y lo condujo por el huerto de olivos hasta el lazareto.

Estaba vacío. Todos los hombres temían a los leprosos y le pareció a Thomas que Vexille debía de haberlos obligado a irse para que sus hombres registraran las cabañas.

—No podemos escondernos aquí —le susurró a Geneviève—, volverán a registrarlo.

—No nos escondemos —le dijo; luego se metió en la cabaña más grande y salió con dos hábitos. Thomas lo comprendió entonces. Ayudó a Geneviève a ponerse la túnica y a cubrirse la cabellera dorada con la capucha, se encasquetó él la otra y cogió un par de carracas del puñado que había encima de la mesa. Geneviève, mientras tanto, había metido las flechas y el arco de Thomas encima de un carretón que los leprosos utilizaban para recoger leña, y Thomas cubrió sus enseres con ramas sueltas para ocultar las armas y se enrolló la cuerda del carretón a los hombros.

—Vámonos ahora —le dijo Geneviève.

Thomas empezó a tirar de aquel tosco artilugio, que discurría sin problemas por la tierra húmeda. Geneviève iba delante y, una vez en la puerta, se volvió hacia el norte y el oeste, con la esperanza de evitar al jinete. La niebla era su aliada, una capa gris en la que sus propias túnicas se fundían. Desde la cordillera oeste, se acercaba hasta el monasterio una lengua fie bosque y hacia ella se dirigía Geneviève sin hacer sonar la carraca, sólo atenta. En un momento dado, le indicó a Thomas que callara con un susurro y Thomas se quedó quieto. Se oyeron los cascos de un caballo; oyeron cómo

se alejaba y siguieron adelante. Se volvió después de un rato, y vio que el monasterio había desaparecido. Los árboles que tenían ante ellos eran adustas sombras oscuras en el vapor matutino. Seguían el sendero que utilizaban los leprosos cuando iban a por setas al bosque. Los árboles se acercaban cada vez más; de repente, el ruido de los cascos volvió a oírse y Geneviève hizo sonar la carraca en señal de aviso.

Pero el jinete no se amilanó. Llegó por detrás de ellos y Thomas agitó su propia carraca mientras se volvía. Mantenía la cabeza baja para no mostrar su rostro bajo la capucha. Vio las patas del caballo, pero no al jinete.

—Tened misericordia, buen señor —dijo—, misericordia.

Geneviève levantó los brazos y las cicatrices que el padre Roubert le había dejado en la piel tenían un aspecto intimidador. Thomas hizo lo propio, revelando a su vez sus cicatrices. La piel era blanca y estaba descarnada.

—Una limosna —le dijo—, tened bondad, señor, una limosna.

El jinete, al que no veían, se los quedó mirando, y ellos se hincaron de rodillas. El hálito del caballo les caía encima como grandes nubes de niebla más espesa.

—Tened piedad. —Geneviève hablaba en la lengua local, con voz ronca—. Por el amor de Dios, tened piedad.

El jinete no se movía y Thomas no se atrevía a mirar. Sentía el miedo abyecto del hombre indefenso a merced de otro armado, pero también sabía que el soldado dudaba. Sin duda le había sido ordenado que buscara a dos personas que escaparan del monasterio, y había encontrado a la pareja, pero parecían ser leprosos, y el miedo a la enfermedad luchaba contra su deber. Entonces, de repente, sonaron muchas más carracas y Thomas echó un vistazo rápido e inadvertido para ver a un grupo de figuras de gris que llegaban desde los árboles, haciendo sonar las maderas y pidiendo limosna. La visión de la cuadrilla de leprosos que llegaban para unirse a los otros dos, era más de lo que el jinete podía soportar. Les escupió y recogió las riendas para darse la vuelta. Thomas y Geneviève esperaron, aún de rodillas, hasta que el hombre estuvo envuelto por la niebla, y entonces se apresuraron hacia el bosque, donde al final pudieron tirar los maderos, despojarse de los apestosos hábitos y recuperar el arco y las flechas. Los demás leprosos, a los que habían expulsado de su refugio en el monasterio, sólo los miraron. Thomas cogió un puñado de monedas de las que le había dado sir Guillaume, y se las dejó en la hierba.

—No nos habéis visto —les dijo, y Geneviève repitió las palabras en el idioma local.

Caminaron hacia el oeste, subiendo por las montañas rodeados por la niebla, a través del bosque, hasta que llegaron a un claro donde una gran roca escarpada seguía subiendo. Treparon intentando buscar los peñascos y barrancos que los mantuvieran ocultos; abajo, la niebla se diluía en el valle. Lo primero que apareció fue el techo de la abadía, después el de los demás edificios, y a media mañana el monasterio ya era

visible por completo, pero Thomas y Geneviève habían subido a la cresta y se dirigían hacia el sur. Si hubieran proseguido hacia el oeste, habrían acabado bajando al valle del río Gers densamente poblado, mientras que hacia el sur apenas encontrarían gente, pues se encaminaban hacia terrenos más indómitos.

A mediodía, pararon para descansar.

—No tenemos comida —dijo Thomas.

—Pues nos entrará hambre —repuso Geneviève con una sonrisa—. ¿Hacia dónde vamos?

—A Castillon d'Arbizon —repuso Thomas—, al final.

—¡Volvemos allí! —estaba sorprendida—, pero si nos echaron, ¿por qué habrían de aceptarnos de nuevo?

—Porque nos necesitan —contestó él. No lo sabía, no estaba seguro, pero había oído a Vexille hablar con Planchard y se había enterado de que parte de la guarnición se había unido al conde de Berat, y estaba seguro de que Robbie los habría convencido para ello. No podía concebir que sir Guillaume rompiera su juramento con el conde de Northampton, pero Robbie a nadie fuera de Escocia había jurado vasallaje. Thomas suponía que los hombres que seguían en Castillon d'Arbizon eran sus propios hombres, los que él había reclutado junto a Calais, los ingleses. Así que allí iría, y si encontraba el castillo en ruinas y la guarnición masacrada seguiría su camino, siempre hacia el oeste, hasta que llegara a los dominios ingleses.

Sin embargo, lo primero que harían sería dirigirse hacia el sur, pues en aquella dirección viajarían más tiempo protegidos por los bosques que cubrían las montañas y se adentraban en los valles. Recogió su equipaje y, al hacerlo, la caja del Grial, que había metido a todo correr en la parte que quedaba libre de su bolsa de flechas, se cayó al suelo. Se sentó otra vez y la recogió.

—¿Qué es eso? —le preguntó Geneviève.

—Planchard creía que era la caja que contenía el Grial —le contó—, o la caja que debía hacer pensar a los hombres que contenía el Grial. —Observó la inscripción borrosa. Ahora que veía bien la caja, a la luz del sol, reparó en que las letras habían estado pintadas de rojo y que la pintura se había borrado, pero aún quedaba un leve rastro en la madera. Dentro de la caja también quedaba un leve rastro, un cerco de polvo, como si algo hubiera estado en su interior durante mucho tiempo. Las bisagras oxidadas eran frágiles, y la madera estaba tan seca que casi no pesaba.

—¿Es auténtica? —le preguntó Geneviève.

—Es auténtica —repuso él—, pero lo que no sé es si alguna vez contuvo el Grial. —Y pensó en cuantas veces había dicho «pero lo que no sé» en referencia al Grial.

Aun así, ahora sabía más cosas. Sabía que siete hombres habían huido de Astarac hacía cien años, cuando las fuerzas francesas se unieron bajo la cruz de los cruzados y bajaron al sur a exterminar la herejía. Los hombres huyeron asegurando que se



llevaban con ellos un tesoro, un tesoro que habían jurado defender, y ahora, tras tantos años, sólo Guy Vexille mantenía un distorsionado juramento. ¿Había poseído realmente el padre de Thomas el Grial? Ése era el motivo por el que Guy Vexille se había dirigido a Hookton y lo había teñido de sangre, del mismo modo que acababa de encharcar la cripta con la sangre de Planchard. Los descendientes de los señores oscuros caían víctimas de la purga por traicionar su confianza, y Thomas sabía lo que le sucedería exactamente si su primo lo atrapaba.

—Vaya forma más extraña para un Grial —comentó Geneviève. La caja era rechoncha y cuadrada, no alta como si hubiera contenido una copa con pie.

—¿Quién sabe qué aspecto tiene el Grial? —le preguntó Thomas, y entonces se metió la caja en el macuto y prosiguieron hacia el sur. No dejaba de mirar atrás, y hacia mediodía descubrió jinetes con capas negras que abandonaban el monasterio y subían por la cordillera. Había una docena y supuso que trepaban a las alturas para otear el horizonte. Guy Vexille debía de haber registrado el monasterio de nuevo y no había encontrado nada, así que empezaba a extender sus redes.

Se apresuraron. Cuando se acercaba la tarde, ya tenían a la vista el risco en el que Geneviève había sido herida; el bosque ya no quedaba lejos, pero Thomas siguió mirando atrás, pues esperaba que la docena de jinetes apareciera en cualquier momento. Lo que apareció, en cambio, fue un grupo de otros doce hombres al este, subiendo por el sendero que permitía atravesar la cordillera, y Thomas y Geneviève cruzaron la hierba y desaparecieron entre los árboles momentos antes de que los nuevos jinetes llegaran a la cima.

Estaban agachados, conteniendo la respiración. Los doce nuevos soldados les esperaban a cielo abierto, y al poco aparecieron los primeros, como una fila de cazadores. Se encargaban de la batida por la zona descubierta de la cordillera, con la esperanza de hacer salir a Thomas y Geneviève de su escondite, y Thomas comprendió que su primo había previsto que intentaría llegar a Castillon d'Arbizon, o al menos, viajar al oeste hacia las guarniciones inglesas, de modo que ahora sus hombres peinaban el territorio al oeste de Astarac. Y mientras Thomas miraba, Guy Vexille apareció ante sus ojos, al mando de otra veintena de hombres que se unieron a los primeros en la cresta alfombrada de hierba. Había unos cuarenta hombres de armas, todos con malla o armadura de placas, todos con capas negras, todos armados con espadas largas.

—¿Qué hacemos? —susurró Geneviève.

—Seguir escondidos —contestó Thomas.

Retrocedieron arrastrándose, intentando no hacer ruido, y cuando se adentraron en los bosques, Thomas la condujo hacia el este. Volvía hacia Astarac porque dudaba de que Guy esperara algo así, y al alcanzar el límite de un terreno elevado desde el que veían el valle que se extendía ante ellos, Thomas se volvió sigilosamente hacia el

norte para estudiar qué hacían sus perseguidores.

La mitad se había dirigido hacia el oeste para bloquear los caminos que atravesaban el valle vecino. Volverían a organizar la batida para empujar a Thomas y Geneviève hacia los otros hombres de armas, y ahora que los jinetes estaban más cerca, Thomas apreciaba perfectamente que algunos llevaban ballestas.

—De momento estamos a salvo —le dijo a Geneviève cuando se reunió con ella en el barranco rocoso en el que se había refugiado. Sabía que se había metido de lleno en el cordón que su primo estaba extendiendo hacia el exterior, pero cuanto más lejos llegara, más fácil sería colarse por los huecos.

Aunque ese momento debería esperar hasta el día siguiente, porque el sol ya se ponía entre las nubes de poniente y las teñía de un color rosado. Thomas escuchó el ruido del bosque, pero no oyó nada alarmante, sólo los arañazos de unas garras sobre una corteza, el aleteo de una paloma y el susurro del viento. Los jinetes de capas negras se habían dirigido hacia el oeste; en el este, ya en el valle, su trabajo era visible. Aún quedaban soldados, y habían incendiado el lazareto; el humo que desprendía manchaba el cielo por encima del monasterio, y también habían quemado lo que quedaba del pueblo, para asegurarse de que todos los que estuvieran escondidos en las granjas salieran. Había otro puñado de hombres en las ruinas del castillo, y Thomas se preguntó qué harían allí, aunque estaba demasiado lejos para hacerse una idea.

—Tenemos que comer —le dijo a Geneviève.

—No tenemos nada —le contestó ella.

—Pues buscaremos setas y nueces. Y necesitamos agua.

Encontraron un pequeño arroyo hacia el sur, y ambos saciaron su sed metiendo la cara bajo la roca desde donde caía el chorrito de agua; después, Thomas confeccionó una cama de helechos en el barranco por el que discurría el arroyuelo y, cuando se hubo asegurado de que estaban bien escondidos, dejó allí a Geneviève y se fue a buscar comida. Llevaba el arco y media docena de flechas en el cinturón, no sólo para defenderse, sino porque confiaba en tropezar con un ciervo o un cerdo. Encontró unas cuantas setas entre la hojarasca, pero eran pequeñas y su aspecto era sospechoso, así que no estaba seguro de si eran venenosas. Se alejó algo más en busca de castañas o animales pequeños, siempre tenso, siempre alerta, siempre con la cordillera a la vista. Oyó un ruido, se volvió veloz y creyó haber visto un ciervo, pero las sombras se alargaban y no podía estar muy seguro; en cualquier caso, flechó el arco y se deslizó hasta el lugar donde había visto el movimiento. Era la época de celo, y los machos debían de andar por el bosque buscando rivales. Sabía que no podía arriesgarse a encender un fuego para cocinar, pero ya había comido hígado crudo antes y algo así sería un festín aquella noche. Entonces vio los cuernos y se desplazó a un lado, medio agazapado, mientras intentaba ver el cuerpo del venado, y justo entonces oyó el

disparo de una ballesta y el dardo silbó a su lado y se clavó junto a un árbol, el ciervo huyó dando grandes saltos y, cuando Thomas se volvió tensando la cuerda, vio que los hombres desenvainaban.

Había caído en una trampa.

Y lo habían atrapado.

## **TERCERA PARTE**

### *La oscuridad*



El ulterior registro del monasterio sólo había sacado a la luz el cadáver del abad Planchard, y Guy Vexille, al serle notificada la muerte, culpó en público a su primo desaparecido. Más tarde, ordenó registrar todos los otros edificios, hizo quemar el pueblo y el lazareto para asegurarse de que los fugitivos no se ocultaban allí y, cuando se hubo convencido a su pesar de que su presa había huido, envió a algunos hombres a recorrer los bosques cercanos. El descubrimiento de un par de hábitos de leproso y de dos carracas de madera abandonados en el bosque le dio a Vexille la clave de lo que había sucedido, y se enfrentó a los jinetes encargados de guardar aquel lado del monasterio. Ambos juraron que no habían visto nada. No los creyó, pero poco ganaba poniendo sus afirmaciones en duda, así que los envió a limpiar los caminos que conducían hasta las posesiones inglesas en Gascuña. Sin embargo, cuando ordenó a Charles Bessières que añadiera sus hombres a la búsqueda, éste se negó. Aseguró que los caballos estaban cojos y los hombres cansados.

—Yo no obedezco tus órdenes —le espetó—. Estoy aquí por mi hermano.

—Y vuestro hermano quiere que encontremos al inglés —insistió Vexille.

—Pues encontradlo vos, mi señor —añadió Bessières, que hizo sonar las dos últimas palabras como un insulto.

Vexille cabalgó hacia el oeste con sus hombres, consciente de que Bessières querría quedarse probablemente para saquear el pueblo y el monasterio, y eso fue precisamente lo que Charles Bessières hizo, aunque no encontró gran cosa. Envió a seis de sus hombres a registrar las miserables pertenencias que los aldeanos habían salvado de las llamas, y descubrieron cazuelas y sartenes por las que podrían sacar algún sueldo, pero lo que realmente querían eran las monedas que los aldeanos debían de haber escondido al ver a los hombres armados. Todos sabían que los campesinos reunían pequeñas cantidades de monedas y las enterraban al ver aparecer hombres a caballo, así que los hombres de Bessières torturaron a los siervos para que les revelaran los escondrijos, y mientras se dedicaban a ello descubrieron algo mucho más intrigante. Uno de los hombres de Charles hablaba la lengua local del sur de Francia y estaba ocupado serrándole los dedos a un prisionero, cuando el hombre confesó que el antiguo conde había estado excavando en las ruinas del castillo y había descubierto un muro antiguo debajo de la capilla, pero que había muerto antes de poder sacar nada en claro. Esto interesó a Bessières, pues el hombre sugería que

había algo detrás del muro, algo que había entusiasmado al conde y que el abad, el señor lo tuviera en su gloria, había querido ocultar; así que, en cuanto Vexille desapareció por el oeste, Bessières condujo a sus hombres hasta la antigua fortaleza.

Les llevó menos de una hora levantar las losas y revelar la cripta, y en menos de otra hora, Bessières había vuelto a destapar los ataúdes y descubierto que se le habían adelantado. Avisaron al hombre del pueblo, y les mostró el lugar en el que había excavado el conde. Bessières ordenó a sus soldados que descubrieran el muro. Los hizo trabajar rápido, pues quería terminar el trabajo antes de que Guy Vexille volviera y lo acusara de profanar las tumbas de sus antepasados, pero el muro era robusto y había sido construido con argamasa, así que hasta que uno de sus hombres no fue a buscar el martillo más grande del herrero, no empezaron a avanzar. El martillo golpeó las piedras, les arrancó esquirlas y consiguió hundirlas hasta que tuvieron suficiente espacio para meter un pico de hierro entre los bloques de la parte de abajo y derribar todo el muro.

En el interior hallaron, encima de un pilar de piedra, una caja. Era una caja de madera, tal vez lo suficientemente grande para contener un cráneo humano, e incluso Charles Bessières sintió una emoción repentina al verla. El Grial, pensó, el Grial... y se imaginó a sí mismo cabalgando hacia el norte con el objeto que le entregaría a su hermano el papado.

—¡Apártate! —le rugió a un hombre que avanzaba hacia el tesoro; después se agachó para entrar por el hueco y cogió la caja de madera del pedestal.

El cofre era un artilugio muy ingenioso, pues parecía no tener tapa. En uno de sus lados, que Bessières suponía la parte de arriba, tenía una cruz de plata incrustada que se había ennegrecido con los años, pero no había ningún escrito en la caja, ni tampoco pista alguna de lo que podría contener. Bessières la sacudió y oyó algo dentro. Se detuvo. Pensaba que a lo mejor tenía el auténtico Grial en las manos, pero si la caja resultara tener cualquier otra cosa, podría ser un buen momento para sacar el falso grial de la aljaba para dardos que llevaba colgada en el cinturón y fingir que lo había hallado bajo el altar en ruinas de Astarac.

—Abridla —dijo uno de sus hombres.

—Cierra el pico —repuso Bessières, que deseaba meditar un poco más la situación. El inglés aún andaba lejos, pero pronto lo cogerían, ¿y si tenía el Grial y el suyo se revelaba falso? Bessières se encontraba ante el mismo dilema que le había hecho vacilar en el osario, cuando tuvo la oportunidad de matar a Vexille. Si sacaba el Grial en el momento equivocado, la vida en el palacio papal de Aviñón no sería fácil. Así que era mejor, pensó, esperar a la captura del inglés, y asegurarse de que sólo sería transportado un grial a París. Pero ¿y si la caja contenía el tesoro?

La llevó hasta la luz del día y sacó su cuchillo para romper las delicadas juntas del cofre. Uno de sus hombres se ofreció para destrozarse la caja con el martillo del

herrero, pero Bessières lo insultó por burro.

—¿Quieres romper lo que hay dentro? —le preguntó. Apartó al hombre a un lado y siguió trabajando con el cuchillo hasta que la tapa cedió.

El contenido estaba envuelto en un paño de lana blanco. Bessières lo sacó y confió en ocultar el gran premio. Sus hombres se arremolinaron a su alrededor, esperando que Bessières desenterrara el antiguo paño.

Pero sólo aparecieron huesos.

Un cráneo, los huesos de los pies, un omoplato y tres costillas. Bessières las observó y después maldijo. Sus hombres empezaron a reír y Bessières, carcomido por la ira, le pegó una patada al cráneo de manera que volvió a caer a la cripta, rodó un par de pasos, y se quedó quieto.

Había dejado como un buen cuchillo para encontrar los huesos que quedaban del famoso sanador de ángeles, san Severo.

El Grial seguía oculto.

\* \* \*

Los *coredors* estaban intrigados ante tanta actividad en Astarac. Cada vez que hombres armados saqueaban un poblado, había fugitivos que se convertían en presas fáciles para los forajidos hambrientos y desesperados, y Destral, que dirigía a cerca de cien *coredors*, observó cómo esquilaban Astarac y reparó en el lugar hacia donde se dirigían los habitantes escapando de los soldados.

La mayoría de los *coredors* eran fugitivos, aunque no todos. Algunos sólo eran hombres con mala suerte, otros venían de la guerra y se habían negado a aceptar su lugar como siervos de un señor. En verano, atacaban los rebaños que subían a pastar en las alturas y tendían emboscadas a los viajeros poco cuidadosos en los pasos de montaña; pero en invierno se veían obligados a bajar a terrenos menos fríos para encontrar nuevas víctimas y cobijo. Los hombres cambiaban continuamente y, con ellos, sus mujeres. Algunos morían de enfermedad, otros recogían su botín y se marchaban para hacer una vida más honesta, mientras que unos pocos perdían la vida en peleas por mujeres o ganancias, aunque muy pocos morían en peleas contra rebeldes. El antiguo conde toleraba la presencia de la banda de Destral mientras no hicieran un daño excesivo, pues pensaba que era un desperdicio de dinero contratar hombres de armas para que se perdieran por unas montañas llenas de cuevas y barrancos. Lo que hacía era colocar guarniciones en cualquier lugar que atrajera a los *coredors* por su riqueza, y asegurarse de que los carros que transportaban sus impuestos estuvieran bien vigilados. Los mercaderes que se alejaban de las carreteras principales procuraban viajar juntos y también contrataban a sus propios soldados, y lo que quedaba era de lo que sustentaban los *coredors*, y a veces había que luchar por

ello, pues los *routiers* se cruzaban en su territorio.

Un *routier* era casi como un *coredor*, sólo que estaban mejor organizados. Eran soldados sin empleo, armados y con experiencia, y los *routiers*, en ocasiones, tomaban una ciudad, la saqueaban y la conservaban hasta que se quedaba seca, momento en que volvían a marcharse. Pocos señores se mostraban dispuestos a presentarles batalla, pues los *routiers* eran soldados preparados que formaban ejércitos letales provistos del fanatismo de aquéllos que no tienen nada que perder. Sus saqueos terminaban en cuanto empezaba una guerra y los señores ofrecían dinero a los soldados. Entonces los *routiers* juraban lealtad, iban a la guerra y peleaban hasta que se firmaba una tregua; después, como no conocían otro comercio que el de la sangre y la espada, volvían a los parajes más solitarios de los campos y buscaban una ciudad que aniquilar.

Destral odiaba a los *routiers*. Odiaba a todos los soldados porque eran enemigos naturales de los *coredors* y aunque, por norma general, los evitaba, permitía que sus hombres los atacaran si los superaban ampliamente en número. Los soldados eran una buena fuente de armas, armaduras y caballos, de modo que, la tarde en que el humo que despedía el lazareto y el pueblo embadurnaba de gris el cielo sobre Astarac, consintió en que uno de sus segundos dirigiera un ataque contra media docena de hombres de armas con armaduras negras que se habían desviado un poco por el bosque. El ataque fue un error. Los jinetes no estaban solos, había más justo detrás de los árboles y, de repente, el oscuro sotobosque se llenó del repicar de cascos y espadas que se desenvainaban.

Destral no sabía qué sucedía al borde del claro. Él estaba más adentro, en un lugar en el que un risco de piedra caliza se levantaba sobre los robles y por el que se precipitaba un arroyuelo. Dos grandes cuevas ofrecían un buen refugio, y aquél era el lugar en el que Destral planeaba pasar el invierno, lo suficientemente arriba para tener protección y lo suficientemente cerca de los valles para que sus hombres pudieran atacar los poblados y granjas vecinas; y era allí donde habían traído a los dos fugitivos de Astarac. Habían capturado a la pareja en el límite de la sierra y los habían conducido hasta el claro frente a las cuevas en el que Destral había preparado las hogueras, aunque no pensaba prender la leña hasta estar seguro de que se habían encargado de los soldados.

Ahora, a la luz del crepúsculo, vio que sus hombres le habían traído algo mucho mejor de lo que siquiera soñaba, pues uno de los dos cautivos era un arquero inglés y el otro era una mujer, y de mujeres los *coredors* siempre andaban escasos. A ella ya le buscarían utilidad, pero el inglés tenía un alto precio. Podía ser vendido, y además llevaba una bolsa de dinero, una espada y una cota de malla, lo que significaba que aquella captura, para Destral, era un triunfo aún más dulce, pues era el mismo hombre que había matado a media docena de sus hombres con sus flechas. Los *coredors*



registraron el macuto de Thomas y le robaron el pedernal y el metal para encender el fuego, las cuerdas de repuesto y unas cuantas monedas que Thomas había guardado allí, pero tiraron las puntas de flecha y la caja vacía, que consideraron sin valor. Le quitaron las flechas y le entregaron el arco a Destral, que intentó tensarlo y acabó enrabiado porque, a pesar de su fuerza, no podía tensar la cuerda más de unos cuantos centímetros.

—Cortadle los dedos —gruñó mientras tiraba el arco—, y a ella desnudadla.

Entonces intervino Philin. Un hombre y una mujer habían agarrado a Geneviève y le estaban quitando la malla por encima de la cabeza, haciendo caso omiso de sus gritos de dolor, y Thomas intentaba desembarazarse de los dos hombres que lo sujetaban, entonces Philin les gritó a todos que pararan.

—¿Que paren? —Destral se dio la vuelta sin poder creer que Philin le estuviera desafiando—, ¿te has vuelto blando? —acusó a Philin—. ¿Quieres que lo perdonemos?

—Le pedí que se uniera a nosotros —respondió Philin nervioso—, porque salvó la vida de mi hijo.

Thomas no entendía nada de la breve disputa, que se estaba desarrollando en la lengua local, pero estaba claro que Philin intentaba interceder por sus vidas, y estaba igual de claro que Destral, cuyo apodo provenía de la enorme hacha que llevaba colgada del hombro, no estaba de humor para concederle su petición.

—¿Querías que se uniera a nosotros? —rugió Destral—. ¿Por qué? ¿Porque salvó a tu hijo? Cristo bendito, pero mira que eres débil e inútil. No eres más que un cagarro con nariz de cerdo y margaritas en lugar de hígado. —Se descolgó el hacha, se enroscó la cuerda que le colgaba del mango a la muñeca y avanzó hasta el alto Philin—. ¡Te permití comandar hombres y permitiste que mataran a la mitad! ¿Y estos dos son los responsables y tú les pides que se nos unan? Si no fuera por la recompensa, lo mataba aquí mismo. Le abría la panza y lo colgaba de sus propias yapestosas tripas; pero lo que hará será perder un dedo por cada hombre que mató. —Escupió hacia Thomas y señaló con el hacha a Geneviève—, y después le dejaré ver cómo ella calienta mi cama.

—Le pedí que se nos uniera —repitió Philin cabezota. Su hijo, aún con la pierna entablillada y unas toscas muletas bajo los brazos, se adelantó para defender a su padre.

—¿Pelearás por él? —le preguntó Destral. No era tan alto como Philin, pero sí muy ancho de hombros, y parecía tener una fuerza brutal. Tenía la cara plana, la nariz rota y ojos de mastín; unos ojos que casi fulguraban al pensar en la violencia. Lucía una barba apelmazada y sucia, con restos de comida y saliva secos. Volteó el hacha, de manera que reflejó la luz del atardecer—. Pelea conmigo —le dijo a Philin, y su voz sonaba hambrienta.

—Quiero que viva —repuso Philin, incapaz de desenvainar ante aquellos ojos de loco, pero los otros *coredors* olían ya la sangre, y empezaban a hacer un círculo en el que Destral y él quedaban en el centro. Sonreían ávidos y gritaban, querían pelea, y Philin retrocedió hasta que no pudo ir más lejos.

—¡Pelea! —gritaban los hombres—. ¡Pelea! —gritaban también las mujeres; lo desafiaban a que fuera hombre y se enfrentara al hacha. Los más cercanos a Philin lo empujaron hacia delante. Tuvo que saltar a un lado para evitar chocar con Destral que, lleno de desdén, le dio un bofetón y le tiró de la barba a modo de insulto.

—¡Pelea conmigo —repuso Destral— o córtale tú los dedos al inglés!

Thomas no sabía qué le estaba diciendo, pero la triste mirada en el rostro de Philin le indicó que no era nada bueno.

—¡Venga! —prosiguió Destral—. ¡Córtale los dedos! Eso, Philin, o te cortaré a ti los tuyos.

Galdric, el hijo de Philin, sacó su propio cuchillo y se lo tendió a su padre.

—¡Hazlo! —le dijo el chico, y cuando su padre rechazó el cuchillo miró a Destral—. ¡Yo lo haré! —se ofreció el chico.

—Lo hará tu padre —respondió Destral divertido—, y lo hará con esto. —Se desenrolló el hacha y se la tendió a Philin.

Y Philin, demasiado aterrorizado para desobedecer, cogió el arma y se encaminó hacia Thomas.

—Lo siento —le dijo en francés.

—¿Por qué?

—Porque no tengo elección. —Philin ofrecía una visión lamentable, era un hombre humillado y sabía que los demás *coredors* disfrutaban con su vergüenza—. Pon las manos en el árbol —le dijo y después repitió la orden en su propio idioma y los hombres que sujetaban a Thomas le obligaron a extender los brazos hasta que sus dos manos deformes estuvieron apoyadas en el tronco. Sujetaban a Thomas por los antebrazos, y Philin se acercó—. Lo siento —repitió Philin—, tienes que perder los dedos.

Thomas le observó. Vio lo nervioso que estaba. Comprendió que el hacha, cuando llegara, probablemente le cortara la mano por la muñeca en lugar de los dedos.

—Hazlo rápido —le dijo.

—¡No! —gritó Geneviève, y la pareja que la sujetaba estalló en carcajadas.

—Rápido —repinó Thomas, y Philin echó el hacha hacia atrás. Se detuvo, se mojó los labios, echó una última mirada llena de angustia a Thomas y se abalanzó.

Thomas dejó que los hombres lo apoyaran contra el árbol; no intentó librarse de ellos hasta que llegó el hacha. Sólo entonces empleó toda su fuerza para soltarse de sus garras. Los dos hombres, sorprendidos por la potencia de un arquero habituado a disparar el arco de tejo, se tambalearon sin poder sujetarle, mientras Thomas cogía el

hacha en el aire y con un alarido de rabia se abalanzaba contra el hombre que sujetaba a Geneviève. El primer golpe le partió el cráneo en dos, la mujer soltó instintivamente a Geneviève del brazo y Thomas giró sobre sí mismo dándose impulso con el hacha para atacar esta vez a los dos hombres que lo habían sujetado junto al árbol. Aullaba el grito de guerra inglés:

—¡San Jorge! ¡San Jorge! —y le estampó el hacha al hombre que tenía más cerca en el momento en que los jinetes salían de los árboles.

Por un instante, los *coredors* fueron sorprendidos entre la necesidad de reducir a Thomas y el peligro de los jinetes, y cuando repararon en que los soldados eran, con mucho, el enemigo más peligroso, hicieron lo que todos los hombres hacen por instinto cuando se enfrentan a hombres de armas a la carga. Salieron corriendo hacia los árboles, y los jinetes de negro de Guy Vexille se lanzaron a por ellos, empuñaban espadas que usaban con una destreza brutal. Destral, inconsciente de la amenaza, se había lanzado de cabeza hacia Thomas, y el arquero lo recibió estampándole el arma en aquella cara cuadrada, cosa que le rompió el puente nasal y lo envió directo al suelo. Con ese último golpe, Thomas abandonó la torpe hacha, cogió el arco y la bolsa de flechas y agarró a Geneviève por la muñeca.

—¡Corre!

Entre los árboles estaban a salvo. Los troncos y las ramas bajas impedían que los jinetes se lanzaran a la carga, y terminaba el día, así que pronto sería difícil verlos en el interior del bosque, pero en el claro, los jinetes se volvían hacia un lado, la emprendían a tajos, se volvían hacia el otro, y los *coredors* que no consiguieron escapar murieron como ovejas degolladas por lobos.

Philin estaba ahora junto a Thomas, pero su hijo, con aquellas muletas que no le permitían moverse rápido, seguía en el claro; un jinete vio al muchacho, se dio la vuelta y embistió espada en mano.

—¡Galdric! —chilló Philin, y empezó a correr para salvar al chico, pero Thomas le puso la zancadilla y flechó el arco.

El jinete llevaba la espada baja, pretendía ensartar a Galdric con ella. Espoleó al caballo y aceleró en el momento en que la flecha azotaba la oscuridad para rasgarle la garganta. El caballo dio la vuelta y emprendió la huida desbocada con el jinete colgando de la silla y manando sangre. Thomas disparó una segunda flecha que pasó volando por encima del chico para clavársele a Destral en un ojo, después buscó a su primo entre los jinetes, pero había oscurecido demasiado y ya no podía distinguir las caras.

—¡Vámonos! —le apremió Geneviève—, ¡vámonos!

Sin embargo, Thomas, en lugar de salir corriendo con ella, volvió al claro. Recogió la caja vacía del Grial, buscó la bolsa de dinero, recuperó un haz de flechas y entonces oyó el aviso de Geneviève cuando se le acercaron unos cascos: se hizo a un

lado con rapidez, volvió a la posición inicial, y corrió hacia los árboles. El jinete que lo perseguía, confuso por los amagos de Thomas, espoleó al caballo hacia delante y giró a un lado bruscamente en el momento en que Thomas se metía por debajo de una rama baja. Otros *coredors* huían hacia las cuevas, pero Thomas decidió olvidarse de ese refugio y siguió hacia el sur, al abrigo de los riscos. Él conducía a Geneviève de la mano, y Philin llevaba a Galdric sobre los hombros. Un puñado de los soldados más temerarios intentaron seguirlos, pero algunos de los *coredors* que aún quedaban vivos iban armados con ballestas, y los dardos que salían de la oscuridad los convencieron de que se contentaran con su pequeña victoria. Habían matado a una veintena de bandidos, capturado a otros tantos y, lo que era mejor, obtenido una docena de sus mujeres. Y sólo habían perdido un hombre. Le sacaron la flecha de la garganta, envolvieron su cuerpo encima de su caballo y, con los cautivos maniatados con jirones de tela, regresaron al norte.

Mientras tanto, Thomas corría. Aún llevaba puesta la cota de malla, cargaba con el arco, la bolsa de flechas y una caja vacía, pero todo lo demás se había perdido. Y corría en la oscuridad.

Hacia ninguna parte.

\* \* \*

El fracaso era duro, y Guy Vexille jamás había fracasado. Había enviado partidas de jinetes a los bosques para que hicieran la batida y los fugitivos salieran a campo abierto, y lo único que había conseguido era mezclarse en una escaramuza sangrienta y desigual con *coredors*, en la que había muerto uno de sus hombres. El cuerpo fue llevado a Astarac donde, aquella mañana temprano, Guy Vexille lo enterró. Llovía. La lluvia había empezado a medianoche, y había caído sin parar hasta inundar la tumba que habían cavado entre los olivos. Los cuerpos de los *coredors* capturados, todos ellos decapitados la noche anterior, estaban abandonados al borde del olivar, pero Vexille estaba decidido a que su hombre tuviera una tumba. El cuerpo fue despojado de todo excepto la camisa, y después extendido en el poco profundo hoyo: la cabeza cayó hacia atrás y quedó medio sumergida en el agua, pero Guy Vexille pudo ver una vez más la herida en el cuello.

—¿Por qué no llevaba la gola? —preguntó Vexille a uno de los hombres que habían atacado a los *coredors*. La gola era una pieza de la armadura que cubría la garganta y Vexille recordó que el muerto estaba orgulloso de la suya y contaba que la había sacado de un campo de batalla perdido.

—La llevaba.

—¿Una espada afortunada, entonces? —preguntó Vexille. Sentía curiosidad. Todo detalle era útil, en algunos casos tan útil, que le permitía a un hombre seguir con vida

en el caos de una batalla.

—No fue una espada —respondió el hombre—, sino una flecha.

—¿De ballesta?

—Una flecha larga —contestó—, le atravesó la gola limpiamente. Tuvo que darle de lleno. —El hombre se persignó para prevenir un destino similar—. El arquero consiguió escapar —prosiguió—. Huyó por el bosque.

Y fue entonces cuando Vexille reparó en que Thomas debía de estar entre los *coredors*. Era posible que uno de los bandidos llevara un arco de caza, pero no probable. Exigió saber dónde estaba la flecha, pero la habían tirado y nadie sabía dónde; así que, en la niebla matutina, Vexille condujo de nuevo a sus hombres por la cordillera en dirección sur, hasta el claro en el que aún yacían los cuerpos. La lluvia caía sin cesar, resbalaba por las gualdrapas de los caballos y se colaba por dentro de las armaduras, atravesando cuero y metal para helar la piel. Los hombres de Vexille refunfuñaban, pero él parecía no prestar atención a las adversidades del clima. Una vez allí, escudriñó los cuerpos desperdigados y encontró lo que andaba buscando. Un hombre corpulento y con barba tenía una flecha clavada en un ojo, y Vexille desmontó para mirar el astil, que resultó ser de fresno y estar empenachado con plumas blancas de ganso. Vexille sacó la saeta de entre los sesos del hombre. El casquillo era una punta hueca y larga, lo que indicaba que era inglesa, después miró el penacho.

—¿Sabíais —les dijo a sus hombres— que los ingleses sólo usan plumas de una de las alas del ganso? —Acarició las plumas empapadas, que estaban adheridas con cordel y cola verdusca—. O de la derecha —prosiguió—, o de la izquierda, no importa, pero en una flecha no se mezclan las plumas de dos alas distintas. —De repente partió la flecha presa de la frustración. ¡Maldita sea! Era una flecha inglesa y eso suponía que Thomas había estado allí, a su alcance. ¿Qué dirección habría tomado ahora?

Uno de sus hombres propuso dirigirse hacia el oeste para peinar el valle del Gers, pero Vexille desestimó la sugerencia de malos modos.

—No es idiota. Habrá recorrido kilómetros a estas alturas. Kilómetros. —O puede que estuviera a sólo unos cuantos metros, observando desde los árboles o desde las alturas escarpadas del peñasco; Vexille miró a su alrededor, al bosque, e intentó ponerse en el lugar de Thomas. ¿Volvería a Inglaterra? ¿Por qué había venido a Gascuña en primer lugar? Thomas había sido excomulgado, apartado de sus compañeros, obligado a vagabundear, y en lugar de huir a Inglaterra, volvía a Astarac. Aunque en Astarac ya no había nada. Había sido esquilmado, ¿por qué habría ido Thomas? Guy Vexille hizo registrar las cuevas, pero estaban vacías. Thomas se había ido.

Vexille volvió con sus hombres al monasterio. Era hora de irse y regresó para

recoger al resto de sus soldados. Charles Bessières también había reunido a sus pocos hombres, que iban montados en caballos hasta los topes de botín.

—¿Y se puede saber adónde vais? —le preguntó Vexille.

—Dondequiera que vayáis vos, mi señor —respondió Bessières con sarcástica amabilidad—, para ayudaros en la búsqueda del inglés. ¿Por dónde empezamos? — Formuló la pregunta con toda la mala intención, pues sabía que Guy Vexille no tenía respuesta inmediata.

Vexille no dijo nada. La lluvia seguía cayendo, convertía las carreteras en cenagales. En el camino hacia el norte, que en esa dirección llegaba hasta Toulouse, había aparecido un grupo de viajeros. Iban todos a pie, eran treinta o cuarenta, y resultaba evidente que venían buscado refugio y ayuda del monasterio. Tenían aspecto de fugitivos, pues empujaban carretillas cargadas de baúles y hatillos. Tres ancianos, demasiado débiles para abrirse paso entre el barro, iban encima de las carretillas. Algunos de los hombres de Bessières, que confiaban en obtener más beneficios, se adelantaron hasta ellos, aunque Guy Vexille los precedía. La gente, al ver la armadura lacada de Vexille y la centicora rampante, se arrodilló en el barro.

—¿Adonde os dirigís? —preguntó Vexille.

—Al monasterio, señor —respondió uno de los hombres mientras se descubría e inclinaba la cabeza.

—¿Y de dónde sois?

El hombre respondió que eran del valle del Garona, a dos días de viaje al este, y unas cuantas preguntas más tarde quedó claro que se trataba de cuatro artesanos y sus familias: un carpintero, un fabricante de sillas de montar, un carretero y un mampostero, todos de la misma ciudad.

—¿Hay allí problemas? —quiso saber Vexille. Dudaba mucho de que le concernieran, pues con toda probabilidad Thomas no habría viajado al este, pero todo lo que se saliera de lo común le interesaba.

—Hay peste, señor —contestó el hombre—. La gente está muriendo.

—Siempre hay peste —le quitó importancia Vexille.

—No como ésta, mi señor —añadió el hombre humildemente. Aseguró que los muertos se contaban por cientos, puede que por miles, y aquellas familias, con los primeros contagios, habían decidido huir. Había más en su situación, dijo el hombre, pero la mayoría se habían dirigido hacia el norte, hacia Toulouse, mientras que ellos, todos amigos o familiares, decidieron refugiarse en las colinas del sur.

—Tendríais que haberos quedado allí —repuso Vexille—, y refugiaros en la iglesia.

—La iglesia está llena de muertos, señor —repuso el hombre, y Vexille se dio la vuelta impaciente. Una enfermedad del Carona no era asunto suyo, y que la plebe se dejara llevar por el pánico tampoco era nada fuera de lo común. Les gritó a los

hombres de Charles Bessières que dejaran en paz a los fugitivos, y Bessières le replicó alegando que perdían el tiempo.

—Tu inglés se ha ido —se burló.

Vexille captó la burla, pero la pasó por alto. También tuvo la gentileza de tomarse a Charles Bessières en serio.

—Tenéis razón —le dijo—, ¿pero adonde?

Bessières quedó desconcertado por el tono amable. Se inclinó sobre la perilla de su silla de montar y observó el monasterio mientras meditaba sobre la pregunta.

—Estaba aquí y se ha ido —dijo al final—. ¿Habría encontrado lo que buscaba?

Vexille negó con la cabeza.

—Se fue de aquí huyendo de nosotros.

—¿Y por qué no le vimos? —preguntó Bessières con beligerancia. La lluvia caía a raudales ante el amplio borde de metal de su morrión, la única pieza de armadura que utilizaba, para mantener seca la cabeza—. Sea como sea, ahora ya no está aquí, y se ha llevado con él lo que quiera que haya encontrado. ¿Adónde irías tú si fueras él?

—A casa.

—Está lejos —repuso Bessières—, y su mujer herida. Si yo fuera él buscaría amigos y los buscaría cerca.

Vexille observó al sombrío Charles Bessières y se preguntó por qué estaría siendo tan desacostumbradamente útil.

—Amigos... —repitió Vexille.

—Castillon d'Arbizon —le tuvo que descifrar Charles Bessières.

—¡Lo expulsaron de allí! —protestó Vexille.

—Eso fue entonces —repuso Bessières—, pero ahora, ¿qué otra alternativa le queda? —Lo cierto es que Charles Bessières no tenía la menor idea de si Thomas iría a Castillon d'Arbizon, pero era la solución más evidente, y había decidido que tenían que encontrar pronto al inglés. Sólo entonces, cuando estuviera seguro de que el auténtico Grial no había sido descubierto, podría él alzar el falso ante los ojos de todos—. Si no ha ido a buscar a sus amigos —añadió—, sin duda tiene que haberse dirigido al oeste hacia las otras guarniciones inglesas.

—Pues le cortaremos el paso —añadió Vexille. No estaba convencido de que Thomas regresara a Castillon d'Arbizon, pero lo que sí parecía seguro es que su primo se dirigía hacia el oeste, y ahora, además, Vexille tenía una nueva preocupación, una que le había inculcado Bessières: que Thomas hubiese hallado lo que buscaba.

El Grial podría estar perdido, y el rastro estaba frío, pero la caza continuaba.

De modo que cabalgaron hacia el oeste.

\* \* \*

En la oscuridad, la lluvia caía como una venganza del cielo. Un chaparrón que atravesaba las copas de los árboles, que empapaba el suelo del bosque, calaba a los fugitivos y los desanimaba aún más de lo que estaban. En un breve pasaje de violencia inesperada, los *coredors* habían sido desmembrados, su jefe asesinado y el campamento de invierno inutilizado. Ahora, en la oscuridad total de la noche de otoño, se encontraban perdidos, desprotegidos y asustados.

Thomas y Geneviève estaban entre ellos. Geneviève pasó la mayor parte de la noche retorcida, procurando contener el dolor del hombro izquierdo, exacerbado cuando los *coredors* intentaron y no consiguieron arrebatarle la cota de malla, pero en cuanto la primera luz húmeda mostró un sendero entre los árboles, se puso en pie y siguió a Thomas en su camino hacia el oeste. Lo siguieron al menos una veintena de *coredors*, incluido Philin, que aún cargaba con su hijo a hombros.

—¿Adónde vas? —le preguntó Philin a Thomas.

—A Castillon d'Arbizon —contestó él—. ¿Y tú?

Philin no respondió a la pregunta, caminó en silencio unos cuantos pasos y después frunció el entrecejo.

—Lo siento —le dijo.

—¿Por qué?

—Estuve a punto de cortarte los dedos.

—Tampoco tenías muchas opciones, ¿verdad?

—Podría haberme enfrentado a Destral.

Thomas le miró fijamente.

—No se puede uno enfrentar a hombres como ése. Aman la pelea, se alimentan de ella. Te habría desmembrado, y yo habría perdido los dedos igualmente.

—De todos modos, lo siento.

Se habían abierto camino por la parte más elevada de la sierra y ahora observaban la lluvia gris azotar el valle que se extendía ante ellos, y en el siguiente valle y cordillera vieron lo mismo. Thomas deseaba otear el horizonte antes de volver a descender por la ladera, así que les ordenó que descansaran, y Philin bajó a su hijo al suelo. Thomas se volvió hacia él.

—¿Qué te dijo tu chico cuando te tendió su cuchillo?

Philin se enfurruñó como si se resistiera a responder, después se encogió de hombros.

—Me dijo que si no te los cortaba yo, lo haría él.

Thomas le metió tal guantazo al chaval que empezaron a pitarle los oídos y se le inundaron los ojos de lágrimas. Le dio un segundo bofetón, tan fuerte que hasta se hizo daño en la mano.

—Dile —le dijo Thomas a Philin— que se meta con gente de su tamaño.

Galdric empezó a llorar, Philin no dijo nada y Thomas volvió a observar el valle.



No veía hombres a caballo, ni jinetes en las carreteras, ni soldados armados patrullando los húmedos pastos, así que decidió seguir.

—He oído. —Philin hablaba con nerviosismo y seguía llevando a su hijo a cuestas— que los hombres del conde de Berat han sitiado Castillon d'Arbizon.

—Yo también lo he oído —contestó Thomas sin más.

—¿Crees que es seguro ir allí?

—Probablemente no —repuso Thomas—, pero en el castillo hay comida, calor y amigos.

—Podrías seguir hacia el oeste —sugirió Philin.

—Vine aquí por algo —repuso Thomas—, y aún no lo he obtenido. —Había venido por su primo, y Guy Vexille estaba cerca; Thomas sabía que no podría retroceder hasta Astarac y enfrentarse a él, porque los hombres de armas montados de Vexille gozaban de todas las ventajas en terreno abierto, pero tenía una pequeña oportunidad en Castillon d'Arbizon. Una oportunidad, al menos, si sir Guillaume seguía al mando y los amigos de Thomas formaban la disminuida guarnición. Y como mínimo estaría de nuevo entre arqueros, junto a ellos sabía seguro que podría ofrecerle a su primo una batalla que recordar.

La lluvia seguía cayendo mientras cruzaban el valle del Gers, y se volvió más virulenta a medida que atravesaron, entre espesos bosques de castaños, la siguiente cordillera. Algunos de los *coredors* se quedaron atrás, pero la mayoría seguían a Thomas a paso veloz.

—¿Por qué me siguen? —le preguntó Thomas a Philin—. ¿Por qué me sigues tú?

—También necesitamos comida y calor —repuso Philin. Se había pegado a Thomas y Geneviève como un perro que hubiera perdido a su amo; y los demás *coredors* lo seguían, así que Thomas se detuvo en la siguiente cumbre y se los quedó mirando. Eran una banda de hombres delgados, andrajosos, hambrientos y apaleados, con un puñado de mujeres desaliñadas y niños tristes.

—Podéis venir conmigo —dijo y esperó a que Philin tradujera—, pero si llegamos a Castillon d'Arbizon tendréis que convertirlos en soldados. ¡Soldados como Dios manda! Tendréis que pelear. Pelear bien, no esconderos en los bosques y huir cuando las cosas se pongan difíciles. Si entramos en el castillo, tendréis que colaborar en su defensa, y si no podéis enfrentaros a esa situación, es mejor que os deis la vuelta ahora. —Los observó mientras Philin traducía sus palabras: pudo ver cómo el miedo aparecía en sus rostros, pero ninguno se echó atrás. O eran valientes, pensó Thomas, o estaban tan desesperados que no tenían otra alternativa que seguirle.

Continuaron hacia el siguiente valle. Geneviève, con el pelo aplastado por la lluvia, mantenía su paso.

—¿Cómo entraremos en el castillo? —preguntó.

—De la misma manera que salimos. Cruzaremos la presa y atravesaremos la

muralla por la puerta del molino.

—¿No estará guardada?

Thomas hizo un gesto de negación.

—Está demasiado cerca de las almenas. Si pusieran hombres en esa loma, los arqueros los masacrarían. Uno por uno. —Lo que no significaba que los sitiadores no hubieran ocupado el molino, pero ya se enfrentaría a ese problema cuando llegaran a Castillon d'Arbizon.

—¿Y cuando estemos dentro? —le preguntó—. ¿Entonces qué?

—No lo sé —respondió Thomas con honestidad.

Le acarició una mano para indicarle que no lo cuestionaba, sólo sentía curiosidad.

—A mí me da la sensación —dijo Geneviève—, que eres un lobo perseguido que intenta volver a su guarida.

—Es cierto —contestó Thomas.

—Y los cazadores sabrán que estás allí. Te acosarán.

—Eso también es cierto —repuso él.

—Entonces, ¿por qué?

No respondió durante un rato, después se encogió de hombros e intentó contarle la verdad.

—Porque me han derrotado —dijo—, porque han matado a Planchard y porque, me cago en la puta, no tengo nada que perder, y si estoy en esas almenas con un arco podré matar alguno. Y vaya si lo haré. Mataré a Joscelyn; mataré a mi primo —y dio una palmada al arco de tejo, que no estaba escarzado para proteger la cuerda de la lluvia—. Los mataré a los dos. Soy arquero, un arquero jodidamente bueno, y prefiero ser eso que fugitivo.

—¿Ya Robbie? ¿Lo matarás?

—Es posible —contestó sin querer meditar la pregunta.

—Así que el lobo —prosiguió ella—, acabará con los perros y después morirá.

—Es probable —repuso Thomas—, pero rodeado de amigos. —Eso era importante. Los hombres que había traído a Gasuña estaban bajo asedio y si los atacaban, él se quedaría con ellos hasta el final—. No tienes que venir —le dijo a Geneviève.

—Menudo imbécil estás hecho —replicó ella, y su furia igualaba la de Thomas—. Cuando yo estaba a punto de morir, apareciste tú. ¿Crees que te voy a dejar ahora? Además, acuérdate de lo que vi bajo la tormenta.

La oscuridad y un punto de luz. Thomas sonrió con malicia.

—¿Crees que vamos a ganar? —le preguntó—. Quizás. Ahora sé que estoy en el lado de Dios, piense lo que piense la Iglesia. Mis enemigos asesinaron a Planchar, y eso sólo puede significar que la suya es la obra del demonio.

Iban colina abajo, se acercaban al límite del bosque, donde empezaba a haber

viñedos, y Thomas se detuvo para observar el paisaje que se extendía ante él. Los *coredors* se quedaron algo atrás, agotados y exhaustos sobre la hierba. Siete de ellos llevaban ballestas, los demás tenían diversas armas o ninguna en absoluto. Una mujer, pelirroja y de nariz respingona, llevaba un alfanje, una espada de hoja ancha y curva, y tenía aspecto de saber usarlo.

—¿Por qué nos detenemos? —le preguntó Philin, aunque se alegraba de descansar, pues su hijo era una pesada carga.

—Buscamos a los cazadores —dijo Thomas, que observó durante largo rato los viñedos, prados y arboledas. Un arroyo discurría entre dos pastos. No se veía a nadie. No había aldeanos cavando zanjas o conduciendo cerdos hacia los castaños, y eso era preocupante. ¿Por qué se quedarían en casa los campesinos? Sólo porque había hombres armados cerca, y Thomas los buscó.

—Allí —dijo Geneviève mientras señalaba hacia el norte, a un meandro del cintilante arroyo, donde Thomas vio a un jinete bajo la sombra de un sauce.

Así que los cazadores lo estaban esperando y, en cuanto saliera de los árboles, le rodearían, masacrarían a sus compañeros y a él lo llevarían ante su primo.

Era hora de esconderse de nuevo.

\* \* \*

A Joscelyn le encantaba el cañón. Era un objeto de belleza horrenda; una aparatosa y sólida máquina de matar, abultada y atronadora. Quería más. Con una docena como aquéllos pensó, sería el mayor señor de Gasuña.

Había costado cinco días llevar el cañón a Castillon d'Arbizon, donde Joscelyn descubrió que el sitio, si podía llamarse así, no iba a ninguna parte. Sir Henri le aseguró que contenía a la guarnición para que no salieran del castillo, pero lo cierto es que no había hecho ningún intento de atacar. No había construido escalas, ni ubicado a los ballesteros lo suficientemente cerca para acertar a los arqueros ingleses de las almenas.

—¿Qué habéis estado haciendo? ¿Dormir? —gruñó Joscelyn.

—No, señor.

—Entonces, o te han sobornado o te han tomado el pelo. —Sir Henri se molestó ante semejante afrenta a su honor, pero Joscelyn no se dio por aludido. Decidió, en cambio, ordenar a los ballesteros que avanzaran hasta la mitad de la calle principal y buscaran ventanas o parapetos desde los que disparar a los hombres de las almenas, y cinco ballesteros acabaron muertos y otros seis heridos antes de que terminara el día, pero el conde estaba satisfecho—. Ahora ya los hemos asustado —aseguró—, mañana empezaremos a aniquilarlos.

El *signor* Gioberti, el maestro artillero italiano, decidió situar el cañón justo ante

el arco de la puerta oeste de la ciudad. Había un tramo de adoquines convenientemente nivelado, así que allí colocó el enorme brancal de madera sobre el que apoyaba la estructura del mismo material, y que a su vez sostenía el arma en forma de jarra. El lugar estaba a sus buenos veinte metros del alcance de los arqueros ingleses, así que sus hombres estaban seguros, y lo que era aún mejor, el arco de la puerta, detrás del cañón, proporcionaba refugio ante la lluvia intermitente, de modo que sus hombres podían mezclar la pólvora sin problemas.

Llevó toda la mañana colocar el arma y su estructura, que tuvo que ser levantada del carro con una grúa que los hombres de Gioberti construyeron con recias piezas de roble.

Los rieles situados bajo la estructura habían sido engrasados con sebo de cerdo, y Gioberti colocó una tina de la blanca grasa junto al cañón para mantenerlos lubricados cuando la estructura reculara por el disparo.

Los proyectiles del cañón se transportaban en un carro aparte, y se necesitaban dos hombres para moverlos. Eran dardos de hierro de casi un metro y medio de largo; algunos tenían la punta en forma de flecha y, por detrás, presentaban unas gruesas barbas de metal, aunque la mayor parte eran simples barras tan anchas como el brazo de un hombre. La pólvora iba en barriles, pero tenía que removerse porque de otro modo, el salitre, que era más pesado y ocupaba dos tercios de la mezcla, tendía a caer al fondo del barril, mientras que el carbón y el azufre, más ligeros, se quedaban en la parte de arriba. Se removían con una larga cuchara de madera, y cuando el *signor* Gioberti quedó satisfecho, ordenó que echaran en la oscura recámara del cañón ocho cuencos contruidos a tal efecto, de manera que proporcionaban una unidad de medida adecuada.

Allí era donde tendría lugar la explosión, de manera que se contenía en la parte abultada del arma. En esa parte abultada había pintada por un lado la imagen de san Eloy, el santo patrón del metal; y en la otra, la de san Mauricio, el de los soldados, y debajo de los santos, el nombre del arma, *Escupe Infiernos*.

—Tiene tres años, mi señor —le explicó Gioberti a Joscelyn—, y se comporta tan bien como una mujer a la que se la haya sacudido lo suficiente.

—¿Cómo que se comporta bien?

—Las he visto rajarse, señor. —Gioberti señalaba la abultada recámara y aclaraba que algunos cañones se abrían en dos cuando los disparaban, despidiendo esquirlas de metal caliente que diezmaban al grupo de artilleros—. Sin embargo, *Escupe Infiernos* es tan resistente como una campana. Y de eso está hecha, señor, la fabricaron los fundidores de Milán. Es muy difícil ajustar las partes del molde, muy difícil.

—¿Vos sabéis cómo hacerlo? —preguntó Joscelyn que ya imaginaba una fundición de cañones en Berat.

—Yo no, señor. Pero podéis contratar hombres muy duchos. O fundidores de

campanas. Conocen el trabajo, y hay una manera de asegurarse de que lo hagan bien.

—¿Cuál es? —preguntó Joscelyn ansioso.

—Obligad a los que la fabriquen a que se queden junto a la recámara cuando sea disparada por primera vez, mi señor. ¡Eso suele convencerlos para que se concentren en el trabajo! —Gioberti reía—. Así lo hice yo con los fundidores de *Escupe Infiernos*, y ni siquiera se estremecieron. Eso demuestra que está bien hecha, mi señor, muy bien hecha.

Gioberti colocó la mecha de paño empapado en una mezcla de aceite y pólvora, y protegida por una funda de tela, con un extremo tocando la pólvora y el otro saliendo por el cuello del cañón, por donde meterían el proyectil. Algunos artilleros, prosiguió Gioberti, preferían la mecha en un agujero de la recámara practicado para tal fin, pero él era de la opinión que dicho orificio disipaba parte de la potencia del arma, y prefería encender la mecha desde la boca del cañón. La funda de tela se mantenía en el sitio con un puñado de marga húmeda, y hasta que esa marga no cuajó, Gioberti no permitió que sus hombres cargaran el cañón con uno de los grandes dardos, que fue introducido por la boca del arma hasta que sólo un palmo sobresalía por el cuello del artefacto. Entonces trajeron más marga, recién hecha con agua del río y la arena y la arcilla que transportaban en el tercer carromato, y se rellenaron todos los huecos que dejaba el proyectil para sellar bien el interior.

—Mantiene dentro la explosión, señor —le dijo Gioberti, y le explicó que si la marga no sellaba bien el cañón, la explosión perdería fuerza, sin empujar suficiente al proyectil—. Sin la marga, lo único que haría es escupir el dardo fuera, sin fuerza ninguna.

—¿Me dejaréis encender la mecha? —preguntó Joscelyn, tan emocionado como un niño pequeño con un juguete nuevo.

—Como gustéis, mi señor —contestó Gioberti—, pero aún no está a punto. La marga debe cuajar.

Eso llevó cerca de tres horas, pero después, mientras el sol se ponía detrás de la ciudad y encendía la fachada oeste del castillo, Gioberti avisó de que ya estaba todo listo. Los barriles de pólvora se almacenaban a salvo en una casa cercana a la que no podía llegar el fuego de ningún modo, los artilleros se habían refugiado por si explotaba la recámara, y la paja a cada lado del cañón había sido empapada con cubos de agua. El cañón estaba inclinado hacia el cielo, de manera que apuntaba a la parte de arriba del arco del castillo, pero el dardo, como dijo el italiano, debería ir bajando a medida que caía y golpear así en el centro de la puerta. Ordenó a uno de sus hombres que encendiera una antorcha en la chimenea de la taberna del Oso y el Carnicero, y cuando le hubieron entregado el fuego y se aseguró de que todo estaba en orden, le hizo un gesto con la cabeza a Joscelyn y le tendió el leño ardiendo. Un sacerdote dijo una oración para bendecir el disparo, y después se refugió en un

callejón junto a la taberna.

—Basta con que el fuego toque la mecha, mi señor —le dijo Gioberti—, después vos y yo podemos refugiarnos en la puerta y observar.

Joscelyn observó la enorme punta del proyectil que sobresalía del cañón, y después miró la mecha que tenía debajo. Puso en contacto el fuego con el tejido y la pólvora que contenía prendió rápidamente.

—Atrás, señor, por favor —le dijo Gioberti. Salía un hilillo de humo de la tela, que se retorció y encogió y se volvía negra. Joscelyn quería observar cómo el fuego desaparecía por el cuello del cañón, pero el *signor* Gioberti se atrevió a tirar a su señor de la manga con urgencia, y Joscelyn siguió al italiano como un corderito hasta la muralla de la puerta, desde donde observó el castillo. En lo alto de la torre aún ondeaba el estandarte del conde de Northampton, pero no por mucho más tiempo, pensó Joscelyn.

Y entonces el mundo se estremeció. El ruido fue tal que Joscelyn creía encontrarse en el centro de un trueno, un trueno que pareció agarrarse a sus tímpanos retumbando con insistencia. Joscelyn dio un salto involuntario, y entonces toda la calle que tenía ante él, todo el espacio entre las paredes de las casas y la paja húmeda, se llenó de humo, pedazos de carbón y trozos de marga, todo despidiendo fuego como si fueran cometas, que salieron disparados por los aires y cayeron al suelo. La puerta de la ciudad se estremeció y el ruido de la explosión reverberó en el castillo y ahogó el horrible chirrido que hizo *Escupe Infiernos* al recular sobre los rieles engrasados. Los perros empezaron a aullar desde dentro de sus casas, y miles de pájaros asustados emprendieron el vuelo.

—¡Dios del cielo! —exclamó Joscelyn maravillado, con los oídos aún taponados por el estruendo que seguía recorriendo el valle—. ¡Cristo bendito! —El humo blanquecino y gris desapareció de la calle y con él llegó un hedor tan apestoso y maloliente que estuvo a punto de hacer vomitar a Joscelyn. Después, a través de los apestosos restos de humo, vio que una de las hojas de la puerta del castillo estaba torcida—. ¡Hacedlo otra vez! —ordenó, y su voz le sonó amortiguada porque aún no se había recuperado del estruendo.

—Mañana, señor —repuso Gioberti—. La marga tarda en fraguar. Lo cargaremos esta noche y dispararemos al alba.

A la mañana siguiente, el cañón disparó tres proyectiles más, todos sólidas barras de hierro oxidado que consiguieron desencajar las puertas del castillo de sus goznes. Empezó a llover, y las gotas se evaporaron rápidamente con un chisporroteo al golpear el caliente metal de *Escupe Infiernos*. La gente del pueblo se ocultaba en sus casas y se estremecía cada vez que el abrumador ruido del cañón sacudía las contraventanas y provocaba temblores en todos los cacharros de la cocina. Los defensores del castillo habían desaparecido de las almenas, y eso animó a los

ballesteros a acercarse más.

La puerta había desaparecido, aunque Joscelyn seguía sin ver el patio del castillo porque quedaba más arriba, pero supuso que la guarnición se imaginaría que en breve llegaría un ataque por la puerta, y sin duda debía de estar organizando sus defensas.

—El truco consiste en no darles tiempo —declaró hacia mediodía.

—Han tenido tiempo —comentó sir Henri Courtois—, han tenido toda la mañana.

Joscelyn no hizo caso a sir Henri, al que consideraba un viejo asustadizo que había perdido su apetito por la batalla.

—Atacaremos esta noche —decretó Joscelyn—. El *signor* Gioberti disparará un hierro contra el patio y nosotros llegaremos justo detrás aprovechando que estarán muertos de miedo por el ruido.

Escogió a cuarenta hombres de armas, los mejores que tenía, y les ordenó que estuvieran listos a la puesta de sol. Para asegurarse de sorprender a los defensores, había hecho excavar agujeros a modo de refugio en los muros de las viviendas. Si se pegaban a las paredes, de casa en casa, los atacantes podrían acercarse hasta treinta pasos de la puerta sin ser vistos y, en cuanto dispararan el cañón, surgirían como un volcán de sus escondites para cargar hacia el patio del castillo. Sir Henri Courtois se ofreció a dirigir la carga, pero Joscelyn se negó.

—Necesitamos hombres jóvenes —le dijo—, hombres sin miedo. —Miró a Robbie—. ¿Vendrás?

—Por supuesto, mi señor.

—Enviaremos primero a una docena de ballesteros —declaró Joscelyn—, pueden enviar una ráfaga de dardos al patio y después apartarse del camino.

También podrían, pensó, recibir las flechas de los arqueros ingleses que los estuvieran esperando.

Sir Henri dibujó un esquema con un pedazo de carbón encima de una mesa de cocina, de modo que pudiera mostrarle a Joscelyn qué había dentro del patio. Los establos, le dijo, estaban a la derecha y debían ser evitados pues no conducían a ninguna parte.

—Una vez entréis, señor, encontraréis dos puertas que dan al patio. La de la izquierda lleva a las mazmorras, y una vez allí dentro no hay salida posible. La de la derecha, encima de un tramo de escaleras de unos doce escalones, conduce a los salones del primer piso y a las murallas.

—Así que ésa es la que buscamos.

—Exacto, señor. —Sir Henri vaciló. Quería avisar a Joscelyn de que sir Guillaume era un soldado experimentado, que estaría preparado. El sitio en sí no había empezado aún, el cañón no llevaba ni un día disparando, y era precisamente cuando más alerta estaba la guarnición. Sir Guillaume lo estaría esperando, pero sir Henri sabía que sus consejos sólo obtendrían el desprecio de Joscelyn, así que no dijo

nada.

Joscelyn le ordenó a su escudero que preparara su armadura, después miró a sir Henri de manera indiferente.

—Cuando tomemos el castillo —le dijo—, volveréis a ser el castellano.

—Lo que vuestra señoría ordene —contestó sir Henri, que se tomó el insulto que suponía la degradación con calma.

Los atacantes se reunieron en la iglesia de san Callic en el momento en que se decía misa, y el párroco bendijo a los hombres en cotas de malla; después subieron por la colina ocultándose en las toscas puertas de las casas, hasta congregarse furtivamente frente a la tienda de un carretero que daba a la plaza del castillo. Allí se agacharon, con las armas listas. La mayoría tenía escudos, pero preferían combatir sin ellos, alegando que se movían más rápido. Dos blandían enormes hachas, armas que esparcían el terror en los espacios pequeños. Se tocaron los amuletos, rezaron unas cuantas oraciones más y esperaron impacientes el estruendo del cañón. Nadie salió a mirar por la puerta, pues Joscelyn los vigilaba y les había dado órdenes estrictas de que se mantuvieran ocultos hasta el disparo.

—Sigue habiendo una recompensa por cada arquero capturado vivo —les recordó—, pero también la ofreceré por cada arquero muerto.

—Protegeos bien detrás del escudo —les avisó Robbie, que tenía las largas flechas inglesas en mente.

—Estarán aturridos —le dijo Joscelyn—, acobardados por el ruido. Entraremos y los mataremos.

«Dios quiera que sea verdad», pensó Robbie y sintió una punzada de culpabilidad por pelear contra sir Guillaume, un hombre que le gustaba; pero había jurado vasallaje y estaba convencido de luchar por Dios, Escocia y la auténtica fe.

—Cinco monedas de oro —prosiguió anunciando Joscelyn—, para cada uno de los primeros cinco hombres que suban los escalones y entren en la torre. —¿Por qué demonios no disparaba el cañón? Estaba sudando. Era un día frío, pero sudaba porque el peto de cuero engrasado que llevaba debajo de la coraza era grueso. Era la mejor armadura de todos los atacantes, pero también la más pesada, y Joscelyn sabía que le costaría mantener el ritmo de los hombres con malla, mucho más ligera. No importaba. Se uniría a la pelea en su mejor momento y disfrutó con sólo pensar en rajar arqueros desesperados entre gritos de dolor—. Y nada de prisioneros —concluyó. Quería que aquel día estuviera coronado de muerte.

—¿Podemos capturar a sir Guillaume? —sugirió Robbie.

—¿Posee tierras? —preguntó Joscelyn.

—No —admitió Robbie.

—¿Y qué rescate puede ofrecer?

—Ninguno.



—¡Pues nada de prisioneros! —les gritó a sus soldados—. ¡Matadlos a todos!

—Pero no a sus mujeres —solicitó un hombre.

—A sus mujeres no —concedió Joscelyn, y enseguida se lamentó porque la begarda de cabellos dorados no estuviera en el castillo. Bueno, habría otras mujeres. Siempre había otras mujeres.

Las sombras se prolongaron. Había llovido toda la mañana, pero el cielo seguía despejado desde entonces, y ahora el sol estaba bajo, muy bajo, y Joscelyn reparó en que el *signor* Gioberti esperaba hasta a que los últimos rayos de sol atravesaran la puerta para cegar a los defensores. Entonces llegaría el estruendo, el olor infernal, el terrible golpe del metal contra el muro del patio y, mientras los defensores seguían aturridos por el estruendo, los hombres armados entrarían inmisericordes y furibundos por la puerta.

—Dios está con nosotros —dijo Joscelyn; no porque lo creyera, sino porque sabía que se esperaba de él un sentimiento similar—. Esta noche lo celebraremos con su comida y sus mujeres. —Hablabá demasiado porque estaba nervioso, pero no se daba cuenta. Aquello no era ningún torneo en el que el perdedor saliera por su propio pie por magullado o herido que estuviera. Ésta era la palestra de la muerte y, aunque tenía plena confianza en sí mismo, también sentía temor. Que los defensores estén durmiendo, o comiendo, pensó, pero por favor, que no estén esperándonos.

Y justo en ese instante el mundo se llenó del ensordecedor rugido, la barra de hierro en llamas rasgó el aire en dirección al patio, el humo inundó la calle, y la espera, gracias al cielo, terminó.

Y ballesteros y hombres de armas cargaron con fuerza.



Sir Guillaume tenía a la guarnición preparada para el ataque desde el momento en que el cañón apareció en Castillon d'Arbizon. Tras las primeras explosiones, había ordenado que diez arqueros montaran guardia en el patio continuamente, cinco a cada lado, de manera que las flechas estuvieran apuntadas hacia el espacio en el que los dardos del cañón habían echado abajo la puerta principal. La muralla del castillo, que estaba intacta, los protegía de los ballesteros que pudiera haber ocultos en la ciudad. Más tarde, la mañana en que el cañón tumbó definitivamente la puerta, sir Guillaume hizo demoler la mayor parte de las paredes de madera de los establos, pero dejó en pie los pilares que sostenían el techo, de manera que los arqueros tenían un lugar para resguardarse y proteger sus cuerdas si llovía. Las monturas subieron los escalones hasta el salón del primer piso, que se convirtió en los nuevos establos.

La madera de las paredes de los establos de caballos y vacas, así como las hojas rotas de la puerta principal, se emplearon en barricadas que cubrían todo el patio. No era tan alta como a sir Guillaume le habría gustado, y tampoco había suficiente madera para contener un asalto decidido, pero cualquier obstáculo serviría para entorpecer la carrera de los hombres con armadura, lo que daría a los arqueros una oportunidad más para flechar. Los primeros dardos de hierro que disparó el cañón fueron añadidos también a la barricada, y después subieron un barril de aceite de oliva rancio de las mazmorras. Con aquello, sir Guillaume estaba listo.

Sospechaba que Joscelyn atacaría más bien pronto que tarde. Sir Guillaume había pasado suficiente tiempo en compañía del nuevo conde de Berat para entender que Joscelyn era un hombre impaciente, demasiado ansioso por la victoria. También pensaba que atacaría al anochecer o al alba, de modo que, cuando el primer día entero de artillería terminó rompiendo las puertas y produciendo una grieta en el bastión a un lado del arco, se aseguró de que la guarnición al completo estuviera armada y preparada antes de la puesta del sol.

A media tarde, ya estaba seguro de que no se harían esperar, pues, entre disparo y disparo del cañón, se había agachado junto a las almenas de la puerta que no habían sufrido daños, posición que le permitió oír los extraños sonidos de picos y martillos, y supuso que el enemigo se abría camino entre las paredes de las casas para acercarse al espacio abierto frente al castillo sin ser vistos. Cuando el sol se acercaba ya al horizonte y el cañón no disparaba, sir Guillaume supo que los artilleros debían de

estar esperando a que los atacantes estuvieran listos. Se acuclilló junto a la puerta y escuchó el entrechocar metálico de las armaduras en las casas al otro lado de la plaza, y cuando echó un vistazo por el arco, comprobó que en la puerta oeste se habían reunido más hombres de lo habitual para observar el castillo. «Sólo les falta avisarnos de sus intenciones con una trompeta», pensó con una sonrisa maliciosa en los labios. Se apartó de allí un instante antes de que se estrellara un dardo de ballesta contra el mismo arco por el que había estado mirando.

Recuperó su posición para avisar a sus hombres de armas.

—Ya vienen —les dijo, y metió el brazo izquierdo por las cinchas de cuero de su escudo con la insignia despintada de los tres halcones.

Había alivio en dicho conocimiento. Sir Guillaume detestaba estar sitiado, y no podía soportar la amenaza calma de los primeros días, cuando sir Henri mantenía el acuerdo, pues aunque fuera un período seguro, conllevaba la frustración de sentirse atrapados en el castillo. Ahora podría matar a algunos de los sitiadores, y para un soldado como sir Guillaume eso era mucho más satisfactorio. Cuando el cañón llegó a la ciudad, el normando se planteó la posibilidad de que Joscelyn le ofrecería algún acuerdo, pero tras el primer disparo del cañón, que desencajó una puerta de sus bisagras, comprendió que el nuevo conde, temerario, incauto y poco generoso como era, no deseaba otra cosa que muerte.

Y la tendría.

—¡Cuando dispare el cañón! —Sir Guillaume daba instrucciones a sus hombres—. Atacarán cuando dispare el cañón —y se agachó junto a la puerta, en el lado enemigo de la barricada, confiando en tener razón. Esperó, mientras la luz del sol reptaba por las losas del patio. Tenía dieciocho arqueros en perfectas condiciones y estaban todos detrás de las barricadas; junto a sir Guillaume esperaban dieciséis hombres de armas más. Los demás habían desertado, todos excepto la media docena que estaban enfermos. La ciudad estaba tranquila, salvo por algún perro que ladraba de vez en cuando y terminaba gimoteando como si alguien lo hubiera hecho callar. «Ahora les pegamos una paliza— pensó sir Guillaume, —pero ¿y después qué?». No tenía ninguna duda de que la batalla era suya, pero seguía en franca minoría y la guarnición estaba lejos de cualquier tipo de ayuda. Quizá si los derrotaban ahora bastaría para que Joscelyn decidiera entablar conversaciones. Sin duda, sir Henri Courtois aceptaría una rendición honrosa, pensaba sir Guillaume, ¿pero tenía sir Henri influencia sobre el tarambana de Joscelyn?

Entonces el cañón disparó, el ruido pareció sacudir el castillo, y una barra de hierro entró por la puerta a toda velocidad y arrancó un enorme trozo de piedra levantando polvo blanco del muro de la torre situado junto a las escaleras que conducían al interior. Sir Guillaume se puso tenso, los oídos le pitaban por el eco del estruendo, y cuando escuchó los gritos de júbilo y las botas pesadas sobre los

adoquines de la plaza, levantó la tapa del barril de aceite y le pegó una patada para que el verdoso contenido se esparciera por las losas de la puerta. Justo entonces escuchó una voz que aullaba en el exterior.

—¡No hagáis prisioneros! —la voz se oía distorsionada por la visera del casco—, ¡no hagáis prisioneros!

—¡Arqueros! —gritó sir Guillaume, aunque dudaba de que hubiera que avisarlos. En ausencia de Thomas, estaba Jake al mando, responsabilidad que no le agradaba demasiado pero, como le gustaba sir Guillaume, deseaba luchar bien para él. Jake no dijo nada a sus arqueros; no necesitaban órdenes. Lo que hicieron fue esperar con los arcos semitensos y puntas huecas en las cuerdas, y entonces la puerta se llenó de ballesteros, y por detrás aparecieron los hombres de armas aullando cada uno su grito de guerra particular, y Jake, siguiendo las instrucciones recibidas, esperó un instante hasta que el primer hombre resbalara en el aceite de oliva. Entonces gritó:

—¡Disparad!

Dieciocho flechas que se ensartaron en el caos. Los primeros atacantes que entraban por la puerta estaban tirados por el suelo, los hombres que iban detrás tropezaron con ellos y las flechas acicatearon la confusión. Los asaltantes estaban aún a diez pasos de la barricada y ya habían sido frenados, porque la estrecha puerta del castillo estaba bloqueada con los muertos y moribundos. Sir Guillaume se hizo a un lado con la espada desenvainada, sin hacer nada, esperando que los arqueros remataran la faena. No dejaba de sorprenderle la velocidad con la que flechaban los arcos una y otra vez, y observó la segunda y tercera batería de saetas perforar malla y ensartar carne. Un balletero salió de debajo del amasijo e intentó levantar su arma con bravura, pero sir Guillaume dio un par de pasos y le asestó un buen golpe con la espada en la nuca, que llevaba desprotegida. Los demás ballesteros, claramente enviados a primera fila para encargarse de sus arqueros, estaban muertos o les quedaba poco. Los hombres de armas de Joscelyn estaban mezclados entre ellos formando un amasijo de armaduras y escudos asaeteados con plumas blancas, y el apelotonamiento de hombres en la entrada no permitía acceder a ninguna parte. Jake dirigía en ese momento las flechas hacia los soldados, descarga tras descarga, y sir Guillaume hizo una señal a sus hombres para que se adelantaran.

—No quieren prisioneros. ¿Me oís? ¡No hagáis prisioneros!

Sir Guillaume y sus hombres atacaban desde el lado izquierdo del patio, así que Jake se llevó a los arqueros al derecho y disparó por la puerta sólo a las pocas figuras que quedaban detrás del arco. Al cabo de un instante, los arcos callaron, pues la mayoría de los atacantes estaban muertos, y los que quedaban vivos habían sido atrapados por el asalto repentino de sir Guillaume desde el otro lado del patio.

Fue una masacre. Los atacantes, ya medio vencidos por las flechas, habían supuesto que los posibles defensores se hallarían tras la barricada, y en cambio les

llegaron por el flanco; los hombres de sir Guillaume, previamente informados de que el enemigo no haría prisioneros, no estaban de humor para la misericordia.

—Cabrón. —John Faircloth hincaba la espada con todas sus fuerzas por un agujero que tenía en la cota de malla un hombre de armas caído sobre el amasijo de asaltantes. Cabrón— repitió, esta vez dedicado a degollar a un ballestero. Un burgundio con hacha rompía cascos y cráneos con golpes certeros y embadurnaba el suelo, ya pringoso de aceite, con una nueva capa de sesos y sangre. Uno de los enemigos se alzó rugiendo de entre la pila; era un hombre grande, fuerte y capaz, que pisaba cadáveres con la intención de avanzar hasta la barricada, pero sir Guillaume paró el golpe de la espada con su escudo y clavó la suya propia con fuerza en la garganta del atacante. El infeliz se le quedó mirando: los ojos como platos y los labios con intención de emitir una obscenidad, pero lo único que salió de su boca fue un cuajo de sangre tan denso como la grasa; se tambaleó y cayó, y sir Guillaume estaba listo para pasar al siguiente. Ahora los arqueros dejaban los arcos y se unían a la escabechina con hachas, espadas y cuchillos para rematar a los heridos. Los gritos de misericordia reverberaban en el patio, se oían plañidos, y los pocos atacantes aún no heridos de la retaguardia pudieron oír la algarabía inglesa.

—¡San Jorge! ¡San Jorge! —Los asaltantes iniciaron la huida. Un hombre, cegado por un golpe que le habían dado a su yelmo, salió corriendo en el sentido equivocado y se encontró con John Faircloth, que tuvo a bien abrirle el vientre a través de los anillos de la malla.

—Cabrón —fue su comentario al sacar la hoja.

—¡Liberad la puerta! —ordenó sir Guillaume—. ¡Sacadlos de ahí en medio! —No quería que los ballesteros fuera del castillo dispararan a sus hombres mientras saqueaban los cuerpos, así que los arrastraron a un lado del patio. No había un solo herido. El enemigo había avisado de que no se hicieran prisioneros, y la guarnición había obedecido. Ahora el ataque había concluido.

Aunque no el peligro. Aún quedaban dos cadáveres en el arco. Sir Guillaume sabía que los ballesteros de la ciudad veían la puerta, así que, con la ayuda de su escudo, se desplazó hasta el arco y arrastró al primer cadáver hasta el patio. No había rastro de Joscelyn, y eso era una pena. Sir Guillaume había soñado con volver a capturar al conde por segunda vez, y entonces habría doblado el rescate de Joscelyn, lo habría redoblado y aún lo habría vuelto a redoblar una vez más. «Hijoperra», pensó sir Guillaume, y un dardo de ballesta rebotó con fuerza en la parte alta de su casco, dándole un buen golpe. Se agachó aún más, cogió al último hombre por el tobillo y tiró de él; el hombre se revolvió e intentó resistirse, así que sir Guillaume le dio un buen golpe en la ingle con la parte inferior de su escudo, rematado en punta, y el hombre se quedó blanco de dolor y dejó de forcejear.

Era Robbie. En cuanto sir Guillaume lo soltó en el patio y estuvo a salvo de los

ballesteros de la ciudad, lo examinó y descubrió que no estaba herido. Pero lo habían dejado inconsciente. Probablemente una flecha que habría golpeado el casco en la parte de abajo, pues en el grueso borde había una señal considerable; eso habría provocado que el casco le golpeará la cabeza y lo tumbara al suelo. Tres dedos más abajo y habrían tenido un escocés muerto. Lo que tenían, en cambio, era un escocés muy confundido que se retorció buscando su espada al reparar en dónde estaba.

—¿Dónde está mi dinero? —gruñó sir Guillaume amenazando a Robbie con su propia espada.

—Cristo —gimió Robbie.

—No lo llames que no va a venir. Si lo que quieres es misericordia, hijo, pídemela a mí. ¡O a ellos! —Y sir Guillaume le señaló a los arqueros y soldados que despojaban a los muertos y heridos de armas, armaduras y ropa. El bizco Jake sonreía porque uno de los enemigos muertos llevaba un anillo de rubíes. Jake le había cortado el dedo y mostraba en alto la joya con una sonrisa triunfal. Sam, el flamante nuevo propietario de una buena cota de malla alemana, se acercó para mirar a Robbie y le escupió: era su modo de expresar la opinión que el escocés le merecía.

Robbie, con lágrimas en los ojos debido a la humillación, miró a sus compañeros de asalto muertos, ya sólo en camisas bordadas de sangre. Habían cruzado la plaza cuarenta atacantes y más de la mitad yacían allí sin vida. Miró a sir Guillaume.

—Soy vuestro prisionero —le dijo, y se preguntó cómo iba a pagar un rescate a lord Outhwaite en Inglaterra y otro aquí a sir Guillaume.

—Y un cojón eres mi prisionero —le espetó sir Guillaume en rudo inglés, después volvió al francés—. He oído el grito de fuera. Nada de prisioneros. Ya lo mejor recuerdas que, cuando hacemos prisioneros, no obtenemos rescates por ellos. Sólo nos dan pedazos de pergamino. ¿Eso es lo que entendéis por honor en Escocia?

Robbie miró hacia arriba, al rostro descarnado y tuerto, y se encogió de hombros.

—Matadme, pues —añadió en tono cansino—. Matadme e iros al infierno.

—A tu amigo no le gustaría —repuso sir Guillaume, que vio el asombro en la expresión de Robbie—, me refiero a tu amigo Thomas —le aclaró—. Le gustas, y no le hará gracia encontrarte muerto. Te tiene cariño, vaya que sí, porque es más burro que la madre que lo parió. Así que te voy a dejar vivo. Ponte en pie. —Sir Guillaume le dio un golpe con el pie para que se levantara—. Ahora vuelve con Joscelyn y dile a ese hijo de perra renco que puede pagarnos lo que nos debe para que nos vayamos. ¿Te has enterado? Nos da el dinero y nos veis partir.

Robbie quería pedirle la espada, que pertenecía a su tío y ocultaba una preciosa reliquia de san Andrés en la empuñadura, pero sabía que le sería negada así que, aún aturdido, salió por el arco seguido por las burlas de los arqueros. Sir Guillaume les dio un berrido a los ballesteros de la ciudad para que supieran que quien salía era uno de los suyos.

—Con suerte te disparan igualmente —le dijo a Robbie, y lo empujó hacia el atardecer.

Nadie disparó a Robbie que, con la cabeza dándole tumbos y pálpitos en la ingle, bajó a trompicones por la calle. Los supervivientes del ataque se habían reunido junto al cañón, aún humeante; algunos tenían flechas clavadas en los brazos o en las piernas. Joscelyn estaba allí, con la cabeza descubierta; tenía el pelo aplastado por el casco y el redondo rostro sudoroso y rojo de ira. Había sido de los últimos en cruzar la puerta y había visto el caos frente a él, entonces lo tumbó una flecha que le golpeó en el peto. Le sorprendió la fuerza del golpe, como si le hubiera coceado un caballo, y el peto tenía en el lugar del impacto una brillante abolladura. Consiguió ponerse en pie a duras penas para ser alcanzado por una segunda flecha que, como la primera, no consiguió perforar la gruesa armadura, pero que lo volvió a tumbar de bruces; a partir de ese momento sólo pudo dejarse llevar por el pánico de los supervivientes y salir dando tumbos de allí.

—¿Te han dejado con vida? —fue su saludo a Robbie, aunque vio que tenía una moradura en la frente.

—Me envían con un mensaje, señor —repuso Robbie—, si reciben su dinero —prosiguió—, se marcharán sin presentar batalla.

—¡Es tu dinero! —le espetó Joscelyn—, así que tú les pagarás. ¿Lo tienes?

—No, señor.

—Pues los mataremos a todos. ¡Que me aspen si no acaban todos muertos! —Joscelyn se volvió hacia el *signor* Gioberti—, ¿cuánto tiempo os llevará tirar abajo la puerta?

Gioberti se puso a pensar. Era un hombre pequeño, de casi cincuenta años, con la cara profundamente arrugada.

—Calculo que una semana, señor. —Uno de sus dardos había dado en un costado del arco y había arrancado un buen montón de piedras, lo que sugería que el castillo no estaba en su mejor momento—. Quizá diez días —rectificó—, y en diez días más puedo tirar la mitad del muro del patio.

—Los aplastaremos entre las ruinas —gruñó Joscelyn—, y después los escabechinaremos a todos. —Se volvió hacia su escudero—, ¿está lista mi cena?

—Sí, señor.

Joscelyn comió solo. Se había convencido de que cenaría en el salón del castillo aquella noche, mientras escuchaba los gritos de los arqueros al serles cortados los dedos, pero el destino lo había querido de otro modo. Así que ahora se tomaría su tiempo, reduciría el castillo a escombros y se vengaría.

A la mañana siguiente Guy Vexille y Charles Bessières llegaron a Castillon d'Arbizon con cincuenta hombres más. Parecía que Vexille no había conseguido encontrar a su hereje, y por motivos que a Joscelyn ni le importaban ni entendía, creía

que el arquero y la begarda volverían al castillo asediado.

—Cuando los cojáis —le dijo Joscelyn—, el hombre es para vos. Pero la mujer es mía.

—Pertenece a la Iglesia —respondió Vexille.

—Primero me pertenece a mí —insistió Joscelyn—, que después juegue la Iglesia con ella y que se la quede el demonio al final.

El cañón disparó, y la puerta del castillo empezó a temblar.

\* \* \*

Thomas y sus compañeros pasaron una noche húmeda bajo los árboles. Por la mañana, tres de los *coredors* habían desaparecido con sus mujeres, pero habían quedado catorce hombres, ocho mujeres, seis niños y, lo más útil de todo, siete ballestas. Eran viejas y necesitaban armatostes para ser armadas, lo que significaba que eran menos potentes que las ballestas de acero, que se armaban con cranequín, pero en la pelea, los armatostes recargaban con más rapidez y el arma era lo suficientemente mortífera en las distancias cortas.

Los jinetes habían desaparecido del valle. A Thomas le llevó buena parte de la mañana convencerse, pero al final vio a un porquerizo que conducía a los animales hasta el bosque y, poco después, la carretera que conducía al sur junto al arroyo se llenó de gente que parecían fugitivos, pues cargaban enormes pesos y arrastraban carretillas llenas hasta los topes de pertenencias. Supuso que los jinetes se habrían hartado de esperarlo y habrían atacado un pueblo vecino, pero ver a la gente lo tranquilizó, pues significaba que no había soldados cerca, así que prosiguió hacia el oeste.

Al día siguiente, al tomar una ruta por el sur más elevada que los mantenía alejados de los valles y las carreteras, oyó el cañón en la distancia. Al principio, pensó que se trataba de un trueno, un trueno extraño sin eco, pero no había nubes al oeste, y más tarde volvió a sonar, y aún una tercera vez a mediodía, así que reparó en que era un cañón. Había visto ya antes esos tubos del demonio, pero no eran muy comunes, y temía el daño que podría hacer a sus amigos del castillo el extraño artilugio... Si seguían siendo sus amigos.

Se apresuró en dirección norte hacia Castillon d'Arbizon, pero se obligó a andar con ojo cada vez que llegaba a un valle abierto o a algún lugar susceptible de acoger una emboscada a caballo. Cazó un corzo aquella tarde, y todos recibieron un bocado del hígado crudo, pues no se atrevían a encender fuego. Al anochecer, mientras llevaba el corzo hasta el campamento, vio humo al noroeste y supo que procedía del cañón, lo que significaba que estaba muy cerca, tan cerca que montó guardia hasta bien entrada la madrugada, después despertó a Philin y lo puso a él de centinela.



Por la mañana, llovía. Los *coredors* estaban tristes y hambrientos, y Thomas intentó animarlos con la promesa de que el calor y la comida no estaban lejos. Pero tampoco lo estaba el enemigo, así que prosiguió con cautela. No se atrevía a ponerle la cuerda al arco, pues la lluvia la debilitaría. Y él se sentía desnudo sin arco ni flechas. El sonido del cañón, que disparaba cada tres o cuatro horas, se acercaba cada vez más, y a principios de la tarde, Thomas ya oía claramente el golpe de los proyectiles contra la piedra. Pero al poco rato, cuando coronó una altura y por fin cesó la lluvia, vio que el estandarte del conde de Northampton aún pendía, apagado y empapado, de lo alto de la torre, y eso lo animó. No indicaba que estuvieran seguros, pero aumentaba la esperanza de que una guarnición inglesa lucharía a su lado.

Ya estaban cerca, peligrosamente cerca. Había dejado de llover, pero el suelo estaba resbaladizo, y Thomas se cayó dos veces mientras bajaba por la empinada colina que conducía al río que rodeaba el peñasco del castillo. Planeaba acercarse al castillo del mismo modo en que había escapado de él, cruzando la presa junto al molino, pero al llegar al pie de la ladera, donde los árboles se acercaban más al estanque, vio que sus miedos estaban justificados, pues los sitiadores se le habían anticipado y había apostado un ballestero junto a la puerta del molino. El hombre, vestido con cota de malla, estaba debajo de un pequeño porche de paja que lo protegía de los arqueros en las almenas aunque, cuando Thomas miró, no vio allí ningún arquero. Sin duda, los sitiadores habían apostado ballestas en la ciudad para disparar a cualquiera que se asomara.

—Mátalo —le dijo Geneviève, que estaba acurrucada a su lado y también veía al ballestero solitario al otro lado del río.

—¿Y avisar a los otros?

—¿Qué otros?

—Ése no está solo ahí —contestó Thomas. Seguro que el molinero y su familia se habían ido porque el conducto del agua llevaba poco caudal, y la enorme noria estaba inmóvil; los sitiadores no habrían apostado un solo hombre para guardar la peligrosa ruta por lo alto de la presa. Allí habría por lo menos una docena de hombres. Podía disparar al primero, eso no era ningún problema, pero entonces los demás le dispararían a él desde la puerta y las dos ventanas que daban al río, y perderían la oportunidad de cruzar la presa. Observó durante un largo rato, meditó la situación y volvió hacia donde estaban los demás *coredors*, ocultos en la parte de arriba de la loma—. Necesito piedras de chispa —le dijo a Philin.

Los *coredors* se trasladaban con frecuencia, y necesitaban encender hogueras cada noche, así que varias mujeres poseían el artículo requerido, pero además, una de ellas llevaba una bolsa de cuero llena de los polvos que se extraían de los pedos de lobo, una sustancia cuyo efecto era muy parecido al de la pólvora. Thomas se la agradeció, le prometió una recompensa por la preciada «pólvora» y volvió río abajo

hasta que consiguió una posición ventajosa ante el centinela que dormitaba frente al porche del molino. El y Geneviève rebuscaron en el suelo yesca y hojas de castaño recién caídas. Necesitaba cordel, así que sacó una tira de tela de la camisa que Geneviève llevaba debajo de la cota de malla, amontonó la yesca sobre una piedra plana, espolvoreó generosamente la sustancia negra de la bolsa de cuero y le entregó a Geneviève la piedra de chispa.

—Aún no la enciendas —le dijo. No quería que vieran salir humo de los casi desnudos árboles y que alertaran a los hombres al otro lado del río.

Cogió los trozos más gruesos de yesca y los ató a la cabeza de una punta ancha. Le llevó tiempo, pero después de un rato obtuvo un buen puñado de yesca que protegería con las hojas de castaño. Una flecha de fuego debía arder bien, pero al ser lanzada podían extinguirse las llamas, y esa envoltura de hojas lo evitaría. Humedeció las hojas en un charco, las colocó encima de las ramas secas, las ató con la tira de tela y se aseguró de que la yesca estaba bien fija.

—Enciéndela ahora —le dijo a Geneviève.

Golpeó las piedras de chispa, y la pólvora de pedo de lobo se inflamó al instante, después la yesca prendió y apareció una llamita. Thomas esperó a que el fuego se avivara, acercó la flecha, la hizo prender y la mantuvo un instante para que la yesca ardiera. La varilla de fresno se ennegreció mientras Thomas bajaba de nuevo por la colina hasta tener el techo de paja del molino a la vista.

Tensó. El fuego le quemaba la mano izquierda, así que no podía estirar la cuerda al máximo, pero tampoco había demasiada distancia. Rezó para que nadie mirara por la ventana del molino, dijo una oración más, ésta a san Sebastián para que la flecha diera en el blanco, y disparó.

La punta ancha salió volando. Describió una parábola desde los árboles, dejando tras de sí una estela de humo, y se clavó en la paja del techo más o menos en el centro. El golpe tendría que haber puesto sobre aviso a los hombres que se cobijaban en el molino, pero en ese momento disparó el cañón en la ciudad y el otro ruido, mucho mayor, debió distraerlos.

Extinguió rápidamente a pisotones la pequeña hoguera de Geneviève y la condujo de vuelta río arriba. Allí hizo una señal a Philin y los otros ballesteros para que bajaran hasta el borde del bosque. Entonces esperó.

La paja del molino estaba húmeda. Había estado lloviendo con fuerza y la paja mohosa se había pringado de suciedad. Thomas veía cómo un hilillo de humo salía del lugar en el que había clavado la flecha, pero no había llamas. El ballestero seguía apostado en la puerta, bostezando. El río había crecido por las lluvias y se derramaba por la presa con fuerza moderada: esa agua blanquiverdosa ofrecería algo de resistencia a la altura de los tobillos cuando cruzaran. Thomas volvió a mirar al tejado del molino y vio que el humo desaparecía. Tendría que volver a repetirlo hasta que lo

pillaran o prendiera el techo, y cuando ya casi se había convencido de que debía regresar con Geneviève junto al río para buscar más yesca, del techo salió repentinamente una humareda. Se espesó con rapidez y creció como si de una nube de lluvia se tratase, entonces aparecieron las primeras llamas, y Thomas tuvo que hacer callar a los *coredors*, que se habían puesto a animar. El fuego se extendió con una rapidez extraordinaria. La flecha debía de haber conseguido prender la capa interior de la paja, más seca que la de fuera, y ahora esa segunda capa negra y cubierta de moho era también pasto de las llamas. En sólo unos segundos, la mitad del techo ardía, y Thomas supo que el fuego ya no podría ser apagado. Arderían las vigas, se hundiría el techo y el gran mecanismo de madera del molino sucumbiría; no quedaría más que un cascarón de piedra.

Y sus enemigos salieron corriendo por la puerta.

—¡Ahora! —dijo Thomas, y su primera punta ancha partió en dos el aire sobre el río y dio de lleno a uno de los soldados, que salió despedido hacia atrás; los *coredors* empezaron a disparar, un chasquido por cuerda. Los dardos repiquetearon contra la piedra y dieron a un hombre en la pierna, pero la segunda y tercera flechas de Thomas ya iban de camino antes de que las ballestas recargaran. Uno de los hombres del molino consiguió salir por detrás del edificio en llamas, sin duda para avisar a los otros sitiadores, y Thomas supo que le quedaba poco tiempo, pero seguían saliendo soldados, así que volvió a disparar, observó que había atravesado a una mujer por el cuello con una flecha, y no tuvo tiempo de arrepentirse, siguió tensando y disparando. La puerta quedó libre, pero uno de los ballesteros enemigos se acercaba a la orilla, y Thomassupo que debía ocuparse de él; indicó a los *coredors* que se encargaran de los que salieran del molino y salió corriendo.

—¡Cruza! —le gritó a Philin.

Thomas y el ballestero enemigo tuvieron antes que negociar el paso por el río. El dique de piedra de la presa no sería más ancho que el pie de un hombre, y era resbaladizo, aunque la avanzadilla consiguió cruzar, a pesar de que el agua les golpeaba con fuerza a la altura de los tobillos. Philin, con su hijo a hombros, condujo al resto de *coredors* por el río mientras Thomas ganaba por fin la orilla de la ciudad y enviaba otra flecha más al interior del molino en llamas. Había cuerpos en el umbral. Alguno aún se movía. La mujer a la que había disparado lo miraba con los ojos muy abiertos y sin vida. Un dardo de ballesta salió disparado del bosque entre el molino y la muralla de la ciudad, y se hundió en el agua muy cerca de Thomas, pero entonces salió desde las murallas una flecha empenachada de blanco y se clavó en el ballestero oculto. No hubo más dardos.

Una de las mujeres resbaló y dio un grito mientras caía boca abajo al agua.

—¡Dejadla! —gritó Philin.

—¡Por el camino! —chillaba Thomas—. ¡Vamos, vamos! —Envió a uno de los

*coredors* primero porque el hombre iba armado con un hacha; Thomas le había dicho que rompiera la pequeña puerta de la muralla en la cima de la colina. Se volvió hacia sus propios ballesteros al otro lado del río, que ya no podían disparar sin temor a herir a los suyos, que trepaban ahora por la orilla de la ciudad—. ¡Vamos! —se desgañitó, y aunque ninguno hablaba inglés lo entendieron a la perfección. De repente, se oyó un estruendo enorme cuando una parte del techo del molino se desplomó, despidiendo chispas y llamas desde los pilares y vigas caídos.

Y en ese momento, el último defensor del molino salió corriendo por la puerta. Era un hombre alto, vestido más con cuero que con malla, el pelo le humeaba y su rostro, feo como pocos, estaba contorsionado en una mueca de odio. El hombre saltó la barrera de muertos y moribundos y, por un momento, Thomas pensó que cargaba contra él, pero entonces se dio la vuelta para emprender la huida y Thomas tensó, disparó, y la flecha fue a clavarse entre los hombros del soldado y lo tiró de bruces al suelo. El herido llevaba en el cinto una espada, un cuchillo y una aljaba para dardos de ballesta, y el cinto se le abrió sobre las hojas húmedas. Thomas pensó que cualquier proyectil sería bienvenido, así que corrió para coger el cinturón, y el hombre, aunque estaba moribundo, le agarró por un tobillo.

—¡Cabrón! —le dijo en francés—. ¡Cabrón!

Thomas le dio una patada en la cara y le rompió los dientes, después le atizó con el talón para romperle unos cuantos más. El moribundo lo soltó y Thomas le pegó una última patada más, sólo para que se quedara quieto.

—¡Arriba, por la colina! —gritó. Vio que Geneviève había cruzado la presa a salvo y le entregó a ella el cinturón con las armas y la bolsa de dardos, después la siguió por el sendero que conducía a la pequeña puerta de la iglesia de San Sardos. ¿Estaría guardándola el enemigo? Si era así, tendrían problemas, aunque ahora había más arqueros en la torre del castillo y disparaban hacia la ciudad. Se ponían en pie, disparaban y se agachaban, y Thomas oyó el ruido de los dardos de ballesta repiquetear contra las piedras del castillo.

El sendero era empinado y estaba encharcado. Thomas seguía mirando hacia la izquierda en busca de enemigos, pero no apareció nadie. Apresuró el paso, perdió pie, y vio la muralla tan cerca que siguió. Geneviève ya estaba en la puerta y miraba hacia él, Thomas subió como pudo los últimos metros y atravesó el dintel de la puerta rota, y siguió a Geneviève por un callejón oscuro hasta la plaza. Un dardo de ballesta escupió en los adoquines, rebotó y se oyó un grito; vio hombres de armas en la calle principal, y reparó en una flecha que pasaba por encima de él al mismo tiempo que descubría que la mitad del arco de la puerta había sido destruido, y que una pila de escombros obstruía la entrada al castillo, que otra pila de cadáveres yacía en la plaza bajo la muralla del castillo y que los dardos de ballesta patinaban sobre las piedras. Entonces saltó los escombros, rodeó la parte que quedaba del arco del portón, y halló

refugio dentro del patio, donde resbaló y cayó al suelo, pues las piedras estaban pringadas de algo. Se deslizó un par de metros y se dio de bruces contra una barricada de madera que se extendía a lo ancho del patio.

Y allí lo recibió el rostro tuerto y malvado de sir Guillaume con una amplia sonrisa.

—Desde luego, te lo has tomado con calma —le espetó el francés.

—Joder —contestó Thomas. Los *coredors* estaban todos dentro, excepto la mujer que había caído por la presa. Geneviève estaba a salvo—. Pensé que necesitaríais ayuda —le dijo.

—¿Crees que estás en condiciones de ayudarnos? —le preguntó sir Guillaume. Levantó a Thomas del suelo y se fundieron en un abrazo—. Estaba convencido de que estabas muerto —le dijo y después, avergonzado por su demostración de sentimientos, hizo un gesto con la cabeza hacia los *coredors* y sus hijos—, ¿quiénes son?

—Bandidos —le dijo Thomas—. Bandidos hambrientos.

—Hay comida en el salón de arriba —repuso sir Guillaume, y Jake y Sam estaban ya allí con una sonrisa de oreja a oreja, así que escoltaron a Thomas y Geneviève por las escaleras donde los *coredors* contemplaron el queso y la carne salada—. Comed.

Thomas recordó los cuerpos desnudos en la plaza de la ciudad. ¿Eran sus hombres? Sir Guillaume negó con la cabeza.

—Los muy cabrones nos atacaron —dijo—, y los muy cabrones murieron. Así que los desnudamos y los tiramos al otro lado de la muralla. Las ratas se los están comiendo. Son gordas, las hijas de perra.

—¿Las ratas?

—Gordas como gatos. ¿Y a ti qué te ha pasado?

Thomas se lo contó mientras comía. Le contó que había ido al monasterio, le habló de la muerte de Planchard, de la batalla en el bosque y del lento viaje hasta Castillon d'Arbizon.

—Sabía que Robbie no estaba ya aquí, así que supuse que sólo quedarían mis amigos.

—Está muy bien morir entre amigos —le respondió sir Guillaume. Miró las altas y estrechas ventanas del salón, calculando la hora del día por el ángulo de la luz—. Aún tardarán un par de horas en volver a disparar el cañón.

—Están tirando el arco de la puerta.

—Sí, eso es lo que parece que hacen —prosiguió sir Guillaume—, y a lo mejor hasta pretenden tumbar la muralla entera. Eso desde luego se lo pondría mucho más fácil para entrar en el patio. Aunque les llevará un mes. —Miró a los *coredors*—. Y tú me traes más bocas que alimentar.

Thomas le miró con una sonrisa.

—Todos pelearán, incluso las mujeres. Y los niños pueden recoger los dardos de ballesta. —Había muchos desperdigados por el castillo y, en cuanto los enderezaran, podrían ser utilizados por los *coredors*—, Pero lo primero —prosiguió Thomas—, es deshacernos de ese puto cañón.

Sir Guillaume enseñó los dientes en una sonrisa.

—Claro, tú te crees que en eso aún no hemos pensado, que nos hemos pasado aquí los días jugando a dados. ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Una expedición? Si envió una docena de hombres calle abajo la mitad parecerán pinchitos antes de llegar a la taberna. No se puede hacer, Thomas.

—Yesca —le dijo Thomas.

—Yesca —repitió sir Guillaume sin más.

—Yesca y cordel —insistió Thomas—. Haremos flechas de fuego. ¿Verdad que no guardan la pólvora al descubierto? Está dentro de una casa. Y las casas arden. Así que vamos a quemar la puta ciudad. La quemaremos entera. Dudo mucho de que nuestras flechas alcancen las casas junto al cañón, pero si aprovechamos viento del este, el fuego se extenderá con rapidez. Les romperá el ritmo.

Sir Guillaume se lo quedó mirando.

—No eres tan tonto como parece.

Y entonces el grito de sobresalto de alguien provocó que ambos hombres se volvieran. Geneviève, sentada a su lado, había estado jugueteando con la aljaba para dardos que Thomas le había entregado junto al molino. La tapa, que encajaba a la perfección sobre la caja de cuero circular, había sido sellada con cera, y eso la intrigó, así que rascó la cera, levantó la tapa, y encontró algo en el interior, algo que había sido envuelto cuidadosamente en paño y protegido con serrín. Apartó el serrín y desenvolvió el paño.

Y todos los que estaban en la sala la observaron admirados.

Geneviève había encontrado el Grial.

\* \* \*

Joscelyn había decidido que odiaba a Guy Vexille. Odiaba sus aires de suficiencia, odiaba el ligero desprecio que siempre parecía haber en su expresión, y odiaba que, sin pronunciar siquiera una palabra, pareciera condenar todo lo que Joscelyn decía. También detestaba su piedad y autocontrol. A Joscelyn nada le habría gustado más que ordenarle a Vexille que se fuera, pero sus hombres eran un añadido muy valioso a la fuerza de sitio. Cuando llegara el próximo y último asalto, cuando cargaran contra los escombros de la muralla, los jinetes negros de Vexille bien podrían suponer la diferencia entre victoria y derrota. De modo que Joscelyn soportaba como podía su presencia.

Y Robbie también. Vexille había asesinado a su hermano, y Robbie había jurado vengarse por aquello, pero a estas alturas el escocés estaba tan confuso que ya no sabía qué valor tenían sus juramentos. Había jurado hacer una peregrinación, y allí seguía aún, en Castillon d'Arbizon; había jurado matar a Guy Vexille, y el hombre se paseaba ante sus narices con vida; había jurado fidelidad a Joscelyn, y ahora caía en la cuenta de que el nuevo conde era un insensato sin mollera, tan valiente como un cerdo, pero sin rastro alguno de religiosidad u honor. El único hombre al que no le había jurado nada era a Thomas, y con todo era a él a quien le deseaba más fortuna en la tragedia que se avecinaba.

Por lo menos seguía vivo. Había conseguido cruzar la presa, a pesar de la guardia que Vexille había colocado junto al molino. Vexille había llegado a Castillon d'Arbizon y, al descubrir que el paso del río no estaba vigilado, ordenó al amargo y adusto Charles Bessières que se hiciera cargo del edificio. Bessières había aceptado la orden porque lo mantenía lejos tanto de Vexille como de Joscelyn, pero había fracasado, y Robbie se sorprendió al descubrirse encantado con la noticia de que el ingenio de Thomas había podido con ellos; Thomas vivía y estaba de nuevo en el castillo. Lo había visto cruzar la plaza a todo correr mientras silbaban los dardos, y casi lanzó un grito de júbilo al ver que su amigo conseguía entrar a salvo en el castillo.

Robbie también vio a Geneviève, y no supo qué pensar al respecto. En Geneviève veía a alguien que deseaba tanto que le dolía. Y aun así no se atrevía a admitirlo, pues Joscelyn sólo se reiría de él. Si Robbie hubiera tenido elección, y sus juramentos significaban que no la tenía, habría cruzado hasta el castillo y pedido el perdón de Thomas, y sin duda hubiera muerto allí.

Efectivamente, Thomas, aunque vivo, estaba atrapado. Guy Vexille, maldiciendo el fracaso de Charles Bessières en una tarea tan simple, había apostado hombres junto a los bosques del río para que nadie pudiera escapar de nuevo por la presa. La única salida del castillo era ahora por la calle principal hasta la puerta oeste, o hacia el norte, por la puerta más pequeña de la iglesia de san Callic, que daba a los prados en los que la gente dejaba pastar al ganado, y Joscelyn y Vexille, entre ambas, habían reunido su buen centenar de hombres de armas mientras esperaban el ataque. Los ballesteros estaban situados en todos y cada uno de los lugares elevados de la ciudad, y mientras, el cañón seguía royendo, golpeando y minando los bastiones de la puerta del castillo, hasta que, llegado el momento, sólo quedaran montículos de ruinas rodeando el centro del alcázar. Entonces empezaría la matanza y Robbie tendría que ser testigo de la muerte de sus amigos.

La mitad de la puerta del castillo estaba ya en el suelo, y el *signor* Gioberti había reubicado su bulboso cañón para que los proyectiles se dirigieran ahora al lado derecho del arco. El italiano sabía que le llevaría una semana tirar abajo la puerta

entera, y le había aconsejado a Joscelyn que convendría perder algo más de tiempo ensanchando la brecha para que los atacantes no quedaran atrapados en un espacio reducido que los arqueros pudieran llenar de muerte emplumada.

—Paveses —respondió Joscelyn, y se decidió entonces a ordenar a dos de los carpinteros de la ciudad que construyeran grandes escudos de sauce para que protegieran a los ballesteros mientras tomaban la brecha. Esos ballesteros podrían entonces disparar a los arqueros mientras los hombres de armas entraban detrás de ellos—. Una semana —le dijo Joscelyn al italiano—, tenéis una semana para tirar la puerta abajo, después atacaremos. —Quería que terminara cuanto antes porque el sitio estaba resultando más caro y complicado de lo que se había imaginado. No era sólo difícil pelear allí, también tenía que pagar carromatos llenos de cebada y heno para los caballos de los hombres de armas y tenía que enviar hombres a por comida en un territorio que ya había sido saqueado por el enemigo; además, cada día traía nuevos imprevistos que minaban la confianza de Joscelyn. Sólo quería atacar y que terminara todo de una vez por todas.

Pero los defensores atacaron primero. Al alba, un día después de que Thomas llegara a Castillon d'Arbizon, bajo un cielo plomizo y azotados por un viento helado del nordeste, flechas de fuego surcaron el cielo desde las almenas de la torre y se clavaron en la paja de los tejados. Una flecha detrás de otra, una columna de humo detrás de otra, y los sitiadores se despertaron en medio del peligro, mientras los habitantes gritaban y pedían ganchos y agua. Los hombres usaban los ganchos de palo largo para arrancar la paja del tejado, pero las flechas seguían llegando, y en cosa de minutos ardieron tres casas y el viento empezó a extender las llamas hacia la puerta en la que el cañón estaba ya cargado y la marga fraguando.

—¡La pólvora! ¡La pólvora! —gritó el *signor* Gioberti. Y todos sus hombres se dedicaron a transportar los preciosos barriles fuera de la casa junto al cañón; el humo los envolvía y la gente asustada se metía en medio de ellos, así que uno cayó al suelo y derramó un barril entero de pólvora sin mezclar por el camino. Joscelyn salió de la casa que había requisado y gritó a sus hombres que fueran a por agua, mientras Guy Vexille ordenaba que derrumbaran edificios para hacer un cortafuegos, pero la presencia de la gente del pueblo entorpecía el trabajo de los soldados, y los distintos focos ardían ya con virulencia: doce casas más estaban en llamas y la paja de la capa más externa se alzaba formando ligeras y llameantes pavesas que extendían el fuego de techo en techo. Los pájaros aterrorizados revoloteaban entre el humo, y las ratas, a veintenas, corrían por doquier. La mayoría de los ballesteros enemigos se habían confeccionado guaridas dentro de los tejados, desde las que podían disparar a través de agujeros en la paja, guaridas que ahora se derrumbaban desde los áticos. Los cerdos chillaban al ser asados vivos, y entonces, justo cuando parecía que la ciudad al completo iba a arder y las primeras chispas prendían en los tejados junto al cañón, se



abrió el cielo.

Un trueno rasgó el firmamento y la lluvia empezó a caer. Cayó con tanta fuerza que desdibujó el contorno del castillo desde la puerta de la ciudad. Convirtió la calle en un río, empapó los barriles y apagó el incendio. El humo seguía saliendo, pero la lluvia chisporroteaba sobre las brasas. Las alcantarillas iban llenas de agua negra, y las hogueras se extinguieron.

Galat Lorret, el cónsul de mayor rango, se acercó a Joscelyn para preguntarle dónde iban a cobijarse ahora. Un tercio de las casas había perdido el tejado y el resto estaba hasta los topes de soldados alojados allí.

—Vuestra señoría debe encontrarnos comida —le dijo a Joscelyn—, y necesitamos tiendas. —Lorret temblaba, quizá de miedo, quizá de fiebre, pero Joscelyn no sintió piedad por él. De hecho, le enfureció tanto la indicación del plebeyo que golpeó a Lorret, y lo volvió a golpear una y otra vez, hasta devolverlo a la calle a patadas y puntapiés.

—¡Por mí podéis moriros de hambre! —le gritó Joscelyn al cónsul—. Muérete de hambre y de frío. ¡Cabrón! —Y le dio un puñetazo tan fuerte al viejo que le rompió la mandíbula. El cónsul yacía sobre uno de los cauces de alcantarillado, con su traje oficial manchado de agua ennegrecida por la ceniza. Una mujer joven llegó desde la casa intacta que había detrás de él; tenía los ojos llorosos y la cara roja. Vomitó de repente y arrojó el contenido de su estómago en la alcantarilla, junto a Lorret—. ¡Fuera! —le gritó Joscelyn—. ¡Vete a echar mierda a otro sitio!

Y entonces el conde vio que Guy Vexille, Robbie Douglas y una docena de hombres de armas contemplaban el castillo con la boca abierta. Sólo miraban. La lluvia remitía y el humo empezaba a desvanecerse, y la fachada rota del castillo podía verse de nuevo, así que Joscelyn se volvió para observar qué demonios miraban. Veía las armaduras que colgaban de las almenas de la torre, las cotas de malla de sus hombres muertos suspendidas como insultos, y vio también los escudos capturados, incluido el corazón rojo de los Douglas, colgados bocabajo, pero Guy Vexille no miraba aquello. Tenía puesta la mirada en la muralla baja, sobre el parapeto medio roto encima de la puerta. Allí, bajo la lluvia, había oro.

Robbie Douglas se arriesgó a que los arqueros lo acribillaran y subió la calle para ver el objeto dorado con más claridad. Nadie le disparó. El castillo parecía desierto, silencioso. Caminó casi hasta la plaza hasta que pudo ver el objeto claramente, lo observó sin poderse creer lo que veía, y entonces, con los ojos llenos de lágrimas, cayó de rodillas.

—El Grial —dijo, y de repente a su lado había más hombres de rodillas sobre los adoquines.

—¿El qué? —preguntó Joscelyn.

Guy Vexille se quitó el sombrero y se arrodilló. Miraba hacia arriba y le pareció

que la preciosa copa brillaba.

Pues ante ellos, en medio del humo y la destrucción, refulgiendo como la verdad, estaba el Grial.

\* \* \*

El cañón ya no volvió a disparar aquel día. A Joscelyn eso no le puso muy contento. Al nuevo conde de Berat no le importaba si los defensores tenían una copa; podrían haber tenido la santa cruz entera, la cola de la ballena de Jonás, el pañal del niño Jesús, la corona de espinas, y las mismas puertas de doce perlas, y seguiría teniendo ganas de enterrarlos a todos bajo los escombros del castillo, pero los sacerdotes que acompañaban a los asaltantes se hincaron de rodillas ante él, y Guy Vexille hizo lo mismo, y la obediencia a un hombre que temía le hizo detenerse.

—Tenemos que hablar con ellos —le dijo Vexille.

—Son herejes —añadieron los sacerdotes—, y hay que salvar el Grial para la Cristiandad.

—¿Y qué esperáis de mí? —les preguntó Joscelyn—, ¿que vaya y se lo pida?

—Tenéis que negociar con ellos —le explicó Guy Vexille.

—¡Negociar! —Joscelyn se puso malo sólo de pensarlo. Entonces tuvo una idea. ¿El Grial? Si el cacharro existía, y todos creían que sí, y estaba allí de verdad, en sus dominios, podría sacar dinero. La copa tenía que ir a Berat, aquello era evidente, donde insensatos como su tío muerto pagarían fortunas por visitarlo. Grandes jarras a las puertas del castillo, pensó, y filas de peregrinos que tirarían dinero dentro para que se les permitiera ver el Grial. Desde luego aquella pieza de oro podía traer más beneficios de lo que valía por sí misma, y estaba claro que la guarnición quería hablar, pues después de mostrar el Grial no habían vuelto a disparar más flechas.

—Yo iré a hablar con ellos —dijo Vexille.

—¿Por qué vos? —exigió saber Joscelyn.

—Pues id vos, mi señor —le ofreció Vexille.

Pero Joscelyn no quería volverse a enfrentar con los hombres que lo habían hecho prisionero. La próxima vez que los viera estarían muertos, así que le hizo un gesto con la mano a Vexille para cederle el honor.

—¡Pero no les ofrezcáis nada! —le avisó—. No sin mi consentimiento.

—No llegaré a ningún acuerdo sin vuestro consentimiento —confirmó Vexille.

Los ballesteros recibieron órdenes de no disparar, y Guy Vexille, sin casco y desarmado, subió por la calle principal cruzando las ruinas de las casas. Había un hombre sentado en un callejón, y Vexille reparó en que tenía la cara perlada de sudor y con bultos negros, y sus ropas estaban manchadas de vómito. Guy detestaba semejantes visiones. Era un hombre maniático, escrupulosamente limpio, y el hedor y

la enfermedad de la humanidad le repelían: eran la evidencia de un mundo pecador, un mundo que había olvidado a Dios. Entonces vio que su primo subía a la muralla rota y se llevaba el Grial.

Un instante después, Thomas cruzó los escombros que llenaban la puerta. Como Guy, tampoco llevaba espada, pero tampoco llevaba la copa. Sólo vestía su cota de malla, oxidada, gastada por abajo e incrustada de porquería. Llevaba barba de unos cuantos días, pues hacía mucho que había perdido su navaja, y eso le daba, pensó Guy, un aspecto sombrío y desesperado.

—Thomas —lo saludó Guy, e hizo una pequeña reverencia—, primo.

Thomas miró detrás de Vexille y vio que tres sacerdotes les observaban desde la mitad de la calle.

—Los últimos curas que vinieron aquí me excomulgaron —dijo.

—Lo que la Iglesia hace —respondió Guy— puede ser deshecho. ¿Dónde lo encontraste?

Por un momento dio la sensación de que Thomas no iba a responder, después se encogió de hombros.

—Bajo el trueno —repuso—, en el corazón de la tormenta.

Guy Vexille sonrió ante la evasiva.

—Ni siquiera sé —dijo— si tienes el Grial. Puede que sólo sea una trampa. Pones una copa de oro en la muralla y nosotros hacemos una suposición. ¿Y si estamos equivocados? Demuéstramelo, Thomas.

—No puedo.

—Puedes enseñármelo —le suplicó Guy. Hablaba con humildad.

—¿Por qué debería?

—Porque el reino de los cielos depende de ello.

Thomas pareció burlarse de aquella respuesta, después miró con curiosidad a su primo.

—Dime algo primero —le dijo.

—Si está en mi mano.

—¿Quién era el hombre alto y con cicatrices que maté en el molino?

Guy Vexille frunció el entrecejo, pues le parecía una pregunta muy extraña, pero no veía qué trampa podía haber en ella y quería contentar a Thomas, así que no puso reparos y le respondió.

—Se llamaba Charles Bessières —contestó con cautela—, y era hermano del cardenal Bessières. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque se defendió bien —mintió Thomas.

—¿Eso es todo?

—Se defendió bien y casi me quitó el Grial. —Thomas adornó la mentira—. Sólo quería saber quién era. —Se encogió de hombros e intentó averiguar por qué el

hermano del cardenal Bessières llevaría el Grial encima.

—No era un hombre digno de poseer el Grial —dijo Guy Vexille.

—¿Y yo lo soy? —preguntó el arquero.

Guy evitó la pregunta hostil.

—Enséñamelo —le suplicó—. Por el amor de Dios, Thomas, enséñamelo.

Thomas vaciló, después se volvió y levantó un brazo, y sir Guillaume, protegido de pies a cabeza con armaduras capturadas y espada en mano, se acercó desde el castillo con Geneviève. Ella transportaba el Grial, y llevaba atado al cinturón un pellejo de vino.

—No te acerques demasiado —la avisó, y después se volvió a Guy—. ¿Te acuerdas de sir Guillaume d'Evèque? También ha jurado matarte.

—Estamos en una tregua —le recordó Guy, después dirigió un silencioso saludo a sir Guillaume, cuya única respuesta fue un escupitajo sobre los adoquines. Guy ignoró el gesto y observó la copa en las manos de la muchacha.

Era un objeto de belleza mágica y etérea. Un objeto con la delicadeza del encaje. Un objeto tan extraño a aquella ciudad que apestaba a humo y estaba llena de cadáveres mordidos por las ratas, que Guy no tuvo dudas de que aquél era el Grial. Era el objeto más buscado en toda la Cristiandad, la llave misma del cielo, y Guy estuvo a punto de caer de rodillas en señal de reverencia.

Geneviève levantó la tapa de perlas e inclinó la copa de oro hacia las manos de Thomas. De la filigrana salió una copa de cristal verde, y Thomas la sostuvo con reverencia.

—Esto es el Grial, Guy —le dijo—. La envoltura de oro lo contiene, pero el Grial es esto.

Guy lo observó hambriento, pero no se atrevió a acercarse. Sir Guillaume deseaba la mínima excusa para levantar la espada y clavársela, y Guy no tenía la menor duda de que los arqueros lo vigilaban desde las ranuras en la torre. No. Se quedó quieto mientras Thomas cogía el pellejo del cinturón de Geneviève y vertía un poco de vino en la copa.

—¿Ves? —le dijo Thomas, y Guy vio que el verde se había oscurecido por el vino, pero que también había adquirido un matiz dorado que antes no poseía. Thomas dejó que el pellejo cayera al suelo y entonces, con la mirada puesta sobre los ojos de su primo, levantó la copa y la vació—. «*Hic est enim sanguis meus*» —citó Thomas lleno de ira. Eran las palabras de Cristo. «Ésta es mi sangre». Después le tendió la copa a Geneviève y ella se la llevó, seguida de sir Guillaume—. Un hereje bebe del Grial —prosiguió Thomas—, y lo peor queda por venir.

—¿Lo peor? —preguntó Guy con amabilidad.

—Lo pondremos debajo del arco de la puerta —contestó Thomas—. Y cuando vuestro cañón tire abajo el resto de los bastiones, el Grial quedará aplastado. Sólo

obtendréis un pedazo de oro retorcido y cristal roto.

Guy Vexille sonrió.

—El Grial no se puede romper, Thomas.

—Pues te arriesgas a poner a prueba esa creencia —replicó el arquero, que se dio la vuelta.

—¡Thomas, Thomas!, te lo ruego —le pidió Guy—. ¡Escúchame!

Thomas quería seguir andando, pero se volvió de nuevo por el tono de súplica en su voz. Era la de un hombre roto y, ¿qué daño podría hacerle a Thomas seguir escuchándolo? Ya había lanzado su amenaza. Si el ataque continuaba, el Grial se rompería. Ahora, suponía, debía permitir que su primo le hiciera una oferta, aunque no pensaba ponerle las cosas fáciles.

—¿Por qué debería escuchar al hombre que mató a mi padre? ¿Al que mató a mi mujer?

—Escucha a un hijo de Dios —repuso Guy.

Thomas casi estalla en una carcajada.

Guy tomó aire mientras meditaba lo que quería decir. Miró al cielo, en el que nubes bajas amenazaban con más lluvia.

—El mundo está acosado por el mal —dijo—, la Iglesia es corrupta y el demonio campa a sus anchas. Si tuviéramos el Grial podríamos cambiar eso. La Iglesia podría ser purgada y una nueva cruzada borraría el pecado del mundo. Traerá el reino de los cielos a la tierra. —Había estado mirando al cielo mientras hablaba, pero ahora observaba a Thomas—. Eso es todo lo que quiero, Thomas.

—¿Y por eso tuvo que morir mi padre?

Guy asintió.

—Ojalá no hubiera sido necesario, pero ocultaba el Grial. Era un enemigo de Dios.

Thomas odió entonces a Guy, lo odió más que nunca, lo odió aunque su primo hablara en voz baja y de manera sensata, con la voz cargada de emoción.

—Dime —le dijo Thomas—. ¿Qué es lo que quieres ahora?

—Tu amistad —repuso Guy.

—¡Mi amistad!

—El conde de Berat es malvado —le dijo Guy—. Es un tirano, un insensato, un hombre al que Dios no le importa. Si sacas a tus hombres del castillo, me volveré contra él. A la caída de la noche, Thomas, tú y yo seremos señores de este lugar, y mañana estaremos en Berat, revelaremos el Grial e invitaremos a todos los hombres de Dios a que se unan a nosotros. —Guy se detuvo para observar la dura expresión de Thomas, quería comprobar si sus palabras obraban alguna reacción—. Marcha hacia el norte conmigo —prosiguió—. Y París será la siguiente en caer. Nos desharemos de ese estúpido rey Valois. Tomaremos el mundo, Thomas, y lo abriremos al amor de

Dios. ¡Piensa en ello, Thomas! Toda la gracia y la belleza de Dios derramada en el mundo. Ya no más tristeza, no más pecado, sólo la armonía de Dios en un mundo de paz.

Thomas fingió meditar sobre ello, después puso ceño.

—Atacaremos a Joscelyn juntos —le dijo—, pero antes de marchar hacia el norte quiero hablar con el abad Planchard.

—¿Con el abad Planchard? —Guy no podía ocultar su sorpresa—. ¿Por qué?

—Porque es un buen hombre —le explicó Thomas—, y confío en su criterio.

Guy asintió.

—Pues lo haré llamar. Podemos tenerlo aquí mañana.

Thomas sintió una ira tal que habría podido atacar a Guy con sus puños desnudos, pero contuvo su rabia.

—¿Podemos tenerlo aquí mañana? —Si puede venir.

—Tampoco es que tenga demasiadas opciones, ¿verdad? —la furia era ahora evidente en la voz de Thomas—. Está muerto, primo, y tú lo mataste. Yo estaba oculto en el osario. ¡Te oí!

Guy pareció atónito, después ciego de ira, pero no tenía nada que decir.

—Mientes como un niño —le dijo Thomas lleno de desdén—. Y si mientes sobre la muerte de un buen hombre, mientes sobre todo. —Se dio la vuelta y se marchó.

—¡Thomas! —le gritó Guy. Thomas se volvió de nuevo.

—¿Quieres el Grial, primo? Pues pelea por él. Si quieres tú y yo solos. Tu espada contra mi arma.

—¿Tu arma?

—El Grial —respondió Thomas sin más, y dejó allí a suprimo con sus ruegos, y regresó al castillo.

\* \* \*

—¿Qué te ha ofrecido, entonces? —le preguntó sir Guillaume—. Todos los reinos de la tierra —repuso Thomas. Sir Guillaume arrugó la nariz en señal de sospecha—. Me huele a respuesta sagrada. Thomas sonrió.

—El diablo se llevó a Cristo al desierto y le ofreció todos los reinos de la tierra si abandonaba su misión.

—Debería haber aceptado —comentó sir Guillaume—, eso nos habría ahorrado un montón de problemas. ¿Así que no podemos irnos?

—No, a menos que salgamos peleando. —¿Y el dinero del rescate?— preguntó sir Guillaume con esperanza.

—Se me olvidó preguntarlo.

—Hostia, no sirves para nada —replicó sir Guillaume en inglés, después cambió

de nuevo al francés y sonó más alegre—, pero bueno, por lo menos tenemos el Grial. ¡Eso es algo!

—¿Lo tenemos de verdad? —preguntó Geneviève.

Los dos hombres se volvieron hacia ella. Estaban todos en el salón superior, ahora vacío porque las mesas y bancos formaban parte de la barricada del patio. Todo lo que quedaba era un enorme arcón reforzado de hierro en el que se guardaba el dinero de la guarnición, y tras una estación dedicada a las incursiones, de aquello tenían no poco. Geneviève estaba sentada encima del arcón; tenía el precioso grial dorado y la copa verde que contenía, pero también la caja que Thomas había traído del monasterio de San Severo, y ahora sacaba la copa verde de su nido de oro y la colocaba en la caja. La tapa no cerraba porque la copa de cristal era demasiado grande. La caja, cualquiera que fuese el objeto para el que había sido construida, no se correspondía con el grial que poseían.

—¿Tenemos el Grial? —preguntó, y Thomas y sir Guillaume la observaron mientras les mostraba que no cabía en la caja.

—Claro que es el Grial —repuso sir Guillaume sin darle mayor importancia.

Thomas se acercó a Geneviève y cogió la copa. La giró entre sus manos.

—Si mi padre tenía el Grial —preguntó—, ¿cómo acabó en manos del hermano del cardenal Bessières?

—¿De quién? —saltó sir Guillaume.

Thomas observó el cristal verde. Había oído que el grial que había en la catedral de Génova era de vidrio verde, y nadie creía en su autenticidad. ¿Era éste el mismo grial? ¿O simplemente era otra copa falsa?

—El hombre al que se lo quité —explicó— era el hermano del cardenal Bessières, y si ya tenía el Grial, ¿qué hacía en Castillon d'Arbizon? Se lo habría llevado a París, o a Aviñón.

—¡Cristo bendito en el cielo! —exclamó sir Guillaume—. ¿Me estás diciendo que no es el de verdad?

—Hay una manera de saberlo —repuso Thomas mientras levantaba la copa en alto. Vio las pequeñas motas de oro en el cristal y pensó que era una bella pieza, exquisita y antigua, ¿pero auténtica? Así que levantó aún más la mano, la sostuvo en alto por un instante y la dejó caer sobre los tablones del suelo...

Donde la copa verde se rompió en mil pedazos.

—¡Cristo bendito en el cielo! —exclamó sir Guillaume—, ¡Cristo bendito en el cielo y la madre que lo parió!



La gente empezó a morir a la mañana siguiente de que el incendio consumiera la mayor parte de Castillon d'Arbizon. Algunos murieron por la noche, otros al alba, y los sacerdotes iban y venían de una casa a otra, atareados repartiendo los últimos sacramentos. Los gritos de los familiares eran lo suficientemente desgarradores como para despertar a Joscelyn, que le ordenó a su escudero con un berrido que se levantara y los hiciera callar, pero el escudero, que dormía sobre un montón de paja en una esquina de la habitación de Joscelyn, temblaba y sudaba, y en su rostro habían aparecido unos bultos oscuros de aspecto horrible que a su señor le provocaron un estremecimiento.

—¡Largo de aquí! —le gritó entonces al escudero, y cuando el joven no se movió, lo envió fuera a puntapiés—, ¡largo! ¡Fuera! ¡Cristo bendito, pero si te has cagado encima! ¡Largo de aquí!

Joscelyn se vistió, se puso los calzones y una capa de cuero encima de la camisa de paño.

—¿Tú no estás enferma, no? —le dijo a la muchacha con la que había compartido cama.

—No, señor.

—Pues ve a traerme tocino, pan y vino caliente.

—¿Vino caliente?

—Eres una sirvienta, ¿no? Pues sírveme, joder, y después limpia esa mierda de ahí. —Señaló la cama del escudero, se puso las botas y se preguntó por qué no le habría despertado el cañón, que solían disparar con el canto del gallo. La marga de la recámara se fraguaba por la noche y el *signor* Gioberti era de la opinión que el primer disparo del alba era el que hacía más daño. Con todo, aquella mañana aún no se había oído. Joscelyn entró en el salón de la casa llamando a gritos al artillero.

—Está enfermo —le respondió Guy Vexille. Estaba sentado en una esquina de la sala, afilando un cuchillo y claramente a la espera de que apareciera Joscelyn—, hay una epidemia.

Joscelyn se abrochó el cinto de la espada.

—¿Gioberti está enfermo?

Guy Vexille envainó el cuchillo.

—Está vomitando, mi señor, y suda mucho. Tiene las axilas y la entrepierna



tumefactas.

—¿Y no pueden disparar el cañón sus hombres?

—Están casi todos enfermos.

Joscelyn miró a Vexille, intentando entender qué le estaba diciendo.

—¿Los artilleros están enfermos?

—Parece estar enferma la mitad de la ciudad —respondió Vexille mientras se ponía en pie. Se había lavado, vestido con ropa negra limpia y aceitado la larga melena negra, de manera que le quedaba pegada al estrecho cráneo—. Me habían dicho que había una epidemia de peste —dijo—, pero no lo creí. Estaba equivocado, que el Señor me perdone.

—¿Peste? —Joscelyn se asustó de repente.

—Dios nos castiga —repuso Vexille con calma— y nos suelta al diablo, no podríamos esperar una señal más clara del cielo. Tenemos que asaltar el castillo hoy, señor, hacernos con el Grial y terminar así con la peste.

—¿La peste? —preguntó Joscelyn, y entonces oyó un tímido golpe en la puerta y confió en que fuera la sirvienta con la comida—. Entra, demonios —gritó, pero no se trataba de la muchacha, sino del padre Medous, que tenía aspecto de estar asustado y nervioso.

El cura se puso de rodillas frente a Joscelyn.

—La gente muere, señor —le dijo.

—En el nombre de Dios, ¿y qué demonios quieren que haga yo? —preguntó Joscelyn.

—Capturad el castillo —le indicó Vexille.

Joscelyn no le hizo caso y siguió mirando al cura.

—¿Se mueren? —preguntó impotente.

El padre Medous asintió con un gesto. Tenía el rostro surcado de lágrimas.

—Es la peste, señor —le dijo—. Sudan, vomitan, sufren de incontinencia, tienen pústulas negras y mueren.

—¿Mueren? —volvió a preguntar Joscelyn.

—Galat Lorret ha muerto; su esposa está enferma. Mi ama también tiene la enfermedad. —Medous no dejaba de llorar—. Está en el aire, señor, es la peste. —Miró el rostro blanco y redondo de Joscelyn con la esperanza de que su señor pudiera ayudarlo—. Está en el aire —repitió—, y necesitamos médicos, mi señor, sólo vos podéis ordenarles que vengan desde Berat.

Joscelyn apartó al cura de un empujón y salió a la calle. Vio a dos de sus hombres de armas sentados en la puerta de la taberna con las caras hinchadas y goteando sudor. Sus miradas eran vacías, y se dio la vuelta, oyó los lamentos y el llanto de las madres que veían a sus hijos sudar hasta morir. Aún surgían aquí y allí hilillos de humo del incendio del día anterior, y en la húmeda mañana todo parecía cubierto de

hollín. Joscelyn se estremeció, entonces vio a sir Henri Courtois, aún sano, salir de la iglesia de San Callic, y casi se echó a correr para abrazar al viejo, aliviado.

—¿Sabéis qué está pasando? —le preguntó Joscelyn.

—La peste, mi señor.

—¿Está en el aire, verdad? —preguntó repitiendo las palabras del padre Medous.

—No sabría decirlo —respondió sir Henri con aire cansino—, pero lo que sé es que más de una veintena de nuestros hombres están enfermos y tres ya han muerto. Robbie Douglas está enfermo. Pregunta por vos, mi señor. Os suplica que le busquéis un médico.

Joscelyn hizo caso omiso de la petición y tomó aire. Era capaz de discernir el olor a chamusquina del hedor del vómito mezclado con el de la orina. Eran los olores típicos de las ciudades, los olores cotidianos, pero por algún motivo parecían ahora más siniestros.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó impotente.

—Los enfermos necesitan ayuda —le dijo sir Henri—, hay que traer médicos —«y enterradores», pensó, pero se lo guardó para sí.

—Está en el aire —repitió Joscelyn. El hedor se había vuelto insoportable de repente, lo asediaba, lo amenazaba, y sintió un sobresalto de pánico. Podía enfrentarse a un hombre, a un ejército incluso, pero no a esta fetidez insidiosa y queda—. Nos vamos —decidió—. Todos aquéllos que no estén enfermos partirán inmediatamente. ¡Ahora!

—¿Nos vamos? —A sir Henri le confundía la decisión.

—¡Nos vamos! —ordenó Joscelyn con firmeza—. Dejad a los muertos detrás. Ordenad a los hombres que ensillen los caballos.

—Pero Robbie Douglas desea veros —le dijo sir Henri. Joscelyn era el señor de Robbie y por ello tenía el deber de velar por él, pero el nuevo conde no estaba de humor para visitar a los enfermos. Los enfermos que se las apañaran solos, que bastante tenía él con salvar del horror a cuantos hombres pudiera.

Tardaron una hora en irse. Un río de jinetes al galope salió de la ciudad, huyendo de la epidemia para refugiarse en la seguridad del gran castillo de Berat. Casi todos los ballesteros de Joscelyn, abandonados por sus caballeros y hombres de armas, les siguieron, y un número igual de ciudadanos se marcharon también para huir de la epidemia. Un buen número de los hombres de Vexille desaparecieron también, así como los pocos artilleros que se habían salvado. Dejaron atrás a *Escupe Infiernos*, robaron los caballos de los enfermos y escaparon. De los hombres sanos de Joscelyn sólo se quedó sir Henri. Era de mediana edad, había perdido el miedo a la muerte, y los hombres que tan bien le habían servido durante muchos años agonizaban. No sabía qué estaba en su mano para ayudarles, pero se lo entregaría todo.

Guy Vexille se dirigió a la iglesia de San Callic y ordenó a las mujeres que

rezaban a la imagen del santo y a la estatua de la Virgen María que salieran. Quería estar a solas con Dios y, aunque creía que la iglesia era un lugar donde se practicaba una fe corrupta, seguía siendo una casa de oración, así que se arrodilló frente al altar y contempló el cuerpo roto de Cristo que colgaba ante él. La sangre pintada de las terribles heridas tenía un aspecto espeso, y Guy se concentró en ella, sin reparar en la tela de araña que se extendía entre la lanza y la mano izquierda extendida.

—Nos castigas —dijo en voz alta—, nos azotas, pero si obramos tu voluntad, nos salvarás. —¿Pero cuál era la voluntad de Dios? Ése era el dilema, y se balanceó hacia delante y atrás sobre sus rodillas, llevado por el anhelo de hallar la respuesta—. Dime —le dijo al hombre colgado en la cruz—, dime qué debo hacer.

Pero ya sabía qué debía hacer: tenía que hacerse con el Grial y desatar su poder; aunque confiaba en que, en aquel tenue interior, bajo el fresco de Dios entronizado entre las nubes, llegara un mensaje. Y llegó, aunque no en la forma que había deseado. Esperaba oír una voz en la oscuridad, un mandato divino que le asegurara la victoria, pero lo que llegó a sus oídos fueron pasos en la nave y, cuando se dio la vuelta, reparó en que sus hombres, los que aún quedaban y no estaban enfermos, habían venido a rezar con él. Llegaron uno a uno a medida que se fueron enterando de que él se hallaba frente al altar, se arrodillaron detrás de él, y Guy supo que con hombres tan valiosos no podría ser vencido. Había llegado la hora de tomar al asalto el castillo y de recuperar el Grial.

Envió a media docena de hombres por la ciudad con órdenes de encontrar a todos los soldados, ballesteros, caballeros y hombres de armas que aún pudieran caminar.

—Que se armen —dijo—, y nos reuniremos junto al cañón dentro de una hora.

Se dirigió a su alojamiento haciendo oídos sordos a los gritos de los enfermos y sus familias. Su sirviente había caído víctima de la enfermedad, pero uno de los hijos de la casa en la que Guy tenía su habitación seguía sano, así que le ordenó que le ayudara con los preparativos.

Primero se puso unos calzones y un gambax de cuero. Ambas prendas habían sido confeccionadas a su medida, de manera que Vexille tenía que estar de pie mientras el torpe muchacho le ataba las cintas del jubón a la espalda. Después, el joven cogió puñados de sebo y los untó por el cuero para que estuviera bien engrasado y la armadura pudiera moverse con facilidad. Vexille llevaba un jaco corto de malla que le proporcionaba protección adicional al pecho, estómago e ingle, y también debía ser engrasado. Después, pieza a pieza, la negra armadura de placas encontró su sitio. Primero los cuatro quijotes, las placas redondeadas que protegían los muslos, y debajo de ellos, el chico abrochó las grebas, que iban desde la rodilla hasta el tobillo. Unas rodilleras le protegían las articulaciones, y los pies quedaban cubiertos por placas de acero enganchadas a unas botas que se abrochaban a las grebas. El muchacho le ató alrededor de la cintura una falda de cuero con remaches de acero y,

cuando la tuvo en el sitio, Vexille se colocó la gola en el cuello y esperó a que el joven pasara los dos cierres. El chico emitió un gruñido al levantar el peto y el espaldar, mientras Vexille introducía la cabeza entre ambos. Las dos pesadas piezas estaban unidas con cortas tiras de cuero que descansaban sobre los hombros, y las placas se aseguraban al cuerpo con más tiras a los lados. Después iban los brazales, que cubrían brazos y antebrazos, los guardabrazos, para proteger los hombros, y unos codales para las articulaciones del codo. Flexionaba los brazos mientras el chico trabajaba, asegurándose de que las cinchas no iban tan apretadas que le impidieran empuñar la espada. Las manoplas eran de cuero recubierto con plaquitas de acero en forma de escamas; después llegó la espada, y la enorme y pesada vaina negra con la espada fabricada en Colonia.

La espada medía su buen metro y pico, era más larga que el brazo de un hombre y la hoja, engañosamente estrecha, cosa que sugería que podía ser frágil, poseía una fuerte costilla central que endurecía el largo acero y la convertía en un arma mortal en la embestida. La mayoría de hombres llevaban espadas de corte que se desafilaban contra la armadura, pero Vexille era un maestro del hurgoneo. El arte estribaba en buscar un hueco en la armadura y ensartar la hoja por allí. La empuñadura estaba guarnecida con madera de arce, y el pomo y el guardamano eran de acero. No iba decorada, no estaba bañada en oro, no había inscripción alguna en la hoja, ni tampoco plata labrada. Era una herramienta de trabajo, un arma para matar, algo adecuado para aquel día de deber sagrado.

—¿Señor? —dijo el chico nervioso mientras le ofrecía el enorme yelmo de torneo con unas pequeñas aberturas para los ojos.

—Ése no —le respondió Vexille—. Llevaré cofia y bacinete. —Señaló lo que quería. El gran yelmo de torneo sólo le permitía una visión reducida, y Vexille había aprendido a desconfiar de él durante la batalla, pues le impedía ver a los enemigos a los flancos. Era un riesgo enfrentarse a los arqueros sin visera, pero al menos podría verlos, y ahora se ponía la cofia de malla por la cabeza para cubrir la nuca y las orejas, y le cogía el bacinete al muchacho. Era un casco sencillo sin borde ni visera que le obstruyera la visibilidad—. Ve y cuida de tu familia —le dijo al chico, entonces recogió el escudo, cuyos tablones de sauce estaban cubiertos de cuero hervido y endurecido, y pintados con la centicora de los Vexille transportando el Grial. No tenía ningún talismán, ningún amuleto. Pocos hombres se lanzaban a la batalla sin dicha precaución, ya fuera el pañuelo de una dama o una joya bendecida por un cura, pero Guy Vexille tenía un solo talismán: el Grial.

Y ahora iba a por él.

\* \* \*

El primero en caer enfermo en el castillo fue uno de los *coredors*, y esa misma noche más de una veintena de hombres y mujeres vomitaban, sudaban y temblaban. Jake era uno de ellos. El arquero bizco se arrastró hasta un rincón del patio, se colocó el arco cerca y un puñado de flechas en el regazo, y allí siguió sufriendo. Thomas intentó convencerlo de que se fuera arriba, pero Jake se negó.

—Me quedo aquí —insistió—, moriré a cielo abierto.

—No vas a morir —dijo Thomas—. En el cielo no te quieren y el diablo no necesita competencia. —El chiste no consiguió arrancar una sonrisa del rostro de Jake, que estaba extremadamente pálido y empezaba a mostrar pupas rojas que a ojos vistas se volvían del color oscuro de un moratón. Se había quitado los calzones porque no era capaz de contener sus tripas, y lo único que consintió que Thomas hiciera por él fue traerle un poco de paja de las ruinas de los establos.

También estaba enfermo el hijo de Philin. Tenía puntos rojos en la cara y temblaba. La enfermedad parecía llegar de ninguna parte, pero Thomas supuso que la habría traído el viento del este que había avivado las llamas en la ciudad antes de que la lluvia las extinguiera. El abad Planchard ya le había avisado de que llegaba una epidemia de Lombardía, ya estaba aquí y Thomas nada podía hacer.

—Tenemos que encontrar un cura —dijo Philin.

—Un médico —contestó Thomas, aunque no conocía ninguno y tampoco sabía cómo podrían traerlo al castillo en caso de encontrarlo.

—Un sacerdote —insistió Philin—. Si la hostia consagrada toca a un niño, lo cura. Lo cura todo. Déjame ir a por un sacerdote.

Fue entonces cuando Thomas reparó en que el cañón no había disparado, y que tampoco ningún ballestero aburrido había hecho repiquetear ningún dardo contra las piedras del castillo, así que permitió a Philin que saliera por la puerta en ruinas y fuera a buscar al padre Medous o a alguno de los otros sacerdotes de la ciudad. No esperaba volver a verlo, pero Philin volvió al cabo de una hora para decir que la ciudad había sido tan duramente golpeada como el castillo, y que el padre Medous estaba dando la extremaunción a los enfermos y no tenía tiempo de ir a la guarnición enemiga.

—Había una mujer muerta en la calle —le contó Philin a Thomas—, allí tirada, con el rostro desencajado.

—¿Te dio el padre Medous una hostia?

Philin le enseñó un grueso pedazo de pan, después se lo llevó a su hijo, que estaba en el salón de arriba, con la mayoría de los enfermos. Una mujer lloraba porque su marido no podía recibir los últimos sacramentos así que, para consolarla, Geneviève paseó la copa dorada entre los jergones, dejó que los enfermos la tocaran y les contó que obraría milagros.

—Sí que necesitamos un buen milagro, me cago en todo —le dijo sir Guillaume a

Thomas—, ¿qué cojones es esto? —Ambos habían subido a la torre del castillo para observar el cañón abandonado, dado que ninguna ballesta los amenazaba.

—Había peste en Lombardía —le contó Thomas—, y por lo que parece ha llegado hasta aquí.

—¡Cristo bendito! —exclamó sir Guillaume—, ¿qué tipo de peste?

—Dios sabe —repuso Thomas—, una de las malas. —Por un momento le asaltó el miedo de que aquella epidemia fuera un castigo por haber roto el grial verde de cristal, pero después recordó que Planchard le había avisado de la plaga bastante antes de que encontrara la copa. Observó a un hombre envuelto en una sábana ensangrentada tambalearse por la calle principal y caer al suelo. Se quedó quieto con aspecto de estar ya envuelto por su sudario.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó sir Guillaume mientras se santiguaba—. ¿Has visto alguna vez algo parecido?

—Es la ira de Dios —repuso Thomas—, que nos castiga.

—¿Por qué?

—Por estar vivos —contestó Thomas con amargura. Oía los lamentos de la ciudad y veía a la gente que huía hacia Berat. Transportaban sus bienes en carretas y carretillas empujándolas a través de la puerta, dejaban atrás el cañón, cruzaban el puente y se dirigían hacia el oeste, hacia el norte, hacia el sur...

—Reza por que nieve —le dijo sir Guillaume—, hace tiempo que observo que la nieve detiene las enfermedades. No sé por qué.

—Aquí no nieva —se lamentó Thomas.

Geneviève se unió a ellos, aún con el recipiente dorado en la mano.

—Yo alimento el fuego —dijo—, parece ayudarles.

—¿A quién?

—A los enfermos —repuso—. Les gusta el calor. He hecho una buena hoguera. —Señaló el humo que salía por el respiradero de un costado de la torre. Thomas la rodeó con un brazo y le buscó marcas rojas en la cara, pero tenía la piel impoluta. Observaban a las personas que cruzaban el puente por la carretera hacia el oeste, y entonces descubrieron a Joscelyn a la cabeza de una fila de hombres de armas montados que se dirigían al norte. El nuevo conde de Berat no miró atrás, sólo cabalgó como si tuviera al mismísimo diablo pisándole los talones.

Y puede que lo tuviera, pensó Thomas, que buscó algún indicio de su primo entre los jinetes a la fuga, pero no lo vio. ¿Estaría Guy moribundo?

—¿Ha terminado el sitio? —se preguntó sir Guillaume en voz alta.

—No si mi primo sigue aquí y no está enfermo —contestó Thomas.

—¿Cuántos arqueros quedan?

—Doce capaces de disparar —repuso Thomas—. ¿Hombres de armas?

—Quince. —Sir Guillaume hizo una mueca. El único consuelo era que nadie en

la guarnición tenía la tentación de huir, pues estaban lejos de tropas amigas. Algunos de los *coredors* se marcharon cuando Philin les contó que nadie vigilaba el castillo, pero Thomas no los echó en falta—, ¿qué hacemos, entonces? —preguntó sir Guillaume.

—Nos quedamos aquí hasta que nuestros enfermos se recuperen —dijo Thomas—. O hasta que mueran —añadió—. Después nos iremos. —No podía dejar a hombres como Jake sufriendo solos. Lo menos que podía hacer era quedarse y hacerles compañía durante su viaje al cielo o al infierno.

Y entonces reparó en que el viaje al otro mundo podía llegar antes de lo que esperaba, pues al final de la calle se estaban reuniendo un grupo de hombres de armas. Llevaban espadas, hachas y escudos, y su presencia sólo podía indicar una cosa.

—Quieren el Grial —dijo.

—¡Cristo bendito, pues dáselo! —intervino sir Guillaume con fervor—. Todos los pedazos.

—¿Tú crees que eso los contentará?

—No —admitió sir Guillaume.

Thomas se inclinó hacia el lado interior de la muralla.

—¡Arqueros! —gritó, y corrió a ponerse la cota de malla y la espada y agarró el arco con la bolsa de flechas.

Pues el sitio aún no había llegado a su fin.

\* \* \*

Treinta y tres caballeros y hombres de armas subieron por la calle. Los primeros doce, entre los que se contaba Guy Vexille, llevaban los paveses que tendrían que haber protegido a los ballesteros, pero de éstos sólo quedaban seis, y Guy les había ordenado que le siguieran, a unos buenos diez pasos por detrás, de modo que los enormes escudos para ballestas, cada uno de ellos más alto que un hombre, servían para proteger a sus hombres de armas.

Avanzaban lentamente, eran una mole que se arrastraba intentando mantenerse unida tras los pesados y consistentes escudos, que empujaban justo por encima de los adoquines para proteger los tobillos del ataque de los arqueros. Guy Vexille esperaba escuchar el repiqueteo de las flechas al clavarse en la madera, pero entonces supuso que Thomas, o habría perdido a todos sus arqueros, o esperaba el momento en que bajarán los paveses.

Subieron por aquella calle llena de cadáveres y moribundos, la calle principal de una ciudad que apestaba a hoguera e inmundicia. Había un cadáver envuelto en una sábana sucia; lo apartaron de una patada y prosiguieron. Los hombres de la segunda

fila llevaban los escudos en alto para proteger a las tres filas de las flechas que dispararan desde la torre del castillo, pero los proyectiles seguían sin llegar. Guy se preguntó si no habrían muerto todos en el castillo, y se imaginó paseando por los salones vacíos como un caballero de antaño, el buscador del Grial llegado a su destino, y se estremeció de éxtasis ante el pensamiento de recobrar la reliquia; entonces el grupo de soldados llegó al espacio abierto frente al castillo, y Guy les recordó que se mantuvieran unidos y solaparan los paveses mientras trepaban como podían por los escombros que había dejado *Escupe Infiernos*.

—Cristo es nuestro compañero —les dijo a sus hombres—. Dios está con nosotros. No podemos perder.

En la ciudad sólo se oía el llanto de mujeres y niños, el roce de los paveses y el sonido metálico de los pies enfundados en armadura. Guy Vexille desplazó uno de los pesados escudos y vislumbró una barricada provisional que atravesaba el patio, pero también vio arqueros apelotonados al final de la escalinata que conducía a la torre, y uno de aquellos hombres tensó el arco, lo que obligó a Guy a apresurarse a cerrar la ranura entre los escudos. La flecha se clavó en el pavés y lo empujó hacia atrás. Guy seguía sorprendiéndose con la fuerza de las flechas inglesas, y aún se sorprendió más cuando miró y comprobó que una punta hueca de un palmo de largo había atravesado el pavés, que era dos veces más grueso que un escudo normal. Llegaron más flechas, con un tamborileo irregular, y los pesados paveses se estremecieron a cada impacto. Un hombre maldijo, pues había sido herido en una mejilla por una punta que había perforado las capas de madera, pero Guy calmó a sus soldados.

—Manteneos juntos —les dijo—, avanzad lentamente. Cuando crucemos la puerta, nos acercamos hasta la barricada. La podemos tumbar. Entonces la primera fila cargará contra las escaleras. Sujetad los paveses hasta que lleguemos a la altura los arqueros. —Su propio pavés tropezó con una piedra, levantó el pesado mango de madera para superar el pequeño obstáculo e inmediatamente una flecha chocó contra los escombros: no llegó a clavarse en su pie por dos dedos—. Manteneos firmes —les dijo a sus hombres—, manteneos firmes porque Dios está con nosotros.

El pavés se inclinó hacia atrás golpeado por dos flechas en la parte de arriba, pero Guy se obligó a mantenerlo recto, dio otro paso y empezó a subir por los escombros de la puerta. Avanzaban moviendo poco a poco los enormes escudos, empujándolos contra la fuerza de los impactos de flecha. No parecía haber arqueros en las almenas de la torre, pues del cielo no llegaban proyectiles, sólo desde delante, donde eran detenidos por los pesados escudos.

—Manteneos juntos —repitió Guy a sus hombres—, manteneos juntos y confiad en Dios —y entonces, desde el lugar en el que se ocultaban tras lo que aún quedaba de la muralla del patio a la derecha de la puerta, los hombres de sir Guillaume aullaron y cargaron.



Sir Guillaume había observado cómo se ocultaban los atacantes tras los paveses, y había llegado a la conclusión de que aquellos escudos tan grandes los cegarían, así que había tumbado uno de los extremos de la barricada y se había llevado a diez hombres hasta la esquina del patio que había tras la muralla, un lugar lleno de estiércol, y ahora, en el momento en que las filas de Guy atravesaban la puerta, sir Guillaume atacaba. Era la misma táctica que había empleado contra el ataque de Joscelyn, sólo que esta vez el plan consistía en cargar, matar y herir, e inmediatamente retirarse. Les había repetido el plan a sus hombres una y otra vez.

—Romped el muro de paveses —les dijo—, y dejad que los arqueros se encarguen del resto de la matanza —mientras tanto, ellos volverían a la barricada por el agujero que habían hecho, y por un momento aquello pareció funcionar. El ataque sorprendió a los atacantes, que retrocedieron desorganizados. Un hombre de armas inglés, un salvaje al que nada le gustaba más que una pelea, partió un cráneo en dos con un hacha, y sir Guillaume acertó también con la espada en la ingle de alguien, así que los que sostenían los paveses se volvieron hacia la derecha y dejaron el flanco izquierdo descubierto frente a los arqueros del final de las escaleras.

—¡Ahora! —gritó Thomas, y las flechas volaron.

Guy no lo había previsto, pero estaba preparado. En su retaguardia llevaba a un hombre llamado Fulk, un normando leal como un perro y fiero como un águila.

—¡Detenlos, Fulk! —gritó—, ¡la primera fila conmigo! —Una flecha rebotó en uno de sus brazales e hirió a un hombre que tenía detrás, y dos de la primera fila se tambalearon alcanzados por los proyectiles, pero el resto siguió a Guy Vexille mientras cerraba la pantalla de paveses y se encaminaba hacia el agujero al final de la barricada. Los hombres de sir Guillaume tendrían que haberse retirado, pero estaban enzarzados en la batalla, perdidos entre la emoción y el terror del combate cuerpo a cuerpo; paraban golpes con los escudos e intentaban hallar huecos en las armaduras enemigas. Guy no les prestó atención y atravesó la barricada, y entonces, con el pesado pavés aún sujeto, avanzó hasta las escaleras. Lo acompañaban cinco hombres; los demás estaban atacando a la reducida avanzadilla de sir Guillaume, ahora peligrosamente en minoría. Los arqueros se habían concentrado en los seis hombres que subían por las escaleras y estaban desperdiciando las flechas en los pesados escudos. Entonces, los seis ballesteros, que la confusión había disimulado, aparecieron en la puerta y dispararon una ráfaga que rompió el frente de arqueros ingleses. Tres cayeron al instante; otro se encontró con el arco roto en la mano, destrozado por un dardo.

Y Guy, al grito de que Dios estaba con él, soltó el pavés y cargó escaleras arriba.

—¡Retirada! —gritó Thomas—. ¡Retirada! —Tres hombres de armas esperaban para defender la escalera, pero primero los arqueros tenían que meterse por la puerta, y Guy había atrapado a uno de ellos, poniéndole la zancadilla con la espada y

haciéndolo aullar cuando el arma le perforó el vientre. La sangre se derramó por las escaleras. Thomas golpeó a Guy con el arco en el pecho y lo empujó hacia atrás, entonces Sam lo agarró y lo metió dentro de la puerta. Después sólo vio escaleras, que siempre giraban hacia la derecha, hasta que llegaron al lugar en que los tres hombres de armas esperaban—, contenedlos —les dijo Thomas—. ¡Sam! ¡Arriba del todo! ¡Rápido!

Thomas se quedó en las escaleras. Sam y los otros siete arqueros que quedaban sabrían qué hacer en cuanto llegaran a las almenas de la torre, pero para Thomas lo más importante era impedir que los hombres de Guy subieran al salón del primer piso. Los atacantes tendrían que acceder allí dejando el eje de la escalera a la derecha, y eso les restringiría el movimiento con el brazo de la espada, mientras que los hombres de Thomas, que peleaban hacia abajo, tendrían más espacio para manejar las armas. Por desgracia, el primer hombre de Guy era zurdo y empuñaba un hacha ancha de mango corto que le rebanó un pie a uno de los hombres de armas y lo tiró escalera abajo con un estrépito de escudo, espada y malla. El hacha volvió a caer, se oyó un grito breve, y Thomas disparó una flecha a tres pasos del tipo del hacha, de modo que éste cayó de espaldas con una saeta ensartada de nuez a nuca. Le siguió un dardo de ballesta por la curva de la pared, y Thomas vio que Geneviève había cogido cuatro de las ballestas de los *coredors* y esperaba otro objetivo.

Sir Guillaume se hallaba en una situación harto desesperada. Le sobrepasaban en número y estaba acorralado. Les gritó a sus hombres que cerraran filas tras los escudos y que se apuntalaran contra la esquina del patio, donde el montón de estiércol obstruía el paso. Entonces llegaron los hombres de Guy en tromba, y los escudos se levantaron para recibir hachas y espadas. Los hombres de sir Guillaume empujaban hacia delante para hacer retroceder al enemigo y hendían las espadas en estómagos o pechos, pero uno de los enemigos, un hombre enorme con el símbolo de un toro en el jubón, empuñaba una maza, una enorme bola de hierro de recio mango que utilizó para reducir uno de los escudos ingleses a astillas de sauce sujetas por una funda de cuero. El del escudo acabó con el antebrazo fracturado en varias partes. Con todo, el inglés intentó estampar el escudo roto en la cara de su atacante, hasta que otro francés le estampó a él la espada en las tripas y cayó de rodillas. Sir Guillaume agarró la maza, la estiró hacia sí y el enemigo le siguió detrás, tropezando con su víctima. Sir Guillaume le golpeó en la cara con la empuñadura de la espada, y la cruz le hundió un ojo, pero el hombre siguió peleando, con la mejilla cubierta de sangre y una sustancia gelatinosa, y detrás de él llegaban dos enemigos más, que lograron partir en dos la fila de defensores. Había un inglés de rodillas al que dos espadas le martilleaban el casco, de repente se dobló en dos y empezó a vomitar, y uno de los franceses le hundió la espada en la nuca, en el agujero entre el espaldar y el casco, de modo que el inglés lanzó un alarido al partírsele la columna en dos. El de la maza,

ahora tuerto, intentaba mantenerse en pie, y sir Guillaume le dio una patada en la cara, le dio otra, y el hombre seguía en pie, así que sir Guillaume le hincó la espada en el pecho rasgando la malla, pero entonces otro francés atacó a sir Guillaume y lo devolvió al montón de estiércol.

—¡Son hombres muertos! —gritó Fulk—, ¡son hombres muertos! —y mientras gritaba feliz llegó la primera descarga de flechas desde las almenas de la torre.

Las flechas azotaron las espaldas de los hombres de Fulk. Algunos llevaban armadura de placas, y las flechas, que caían desde un ángulo muy inclinado, rebotaban en dicha armadura, pero las puntas huecas atravesaban malla y cuero y, en menos de nada, cuatro de los atacantes acabaron muertos y tres heridos; sólo entonces los arqueros se concentraron en los ballesteros de la puerta. Sir Guillaume, al que no habían tocado, seguía en pie. Se le había partido el escudo y lo tiró, entonces el hombre con el toro en el jubón se puso de rodillas y forcejeó con él, echándole las manos a la cintura con la intención de tirarlo por tierra. Sir Guillaume agarró la espada con ambas manos y le golpeó el casco repetidas veces con la pesada empuñadura. Aun así, el otro consiguió arrastrarlo al suelo, al que cayó con gran estrépito metálico, y soltó la espada cuando el enorme hombre intentó estrangularlo. Sir Guillaume tanteó con la mano izquierda hasta encontrar el final del peto del hombre, sacó la daga con la derecha y se la clavó en el estómago. Sintió cómo la hoja atravesaba el cuero, pinchaba la piel y rasgaba el músculo, y entonces hurgó con el cuchillo y le abrió las tripas al hombre, mientras el rostro de éste, enrojecido por el sudor, ensangrentado y con un solo ojo, le gruñía.

Las flechas seguían silbando y se clavaban con sonidos sordos, enloquecedores, en los hombres que aún le quedaban a Fulk.

—¡Aquí! —Guy Vexille estaba en la puerta encima de los escalones—, ¡fulk! ¡Aquí! ¡Déjalos y ven aquí!

Fulk repitió la orden con su voz atronadora. Por lo que él veía sólo quedaban tres defensores vivos en la esquina del patio, pero si se quedaba a rematarlos, los arqueros de la torre acabarían con todos sus hombres. Fulk tenía una flecha en el muslo, pero no sentía dolor mientras subía a trompicones las escaleras hasta la puerta donde, por fin, se puso a salvo de las flechas. A Guy le quedaban quince hombres. Los otros estaban muertos o heridos en el patio. Uno de ellos, al que ya le habían alcanzado dos flechas, intentó reptar por los escalones, hasta que le alcanzaron en la espalda dos saetas más. Se retorció mientras boqueaba en medio de los espasmos: finalmente, una última flecha le partió la columna. Un arquero en el que Guy no había reparado antes, un hombre tumbado en un jergón de paja, hizo el esfuerzo de caminar unos cuantos pasos por el patio y degollar con un cuchillo a un hombre de armas, pero entonces salió silbando un dardo de ballesta desde la puerta, que alcanzó al arquero y lo tiró sobre el cuerpo de su víctima. El arquero vomitó, se contorsionó durante unos

instantes y se quedó quieto.

Sir Guillaume no podía hacer nada. Le quedaban dos hombres, desde luego insuficientes para conducir un ataque a la puerta, y sir Guillaume mismo estaba magullado, sangraba y se sentía de repente extrañamente débil. El estómago le dio un vuelco y le subieron arcadas vacías, después se tambaleó hasta la pared. John Faircloth yacía sobre el montón de estiércol, desangrándose por el estómago, incapaz de hablar mientras agonizaba. Sir Guillaume quiso dedicar alguna palabra de consuelo al inglés moribundo, pero la náusea le dominaba por completo. Volvió a tener arcadas y sintió de golpe lodo el peso de su armadura. Lo único que quería era tumbarse y descansar.

—Mi cara —le dijo a uno de los dos supervivientes, un burgundio—, mírame la cara —y el hombre obedeció y se estremeció al ver las pupas rojas—. ¡Cristo bendito! —exclamó sir Guillaume—, ¡Cristo bendito en la cruz! —y se dejó caer sobre el muro mientras alargaba la mano para alcanzar su espada, como si la familiar arma pudiera darle algún consuelo.

—Escudos —les dijo Guy a sus hombres—. Dos de vosotros llevaréis los escudos, sostenedlos altos, subid por las escaleras y nosotros iremos detrás y les cortaremos las piernas. —Ésa era la mejor manera de tomar una escalera, cercenar los vulnerables tobillos de los defensores, pero cuando lo intentaron, descubrieron que los dos hombres de armas que quedaban defendían la escalera con lanzas cortas que sir Guillaume había dejado en el rellano precisamente para eso, y clavaban las lanzas una y otra vez en los escudos y empujaban a los hombres hacia atrás; de repente, un dardo de ballesta por un lado y una flecha por el otro se ensartaron en el casco de un hombre y la sangre empezó a caer por debajo del borde del casco y le veló la cara. Cayó de espaldas, y Guy lo arrastró escaleras abajo y lo colocó al lado del soldado del hacha que ya había tirado escalera abajo.

—Necesitamos ballestas —intervino Fulk. Su lerdo rostro estaba magullado y tenía sangre en la barba. Se acercó a la puerta y voceó a los ballesteros que subieran las escaleras—. ¡Rápido! ¡Los arqueros están muertos —mintió—, subid!

Los ballesteros lo intentaron, pero Sam y sus arqueros de las almenas los estaban esperando y cuatro de los seis cayeron bajo las flechas. Una ballesta cargada se golpeó con las piedras y cayó sobre la barricada, de manera que se accionó y enterró un dardo en un cadáver. Otro de los ballesteros intentó volver atrás, y una flecha lo lanzó entre los escombros. Con todo, dos consiguieron llegar a las escaleras ilesos.

—Quedan muy pocos —les dijo Guy—, y Dios está con nosotros. Un último esfuerzo, sólo uno, y el Grial es nuestro. Vuestra recompensa será la gloria o el cielo. ¡La gloria o el cielo! —Llevaba la mejor armadura, así que decidió que encabezaría el siguiente ataque con Fulk a su lado. Los dos ballesteros irían justo detrás, preparados para disparar a los arqueros que les esperaban tras la curva de la escalera. En cuanto

la escalera estuviera libre, Guy aseguraría la base de la torre. Con suerte, pensó, el Grial estaría en la sala a la que llegaran, pero si aún quedaba otro piso, tendrían que repetirlo todo de nuevo; a pesar de todo, estaba seguro de que obtendría el Grial y de que, en cuanto estuviera en su poder, quemaría el castillo. Los pisos de madera arderían fácilmente, el humo mataría a los arqueros de las almenas y su victoria sería completa. Podría marcharse, el Grial sería suyo y el mundo cambiaría.

Un último esfuerzo.

Guy cogió un pequeño escudo de uno de sus hombres de armas. Era poco más grande que una bandeja de servir, concebido únicamente para parar los golpes de espada en una batalla cuerpo a cuerpo encarnizada, y empezó el ataque sacándolo por la esquina, con la intención de atraer las flechas y cargar por la escalera mientras los arqueros armaban de nuevo sus arcos; pero éstos no picaron, y Guy le hizo un gesto con la cabeza a Fulk, que había roto la punta y el extremo emplumado de la flecha que le sobresalía del muslo, dejando sólo el astil ensartado limpiamente.

—Estoy listo —asintió Fulk.

—Pues vamos —repuso Guy, y ambos hombres se agacharon tras sus escudos y subieron por la escalera de caracol, chapoteando en la sangre de sus camaradas; cuando tomaron la última curva, Guy se preparó para recibir un disparo. No llegó ninguno, echó un vistazo por encima del escudo, no vio nada salvo escalones vacíos por delante y supo que Dios le había dado la victoria—. Por el Grial —le dijo a Fulk, y ambos hombres se apresuraron, no quedaban más de una docena de escalones, y los ballesteros les seguían; fue en ese momento cuando percibió el olor a quemado. No le hizo pensar en nada. La escalera volvía a girar y ya veía el salón que se abría ante él, lanzó su grito de guerra y... entonces llegó el fuego.

Había sido idea de Geneviève. Le había entregado su ballesta a Philin y había subido al salón en el que yacían los enfermos, había cogido uno de los petos metálicos capturados en el asalto a Joscelyn y lo había llenado de brasas al rojo vivo. Una de las mujeres de los *coredors* le echó una mano y llenó una olla de ascuas con una paleta, después los transportaron al piso de abajo, aunque a Geneviève el peto le abrasaba las manos, donde arrojaron las brasas escalera abajo a los primeros dos hombres que aparecieron. Las volátiles ascuas hicieron más daño que nada. Cayeron en remolino desperdigando polvo caliente que se metió en los ojos de los ballesteros que había detrás de Fulk. Este dio un paso atrás. Mientras intentaba apartarse las brasas de la cara, su arma cayó al suelo, como así lo hizo una de las ballestas, que se disparó atravesando el tobillo del normando. Fulk se derrumbó al suelo entre las brasas calientes y reculó como pudo para escapar del dolor, y Guy se quedó solo en las escaleras. La ceniza casi lo cegaba, levantó el escudo como si pudiera protegerle los ojos y fue alcanzado por una flecha con tal fuerza que lo tiró hacia atrás. La flecha había atravesado el escudo completamente. Un dardo de ballesta repiqueteó contra la

pared. Guy se tambaleó intentando recuperar el equilibrio, intentando ver algo entre las lágrimas, la ceniza y el denso humo, y entonces Thomas condujo la carga de los pocos hombres que le quedaban. Thomas llevaba una de las lanzas cortas, con la que embistió a Guy y lo tiró escaleras abajo, mientras el hombre de armas que lo acompañaba le asestaba un mandoble a Fulk en todo el pescuezo.

Los hombres de Vexille al pie de la escalera podrían haber detenido la carga, pero los conmocionó ver a Guy Vexille caer escalera abajo y escuchar los alaridos de Fulk, que llevaba tras de sí el hedor a fuego y carne quemada, aunque no se retiraron por la puerta hasta que vieron salir al enemigo aullando y rodeado de humo. Thomas sólo comandaba a cinco hombres, pero eran suficientes para que el pánico cundiera entre los soldados de Guy, que agarraron a su señor y huyeron hacia el aire fresco del patio. Thomas los siguió blandiendo la lanza, y un recatonazo alcanzó de lleno a Guy en la placa del pecho, con lo que la costalada esta vez fue contra las escaleras del patio, donde acabó aterrizando. Entonces llegaron las flechas desde las almenas, zambulléndose en la malla y el metal. Los atacantes no podían volver a subir por las escaleras, porque allí seguía Thomas y la puerta estaba llena de hombres armados envueltos en humo, así que huyeron. Huyeron hacia la ciudad, y las flechas los siguieron por el arco de la puerta y tumbaron a otro par de ellos entre los escombros. Entonces Thomas ordenó a los arqueros que dejaran de disparar.

—¡Que descansen las cuerdas! —gritó—, ¿sam, me oyes? ¡Que descansen las cuerdas! ¡Que descansen las cuerdas!

Soltó la lanza corta y extendió el brazo. Geneviève le alcanzó el arco, y Thomas eligió una de punta ancha de su bolsa y miró escalera abajo, donde su primo, abandonado a su suerte, se esforzaba por vencer el peso de la armadura para ponerse en pie.

—Tú y yo —le dijo Thomas—, tu arma contra la mía.

Guy miró a derecha e izquierda y no vio ayuda. El patio apestaba a vómito, estiércol y sangre. Había cadáveres por doquier. Retrocedió en dirección al hueco en el extremo de la barricada, y Thomas le siguió bajando por las escaleras y manteniéndose a doce pasos de su enemigo.

—¿Has perdido el apetito por la batalla? —le preguntó Thomas.

Guy le embistió entonces, con la esperanza de acercarse lo suficiente para salir de su alcance, pero la punta ancha le golpeó de lleno en el pectoral y lo frenó en seco, brutalmente detenido por la sola fuerza del gran arco, que Thomas ya tenía flechado de nuevo.

—Inténtalo otra vez —le dijo.

Guy retrocedió. Salió por la barricada, hasta donde estaban sir Guillaume y sus dos hombres, que no interfirieron. Los arqueros de Thomas habían bajado de las almenas y estaban en los escalones, disfrutando del espectáculo.

—¿Llevas buena armadura? —le preguntó a Guy—. Por fuerza. Aunque ya te digo que estoy disparando puntas anchas.

No perforarán las placas. —Volvió a disparar, y la flecha golpeó el metal que cubría la entepierna de Guy, que se dobló en dos sobre los escombros. Thomas ya tenía otra flecha a punto—. ¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó—. Yo no estoy indefenso como Planchard. Como Eleanor. Como mi padre. Ven y mátame.

Guy se puso en pie y empezó a retroceder por encima de los escombros. Sabía que tenía hombres en la ciudad y en cuanto saliera de allí estaría a salvo, pero no se atrevía a dar la espalda. Sabía que se llevaría una flecha si lo hacía, y el honor impedía una herida por la espalda. Se estremecía de odio al mirar a su enemigo. Estaba ya fuera del castillo, retrocedía lentamente por el espacio abierto de la plaza, y rezó por que alguno de sus hombres tuviera el seso suficiente para ir a por una ballesta y acabar con Thomas; pero Thomas seguía avanzando con una sonrisa en el rostro, la sonrisa de aquél al que por fin le llega la dulce venganza.

—Ésta es una punta hueca —le informó Thomas—, y te va a dar en el pecho. ¿Quieres levantar el escudo?

—Thomas —dijo Guy, y levantó el pequeño escudo antes de poder añadir nada más, porque lo vio tensar el gran arco y soltar la cuerda: la flecha, reforzada con roble tras la punta hueca en forma de aguja, atravesó el escudo, el pectoral, la malla y el cuero, para ir a alojarse entre las costillas de Guy. El impacto le hizo retroceder tres pasos, pero consiguió mantenerse en pie, aunque ahora tenía el escudo clavado al pecho, y Thomas ya había vuelto a flechar.

—Ahora en el estómago —prosiguió Thomas.

—Soy tu primo —repuso Guy y se liberó con un golpe seco del escudo arrancando con él la flecha del pecho, pero sus movimientos eran lentos, y la segunda flecha le dio en el estómago, y ésta sí se hundió profundamente.

—La primera por mi padre —dijo Thomas—, la segunda por mi mujer, y esta otra por Planchard. —Volvió a disparar, y la flecha atravesó la gola de Guy y lo tumbó de espaldas sobre los adoquines. Aún sujetaba la espada, e intentó levantarla cuando Thomas se acercó. También intentó hablar, pero tenía la garganta llena de sangre. Sacudió la cabeza, preguntándose por qué se le estaría nublando la vista, y sintió que Thomas se arrodillaba sobre el brazo de la espada, sintió que le levantaba la gola perforada e intentó protestar, pero sólo escupió sangre, y entonces Thomas le metió una daga por debajo de la pieza del cuello y la hincó bien hondo en la garganta de su primo—. Y ésta por mí —concluyó Thomas.

Sam y media docena de arqueros se reunieron con él junto al cuerpo.

—Jake está muerto —informó Sam.

—Ya lo sé.

—Está muerto la mitad del puto mundo —prosiguió Sam.

Quizá terminará el mundo hoy, pensó Thomas. Pudiera ser que las terribles profecías del Apocalipsis se estuvieran cumpliendo. Los cuatro jinetes cabalgaban. El jinete del caballo blanco era la venganza de Dios sobre un mundo malvado, el jinete sobre el caballo bermejo traía la guerra, el hambre montaba el caballo negro, y el caballo bayo, el peor, (raía la peste y la muerte. Y pudiera ser que lo único que hiciera retroceder a los jinetes fuera el Grial, pero él no lo tenía. Así que los jinetes cabalgarían libremente. Thomas se puso en pie, recogió el arco y empezó a caminar calle abajo.

Los hombres de Guy que habían sobrevivido no se quedaron a combatir contra los arqueros. Huyeron como los hombres de Joscelyn, en busca de un lugar en el que la peste no asolara las calles, y Thomas recorrió una ciudad de cadáveres y moribundos, de humo e inmundicia, un lugar de llanto. Levaba una flecha en el arco, pero nadie lo desafió. Una mujer pidió ayuda, un niño lloró desde una puerta, y entonces Thomas vio a un hombre de armas, aún con cota de malla, y estuvo a punto de tensar el arco, pero se dio cuenta de que el soldado no iba armado, sólo llevaba un cubo de agua. Era un hombre mayor, de pelo gris.

—Debéis de ser Thomas —dijo el hombre.

—Sí.

—Yo soy sir Henri Courtois —y señaló una casa vecina—. Vuestro amigo está ahí dentro. Está enfermo.

Robbie yacía en un jergón sucio y maloliente. Se estremecía por la fiebre y tenía la cara negra e hinchada. No reconoció a Thomas.

—Pobre cabrón desgraciado —dijo, y le entregó a Sam su arco—. Y llévate también eso, Sam —añadió señalando el pliego de pergaminos que había sobre un taburete junto a la cama; después cargó a Robbie en brazos y lo subió por la colina hasta el castillo—. Tendrías que morir entre amigos —le dijo al escocés inconsciente.

El sitio, por fin, había concluido.

\* \* \*

Sir Guillaume también murió. Murieron muchos. Demasiados para enterrarlos, así que Thomas hizo transportar los cadáveres a una zanja en los campos al otro lado del río, los cubrió con maleza y les prendió fuego, aunque no había suficiente combustible para quemarlos, de modo que se quedaron a medio consumir. Llegaron los lobos, y los cuervos oscurecieron el cielo sobre aquella zanja, que era el festín más suculento de la muerte.

La gente volvió a la ciudad. Los lugares en que habían hallado refugio habían sido tan duramente golpeados como Castillon d'Arbizon. La peste estaba en todas partes, decían. Berat era una ciudad de muertos, aunque nadie sabía si Joscelyn



seguía vivo, y a Thomas tampoco le importaba. El invierno trajo escarcha, y en Navidad, un fraile llegó con la noticia de que la peste había llegado también al norte.

—Está por todas partes —dijo el fraile—, y todos mueren. —Pero no todos morían. El hijo de Philin, Galdric, se recuperó, aunque justo después de Navidad, su padre cogió la enfermedad y murió tras tres días de agonía horrible.

Robbie también sobrevivió. Dieron por seguro que moriría porque había noches en las que parecía no respirar, pero sobrevivió y se recuperó lentamente. Geneviève lo cuidó, lo alimentó en su debilidad, lo lavó cuando tenía necesidad de ello, y no consintió en que le pidiera disculpas.

—Habla con Thomas —le dijo.

Robbie, aún débil, se acercó a Thomas, y pensó que el arquero parecía mayor y más fiero. Robbie no sabía qué decir, pero Thomas sí.

—Dime —le dijo—, cuando te comportaste de ese modo, ¿estabas convencido de obrar correctamente?

—Sí —contestó Robbie.

—Entonces no hiciste mal —repuso Thomas sin más—. Y aquí se acaba.

—No tendría que haberlo cogido —dijo Robbie señalando el pliego de pergaminos que Thomas tenía en el regazo, los escritos sobre el Grial que el padre de Thomas le había dejado.

—Lo he recuperado —le dijo Thomas—, y lo estoy utilizando para enseñar a leer a Geneviève. No sirve para otra cosa.

Robbie contempló la hoguera.

—Lo siento —le dijo.

Thomas le quitó importancia.

—Ahora esperaremos hasta que todos se recuperen y después volveremos a casa.

Estuvieron listos para partir el día de san Benedicto. Once hombres regresarían a Inglaterra, y Galdric, que ya no tenía padres, viajaría como sirviente de Thomas. Volverían a casa ricos, pues la mayoría del dinero obtenido durante el saqueo seguía intacto, pero lo que no sabía Thomas era qué se encontrarían al regresar a Inglaterra.

Pasó la última noche en Castillon d'Arbizon escuchando a Geneviève mientras daba tumbos por las palabras del pergamino de su padre. Había decidido quemarlo aquella noche, pues no le había conducido a ninguna parte. Le hacía leer el latín, porque había poco inglés o francés en el documento, y aunque no entendía las palabras, la ayudaba a practicar descifrando las letras.

—«*Virga tua et baculus tuus ipsa consolobuntur me*»— leía lentamente, y Thomas asentía, mientras esperaba las palabras *calix meus inebrians* que no quedaban muy lejos, y pensó en que la copa lo había embriagado, lo había emborrachado y lo había convertido en un salvaje sin ningún objetivo. Planchard tenía razón. La búsqueda volvía locos a los hombres.

—«*Pono coram me mensam* —leía Geneviève—, *ex adverso hostium meorum*».  
— No es *pono* —le dijo Thomas—, es *pones*. «*Pones coram me mensam ex adverso hostium meorum*». —Se lo sabía de memoria y se lo tradujo—. «Tú dispones ante mí una mesa en frente de mis enemigos». Ella frunció el entrecejo y señaló el texto con un esbelto y delicado dedo.

—No —insistió—, sí que pone «*pono*»— y le tendió el manuscrito para demostrarlo.

La llama titiló sobre las palabras que, efectivamente, eran «*pono coram me mensam ex adverso hostium meorum*». Lo había escrito su padre, y Thomas lo habría leído una veintena de veces, aunque jamás había reparado en el error. Su familiaridad con el latín le había impedido fijarse en las palabras, las veía más en su mente que en el pergamino. *Pono*. «Yo dispongo», no «tú dispones», sino yo, y Thomas observó la palabra y supo que no era un error.

Y supo que había encontrado el Grial.

# EPÍLOGO

## *El Grial*

Las olas rompían contra los guijarros, se volvían espuma blanca que se deshacía y los arrastraba de vuelta. Una y otra vez, eternamente, el mar verdeazulado estallaba contra la costa de Inglaterra.

Un chirimirí persistente empapaba la hierba sobre la que jugaban los corderos, mientras las liebres danzaban entre los setos cubiertos de anémonas y álsines.

La peste había llegado a Inglaterra. Thomas y sus tres compañeros cabalgaron a través de pueblos vacíos y escucharon los mugidos de dolor de las vacas, pues nadie había para ordeñar las hinchadas ubres. En algunas poblaciones, habían plantado barricadas tras las que montaban guardia arqueros que expulsaban a todos los extraños, y Thomas obedeció y evitó dichas aldeas. Vieron fosas comunes; fosas medio llenas de cadáveres que no recibían los últimos ritos. Las fosas, sin embargo, estaban rodeadas de flores, pues era primavera.

En Dorchester había un hombre muerto en la calle y nadie para enterrarlo. Algunas casas habían sido cerradas a cal y canto y pintadas con una cruz roja, lo que indicaba que los habitantes estaban enfermos y allí tenían que quedarse, para morir o sanar. Fuera de la ciudad, los campos estaban abandonados, las semillas seguían en los graneros de granjeros muertos, aunque las alondras sobrevolaban la hierba, los martines pescadores se zambullían en los torrentes y los chorlitos hacían trompos bajo las nubes.

Sir Giles Marriot, el antiguo señor del feudo, había muerto antes de que llegara la peste, y su tumba estaba en la iglesia del pueblo, pero si alguno de los supervivientes vio a Thomas llegar allí a caballo, no se acercó a saludarlo. Se refugiaban de la ira de Dios, y Thomas, Geneviève, Robbie y Galdric prosiguieron por la llanura hasta que llegaron bajo la colina Lipp. Ante ellos se extendía el mar, los guijarros y el valle sobre el que antaño se alzara Hookton. Lo redujeron a cenizas Guy Vexille y sir Guillaume cuando eran aliados, y ahora no quedaban más que espinos enroscados entre las ruinas de las granjas, y castaños, cardos y ortigas que crecían entre los tiznados muros de la iglesia.

Thomas llevaba dos semanas en Inglaterra. Había ido a ver al conde de Northampton, y se había arrodillado ante su señor después de que los sirvientes lo examinaran bien para asegurarse de que no tenía las señales de la pestilencia. Thomas entregó a su señor un tercio del dinero traído desde Castillon d'Arbizon, y después la copa de oro.

—Fue creada para contener el Grial, mi señor —le dijo—, pero el Grial ha desaparecido.

El conde admiró la copa, le dio la vuelta entre sus manos, la levantó para que la

luz la iluminara bien, y quedó fascinado ante su belleza.

—¿Desaparecido? —preguntó.

—Los monjes de San Severo creen que un ángel al que le curaron allí un ala se la llevó al cielo —mintió Thomas—, ha desaparecido, mi señor.

Y el conde quedó satisfecho, pues poseía un valioso tesoro, aunque no fuera el Grial. Thomas, tras prometerle que volvería, se marchó con sus compañeros. Ahora había vuelto al pueblo de su infancia, el lugar en el que había aprendido a visar el arco, y a la iglesia en la que su padre, el loco padre Ralph, había predicado a las gaviotas y ocultado su gran secreto.

Allí seguía. Oculto entre la hierba y las ortigas que prosperaban entre las losas de la vieja iglesia; yacía abandonado como un objeto arrojado por carecer de valor. Era un cuenco de arcilla que el padre Ralph utilizaba para contener las hostias. Lo dejaba sobre el altar, lo cubría con un paño y se lo llevaba a casa cuando terminaba la misa. «Yo dispongo ante mí una mesa», había escrito, y el altar era la mesa y el cuenco el objeto con el que la disponía. Thomas lo había leído más de cien veces y no se le había ocurrido nada; la última vez que había estado en Hookton, lo había recogido de las ruinas y lo había acabado lanzando entre las malas hierbas.

Ahora lo acababa de encontrar entre las ortigas y se lo tendió a Geneviève, que lo colocó en el cofre de madera y cerró la tapa, y encajaba con tanta perfección que ni siquiera hacía ruido al sacudir el recipiente de madera. La base del cuenco coincidía con el círculo descolorido pintado en el interior. La una había sido concebida para el otro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Geneviève. Robbie y Galdric estaban fuera de la iglesia, explorando lo que antes habían sido granjas. Ninguno de los dos sabía por qué Thomas había vuelto a Hookton. A Galdric no le importaba, y Robbie, mucho más calmado, tenía bastante con quedarse con Thomas hasta que volvieran al norte a pagarle a Lord Outhwaite el rescate que le devolvería el derecho de quedarse en Escocia. Eso si es que Outhwaite aún seguía vivo—. ¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Geneviève, y su voz era un susurro.

—Lo que Planchard me aconsejó que hiciera —dijo Thomas, pero antes sacó un pellejo de vino de su bolsa, vertió un poco de vino en el cuenco e hizo beber a Geneviève; después bebió él. Le sonrió—. Ya no estamos excomulgados —le dijo, pues habían bebido del cuenco que recogió la sangre de Cristo en la cruz.

—¿Crees que es el auténtico Grial? —preguntó Geneviève.

Thomas la llevó fuera. Tomó a Geneviève de la mano y se dirigieron hacia el mar, y cuando llegaron al punto de la playa de guijarros en el que el Lipp desembocaba, donde se amarraran las barcas cuando Hookton aún estaba habitado, le sonrió y lanzó el cuenco con todas sus fuerzas. Lo lanzó al otro lado del río, contra el Hook, la lengua de guijarros que desviaba el torrente hacia la playa, y el cuenco se estrelló

contra las piedras, rebotó unos cuantos metros y se quedó quieto.

Vadearon el torrente, subieron por el banco de piedras y encontraron el cuenco intacto.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Geneviève.

«Sólo causaría locura», pensó Thomas. Los hombres pelearían por él, mentirían por él, engañarían por él, traicionarían por él y morirían por él. La Iglesia le sacaría dinero. Sólo traería desgracias, pensó, pues removía en el corazón de los hombres el horror, así que haría lo que había dicho Planchard.

—«Lanzarlo a lo más profundo del mar, entre los monstruos, y no decírselo a nadie» —citó al abad.

Geneviève tocó el cuenco por última vez, lo besó y se lo devolvió a Thomas, que lo acunó por un instante. No era más que un cuenco de arcilla común, marrón rojizo, de tosca manufactura y aún más tosco tacto, ni siquiera perfectamente redondo, con una pequeña hendidura en un lado, en el lugar en que el alfarero había dañado la superficie sin cocer de la arcilla. No valdría más de unos peniques, puede que nada; con todo, era el mayor tesoro de la Cristiandad; lo besó una vez, echó atrás su poderoso brazo derecho de arquero, corrió hasta el borde rugiente del mar y lo lanzó tan lejos como pudo. Por un instante, describió una parábola sobre las olas grises, pareció volar un momento más de la cuenta, como si se mostrara reacio a abandonar a la humanidad, y de repente, desapareció.

Sólo un chapoteo blanco, sanado instantáneamente, y Thomas cogió a Geneviève de la mano y se dio la vuelta.

Era arquero, y la locura había terminado. Eran libres.

## NOTA HISTÓRICA

En este libro, he permitido que aparezcan aquí y allá marabuntas de ratas, aunque estoy casi convencido de que no fueron responsables de extender la peste. Hay controversia entre los historiadores médicos sobre si la peste negra (así llamada por el color de las bubas o bubones que desfiguraban a los enfermos) era peste bubónica, que se transmitía a través de las pulgas de las ratas o a través de alguna forma de carbunco, una enfermedad del ganado. Afortunadamente para mí, Thomas y sus compañeros no tenían necesidad del diagnóstico. La explicación medieval de la epidemia era el pecado de la humanidad sumado a una aciaga conjunción astrológica del planeta Saturno, siempre una influencia funesta. Causó pánico y desconcierto porque era una enfermedad desconocida que no tenía cura. Se extendió hacia el norte desde Italia, acababa con algunas de sus víctimas en tres o cuatro días, y perdonaba misteriosamente a otros. Fue la primera aparición de la peste en Europa. El continente ya había sido víctima de otras pandemias, por supuesto, pero ninguna a tan gran escala, y continuó causando estragos, cada cierto tiempo, durante otros cuatrocientos años. Sus víctimas no la llamaron peste negra, ese nombre no fue empleado hasta el siglo XIX, sólo la conocían como «La peste».

Acabó al menos con un tercio de la población europea. Algunas comunidades padecieron una mortandad del cincuenta por cien, pero la media general de un tercio parece fiable. Golpeó con tanta dureza en las zonas rurales como en las ciudades, y pueblos enteros desaparecieron del mapa. Algunos de ellos aún se pueden ver en riscos y zanjas en las zonas rurales, mientras que en otros lugares se ven iglesias solitarias, en medio del campo sin motivo aparente. Son las iglesias de la peste, todo lo que queda de antiguas poblaciones.

Sólo el primero y el último pasaje de *El sitio de Calais* están basados en hechos reales. La peste tuvo lugar, como también lo tuvieron el sitio y la captura de Calais, pero todo lo que hay entre uno y otro es ficticio. No existe ninguna villa de Berat, ni tampoco un bastión llamado Castillon d'Arbizon. Hay un Astarac, pero cualquiera que fuese su aspecto, está ahora cubierto por las aguas de un enorme embalse. La batalla con la que comienza el libro, la captura de la torre de Nieulay, también aconteció, pero la victoria no les supuso a los franceses ninguna ventaja, pues de ninguna manera podían cruzar el río Ham y enfrentarse al grueso del ejército inglés. Así que los franceses se retiraron, Calais cayó y el puerto siguió en manos inglesas durante otros tres siglos. La historia de los seis burgueses de Calais que fueron condenados a muerte y después perdonados es bien conocida, y la estatua de Rodin de los seis, frente al ayuntamiento de la ciudad, conmemora dicho evento.

Las dificultades de Thomas con el idioma de Gascuña son también reales. La aristocracia del lugar, como la de Inglaterra, empleaba el francés, pero los vasallos

hablaban cierta variedad de lenguas vernáculas, sobre todo occitano, del que proviene la moderna lengua de Oc. «Oc» es la palabra que en dicha lengua indica 'sí', y es muy cercana al catalán. El francés, que siguió conquistando territorio hacia el sur, intentó acabar con el idioma, pero aún se habla y hoy en día disfruta de cierto resurgimiento.

¿Y en cuanto al Grial? Creo que hace mucho que desapareció. Algunos dicen que es la copa con la que Cristo bebió en la Última Cena, y otros que era el cuenco con el que recogieron la sangre tras la «lanzada», la herida de lanza que le infligieron tras crucificarlo. Fuera lo que fuera, nunca ha sido encontrado, aunque los rumores jamás han cesado y algunos dicen que está oculto en Escocia. En cualquier caso, era la reliquia más preciada de la Cristiandad medieval, quizá por el misterio que la rodeaba o porque, cuando los relatos adoptaron su forma final, los antiguos cuentos célticos de calderos mágicos acabaron mezclados con el Grial. También ha sido el hilo de oro que ha recorrido siglos de relatos, y seguirá siéndolo, motivo por el que probablemente es mejor que siga sin descubrir.



BERNARD CORNWELL (Londres, 23 de febrero de 1944). Es un novelista y periodista inglés. Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, Cornwell cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad. Tras trabajar para la BBC, se trasladó a Estados Unidos donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente, solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

En junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

En España sus novelas han sido publicadas por Edhasa y Quinteto. Sus principales sagas son las dedicadas al fusilero Richard Sharpe en la época de la conquista de la India por el Imperio británico y las guerras napoleónicas. Editada bajo el epígrafe «El sable y el fusil», la saga fue adaptada para televisión por la BBC con Sean Bean como protagonista.

Hay otras tres series de Cornwell publicadas en castellano. Son la dedicada a las leyendas artúricas (compuesta por *El rey del invierno*, *El enemigo de Dios* y *Excalibur*); al arquero Thomas de Hookton (*Arqueros del rey*, *El sitio de Calais* y *La batalla del Grial*); y, por último, la ambientada en las invasiones vikingas de Gran



Bretaña durante el reinado de Alfredo el Grande (hasta el momento, *Northumbria, el último reino, Svein, el del caballo blanco, Los Señores del Norte, La canción de la espada, La tierra en llamas, Muerte de Reyes y The Pagan Lord*).

También se han publicado en castellano sus novelas *Stonehenge* y *El ladrón de la horca*. Quedarían al menos otras 6 novelas inéditas.

Además, en el año 2011 editaron el primero de sus libros de la saga de Nathaniel Starbuck, llamado en castellano *Rebelde*.